



CUANDO EL OLVIDO NOS ALCANCE

EN UN MUNDO SIN RECUERDOS,
LA IDENTIDAD NO ES UN DERECHO



RAÚL GARCÍA REGLERO

Cuando el olvido nos alcance

Raúl García Reglero

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Cuando el olvido nos alcance

© 2017 Raúl García Reglero

Diseño de portada: Pablo D. Rodríguez (Finder Design)

Edición publicada en Julio de 2017

A Vero. Espero que nunca se
desvanezcan los recuerdos de nuestra
vida en común.

Nunca nadie ha imaginado una distopía
cuya crueldad superase a la existente en
el mundo real.

ÍNDICE

- [1. Ray Carmichael](#)
- [2. David Cochrane](#)
- [3. Allan Peirsol](#)
- [4. Leo Sean Anderson](#)
- [5. Ray Carmichael](#)
- [6. David Cochrane](#)
- [7. Allan Peirsol](#)
- [8. Leo Sean Anderson](#)
- [9. Ray Carmichael](#)
- [10. David Cochrane](#)
- [11. Allan Peirsol](#)
- [12. Leo Sean Anderson](#)
- [13. Ray Carmichael](#)
- [14. David Cochrane](#)
- [15. Allan Peirsol](#)
- [16. Leo Sean Anderson](#)
- [17. Ray Carmichael](#)
- [18. David Cochrane](#)
- [19. Allan Peirsol](#)
- [20. Leo Sean Anderson](#)

1. Ray Carmichael

Me desperté bajo los cuerpos desnudos de dos voluptuosas mujeres. No recordaba prácticamente nada de lo acontecido en las últimas horas de la noche anterior. Fragmentos inconexos, como si se tratara de fotogramas de una película escogidos al azar, se agolpaban en mi mente. Imágenes de discotecas, música moderna, ingentes cantidades de alcohol, sexo impúdico y la dificultad para mantener la verticalidad mientras caminaba, golpeaban mi dolorida cabeza. Un día más en mi disoluta vida.

Una de las mujeres rodeaba con sus brazos mi cuerpo desnudo, acariciando mi espalda con sus turgentes pechos. Me moví lentamente para evitar que la mujer se despertara, liberándome así de aquel placentero cautiverio.

Erguido, observé un instante a las dos chicas. No podía ver sus rostros ya que ambas tenían la cara incrustada en la enorme almohada de aquel cutre camastro. Sus hermosos cuerpos contrastaban radicalmente con el infame desorden de la habitación. Sin duda, había sido una noche salvaje. Botellas de licor de diferente graduación tiradas sobre una pequeña alfombra deshilachada y macilenta. Un pequeño sillón sin apoyabrazos y cuyo tapizado estaba parcialmente rajado se encontraba volcado sobre el suelo. Una mesa hecha añicos, al lado de la cual se podían ver varios paquetes de tabaco vacíos acompañados de una enorme cantidad de colillas que se desperdigaban por el suelo. El televisor de la pared colgaba sólo por una parte y tenía la pantalla parcialmente quebrada. Aquello era un desastre.

Intentando escapar del insoportable hedor que impregnaba el ambiente, caminé hacia el herrumbroso balcón del que disponía la habitación de ese diminuto hotel de tres alturas. Pude sentir en las plantas de los pies la humedad debida al alcohol derramado, produciéndome una desagradable sensación.

Evité apoyarme sobre la barandilla ante la posibilidad de que ésta se desprendiera. No tenía ninguna intención de lanzarme al vacío. Aún no. Me senté sobre una desvencijada silla descolorida, debido, pensé, al tiempo que llevaba a la intemperie sufriendo el ataque de los elementos meteorológicos. Encendí mi enésimo cigarrillo y mientras daba mi primera calada, observé que tenía una botella de whisky medio llena a mi lado. Sin pensármelo, le di un gran trago. No tenía solución. Mi vida estaba degenerando

implacablemente y, a pesar de ser consciente de ello, no hacía nada por evitarlo.

Escruté la calle en busca de ciudadanos. La luz procedente de las farolas ubicadas en el exterior me obligó a entornar los ojos. Veía las siluetas ensombrecidas de personas que deambulaban de un lado para otro y que se asemejaban en su situación a los trozos de basura que flotaban en el aire empujados por una tenue brisa mañanera, abandonados a su suerte por una sociedad injusta y devastadora.

Aún me flagelaba por la decisión de desplazarme a vivir a esa parte de la isla. Me encontraba totalmente desubicado, pero por alguna razón inexplicable estaba convencido de que el traslado había sido una decisión correcta. No llevaba mucho tiempo en esa comunidad y el período de adaptación se estaba dilatando más de lo esperado. El trabajo escaseaba y era penosamente remunerado, contrastando con mi anterior situación vivida en mi antigua comunidad.

Me incorporé para entrar en la habitación y un pequeño mareo me obligó a apoyar la mano sobre la pared. La gran cantidad de alcohol ingerida hacía mella en mi sentido del equilibrio. A pesar de ello, fui en busca del mini-bar. Abrí la puerta de éste y sólo encontré una sustancia grasienta que permeaba todo el interior. Ni rastro de alcohol.

No tenía ni la más remota idea de cómo había ido a parar a aquel antro infecto carente de alcohol. Supuse que me guie por su aspecto, vinculándolo a un precio más asequible.

Las dos prostitutas se estaban despertando. Se incorporaron frotando sus rostros con ambas manos, emborronando aún más sus caras con el maquillaje.

—¡Joder, qué resaca! —exclamó una de ellas, mientras palpaba por encima del camastro en busca de sus bragas.

La tenue luz procedente del exterior no parecía suficiente, así que encendí la de la habitación. Las prostitutas entornaron los ojos hasta que sus pupilas se adaptaron. Me miraron durante un instante, desorientadas. Se levantaron del camastro sin mediar palabra y se vistieron lentamente intentando mantener el equilibrio. Una de ellas no pudo evitar caerse de culo mientras intentaba meter una pierna a través de su seductor tanga color negro, golpeándose la cabeza contra el somier. Un pequeño gemido de dolor antecedió a una gran carcajada que también emitió su amiga. Yo tampoco pude evitar una pequeña sonrisa.

No recordaba sus nombres, ni siquiera recordaba si nos habíamos

presentado. Las vi cuando regresaba hacia casa desde mi visita, cada vez más habitual, de varios bares de la zona. Me abordaron mostrando una amplia sonrisa y desplegando un contoneo sensual que realzaba sus naturales y voluptuosos atributos. Reticente al principio, finalmente accedí a contratar sus servicios, inducido e inhibido por mi estado de embriaguez. Desde mi involuntaria separación con mi esposa, no había intimado con ninguna otra mujer. Y dudaba de que lo hubiera hecho aquella noche. Recordaba haber practicado sexo, ingerido grandes cantidades de alcohol y fumado una enorme plantación de tabaco, pero todo de manera tan difuminada que no lo podría confirmar con rotundidad.

Las dos mujeres terminaron de vestirse. Sus demacrados rostros, debido a los excesos de la noche anterior, y empeorados por el corrimiento del maquillaje, no podían ocultar su belleza. Eran unas verdaderas bellas. Sus ceñidos vestidos provocaban mayor atracción que sus cuerpos desnudos. Era penoso no recordar nada.

—¿Tienes lo nuestro, Ray? —me preguntó una de las prostitutas. Al parecer si nos habíamos presentado. Supuse que se refería al pago de sus servicios.

—¿Cuánto era? —pregunté con la voz trémula, mostrando mi verdadera timidez.

—Trescientos.

Al oír el importe, me asusté. No recordaba disponer en ese momento de tal cantidad de dinero. Eché las manos a los bolsillos, percatándome en ese instante de que me encontraba en calzoncillos y provocando una sonrisa en las putas. Escruté la habitación en busca de mis pantalones. Estaban en el suelo, al lado del camastro. Busqué en los bolsillos mi cartera. La extraje y, para mi sorpresa y tranquilidad, tenía dinero suficiente. Pensé que seguramente la noche anterior había sacado dinero de mi paupérrima cuenta bancaria.

—Aquí tenéis —les dije a las chicas, extendiendo el brazo con el dinero en la mano.

Una de ellas cogió la pasta y la contó con rapidez, asintiendo levemente con la cabeza.

—Gracias Ray —dijeron al unísono—. Cuídate. Esperamos verte pronto —añadieron ambas sonriendo de nuevo.

¿Verme pronto? Era algo imposible. No merecía la pena y no tenía la intención de volver a tener semejante despilfarro. Mi economía no me lo

permitía. Era la primera y última vez que acudía a unas prostitutas.

—Tengo que hacer un hackeo. Llevo varias semanas sin hacer uno y he tenido muchos clientes, la mayoría absolutamente asquerosos —Oí mascullar a una de las prostitutas antes de que salieran de la habitación. Esperaba que no se refirieran a mí, aunque me daba exactamente igual.

—Yo también —dijo la otra prostituta, asintiendo levemente mientras cerraba la puerta a su espalda.

Pagué los cincuenta correspondientes al alquiler de la habitación al recepcionista situado en la entrada del hotel. El muy imbécil mostraba una irónica sonrisa mientras contaba los billetes con asombrosa parsimonia. De su mellada boca emanaba un insoportable hedor a alcohol. Me entraron unas enormes ganas de romperle lo pocos dientes que le quedaban, pero me contuve, no sin esfuerzo. Me dio el recibo justificante del pago sin cesar de sonreír. Lo cogí con desdén y me fui, reprimiendo mis violentos impulsos. Me arrepentía de haber hecho limpieza en la habitación antes de irme. Aunque, bien pensado, quizás no era aquel gilipollas el encargado de adecentar las habitaciones de aquella mierda de hotel.

Estaba a cero. Recordé que los trescientos cincuenta pavos que acababa de quemar eran los únicos que me quedaban en la cuenta. Sólo disponía de alguna moneda en mis bolsillos. Mi situación era crítica y no vislumbraba ninguna solución en el corto plazo.

Miré a ambos lados de la calle. No tenía ni idea del lugar donde me encontraba. Me dirigí a la derecha con la esperanza de recordar algún hito que me sirviera de punto de referencia. Transcurridos cinco minutos de interminable caminata, seguía desorientado. Desconocía los nombres de las calles y los negocios de diferente índole que se agolpaban en los bajos de la inmensa mayoría de los edificios.

Me detuve y cerré los ojos, masajeando las sienes con las yemas de los dedos. Un lacerante dolor de cabeza me impedía continuar. Los excesos de la noche anterior se estaban cobrando su debida penitencia. Intermitentes lucecitas blancas saltaban en la oscuridad de mis cerrados párpados. Qué mareo. Tuve que volver a abrir los ojos ante mi temor a un desvanecimiento. Además tenía la barriga hinchada como un globo y la boca pastosa me producía unas asquerosas arcadas. A duras penas podía reprimir el vómito. Me consolaba pensando que este malestar era una de las consecuencias por no seguir las directrices marcadas por la impostura de la sociedad en la que

vivía.

El dolor disminuía paulatinamente, tranquilizándome. Las luces artificiales de las escasas farolas presentes, se apagaron simultáneamente ante el aumento de la luz natural. En esa parte de la isla daba la sensación de que amanecía antes de lo normal. Apenas había días nublados. Un microclima especial que le confería una situación privilegiada.

Los transeúntes iban aumentando en progresión geométrica, inundando las calles. El aspecto de los ciudadanos de esta comunidad no contrastaba demasiado con el de los habitantes de la comunidad de la que yo procedía, lugar donde había residido la mayor parte de mi vida. Su indumentaria, sus descuidados rostros, su cansino caminar. Todo proyectaba la imagen de una sociedad que asumía y aceptaba su precariedad. Precariedad a la que yo me había unido impelido por un motivo más importante que mi situación e, incluso, que mi propia vida.

Contemplaba, desde aquella esquina que unía varias calles donde me había detenido, la variopinta muchedumbre. Una mujer de mediana edad arrastraba a su hijo estirando de su brazo hasta límites insospechados. El niño colgaba una pequeña maleta escolar de su espalda y lloraba desconsoladamente. El pequeño aún no era consciente de la suerte que tenía por poder acceder a una educación. Un joven lampiño, cabizbajo, portaba en una de sus manos lo que parecía un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Dos ancianos dialogaban plácidamente en medio de la acera, obstaculizando el paso del resto de transeúntes. Sólo llevaba una semana instalado allí, pero intuía que me iba a encontrar más cómodo que en mi anterior residencia. Sin embargo y, a pesar de esa sensación, era consciente de la mentira en la que vivían esos ciudadanos, igual al del resto del mundo. Mentira, que voluntaria o no, seguiría combatiendo para que fuera erradicada.

No percibía el característico olor del mar, lo que era una buena señal. Mi oficina estaba ubicada hacia el interior de la comunidad, alejada de la costa, que era donde se agolpaban los establecimientos más lujosos destinados a los turistas que se podían permitir unas buenas vacaciones. No era mi caso.

—Disculpe. ¿Me podría decir dónde está la calle álamo? —le pregunté a una joven que paseaba a un pequeño perrito atado a una correa.

—Sí, por supuesto. Se encuentra a dos manzanas en aquella dirección —me contestó, indicando con el dedo índice.

—Muchas gracias.

Caminé en la dirección que me había dicho la joven. Despacio, observaba

lo que me rodeaba con el detalle que me permitía la maldita resaca. A cada paso pisaba algo de basura, circunstancia bastante común en la mayoría de comunidades. Un alto porcentaje de los edificios estaban abandonados, con un aspecto lamentable, carcomidos por la humedad y semiderruidos. Entre unos y otros se acumulaban solares llenos de piedras que no habían resistido la verticalidad y en donde las ratas campaban a sus anchas buscando comida entre las ingentes cantidades de desperdicios. Los escasos contendedores existentes, rebosaban de mierda. Al parecer en aquella comunidad, como en muchas otras, la recogida de desechos no se realizaba diariamente. Supuse que sería así cuando aboné el importe de la tarjeta ciudadana.

Me percaté también de la escasa vigilancia en las calles. Aún no me había cruzado con ningún guarda urbano. En mi anterior comunidad ya lo había hecho al menos con dos parejas. Desconocía los niveles de delincuencia del lugar, pero me apostaría el salario de un mes a que serían peligrosamente altos.

A pesar de esta circunstancia, no veía guardas de seguridad privada en los negocios que permanecían abiertos. Personalmente me parecía un riesgo inasumible, pero cada cual que hiciera lo que considerara oportuno.

Me disponía a entrar en el edificio en el cual se encontraba mi oficina, cuando vi, que anexo a él, había una pastelería. No me había percatado de ella hasta ese instante. Estaba hambriento. Entré y escrute el interior con timidez, consciente de mi estado de penuria. El interior contrastaba con las pastelerías de mi antiguo lugar de residencia, donde la vistosidad y colorido de sus paredes y el dulce aroma de sus productos, te seducían sólo con pasar por delante de sus puertas. A pesar de ello, ésta no estaba mal. Disponía de poca variedad, pero todo estaba bien colocado. El olor era agradable y las paredes, mostradores y demás mobiliario, se mantenían en decentes condiciones.

Miré a través del cristal de los dos mostradores salivando como un perro famélico. Uno de ellos sólo disponía de tartas, así que me detuve en el otro. Pasteles y pastelillos de chocolate, merengue y hojaldre hacían canturrear a mis tripas. Me fijé en los precios, devolviéndome al mundo real. Recordé mi escasez monetaria. Miré para el empleado, que tenía sus ojos fijados en mí desde que había entrado. Me acerqué al otro mostrador y metí tímidamente la mano en el bolsillo, extrayendo las monedas que me quedaban. Las conté intentando ocultarme. Setenta centavos. Qué miseria. Inconscientemente volví a mirar para el empleado, que impassible y con el ceño fruncido, no

apartada su mirada. Me percaté de que en su brazo derecho empuñaba un revolver. ¡Joder, qué situación!

Suspire y me dirigí con decisión hacia la posición del empleado. Sospechaba que no era un simple trabajador contratado. Por su implicación en el negocio, portaba un arma en su mano, diría que era el dueño. Debería haberlo previsto. En ese tipo de comunidades las ganancias son paupérrimas y no dan para contratar a nadie.

—Perdone. ¿Qué podría comprar con setenta centavos? —pregunté, vigilante ante los movimientos que pudiera hacer el hombre.

Frunció el ceño sin mediar palabra mientras depositaba el arma bajo el mostrador. Se giro y cogió dos rosquillas azucaradas del estante que estaba colgado sobre la pared. Arranco un trozo de papel de un rollo dispuesto para tal efecto encima del mostrador y dejó encima las rosquillas con desdén. No cesaba de mirarme fijamente con una expresión de asco que me estaba poniendo muy nervioso. Dejé los setenta centavos, cogí las rosquillas y me fui para evitar males mayores.

Al salir por la puerta del establecimiento me topé de bruces con un guardia urbana. Tenía mi estatura y lucía una descuidada barba y una prominente barriga impropias de su posición. No me lo imaginaba corriendo detrás de un caco. Vestía un uniforme azul raído por el uso. El distintivo de autoridad bordado sobre el pecho estaba ligeramente separado. Todo su aspecto era precario.

—Espera —me ordenó, impidiéndome subir a mi oficina—. Enséñame tu tarjeta ciudadana.

La saqué del bolsillo de mi camisa y se la di. Apestaba a alcohol. Era una situación criticable, pero la iba a obviar, ya que no estaba para dar lecciones a nadie en ese sentido. Además, no tenía ninguna gana de buscar pleitos donde no existían. Si en el futuro seguía residiendo en esa comunidad y volvía a ver un empleado de la misma al que yo le pagaba su salario, se lo recriminaría sin dudar.

—Veo que llevas poco tiempo por aquí. Además, sólo te quedan cinco días —me recordó, levantando la mirada para, supuse, mirar el número del edificio. Maldito gilipollas.

—Sí, ya lo sé —Asentí.

—Así que detective, ¿eh? —dijo el guardia con una irónica sonrisa que dejaba ver sus amarillentos dientes manchados por el exceso de tabaco—. Y que piensa investigar, ¿a las ratas que roban en las bolsas de basura? —

preguntó, soltando una tremenda carcajada que concluyó en una tos crónica que no cesaba. Imbécil.

—¿Se encuentra bien? —me preocupé falsamente. No me interesaba llevarme mal con la autoridad de la zona. Quizás algún día necesitaría algún favor de ellos, máxime con mi situación económica.

El guardia extendió su mano para devolverme la tarjeta mientras mantenía el puño de la otra pegado a la boca. No paraba de toser. Me indicó, braceando, que podía irme.

Entré por el portal del edificio y subí, no sin dificultad, las escaleras que llevaban al primer piso mientras masticaba una de las rosquillas. Introduje la llave en la cerradura de la antediluviana puerta de mi oficina y la giré. La puerta no se abría, por lo que tuve que golpear con mi hombro para poder entrar.

Me senté sobre mi silla con ruedas y puse la otra rosquilla encima de la desvencijada mesa que completaba el mobiliario. Era incapaz de comérmela. Un punzante dolor de estómago me afligía. No debería haber comido nada. Me eché hacia atrás y cerré los ojos con la esperanza de que el dolor mitigara.

2. David Cochrane

Estaba harto de comer esa porquería. Varias latas de conserva vacías se acumulaban en el cubo de la basura. La mayoría correspondían a sardinas bañadas en pringoso aceite de dudosa procedencia. Otras, cuando tenía suerte con el establecimiento donde solía mangarlas, eran de auténtico bonito del norte. Al menos, eso reflejaba la etiqueta del envase. Mataría por llevarme a la boca un buen filete de carne. Y no era una simple amenaza.

El par de semanas que llevaba viviendo de okupa en aquel tugurio era mi peor situación en años. Sin embargo, me encontraba con fuerzas. Ni el mínimo rastro de debilidad. Era un toro. Por increíble que fuera, no había perdido nada de musculatura, la cual era imprescindible para mi trabajo. Estaba listo para repartir hostias a quien fuera.

Con todo, esto no me consolaba. Si seguía en esa situación, sabía que mi cuerpo lo pagaría. Era una auténtica putada. No tenía ni una triste moneda en el bolsillo con la que adquirir, al menos, una pequeña barra de pan. La captura por parte de los detectives privados de la ciudad de la mayoría de mis contratantes, supuso una jodienda de las gordas. Ya nadie llamaba para darme algún trabajo, por sencillo que fuera. Tenía que ofrecerme y, al menos, disponía de un punto de inicio.

El techo comenzó a gotear. Cada vez que llovía, esa mierda de apartamento abandonado se convertía en una puta cueva donde se filtraba gran cantidad de agua procedente del exterior. Me percaté de la aparición de nuevas filtraciones, una de las cuales incidía directamente en la única mesa de la que disponía. Rápidamente la cambié de lugar. La hoja de papel con los nombres y direcciones de los hackers que me habían facilitado el día antes, se había mojado. La cogí y zarandé para secarla. ¡Cago en la puta! No me podía permitir perder esa información. Soplé sobre la hoja hasta que quedó completamente seca. La tinta se había corrido en algún nombre, pero podía leerla. Joder, por poco.

Doble el papel y lo metí en el bolsillo de mi pantalón. Fui al baño a lavarme un poco. Llevaba días sin ducharme. Olí mis sobacos. No era para tanto. Abrí el grifo del lavamanos y su ronroneo me dio a entender que no había ni una puta gota de agua. Me miré en el roto espejo colgado en la pared. Me veía bastante bien para la situación, pero noté algo extraño. No recordaba por qué me había afeitado. Me encontraba raro. Ahora tenía que

esperar a que me volviera a crecer la barba.

Me puse mi gorro negro y la gabardina, metí el revólver entre los pantalones y salí del apartamento caminando por encima del abombado suelo de la misma, bajando las escaleras que llevaban a la entrada del edificio con mucho cuidado. No existía el pasamanos, así que me pegué a la pared por miedo a caerme. Cada escalón crujía con cada paso, dando la sensación de que se romperían en cualquier momento.

Ya en la entrada y a salvo, vi a un fornido tío encendiendo un cigarrillo.

—¿Me das uno? —le pedí.

—Cómpralo, payaso —me dijo mientras echaba el humo en mi cara. Sin pensarlo, cerré el puño de mi mano derecha y le golpeé con fuerza en la nariz, tumbándole.

—¡Me has roto la nariz, maldito cabrón! —gritó llevándose la mano a la cara. Estaba sangrando por la nariz.

Le cogí por ella y se la apreté, haciendo que se levantara. Chillaba como un cerdo al cual hubiesen abierto de arriba a abajo. Cómo estaba disfrutando.

—La próxima vez, te lo pensarás dos veces, gilipollas —le susurré al oído, quitándole el paquete de tabaco del bolsillo de su asquerosa camisa.

Encendí un cigarrillo y salí. Llovía con fuerza. Me encogí y corrí velozmente protegiéndome con las cornisas, aunque corría el peligro de que alguna me cayera encima.

Llegué al establecimiento que indicaba una de las direcciones que tenía apuntadas, totalmente empapado. Se trataba de una tienda de animales. No escogí aquel lugar por ningún motivo en concreto, simplemente me guie por su cercanía con mi actual vivienda. Saqué la hoja de papel para recordar el nombre del contacto. Doble la espalda para proteger el papel de la lluvia y poder leer mejor.

Entré y una pequeña campanilla de metal situada sobre la puerta, sonó para avisar de que alguien entraba. Era un lugar diminuto. Tenía dos sillones desgastados por el uso. Frente a estos, una par de espejos rotos que distorsionaban la imagen de cualquier persona u objeto que se reflejara en él. Completaba el mobiliario una mesa redonda de vidrio, cuyo cristal estaba picado por multitud de partes. Sobre ella, había varios envases, que correspondía a champús y otro tipo de productos usados, supuse, para lavar a perros y demás fauna. Sin duda era una buena tapadera. No creía que nadie entrara en aquel establecimiento de mierda, sobre todo, porque no conocía a

nadie que se gastara un centavo en cuidar a una mascota.

—¿En qué te puedo ayudar? —me preguntó una chica joven, asquerosamente delgada.

—Me llamo David Cochrane y quería ver a Bruce Mills. Me envía Rufus —Le respondí.

—Espera un momento —dijo la chica girándose, después de mirarme de arriba a abajo. Engorda un poco, zorra.

Entró por una puerta que había en el fondo sobre la cual se podía leer un cartel que decía: Privado. Oí varios animales chillando. Varios minutos después, apareció por la misma puerta acompañada de un hombre gordo, calvo y con una espesa y larga barba. Menudo cuadro. Parecían el punto y la i.

—Soy Bruce Mills —se presentó el hombre, estrechándome la mano.

—David Cochrane.

—Así que conoces a Rufus.

—Sí —afirmé—. Pero apenas nos conocemos desde hace un par de meses.

—Entiendo. ¿Y en qué te puedo ayudar?

—Quería saber si me podrías proporcionar algún trabajo.

—¿Tienes experiencia?

—Más de veinte años. Los últimos cinco estuve trabajando con la banda de Jones, pero por desgracia los freelances nos jodieron bien.

—¿Jones? No me suena. Además hace tiempo que no oigo que los privados desmantelen a nadie. Está el tema bastante tranquilo. Campamos a nuestras anchas por la faz de la tierra —se carcajeó.

¿No conocía a la banda de Jones? No me lo podía creer. Era la más famosa de la comunidad y probablemente de toda la isla. Me encantaba trabajar con ellos. Éramos los putos amos del mundo del Hampa. Fue una pena su desmantelamiento. Yo al menos tuve la suerte de no ser atrapado. Y que la cosa estaba tranquila, decía. No entendía nada. Además de Jones, habían caído muchos hackers de medio pelo y compañeros sicarios que nunca más volvería a ver y, si por casualidad los viera, no me recordarían.

—Me parece cojonudo que esté la cosa calmada —dije, sorprendido.

Bruce me miró fijamente a los ojos durante un instante mientras encendía un cigarrillo. Entorno el ojo izquierdo por culpa del humo. Guardó el paquete de tabaco sin ofrecerme. No me lo tomé mal. Era típico en los jefes de las bandas no buscar amistad con sus matones.

—Sígueme —dijo finalmente.

Entramos los dos por la puerta del fondo, sin la chica. Era un almacén con una pequeña estantería de madera a la izquierda y jaulas con pájaros, ratones y algún perro que no cesaban de hacer ruido. Sobre los estantes había algún producto, como eran sacos de comida. Varias tablillas de madera no muy bien colocadas, colgaban sobre la pared de la derecha. Bruce giró una de éstas y una pequeña trampilla se abrió en el suelo. Bajamos por una escalera que nos llevaba a la sala de hacking.

La sala tenía la estructura típica. Las paredes estaban pintadas de rojo intenso y el suelo estaba dividido en cuadritos de cristal de diferentes colores. A derecha e izquierda había dos mesas con tres ordenadores sobre cada una de ellas. Parecían de última generación, aunque era una sensación que tenía por su aspecto, ya que no tenía ni puta idea sobre ese tema. En el fondo, dentro de un agujero en la pared, la máquina de hackeado. Era más pequeña de lo habitual, pero al igual que las que siempre había visto, constaba de un amplio diván móvil donde se tumbaba el individuo y, a la altura de la cabeza, el escáner encargado de borrar e implantar los recuerdos.

Un lampiño de ojos rasgados, flacucho y con el pelo de color azul, trabajaba en varios ordenadores a la vez. Se encorbaba sobre cada uno de ellos para manejar el ratón, ya que no disponía de sillas. Putos amarillos. Acaparaban un amplio porcentaje del trabajo disponible en aquel ámbito. La verdad, viendo a éste, había que reconocer que tenían una destreza innata, como si estuviera grabada en sus propios genes.

—Veo que tenéis a un cliente —comenté para romper el silencio. Me importaba una mierda lo que estuvieran haciendo—. ¿Algún encargo?

—Sí. Es un empleado de una importante empresa farmacéutica. Alguien de la competencia quiere obtener datos secretos de la misma —explicó Bruce, sin extenderse demasiado.

Era un trabajo ilegal, como seguramente todos los que se realizaban en aquella sala, por eso estaba oculta tras la apariencia de una tienda de animales. Años atrás, los trabajos, tanto legales como los que no lo eran, se realizaban en establecimientos registrados. Sin embargo, debido a los hijos de puta de los detectives privados, que se hacían pasar por gente interesada en una manipulación mental ilícita, o simplemente entraban con una orden de registro y un informático que detectaba hackeos ilegales, lo que conllevaba una dura pena y la incautación de todo el equipo, que solía valer una pasta, se comenzó a ocultar las salas dedicadas a este tipo de manipulaciones.

Lo cierto era que los motivos para el borrado o implantación de recuerdos

eran muy diversos, pero algunos rozaban el ridículo. Recuerdo a un gilipollas que se había gastado una buena cantidad de dinero para olvidar a un perro. Pobre infeliz. Me hubiese gustado matarlo, por imbécil.

—Pasemos por aquí —dijo Bruce, indicándome el camino a seguir.

Bordeamos la mesa de la derecha y entramos por una puerta que conducía a un pequeño despacho. Dentro, un escritorio con una par de sillas dispuestas a ambos lados, completaban todo el mobiliario.

—Siéntate —dijo Bruce, indicándome la silla más cercana a la puerta. Él hizo lo propio en la otra.

Bruce sacó varios papeles de un cajón del escritorio. Los hojeó durante unos instantes, pasando rápidamente de uno a otro. Me fijaba en sus movimientos y gestos. Siempre lo hacía con todas las personas. Tenía un aire chulesco que no me gustaba nada.

—Bueno, te comento —comenzó—. Últimamente tenemos bastante carga de trabajo debido, como te dije, a que el tema está bastante tranquilo. Solemos trabajar con tres personas de confianza, pero están muy ocupados. Los clientes nos presionan y teníamos pensado contratar a más gente. Nos vienes de perlas.

—Cojonudo —dije, suspirando. Después de varias semanas arrastrándome por aquella ciénaga, por fin iba a conseguir dinero.

—Detállame un poco más tus últimos trabajos —me pidió Bruce.

—Como te había dicho, estuve trabajando con la banda de Jones. Nos dedicábamos a lo típico: secuestro de niños, captación de jóvenes para aumentar el número de drogadictos, consecución de putas... lo normal en el mundillo.

Bruce seguía hojeando los documentos sin levantar la mirada. Tenía la sensación de que me consideraba un simple matón de los barrios bajos. Era frustrante tener que venderme como un simple novato. Los buenos tiempos se habían ido y percibía un futuro miserable. Me veía trabajando para jefes de mierda, realizando trabajos de principiante y muy mal pagados.

—Bueno, tengo algo para ti —dijo Bruce, rompiendo el silencio—. Necesitamos dos putas para un prostíbulo situado en la comunidad del norte. Es un trabajo sencillo, pero si lo haces bien, tendrás más y mejor pagados.

—De acuerdo —asentí, resignado.

—Una de las chicas tiene que ser voluptuosa, que no pase de los cuarenta años. La otra, amarilla, joven y con cuerpo definido. Más o menos, tampoco echés una semana para encontrarlas —explicó Bruce mientras anotaba algo

en una de las hojas—. Te pagaré tres mil. Quinientos ahora y el resto a la entrega.

—Está bien —Joder, el sueldo era cojonudo. No me explicaba cómo pagaban tanto dinero, pero obviamente no iba a protestar.

Bruce abrió otro cajón del escritorio y sacó un fajo de billetes. Contó hasta la cantidad acordada y tiró, con cierto desdén, los billetes encima de la mesa.

—Ahí tienes. En cuanto tengas a las chicas, me llamas a este número — añadió, dejándome una tarjeta en la que estaba impreso su nombre y un número de teléfono—. Bajo ningún concepto, vengas por aquí con las chicas, ¿de acuerdo?

—Sin problema —contesté, reprimiéndome. Debía pensar que era imbécil. Cogí el dinero y la tarjeta, y me fui.

3. Allan Peirsol

Estiré el brazo antes de que el camarero se alejara con la bandeja, cogiendo así mi cuarta copa de vino de la noche. Agité el caldo y lo acerqué a la nariz, intentando aparentar la figura de un experto catador. Qué ridiculez. Mojé los labios con aquel elixir sólo destinado para unos pocos elegidos, pero mi alto estado de embriaguez me impidió apreciar su excelso sabor.

Me encantaba prodigarme por aquel tipo de fiestas. Personas de clase alta reuniéndose en suntuosas salas de hoteles de lujo, codeándose unos con otros y presumiendo de sus últimas adquisiciones en artículos de lujo. La mayoría de ellos eran herederos de inmensas fortunas logradas por sus ascendientes. Carecían de auténtica clase, como la que yo poseía. Eran repugnantes. Impostores cuyos movimientos y forma de hablar delataba su ignorancia. Inmerecidos poseedores de un estatus al que yo había conseguido acceder tras años de esfuerzo mientras ellos, petulantes borregos, lo tenían por gracia y obra del azar.

Entorné los ojos escrutando aquella fauna elitista. Vejestorios babeantes paseaban junto con sus nuevas y flamantes jóvenes parejas, agarrándolas por la cintura y mostrándolas como si de un trofeo se tratase. Los que aún llevaban tiempo con ellas, que no quería decir que fuera mucho, se separaban de éstas, haciendo corrillos en los cuales dialogaban sobre diversos temas de insoportable banalidad. Sus mujeres ya no eran motivo de presunción. La mayoría de estos enlaces se separarían antes de la próxima fiesta. Algunas de ellas, pobres ingenuas, no ahorran nada de dinero mientras permanecían emparejadas, y se separaban yéndose con una mano delante y otra detrás.

Estas mujeres se reunían al igual que sus parejas para conversar también sobre temas superfluos. Eran conscientes de su situación y no les preocupaba. Habían cumplido su sueño de disfrutar de una vida opulenta y carente de preocupaciones. Su única virtud, si se pudiera considerar como tal, era su atractivo físico. Todas, sin excepción, eran auténticas beldades.

Me fijé en sus rostros. Sonreían sin cesar y arrugaban la comisura de los labios en cada sorbo que daban a sus copas. Sus gestos delataban su tema de parloteo. Se acariciaban unas a otras sus bolsos y vestidos con las yemas de los dedos, asintiendo con la cabeza. La última moda era su perdición. Sus analfabetos maridos buscaban en esas mujeres, además de su belleza, que fueran aún más incultas que ellos mismos para mantener su superioridad.

Eran patéticos.

Fui serpenteando entre la multitud, buscando algo interesante. Lo cierto era que el tedio me consumía. La única excusa que me obligaba a permanecer allí era el excelente catering que ofrecían. A parte de los vinos, la comida era excepcional. Una variedad de manjares entre los que se encontraba caviar, jamón ibérico, el mejor marisco y todo tipo de platos de la gastronomía mundial destinados a los paladares más exigentes. Muchas veces había intentado conseguir aquellos placeres fuera de esas aburridas fiestas, pero me había sido imposible. De ahí, mi obligada presencia en muchas de ellas.

Llegué a la barra del bar y dejé mi copa medio llena sobre ella. No me encontraba bien. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Comencé a sudar en frío. Un mareo me obligó a apoyarme sobre la barra. Respiré profundamente, intentando calmarme.

—¿Se encuentra bien, señor? Está pálido —me preguntó un camarero.

—Sí, no se preocupe —Mentí. No necesitaba ayuda de un simple camarero.

—Si necesita algo, no dude en pedírmelo.

—Gracias.

Tambaleándome, me dirigí al aseo. Humedecí mi cara y cuello con agua tibia. Estaba mejorando. No era la primera vez que me ocurría. Cuando bebía demasiado, a veces padecía una brusca bajada de tensión que me llevaba al límite del desmayo. Los excesos se pagaban. Debía meditar seriamente si me compensaba sufrir ese malestar por disfrutar de unas cuantas bebidas espirituosas. De todas formas ya conocía la respuesta: un sí rotundo.

De vuelta a la sala y con la intención de irme, observé como una joven mujer me miraba. Era preciosa y tenía un cuerpo espectacular que no disimulaba bajo un ceñido vestido color dorado. Por la manera de sonreírme y caminar sabía que se trataba de una de las varias escorts de lujo que acudían a esas fiestas en busca de adinerados clientes. Pensé que no había sido un día muy agradable y quizás aquella meretriz lo arreglara. Llevaba varios días sin echar un buen polvo.

De repente, sentí que algo me mojaba.

—¡Lo siento mucho! —exclamó una mujer después de tirarme su copa de vino sobre mi camisa.

—No se preocupe —mentí. La verdad es que estaba furioso. Maldita hija de perra. Me apetecía golpearla hasta la muerte. Estrenaba hoy el traje. Era de auténtica seda y me había costado una ingente cantidad de dinero.

—Espere. Le traerá un limpiador —dijo la pelleja.

—No es necesario, de verdad. No tiene la mayor importancia, ya me iba —sonreí con falsedad. El gesto me delataba.

—Insisto. Déjeme arreglar el estropicio. Es un traje muy bonito.

Estropicio. Qué palabra más vulgar. Daba la sensación de que estaba conversando con un ciudadano de alguna comunidad decadente.

No tenía la menor intención de esperar, pero uno de los camareros de las decenas que había, vio el incidente y se acercó con la espuma milagrosa, dándosela a la mujer. No me podía librar todavía de seguir sufriendo aquella situación.

—Estire la chaqueta, por favor —me dijo la mujer, haciendo yo lo propio. La amabilidad inherente a mi clase me haría seguir sufriendo la compañía de aquella estúpida.

Roció la parte del traje manchada con la sustancia viscosa. Mientras lo hacía, observe su rostro. Era una mujer madura, aunque bastante atractiva, que a pesar de la gran cantidad de maquillaje que llevaba, se podían distinguir en su rostro varias arrugas de expresión. Tenía la tez morena y unos cautivadores ojos marrones. Debía ser de las pocas que quedaban de esa edad entre los grupos de mujeres florero presentes.

—Déjelo secar y después pásele un paño —me aconsejó amablemente.

—Gracias. No tenía porqué.

—Me llamo Lucía Figueroa —se presentó, estrechándome la mano.

—Allan Peirsol —me presenté, sin esperanzas de poder escaparme.

—Nunca le había visto por aquí —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Es la primera vez que viene?

—No. La verdad es que suelo acudir bastante a este tipo de fiestas. Y por favor, tutéeme.

—De acuerdo —contestó Lucía, sonriendo.

Desgraciadamente y en contra de mi voluntad, habíamos iniciado una conversación. Mi exquisita educación me impedía dejar a esa señora con la palabra en la boca. Intentaría terminar nuestra interacción social lo antes posible. Detestaba los diálogos con personas desconocidas y, sobre todo, cuando los temas eran banales. Además, para mi desdicha, había perdido de vista a la preciosa prostituta. Qué faena.

—¿A qué te dedicas? Espero que no sea una pregunta impertinente —me preguntó Lucía, que no cesaba de sonreír.

Qué coño le importaba a esa señora mi trabajo. La falta de educación y

estilo permeaba toda la sociedad. Estábamos destinados a la autodestrucción.

—Soy inversor.

—¡De verás! —exclamó Lucía, alzando las cejas.—Mi marido también. Te lo voy a presentar. Espera un segundo.

Maldije la puñetera coincidencia. La esperanza de escapar del aburrimiento que me producía la fiesta y sus invitados se diluía. Tuve la tentación de largarme, pero aún deseaba encontrar a la chica que me observó con mirada lasciva. La buscaría después de librarme de Lucía y su marido.

Lucía apareció cogida del brazo de un maduro hombre de pelo cano. Tenía un bigote muy bien cuidado y mostraba una sonrisa que dejaba ver una dentadura impecable.

—Allan, le presentó a mi marido, Harry —Nos presentó Lucía—. Disculpar, pero acabo de ver a una vieja amiga. Disfrutar de la conversación —Concluyó Lucía, yéndose.

—Encantado de conocerle —dijo Harry, mientras nos estrechábamos las manos.

Harry era un hombre de una enorme estatura. Me sacaba al menos dos cabezas. No me consideraba muy buen fisonomista, pero diría que rondaría la cincuentena, al igual que su esposa. Estaba elegantemente vestido con un traje gris marengo de raya diplomática. Portaba una camisa blanca, impoluta, adornada con una pajarita del mismo color que el traje.

Cuando me estrechó la mano, palidecí. La leve subida de la manga del traje, dejó visible un reloj de la marca Lexor. La correa y la esfera eran de oro macizo, con sus índices de brillantes. Estaba manufacturado a mano y se fabricaban unas pocas unidades. Su precio era mayor de lo que yo podía ganar en un año y su valor, incalculable.

Permanecía con los ojos abiertos de par en par, obnubilado por tanta belleza. Deseaba tocarlo, pero sobre todo, que fuera mío. Me temblaba la mano y la cabeza ante esa maravilla de la creación humana.

—¿Le ocurre algo? —me preguntó Harry, extrayéndome de mi ensoñación.

—No, na..da —balbuceé—. Un reloj muy bonito —indiqué, intentando no mostrar mi debilidad por la joya.

—Gracias —dijo Harry—. Tengo varios de esta marca. Es la más exclusiva del mercado.

No pude evitar fruncir el ceño. Sentimientos de envidia y rabia corrompían mi ánimo. ¿Me estaba vacilando el tal Harry?

—Vaya, no lo sabía —afirmé con una sonrisa intentando dar a entender que no me importaba en absoluto el reloj. Deseaba derivar la conversación por otros derroteros.

Permanecimos en silencio durante unos instantes, mirando a nuestro alrededor sin observar nada. Típico comportamiento cuando no había nada que decir.

—Mi esposa me ha dicho que es usted inversor —dijo Harry, cuando estaba a punto de darle una disculpa para irme.

—Así es —asentí, lacónico.

—¿Para qué empresa trabaja?

—No trabajo para ninguna. Soy un particular.

—Vaya, eso está bien. Y parece que no le va nada mal, por lo que veo.

—No me puedo quejar —contesté mientras escrutaba la sala buscando a la chica. Quería irme de allí lo antes posible.

—¿Qué le parecen estas fiestas? —continuó Harry, cambiando de tema. Menos mal. Pensé que sería el típico pedante que acudía a las mismas para hablar sobre el trabajo.

—Aburridas. Vengo por el catering —me sinceré

—Como la mayoría —dijo Harry esbozando una amplia sonrisa—. ¿Vino sólo o acompañado?

—Sólo. Y por favor, tutéeme.

—De acuerdo —sonrió de nuevo—. ¿Tienes ganas de divertirte? Ven conmigo y te presentaré a unos amigos.

Estaba encadenado. Seguí a Harry a través de la sala mientras seguía buscando sin fortuna a la chica. Quizá otra persona había contratado sus servicios. Maldecía la torpeza de Lucía.

Llegamos a una pequeña mesa situada en una esquina de la sala, alejada del ruido provocado por el gentío. Alrededor de ella, estaban sentados dos hombres. Uno, aparentaba más o menos mi edad y el otro era algo mayor.

—Siéntate por favor —me dijo Harry, indicándome una silla.

Acto seguido me presentó a los dos hombres. El más joven se llamaba Mike y el mayor, James. La primera impresión fue desagradable. Tenía la sensación de que se trataba de gente snob cuya únicos temas de conversación eran estupideces relacionadas con temas intrascendentes, como podían ser la moda o los coches. No sabía qué tipo de diversión me procurarían.

—¿Quiere un puro? —me ofreció amablemente James.

—No gracias. Sólo fumo cigarrillos —contesté, sacando mi paquete y

encendiendo uno —Y por favor, tutearme. Era la enésima vez que lo repetía. Qué hastío.

—¿A qué te dedicas? —indagó Mike.

—Soy inversor particular —dije, asqueado por la pregunta.

—Vaya, como todos aquí —exclamó James, sonriendo. Qué ilusión me hacía —Parece que no te va nada mal.

—No me puedo quejar —vivía en un bucle.

No sabía a ciencia cierta qué hacía allí sentado con esas personas. Sus gestos, su postura, denotaban un carácter soberbio, altanero, pero sin clase. Poseía un don especial para detectar a esos farsantes.

Exhalaban al unísono el humo de sus puros comentando la exquisitez de su sabor. No era cierto que no me gustaran los cigarros, pero no aquella basura que estaban fumando. Su vitola delataba su calidad. Pésima.

—Allan, ¿qué opina de las posibilidades actuales del borrado e implantación de memoria? —me preguntó Mike.

La pregunta me sorprendió. Pensé que la conversación giraría en torno a la inversión. No obstante los cuatro nos dedicábamos a ello. Hablaríamos de acciones y derivados, de la situación económica durante un rato, para después poder escaparme de aquel cautiverio.

—Sinceramente no tengo una opinión fundada. Nunca he tenido ninguna experiencia de ese tipo. Pienso que está pensado para los débiles mentales.

—¿De veras? —se sorprendió James, alzando las cejas—. Estábamos hablando de las nuestras antes de que llegaras. Harry iba a contarnos la última suya.

Harry carraspeó poniendo el puño sobre la boca. Se acomodó sobre su silla. Su rostro se tornó serio, mostrando cierto grado de incomodidad. Daba la impresión de que su relato no pasaría desapercibido. Las experiencias que había escuchado a otras personas se circunscribían básicamente a implantes relacionados con viajes que físicamente no podían hacer o borrados de algún tipo de acontecimiento traumático.

—Hace un par de meses me encontré con un viejo amigo —comenzó Harry, interrumpiéndose para beber un trago de whisky—. Después de saludarnos y preguntarnos por la situación de nuestras respectivas vidas, surgió el tema del hacking mental. Hablamos durante unos minutos sobre cómo cada vez un mayor número de personas de diferente estatus social acudía a estos centros para aplicarse borrados e implantaciones de diferente índole, pero, sobre todo, para contratar servicios ilegales —se detuvo para dar

otro trago a la copa. Parecía un extraordinario narrador— Le expliqué que yo nunca había necesitado ir a ninguno de esos centros y, menos, para contratar ninguna labor por encima de la ley. Soy una persona con dinero y, si quiero viajar, viajo. Implantar artificialmente algo que puedes hacer realidad, me parece una estupidez.

Todos asentimos, pero ninguno comentó nada al respecto. El tono con un corte de suspense que mantenía Harry nos tenía embobados.

—Después de esto —continuó Harry—, mi amigo me habló de los aspectos más oscuros de este negocio. Vamos, de los servicios al margen de la ley a los que se refería. Aspectos que yo desconocía. Al parecer, existen grupos organizados inmorales, por definirlos de alguna manera, que se comportan como una auténtica mafia. Secuestraban mujeres para implantarles una vida nueva dedicada a la prostitución. A jóvenes les inducen adicciones de todo tipo, para que consuman el mayor número de drogas posibles. Incluso hay grandes empresarios que pagan para que, cada vez que una persona acude voluntariamente a hacerse un hacking, le implanten una necesidad de consumir el producto o servicio que comercialice su empresa.

—Sí, yo ya había oído hablar de ello —interrumpió James—. Tienes que interaccionar más con la vida real y dejar de trabajar tanto y sólo acudir a estas fiestas elitistas —concluyó con una carcajada.

Mike y yo acompañamos la carcajada de James con una amplia sonrisa. La verdad es que estaba disfrutando de la compañía. Un camarero llenó los vasos de whisky de mis contertulios, sirviéndome otro a mí. Aunque no era una de mis bebidas favoritas, no quería romper la sintonía del momento y me negué a cambiarlo.

—Lo más inquietante de todo, es que quizás nos hayan implantado nuestro gusto por el whisky —dije, intentando entrar en la conversación y no parecer descortés.

Un gélido silencio hizo acto de presencia. Todos dimos un pequeño sorbo a nuestras copas, mirándonos. Éramos conscientes de que no podíamos asegurar con rotundidad que nuestra propia vida no estuviera manipulada. Era de ilusos pensarlo, aunque quizá no le diéramos mayor importancia debido a nuestras acomodadas vidas.

—Bueno —dijo Harry, rompiendo el silencio—. Viendo que todos estáis al tanto del mundo que nos rodea —rio—, concluiré mi relato. Mi amigo añadió que existía un grupo que ofrecía la posibilidad de matar a una persona con total impunidad.

—¿Cómo? —pregunté, curioso.

—Sencillo. Te dan la posibilidad de escoger a la víctima. Dependiendo del nivel de adaptación social que ésta tenga, te piden más o menos dinero, pero siempre grandes cantidades. Es lógico, estamos hablando de un asesinato.

—¿A qué te refieres con el nivel de adaptación social? —indagó James, mientras seguía dando buena cuenta del whisky y ahumándonos con las enormes bocanadas que le daba al cigarro puro.

—Si por ejemplo quieres matar a un indigente, el precio sería menor, porque se supone que carece de familiares y amigos que puedan pedir una investigación más exhaustiva a la autoridad o contratar servicios privados para este cometido. Incluso teniéndolos, no podrían sufragar dicha investigación. Si, por el contrario, deseas matar a una persona de buena posición social y que disponga de un gran patrimonio y familiares que se preocupen por él, como yo —sonrió, haciendo nosotros lo propio—, el coste tengo entendido que es desorbitado.

Todos asentimos al unísono sin salir de nuestra perplejidad. El grado de deshumanización que había adquirido la actual sociedad era realmente vergonzoso. Sin embargo, me causaba un indescifrable morbo el hecho de poder asesinar impunemente.

—Pero de todas maneras, alguien podría comenzar la investigación y cogerte —aseveró Mike.

—No —continuó Harry—. Aquí es donde entra la manipulación mental. Encargan a uno de sus esbirros que secuestren a una persona marginal que carezca de familia o gente que se preocupe por él, y le implantan la escena del asesinato y un sentimiento de culpabilidad para que declare que él es el autor del mismo. Incluso, por si genera dudas, se manipula a más gente para que declaren que el ficticio asesino tenía un móvil para hacerlo. Lo tienen todo muy bien organizado.

Estupefacto ante el relato de Harry, terminé de un trago la copa. Había escuchado muchas cosas en relación a los hackers, pero nunca nada tan tenebroso como aquello.

Cada vez me encontraba más cómodo. Mis acompañantes no eran para nada aburridos y la oferta de Harry se había cumplido con creces. Era de caballero reconocer que relataba con un lenguaje impecable, para nada soez e irreverente como solía ocurrir en la mayoría de farsantes elitistas. Harry era una persona culta, sin duda. Y tenía mucha clase. Sus gestos también le delataban.

—Y tú, Harry....—dudó James, sabiendo los demás lo que iba a preguntar —, ¿lo hiciste?

—No —dijo, negando con la cabeza—. Pero me lo estoy planteando — espetó, dejándonos perplejos.

La respuesta me dejó descolocado. Harry parecía una persona agradable y sensata. Nunca habría imaginado que ni siquiera pudiera pasársele por la cabeza cometer semejante atrocidad. Era increíble lo que podría llegar a hacer un hombre cuando te aseguran absoluta impunidad.

—¿Tienes el contacto? —preguntó James, sorprendiéndonos.

—Sí —afirmó Harry, extrayendo una tarjeta de la cartera que tenía en el bolso de la camisa—. Apunta.

James y Mike cogieron una servilleta de papel y sacaron cada uno una pluma. Apuntaron el nombre y el número de teléfono del hacker que proporcionaba el servicio.

—¿Me dejas la pluma? —le pedí a James, que amablemente me la dejó. Cogí también una servilleta y apunté los datos. Tenía sentimientos contradictorios. Por un lado me parecía aberrante, pero el morbo era incuestionable.

Guardé la servilleta en el bolsillo derecho de mi pantalón incorporándome ligeramente, mientras que con la mano libre cogía mi vaso de whisky, que de nuevo estaba lleno. Un silencio sepulcral se instaló en la mesa. Giré la cabeza para observar el salón. Quedaban pocas personas y la mayoría de ellas se encontraban en estado de embriaguez. Un gran reloj de aguja ubicado en la pared del fondo mostraba las dos de la mañana. La conversación tan interesante que me habían ofrecido mi inesperados acompañantes, me hicieron perder la noción del tiempo. Repentinamente vi, para mi satisfacción, a la preciosa escort. Nos cruzamos las miradas y volvió a sonreírme. La deseaba.

—Bueno chicos, me tengo que ir. He visto a una amiga —dije, incorporándome.

—Venga Allan, quédate un poco más —dijo James, que parecía un cachondo.

—No, de verás, me tengo que ir. Hace tiempo que no veo a esa amiga. Ha sido una velada insuperable. Espero volver a repetirla.

—Cuando quieras —dijo amablemente Harry, extendiendo su mano para estrechármela.

Hice lo propio con James y Mike, liquidé el whisky de un trago y me

dirigí hacia la barra. Tenía que concentrarme para no andar dando tumbos. Qué mareo. Portaba una agradable, esta vez sí, borrachera.

Me acerqué a la barra y pedí dos vinos blancos, procurando no perder de vista a la mujer. Era extraño e inusual que una prostituta de lujo aún estuviera contoneándose por ese tipo de fiestas a esas horas tan intempestivas. Supuse que no había tenido éxito, lo cual me alegraba.

Permanecí mirándola directamente a los ojos, esperando que ella hiciera lo mismo. Giró la cabeza y mantuvimos la mirada durante un instante. Le sonreí y su repuesta fue la óptima: se acercó a mi posición.

—Hola —saludo con su sensual voz.

—Hola. ¿Te puedo invitar a una copa? —le pregunté a la chica.

—Por supuesto.

—Me he tomado la libertad de pedirte un vino blanco. No sé si será de tu agrado.

—Claro que sí, cariño —me susurró al oído, mientras acariciaba mi pecho.

Aún era más bella en las distancias cortas. Sus carnosos labios rivalizaban con unos enormes ojos verdes custodiados por unas escandalosas pestañas. Emanaba un olor atrayente. Un perfume que te empujaba al deseo. Con cada movimiento, sus turgentes pechos y sus redondeadas caderas me hacían perder el sentido. Mi estado de embriaguez no disminuía para nada mi libido ante semejante beldad. Quería que se estremeciera entre mi cuerpo con mis brutales acometidas.

—¿Nos olvidamos del vino y nos vamos? —no aguantaba más.

—De acuerdo —respondió con una sonrisa—. Pero antes, ¿me podrías decir cuánto te han costado las copas de vino?

—No sé —balbuceé. No comprendía a qué venía aquella pregunta—. Diez, creo.

—¿Te parece caro?

—No mucho. Lo normal —era esperpéntico. Me estaba poniendo nervioso.

—¿Cuánto pagarías por mí? —preguntó, mientras pasaba el dedo índice por la boca de su copa —Por toda la noche.

—Entiendo. Pues no sé. ¿Quinientos?

—Inténtalo otra vez.

¡Joder! Le parecía poco. Ahora entendía por qué no se había ido con nadie en toda la noche.

—Setecientos —oferté.

—Otra vez —dijo la prostituta sonriendo.

Era un dineral y aún no estaba de acuerdo. No hubiese hecho ninguna oferta más si no fuera porque me atraía hasta unos límites inefables.

—Mil —pero esa sería mi última oferta.

—Hecho —accedió la prostituta. Rodeé mi brazo por su cintura, y nos fuimos a mi apartamento. Exprimiría los mil hasta el último centavo.

4. Leo Sean Anderson

Habíamos llegado al maldito bache. Siempre me dormía al poco tiempo de sentarme, apoyando la cabeza sobre la ventanilla. El traqueteo producido por las maltrechas carreteras era hipnótico. Sin embargo, cuando el autobús llegaba a aquel enorme boquete que horadaba el cemento de la calzada, el bote era tan fuerte que me despertaba, golpeándome contra el cristal.

El cretino del conductor nunca lo libraba. Parecía imbécil. Ciertamente era que ocupaba prácticamente todo el carril por el que circulábamos, pero a esas horas tan intempestivas, nadie solía venir en sentido contrario, lo que le permitiría pasar por el otro carril.

Aún somnoliento, miraba a través de la ventanilla. La escasa luz artificial se proyectaba con lúgubres sombras sobre los abandonados edificios del lugar. Barriadas enteras de pisos y apartamentos antaño ocupados por trabajadores y familiares de estos, estaban permeados de maleza y carcomidos por la intemperie. Era triste y penoso.

La mayoría de las empresas de la zona habían ido paulatinamente trasladándose a la comunidad vecina. Los salarios eran mucho más baratos y los trabajadores más dóciles. Yo por suerte, o por desgracia, no lo tenía muy claro, llevaba quince años trabajando de estibador en el enorme puerto de nuestra comunidad. El sueldo era decente y el empleo bastante seguro, pero estaba harto. Me pasaba todas las noches descargando mercancías de enormes barcos que procedían de infinidad de lugares de este puto planeta y no aguantaba más.

Me bajé del autobús en dirección a mi casa. La parada estaba a unos trescientos metros de la misma, pero era una zona bien iluminada y con suficientes agentes urbanos que nos protegían de la delincuencia. Contrastaba con la zona anterior por la cual pasábamos diariamente. Pertenecíamos todos a la misma comunidad, sí, pero los recursos proporcionados por los residentes mediante el abono de la tarjeta ciudadana se utilizaban en las zonas con mayor densidad de población. Era lógico e injusto. No era menos cierto que otros gastos, como la vivienda, eran bastante más elevados.

Abrí la puerta con sigilo. No quería despertar a mi esposa y a mi pequeño. Normalmente me preparaba una especie de aperitivo antes de acostarme, pero ese día notaba un enorme nudo en el estómago que atenazaba mi apetito. Algo no iba bien en mi vida, pero no sabría decir el qué. Una extraña y

agobiante sensación se estaba apoderando de mí.

Aparté las mantas de la cama con sumo cuidado. Recordé que tenía que levantarme pronto ya que el movimiento nos había convocado para hacer una manifestación. No tenía ni puñetera gana de ir, pero era mi obligación. Me gustaría quedarme dormido todo el día hasta la hora de tener que ir de nuevo a trabajar. Puse el despertador del móvil y me acosté.

—¿Qué tal el día? —me preguntó mi mujer, sin moverse ni abrir los ojos.

—Como siempre. Duérmete.

Me desperté poco antes de que sonara la melodía del teléfono. Siempre me ocurría lo mismo. Tenía una especie de reloj interno que sabía cuando debía de hacerlo. Sólo tres horas. Estaba agotado y un poco ansioso. Esa extraña sensación seguía atenazándome.

No había nadie en la casa. Raquel llevaba todas las mañanas a Brian al colegio y después iba a trabajar a jornada parcial al supermercado donde llevaba unos diez años. Lo cierto es que éramos unos privilegiados. Teníamos los dos trabajo, lo que nos permitía pagar nuestra residencia, la escolarización de nuestro hijo y algún que otro capricho. Por desgracia, no todo el mundo podía decir lo mismo.

La llegada al mundo de nuestro retoño supuso un duro golpe a la economía familiar. Nosotros nos encontrábamos en una posición desahogada pero, cuando planificamos tener descendencia, no imaginábamos lo costoso que iba a suponer. Primero fueron los pañales, la leche, la comida especial y la guardería. A ello había que añadir los cuidados médicos de un buen pediatra, acentuado por las carísimas medicinas y vacunas necesarias para una buena protección de la salud del niño. En este punto, llegamos a dilapidar los pocos ahorros que habíamos conseguido amasar durante nuestra vida en común. Al menos, nosotros pudimos gastarlos. Otros se quedaron sin ellos debido a las quiebras bancarias.

Fue un momento de nuestra vida bastante conflictivo. A duras penas llegábamos a fin de mes, e incluso tuvimos que negociar una carencia en el pago del alquiler de la vivienda con nuestro casero. Por suerte, era una persona bastante comprensible y nos permitió tres meses de respiro. Era eso o no pagar la tarjeta ciudadana de los tres, lo que hubiese supuesto la expulsión de la comunidad.

Por suerte, un poco después de esta situación límite, yo fui ascendido en mi empleo, aumentándose, eso sí, la carga de trabajo. Pase de ser ayudante a

oficial de segunda. Y de realizar nueve horas de trabajo a doce, mejorando mi sueldo lo suficiente como para poder quitarnos la soga del cuello.

Con el paso de los años incluso pudimos permitirnos ahorrar de nuevo algo de dinero, pero también lo tuvimos que gastar. Cuando Brian cumplió la edad adecuada, le metimos en un colegio cercano a nuestra vivienda. La matrícula primero, unida al uniforme y el material escolar, nos secó la cuenta. La cuota mensual era elevada, pero podíamos permitirnosla y seguir ahorrando algo para los gastos iniciales del comienzo de cada año escolar y algún capricho. Era cierto que había colegios más asequibles, pero no merecían la pena. Tenían pocos recursos y los alumnos era prácticamente abandonados a su suerte. Sólo valían como una guardería, no como centro educativo.

Ése era el mundo el que estaba inmerso una parte de la población de nuestra comunidad. Y dábamos gracias. El resto de los ciudadanos de nuestra comunidad y de otras, exceptuando nuestros ricos vecinos, sobrevivían a duras penas. El mundo era un auténtico y putrefacto vertedero.

En ese preciso momento, cuando tuve a mi hijo, es cuando definitivamente decidí unirme al movimiento de la amapola. Siempre había sentido algo más que una simple simpatía por ellos. Una vocecita interior me decía que yo debía estar en esa lucha, pero nunca acababa de dar el paso. Cuando observe meditabundo el mundo que le podía dejar a mi hijo, no tuve ninguna duda.

La población en general pensaba que éramos unos desarrapados que querían acabar con su libertad. Nada más lejos de la realidad. Cuestionábamos el mundo en el que vivíamos y queríamos transmitir nuestra opinión sobre él. No existía libertad si nos borraban la historia, tanto personal como la del mundo entero.

Heme allí, frente al espejo del baño, aseándome. Sentía que algo no iba bien. Una incomodidad que llevaba tiempo acompañándome y que me asustaba. No disfrutaba de nada, ni siquiera de mi familia. Era como si algo estuviera devorando mis ganas de vivir.

Cogí la toalla para secarme y sentí un pequeño dolor en el hombro. Palpé con la yema de los dedos la cicatriz. En ocasiones aún me dolía, sobre todo con los drásticos cambios de temperatura.

Me quedé absorto mirando para ella a través del espejo. Hacía la friolera de diecisiete años que tenía esa marca en mi cuerpo. Aquel día, casi me muero. Dos miserables, que no eran unos demonios, simplemente personas abandonadas a su suerte por una sociedad amoral, me atracaron. Después de

tanto tiempo, aún me cuesta creer que me rebelara. Ese fue mi error y por el cual recibí el disparo que, por azar me dio en el hombro. No solía enfrentarme en esas situaciones, pero era el recuerdo que tenía.

Mis recuerdos anteriores al incidente parecen difusos. Es como si no los hubiera vivido en primera persona. Eran como un relato que alguien me hubiera contado y yo habría hecho como propio. A partir del atraco, todo es más vívido, más real. Qué sensación tan extraña.

Llegué algo tarde a la manifestación. Mis compañeros de la amapola ya estaban allí. La mayoría de ellos no trabajaban o lo hacían en trabajos en los que eran contratados por pocas horas. Malvivían a duras penas, ayudándolos el movimiento, el cual destinaba una parte de sus recursos a ayudar a sus integrantes y a personas desfavorecidas.

Los miembros de la iglesia del olvido ya estaban también en el lugar. Desde un atril improvisado, su líder soltaba el sermón ante sus fervorosos simpatizantes. Aplaudían sin cesar cuando enfatizaba el discurso en la parte que le interesaba. Qué gilipollas. Siempre lo mismo. Que los recuerdos coartan nuestra libertad. Que no cedamos ante los que nos quieren quitar la libertad. La misma mierda de siempre. Pero por desgracia, estaba impregnada en la mente de la población.

Nosotros, separados de ellos por un cordón policial para evitar disturbios, gritábamos nuestro mensaje. Me metí en el grupo sin que nadie en principio se percatara de mi presencia. Logan, el líder de nuestra zona, echaba su cuerpo contra los escudos con los cuales se pertrechaban los integrantes de la guardia. Era una persona vehemente e iracunda, lo cual le había costado más de un golpe y algún que otro juicio.

Mis compañeros se abalanzaban sobre el cordón siguiendo a Logan. Varias de las personas que escuchaban la perorata de la iglesia del olvido, se colocaron a la espalda del cordón policial provocándonos con insultos. Otros simplemente negaban con la cabeza mirándonos con desprecio, queriendo manifestar su superioridad moral e ideológica. Qué asco daban. La mayoría de ellos eran gente con dinero que procedía de nuestra vecina comunidad y ricos ciudadanos de la nuestra que por diferentes motivos decidían residir aquí.

La situación se estaba tornando peliaguda. La policía sólo se preocupaba de nosotros y en absoluto de los insultos proferidos por las personas situadas a su espalda. Era la misma injusticia de siempre. Los cuerpos de seguridad

eran unos corruptos, y todo el mundo sabía que la iglesia los trataba muy bien. Cerdos de mierda.

Yo no era una persona excesivamente beligerante, pero muchos de mis camaradas, sí. Observaba sus rostros desencajados, con las venas del cuello inflamadas por las voces. Estaban totalmente fuera de sí. En mis comienzos yo había tenido esa pasión, la cual se había ido diluyendo con el paso de los años. Ahora, aunque seguía defendiendo lo que me parecía una tremenda injusticia, ni sentía ni padecía. Cada vez menos.

Casi me caigo al suelo por culpa de los empujones. Me encontraba encajonado en el centro del grupo. Éste había aumentado, uniéndose gente de la zona a nuestra protesta que no eran pertenecientes del movimiento, pero que simpatizaban con él. Existía mucha gente así por todo el planeta. Apoyaban la causa, pero tenían miedo. El terror que suponía el hecho de que pudieran juzgarte, la mayoría de veces infundadamente, y eliminar toda tu vida. Era peligroso, sí, pero merecía la pena.

La policía comenzó a cargar, golpeando con sus porras a la primera línea de la manifestación. Era de esperar. El siguiente paso sería utilizar sus pistolas eléctricas. Era el momento de dispersarse. Si alguien quedaba aislado, con toda probabilidad le detendrían, y podría ser fatal. Un juicio rápido, testificaciones falsas y desaparición antes de que nosotros pudiéramos hacer absolutamente nada. Ya había ocurrido en multitud de ocasiones.

Uno de los miembros del grupo exhortó a Logan que ordenara la retirada. En principio, hizo caso omiso. Sus ojos inyectados en sangre denotaban que no atendía a razones. El miembro consiguió llegar hasta él y le comentó algo inaudible debido al ensordecedor ruido. Inmediatamente, con un movimiento del brazo que todos conocíamos, ordenó que nos largáramos de allí. Era lo mejor que podíamos hacer.

No separamos rápidamente, corriendo en todas direcciones. Oí cómo los canallas a nuestra espalda aplaudían mientras continuaban insultándonos. Eche un pequeño vistazo y vi como apresaban a varios de los nuestros. Joder, no teníamos que haber apurado tanto la situación. El culpable era el capullo de Logan. Se excedía constantemente en las formas de actuar.

Me dirigí dirección sur, hacia mi casa. Después de varios metros corriendo me percaté de que nadie me seguía y me detuve a tomar un poco de aire. Estaba agotado. En los últimos tiempos el exceso de trabajo, Brian, y la falta de sueño, pasaban su debida factura.

De repente, vi como alguien giraba la esquina hacia mi posición. Hice

ademán de ponerme a correr de nuevo, pero me di cuenta de que no era la policía. Se trataba de Lí, un joven lampiño de ojos rasgados, advenedizo del movimiento. Logan corría junto a él.

—¡Hostia! Por los pelos —exclamó Logan, cuando ambos llegaron a mi posición.

—De por los pelos nada —dije frunciendo el ceño—. Han detenido a alguno de los nuestros.

—Son cosas que pasan. Cuando nos integramos, sabemos a lo que nos podemos atener.

—Es fácil decir eso cuando no se trata de uno mismo.

Logan me lanzó una ofensiva mirada. No le había gustado ni un ápice mi insinuación, pero me importaba un bledo. Ciertamente era que sabíamos los riesgos que conllevaba pertenecer al grupo, pero siempre eran los mismos los que pringaban.

—No te preocupes, Leo —dijo Logan, cambiando el semblante y mostrando una sonrisa—. Actuaremos con rapidez y te prometo que los vamos a liberar. Desde los últimos incidentes con nuestros compañeros —se refería a cuando eran juzgados con celeridad y desaparecían del mapa— hemos organizado un protocolo para resolver este problema —continuó, sacando el móvil del bolsillo del pantalón y tecleando—. Ahora mismo estoy avisando a dos de nuestros abogados para que acudan a las dependencias de la policía ipso facto. Protegerán los derechos de nuestros miembros. Además, hemos grabado la manifestación desde cierta distancia para tener pruebas de que no hemos agredido a nadie en ningún momento.

Vaya, parecía que estábamos mejorando. No confiaba mucho en todo ese proceso, ya que los jueces, como todo ese maldito planeta, estaban corrompidos y podrían desestimar cualquier tipo de prueba. Usar grabaciones no solía ser útil, ya que, en nombre de la libertad de las personas, eran desechadas por ir en contra de los derechos fundamentales. Pero de todas maneras, algo era algo.

—Esperemos que funcione —Asentí, sin convencimiento.

—Yo me tengo que ir —dijo Li, largándose.

—Yo también me largo —dije, mientras me giraba.

—Espera Leo —me detuvo Logan—. Quería comentarte algo. Tenemos un tema entre manos bastante complicado. Llevas tiempo con nosotros y admiramos tu implicación a pesar de tus compromisos laborales y familiares. Necesitamos gente madura e inteligente para un asunto. Si no tienes

inconveniente, podríamos reunirnos mañana en nuestra guarida de la parte sur del puerto. ¿Qué me dices?

Qué coño querría. No tenía ni puñetera gana de hacer nada. Estaba agotado y bastante harto de todo, incluso del movimiento. Sin embargo, me pico cierta curiosidad por saber qué era eso tan importante y que necesitaba de mi ayuda.

—De acuerdo —confirmé—. ¿A qué hora nos vemos?

—Lo antes posible.

—Estaré allí sobre las siete de la mañana, cuando termine mi jornada laboral.

—Nos vemos entonces. Gracias.

Seguimos nuestro camino, separándonos. Deseaba llegar a casa y acostarme un poco antes de que llegaran Raquel y Brian.

5. Ray Carmichael

Los fuertes golpes sobre la puerta me despertaron repentinamente, haciendo que impulsara, de forma involuntaria, la silla con los pies, golpeándome contra la pared. Me había dormido teniendo de nuevo mi recurrente pesadilla. En ella, yo era una persona inmoral, sin ningún tipo de escrúpulos. En la primera parte de la repetitiva pesadilla, disfrutaba de una vida de opulencia sin ninguna preocupación excepto mantener mi estatus social. En la otra, me dedicaba a subsistir en este mundo indecente delinquiendo sin ningún tipo de remordimientos. Qué extraño. Llevaba varios días sufriendo la maldita pesadilla. Quizás era una especie de demostración de deseos primarios reprimidos al haber llevado una vida ligada a la honradez más absoluta.

El individuo no cesaba de llamar, aturdiéndome. El timbre estaba estropeado, al menos, desde que yo me había instalado. Me estaba comenzando a cabrear.

—¡Ya voy! —exclamé, incorporándome.

Abrí y me encontré con una joven de pequeña estatura. Tenía una constitución atlética, vestía un vaquero muy ceñido y una camiseta de corta manga que permitía ver lo que parecía la parte inferior de un dos tatuajes, uno en cada brazo. La mitad de la cabeza tenía el pelo rapado y la otra, una larga cabellera que la caía sobre el hombro. Bajo varios piercings que adornaban su cara, intuía un rostro bastante atractivo, marcado por unos profundos ojos negros.

—¿Qué quieres? —pregunté, somnoliento.

—Venía por la oferta de trabajo.

Al llegar a mi nueva residencia, había puesto en los principales portales de búsqueda de trabajo, una oferta de ayudante de detective. Necesitaba una persona que conociera la zona, que me apoyara en las investigaciones y que se encargara también del trabajo administrativo que yo tanto odiaba. La verdad es que no esperaba que nadie se presentara tan pronto. A pesar de la pésima situación económica, mi trabajo era de alto riesgo y estaba muy mal remunerado.

—Está bien. Pasa —le dije, cerrando la puerta cuando entró.

La chica, para ser tan diminuta y llevar un aspecto tan moderno, caminaba de forma muy seductora. Tenía unos bonitos pechos y un atractivo trasero.

—Siéntate, por favor —le dije, indicándole la silla.

Acerqué la mía a la mesa, que aún se encontraba en contacto con la pared, y me senté.

—¿Cuál es tu nombre?

—Lía Figueroa.

—¿Tienes alguna tipo de experiencia en el campo de la investigación? —le pregunté, escrutando disimuladamente los tatuajes de sus brazos. Parecían rostros de personas, pero era incapaz de asegurarlo. Estaban muy mal hechos. Los jovencitos se ponían en manos de cualquier carnicero sin experiencia alguna, mancillando así sus tersos cuerpos. Era una pena estropear tanta belleza, como era el caso.

—La verdad es que no, pero aprendo rápido —respondió con rotundidad, arrugando el entrecejo. Daba sensación de seguridad y confianza en sí misma.

—No puedo perder el tiempo en enseñar a un novato desde el principio. Así, que si me disculpas...

—Espera —me interrumpió, moviéndose hacia adelante. No tenía intención de cortar la conversación. Era sólo un truco para ver su reacción—. Tú eres nuevo en esta parte de la ciudad. Lo sé, porque en este despacho trabajó otro detective que fue asesinado hace más o menos un mes —era cierto—. Desconoces las calles, las personas, los contactos, el funcionamiento de la seguridad. Yo tengo un amplio conocimiento del callejero y te podría poner en contacto con decenas de personas que necesitan tus servicios.

Sus ojos emitían un destello especial. Reflejaban un marcado carácter y un deseo irreprimible de participar activamente en este mundo que me había ocupado durante los últimos veinte años. Me recordó mis comienzos, cuando era un joven lampiño y me presenté con el mismo coraje en el despacho de mi mentor, el detective Andrew Best.

—Es un mundo muy peligroso y eres una chica muy joven. ¿Por qué ese ímpetu? —inquirí.

Lia se acomodó en la silla y suspiro levemente.

—Siempre he estado preocupada por la amenaza que supone el hacking, sobre todo en esta parte de la ciudad. Escuchaba los lamentos de las madres cuyos hijos habían desaparecido. De padres cuyas hijas se introducían inexplicablemente en el mundo de la prostitución. Y así, un montón de historias. Deseo terminar con ello de una vez por todas —concluyó, apretando los puños

—Entiendo —asentí—. Pero te voy a dar tu primera lección: es imposible acabar con ello. No te pongas objetivos tan pretenciosos. Te lo digo por experiencia. Consuélate con solucionar los problemas de algunas personas, sino, te frustrarás.

Veía mucho de mí en aquella chica. Esa rebeldía que por desgracia se pierde con el tiempo y que nunca más volvemos a recuperar. La pasión innata por acabar con lo que nos ofende y que convertimos poco a poco y sin darnos cuenta en un carácter mucho más conservador. Como añoraba, en parte, esa sensación que ahora embargaba a Lía y su convencimiento de poder cambiarlo todo radicalmente.

—Yo creo que se puede conseguir —dijo Lía, confirmando lo que pensaba y mirándome con timidez, como si fuera un maestro que la iba a regañar.

—¿De dónde viene esa pasión? —pregunté, sonriendo.

Lía me miró de nuevo con lánguidos ojos, suspirando. Me daba la sensación de que estaba dudando en contarme algo importante. Era lógico. No me conocía de nada. Por qué iba a confiar en mí.

—Hace unos meses —comenzó finalmente—, mi propio hermano tuvo un drástico cambio de actitud. Era una persona amable y muy saludable, pero comenzó a comportarse de manera extraña. Llegaba tarde a casa y dejó de realizar deporte, que tanto le gustaba. Su aspecto empeoró velozmente hasta el punto de adelgazar veinte kilos en tres meses. Después de hablar con él una noche en la que le encontré llorando en su habitación, me confesó que se estaba drogando. Intentamos ayudarlo, pero fue en vano. Hace tres días que murió de una sobredosis —concluyó Lía, con los ojos humedecidos.

—¿Crees que fue manipulado?

—Seguro —afirmó con rotundidad Lía frunciendo el entrecejo. No le había gustado nada mi pregunta.

—Lo siento de veras. En este mundo no podemos siquiera tomar nuestras propias decisiones. Nos han negado el libre albedrío.

Permanecimos en silencio durante un eterno instante. Estaba convencido de que pensaba lo mismo que yo. Vivíamos en una impostura, la cual prevalecería si alguien no actuaba. Nosotros estábamos para eso, intentando aportar nuestro granito de arena.

—Por favor, contrátame —me suplicaba Lía, rompiendo el silencio—. Haré cualquier cosa. Sólo deseo aportar algo para cazar y acabar con todos los hijos de puta que nos destrozan la vida.

Su incuestionable pasión me abrumaba. Era obvio, dada su perseverancia,

que su petición de empleo no estaba relacionada con el simple deseo de recibir una remuneración a cambio de un trabajo. Tenía vocación, y eso era impagable.

Sin pestañear, quedé absorto mirando su rostro. Su angulosa cara de aspecto masculino unido a sus afeminados gestos, poseían un atractivo perturbador. Comenzaba a tener pensamientos impuros y nada caballerescos, cuando Lía carraspeó, expulsándome de mi ensoñación. Noté, por el sutil movimiento que hizo sobre la silla, que estaba incómoda ante mi extraña mirada que, no sin razón, podría parecer ofensiva.

—¿Quieres una rosquilla? —le ofrecí la misma, intentando suavizar la tensión del momento.

Lía lo engulló vorazmente. Estaba hambrienta. Debía llevar muchas horas sin comer. Era algo usual en las comunidades más pobres, máxime en esa zona de la isla donde residían la mayor parte de los desheredados.

Le acerqué lo que quedaba del tibio café. No le importaba. Cuando el hambre asoma, cualquier alimento es un manjar.

—Está bien —dije muy efusivo, sorprendiéndome—El trabajo es tuyo.

—¡Gracias! —exclamó Lía enarcando las cejas—. No te arrepentirás.

—No hemos hablado del tema del dinero. ¿Qué es que no te interesa? —pregunté por curiosidad.

—Págame lo que puedas y, si no hay dinero, al menos te pediría que me dieras de comer. Alojamiento, de momento, ya tengo.

No pude evitar sonreír. Estaba ante una persona incorruptible, virtud carente en la sociedad actual y la más importante para mí. En ese trabajo, la integridad era fundamental. Durante todos aquellos años de dedicación a la causa, vi como colegas e incluso amigos cayeron en las garras del dios dinero, vendiendo su alma simplemente por adquirir innecesarias cosas materiales que no les harían más felices. Les odiaba, incluso con mayor intensidad que a los propios hackers.

—Trabajamos a comisión, por lo tanto los ingresos no están garantizados. Cuando los haya, intentaré ser lo más justo posible.

—De acuerdo —asintió Lía.

—¿Cuándo puedes empezar?

—Ahora mismo. No tengo nada más que hacer.

La respuesta no me sorprendió. Me encontraba realmente cansado y con un gran malestar general. La lujuriosa noche anterior me estaba pasando factura. No tenía la menor gana de trabajar, pero ante el ímpetu de Lía, decidí

hacer un esfuerzo. No quería que su primera impresión fuera negativa.

—Acomódate —sugerí—, y escucha atentamente. Te explicaré de una manera breve como funciona este mundo. Trabajamos con dos tipos de clientes —comencé, encendiendo un cigarrillo. Ofrecí otro Lía, pero rehusó—. Por un lado están los pobres miserables con escasos recursos que pierden a hijos, esposas y familiares debido a que estos son secuestrados y manipulados, alejándolos de su círculo afectivo. Por el camino, nos intentamos cargar a los hackers que actúan de manera ilegal.

—Como a mi hermano.

—Sí, pero hay muchos tipos de casos. Tu hermano seguía con vosotros. Era un caso de implantación de adicción a la droga. Pero esta mafia sin escrúpulos actúa de manera abyecta. Como habrás oído, secuestran a niños, generando en sus recuerdos una nueva vida con una nueva familia, que es la que paga por el trabajo. También implantan en mujeres de diferentes edades la necesidad de prostituirse, como si lo hubiesen hecho toda la vida. Separan a estas personas de su círculo familiar, dificultando de esta manera que sean encontradas. Nuestro trabajo consiste precisamente en esto, en buscarlas y devolvérselas a su familia.

—¿Pero cómo se hace? Es lo que nunca he entendido. No disponemos de imágenes de las personas.

Lía se refería a la fotografía. Era joven e ignoraba algunos aspectos de nuestra historia borrada. Yo aún recordaba algo, como esa palabra que había sido transmitida en mi familia a través de nuestros ancestros. En una época anterior a que se impusiera esta ideología del olvido que actualmente permeaba a toda la civilización, existían maneras de preservar nuestros recuerdos mediante imágenes, escritos e incluso películas sobre sucesos acaecidos en el pasado. Hoy, ninguno de esos medios de conservación de la historia se utilizaba. De hecho, habían desaparecido de nuestra sociedad. Y todo, al parecer, por voluntad del propio ciudadano. No conocía a nadie que supiera cómo había comenzado todo, pero estaba totalmente implantado y era imposible derribarlo.

—Es muy difícil, no sólo por la falta de imágenes, sino también por qué a nadie le importa nadie y es complicado encontrar un mínimo de ayuda. La velocidad de respuesta es primordial. En cuánto denuncien una desaparición, tenemos que actuar rápido. Llenar con hojas todo lo que podamos: negocios, árboles, paredes, con un retrato robot de la persona y una descripción detallada de su físico, anotando un teléfono de contacto —di la última calada

y apagué el cigarrillo en el cenicero, exhalando el humo—. Esto se hace esperando que alguien haya visto a la persona en cuestión y nos lo diga, aunque, como te decía, es muy difícil.

—¿Por qué? La mayoría de la gente es buena y quiere colaborar.

—Sí es buena —dije, compadeciéndome de la ingenuidad de Lía—, pero no quieren problemas. Bastante tienen con los suyos. Suelen mantenerse al margen.

Lía agachó la cabeza, apesadumbrada. Era como si acabara de descubrir que los niños no vienen de París. No sabía que significaba esa frase, pero mi abuela la decía cuando alguien descubría con brusquedad algo que no esperaba que fuera así.

—La otra opción —continué—es apretar a los hackers hasta que canten. Es muy peligrosa, pero es la más válida.

—¿Cómo? —inquirió Lía. Era una persona muy curiosa y en cada pregunta un destello en sus ojos denotaba su máximo interés por aprender—. Están escondidos como ratas y normalmente en otras comunidades.

—Hay maneras de descubrirlos. No te impacientes. Cada cosa en su momento.

Desconocía si Lía era consciente de dónde se estaba metiendo. El mundo era una selva indomable habitada por gente sin escrúpulos. Yo mismo había estado a punto de morir dos veces. La primera, a manos de un policía corrupto cuando, iluso de mí, pensaba que me estaba ayudando. Me indicó un lugar donde supuestamente estaba la guarida de unos hackers sospechosos de secuestrar a varios niños. Acompañándome hasta allí, la típica vivienda derruida y abandonada que servía de disfraz, me dijo que entrara, ya que había una trampilla en el suelo por donde acceder al escondrijo. Nada más decírmelo, se quedó detrás de mí. Por suerte, oí cómo el policía amartillaba su pistola, tirándome a un lado. Me disparó en una pierna. Rápidamente saqué mi revólver y me lo cargué.

La segunda, un antiguo compañero. El muy cabrón se vendió a las mafias y me disparó dos veces por la espalda en nuestra oficina. Pensó que estaba muerto, pero gracias a una vecina que oyó los disparos y llamó a los servicios sanitarios, me pude salvar. Él, no lo consiguió. Me lo cargué tres meses después.

Después de todos estos incidentes, aprendí a tomar las medidas oportunas. La primera y principal, no fiarme de nadie. A partir de ahí, proteger mi identidad lo máximo posible.

—Y si conseguimos nuestro objetivo y devolvemos a esas personas a sus respectivas familias, ¿no siguen teniendo sus recuerdos implantados? — siguió indagando Lía.

—Llevamos a las víctimas a un hacker legal y les borramos el implante.

—¿Hacker legal? —preguntó Lía, asombrada. Por su gesto, no parecía que le gustara mucho la idea—. Para mí son todos ilegales. Gentuza con la que acabar.

—Entiendo que no te gusten. A mí me sucede lo mismo. Pero mientras no cometan ningún delito tipificado como tal por la ley, pueden trabajar sin problemas.

—¿Y nunca has cometido ningún error? Me refiero a que, desconociéndolo, por supuesto, hayas rescatado a una persona y se la entregaras al que te contrató, siendo mentira.

—Buena pregunta. Me pasó una vez. Era joven e ingenuo, como tú. Además tenía el hándicap de no disponer en esos momentos de un mentor, como estoy haciendo yo contigo, que me explicara los recovecos de esta profesión —sonreí—. Un matrimonio de una comunidad pobre —continué, encendiendo otro cigarrillo—, contrató mis servicios para que buscara a su hijo, que había desaparecido. Ellos mismos me aportaron mucha información sobre dónde le habían visto por última vez y en qué comunidad podría estar. Me pareció raro, pero como te decía, no tenía la más mínima experiencia y confiaba en las personas —exhalé humo—. Me dirigí a la zona de la isla dónde me habían indicado que podría estar su hijo y lo encontré.

—¿Y qué hiciste? —indagó Lía, escuchando atentamente.

—Lo que se suele hacer en estos casos: actuar al margen de la ley.

Observé que Lía fruncía el ceño. No debía entender muy bien cómo alguien supuestamente honrado pudiera saltarse la ley.

—Te lo explicó —seguí—. El niño en cuestión estaba con una familia acomodada de la comunidad del norte. Denunciar el secuestro no serviría de nada. En la comunidad donde residía el matrimonio no existía la policía judicial, ya que los ciudadanos no podían permitirse pagarla y la existente en la comunidad del norte trabaja exclusivamente para sus ciudadanos, como es normal.

—¿Y el tribunal de arbitraje?

—El tribunal de arbitraje, que como sabrás sirve de juez en los contenciosos que puedan surgir entre las diferentes comunidades, sólo actúa cuando se realiza una demanda por los cauces reglamentarios y, esto, cuesta

dinero.

—El matrimonio no tenía.

—Exacto. Sabrás que está a la orden del día. La inmensa mayoría de los ciudadanos no disponen de recursos para afrontar litigios de ninguna índole. Además prácticamente ninguna comunidad dispone de policía judicial ni de abogados pagados incluidos en los servicios que otorgan el pago de la tarjeta ciudadana.

—¡Vaya mierda! —exclamó Lía—. Entonces el tribunal de arbitraje no sirve para nada.

—Sólo para los que disponen de esos servicios en su tarjeta ciudadana o tienen suficiente dinero para litigar.

Lía negaba con la cabeza. Me apiadaba de ella. Desconocía lo más básico del funcionamiento del sistema en el que vivía. No era la única. Millones de personas en todo el planeta simplemente sobrevivían. Carecían de tiempo y voluntad para inmiscuirse en aspectos legales o de índole parecida. Además, todo lo concerniente a las leyes que regían nuestra sociedad, era bastante opaco y confuso. Sólo los grandes bufetes de abogados tenían un amplio conocimiento de las reglas que regían cada comunidad y las lagunas que pudieran existir en estas. Si podías pagarte los servicios de estos bufetes, perfecto. Si no, estarías en una indefensión de la que no podrías salir.

—Bueno Lía, ¿tienes alguna pregunta más?

—Ahora mismo no. Lo que tengo es unas enormes ganas de trabajar.

—Lo harás. Ahora déjame tu número de teléfono y vete a casa mientras yo me organizo para comenzar a trabajar. En breve, me pondré en contacto contigo.

—Espera, que no me sé el número de memoria.

Lía sacó un teléfono de última generación. No entendía como alguien que no tenía para comer, podía llevar semejante aparato. Adquirir un cacharro como ese, estaba al alcance de muy pocos. Hice caso omiso y no pregunté nada, pero mis años como detective me indicaban que algo no encajaba.

Apunté el número de teléfono en la servilleta de la rosquilla, guardándola en el bolsillo de la gabardina.

—Una última pregunta —dijo Lía, levantándose—. ¿Se puede vivir dedicándose a esto?

—Malamente. Vamos tirando y hay que aceptar todo tipo de trabajo, no sólo lo relacionado con el hackeo. Pero no lo cambiaría por nada del mundo.

Lía sonrió enigmáticamente. No sabría explicarlo, pero parecía como si

hubiese madurado en un instante. Estaba confuso con esa chica, que cada vez me atraía más. A pesar de esa tentadora atracción, debía andar con pies de plomo.

—Nos vemos entonces —se despidió, alejándose con su sensual naturalidad.

6. David Cochrane

El intenso olor a fritanga me ahogaba. Al parecer, la cocina necesitaba un mejor extractor de humos o el que tenían se había estropeado. Toda la mierda se metía para la zona de los clientes. Era algo normal en todos los restaurantes de comida rápida de la zona y una gran putada, pero, como me encantaba el sonido de las hamburguesas friendo sobre la plancha, así como su sabor rancio y grasiento, me jodía y me aguantaba. No quedaba otra.

El restaurante estaba lleno de gente. A pesar de hablar en voz baja, todas las conversaciones se unían para formar un ruido como el que producía una fábrica a pleno rendimiento. Se le unía el ajeteo constante de los camareros que no cesaban de colgar pedidos en la recepción de la cocina. Discutían constantemente entre ellos ante la exigencia de los clientes. Disfrutaba viéndoles pelearse. Qué se jodan. Si no les gusta su trabajo, que se busquen otro. Había que ser borrego para trabajar allí aguantando a gente y acabar oliendo a patata frita por un salario de mierda que no les llegaba ni para comer.

Conseguí sentarme en el único taburete libre que quedaba al lado de la barra. Uno de los camareros me tomó nota, pero debido a las constantes llamadas de los clientes para que fueran atendidos, no acababa de llevar mi pedido a la cocina. Me tocaría esperar bastante y estaba hambriento. Mala combinación. El dinero que me había adelantado Bruce serviría para comer mi primera hamburguesa completa en mucho tiempo. La boca se me hacía agua y ni de coña iba a esperar.

Pedí al tío de la barra un cañón de cerveza mientras observaba como el chico que llevaba mi pedido aún no había ido por la cocina. Estaba tenso. Maldito imbécil. Iba a levantarme para decirle algo, cuando se giró para venir hacía donde yo estaba.

—Espera un momento chico —le dije, agarrándole por el brazo—. Tienes un pedido mío en tus manos. Sólo es una puta hamburguesa completa y todavía no lo has llevado a la cocina. Vas a hacer una cosa: lo vas a llevar ahora mismo y ponerlo el primero en la fila. Si no lo haces, te pasarás el resto de tu vida comiendo papillas.

—Vale —balbuceó el chico, temblando de miedo.

Encendí un cigarrillo. Estaba nervioso. A pesar de todos los años dedicados a ese mundo, me encontraba ante nuevos contratantes. Tenía que

causar una buena primera impresión si quería que siguieran confiando en mi forma de trabajo.

Después de unos minutos, un camarero me dejó mi hamburguesa con queso y patatas encima de la barra. Apagué el cigarrillo que acababa de encender. La engullí de una sentada, obligándome a golpear la parte inferior del cuello con el puño al quedarme la comida en la garganta. Tuve la sensación de que era la hamburguesa más sabrosa que había comido en toda mi jodida vida.

Terminé el cañón y, mientras me limpiaba la boca con una servilleta, me di cuenta de que el hombre de mi lado me miraba fijamente, con el ceño fruncido.

—¿Qué miras amigo?

—Estarás contento, ¿eh? Nosotros aquí esperando por nuestra comida y tú amenazando a los pobres camareros para saltarte el turno.

—La vida es así, capullo.

—¿Cómo qué es así? —se levantó el bravucón de su silla, amenazante.

—¡Déjale cariño! Te lo pido por favor. No merece la pena —le aconsejé muy bien la tía que estaba al lado, la cual debía ser su pareja. Estaba buena la hija puta.

—¡No me da la gana! Estoy harto de gilipollas que van por la vida haciendo lo que les da la gana.

¿Gilipollas? Una furia incontenible me hizo levantarme como si tuviera un muelle en el culo. Cogí al hombre por el cuello y le golpeé la cabeza varias veces contra la barra. Al soltarle, cayó en el suelo, sangrando por la cara. Un silencio sepulcral se hizo en el restaurante. Giré la cabeza a ambos lados, viendo como algunas personas me miraban, flipando. La pareja del capullo se agachó a atenderle, llorando y sin atreverse a mirarme. Ya no pintaba nada allí. Dejé un billete de diez encima de la barra y me largué.

Seguía lloviendo sin parar. Puta comunidad de mierda. Pensé en comprarme un maldito paraguas, pero me parecía un accesorio ridículo. Prefería llevar una buena gabardina acompañada de un sombrero y mojarme. Extraje del bolsillo derecho de mis pantalones el papel donde tenía apuntada la dirección del desguace que Bruce me había recomendado. Solía acudir al de mi colega Frank, pero estaba a más de cincuenta kilómetros de donde yo me encontraba y no me salía de los cojones gastar ni una puta moneda en un taxi.

El desguace de Jack, que así se llamaba, ya había cerrado y solo mantenía encendidas un par de luces en el exterior. A duras penas podía distinguir varias filas de coches, cada uno en diferente estado. No se veía nada a más de dos palmos de distancia. Algunos tenían un buen aspecto, pero la mayoría estaban repletos de abollones y con la pintura totalmente descolorida. Al otro lado, varias máquinas, entre las que se encontraban un par de grúas y una prensa hidráulica, estaban detenidas junto a un montón de chatarra procedente del despiece de los automóviles que era utilizada para recambios.

Pude distinguir la silueta de un hombre a través del barracón que debían utilizar como oficina. Me acerqué a la puerta y la golpeé con fuerza.

—Está cerrado —dijo una potente voz desde el interior.

—Soy David Cochrane. Me envía Bruce Mills.

La puerta se abrió, asomándose un fornido hombre. Tenía unos brazos como dos troncos y una enorme barriga. Me sacaba dos cabezas de altura y su cara era bastante rara. Poseía una nariz grande y redonda, muy achatada. El pelo completamente rapado y una enorme y piojosa barba. Sus ojos, hundidos y amenazantes, impresionarían a cualquiera. No era mi caso.

—Pasa —me dijo con sequedad, cerrando la puerta tras nosotros—. Soy Jack. Siéntate si quieres —indicó una silla de plástico.

—Prefiero quedarme de pie.

El aspecto del interior del barracón se parecía mucho al de Frank. Cantidades de papeles tiradas o colocadas en montones sin ningún orden aparente. Varios vasos de plástico que expendía la máquina de café sobre la mesa y un montón de colillas en un par de ceniceros, además de decenas de ellas pisadas en el suelo.

—Me llamó Bruce avisándome de que vendrías. Así que necesitas un coche, ¿eh?

—Sí. Tengo que hacer un trabajo algo lejos de aquí.

—Te he preparado un Stormbird. La matrícula es falsa y no está registrada en ningún lado. Es de color negro y tiene buen aspecto.

¡Ostia, un Stormbird! Me encantaba ese coche. Desde pequeño, cuando lo veía en películas de gansters, soñaba con conducir uno. Aquel era diferente. Las películas, al estar hechas por ordenador, no mostraban la belleza de la realidad. Sin esperararlo, iba a cumplir uno de los sueños de mi niñez.

—¿El maletero es grande? —. Tenía que serlo para cargar a dos personas.

—Sí, creo que es más que suficiente. Aunque depende de lo que quieras meter.

—Si no te importa, me gustaría echarle un vistazo —me moría de ganas por verlo.

Había varios modelos de Stormbird, así que cruce los dedos para que fuera el que yo tenía en mente.

—De acuerdo. Salgamos.

Jack presionó un interruptor que activó una cegadora luz exterior. Ahora se podía ver en condiciones. Anduvimos unos pasos entre las filas de coches hasta que llegamos al Stormbird. Estaba aparcado con el morro mirando hacia la salida y algo separado del resto de los coches. Era una gozada. El negro color de la chapa brillaba con la luz artificial. La parrilla tenía una larga barra horizontal interceptada por tres verticales, además de tres calaveras con luces. En los lados de cada puerta se podía leer la marca. No faltaba, por supuesto, su techo retráctil. Era excepcional. Superaba todas mis expectativas.

—Veo que está muy bien cuidado —dije con parsimonia, pero sin salir de mi asombro. No quería que Jack supiera que babeaba por el coche. No debía mostrar ningún signo de debilidad. Quizás en el futuro tuviera que hacer tratos con él y se aprovecharía de ese punto débil.

—No tiene ni un rasguño. Espero que regrese igual —dijo Jack, con un tono amenazante.

No me gustó nada esa insinuación. Respiré hondo sin desviar la mirada del automóvil, conteniéndome para evitar joderlo todo. Me cabreaba de cojones que dudaran de mi profesionalidad.

Abrí la puerta del coche y me senté en el asiento del conductor agarrando el volante de color blanco con ambas manos. Me sentía como un niño con un juguete nuevo. El salpicadero de color granate destellaba con la luz exterior. Estaba impoluto. Sin duda Jack cuidaba de aquella maravilla de la ingeniería.

—Veo que te gusta —apreció Jack.

—Está bien —dije, sin darle importancia, pero me moría por arrancarlo.

—El precio es de cien diarios. Tú te haces responsable de cualquier daño que sufra el buga. Si necesita una reparación, tú la pagarás, ¿de acuerdo? Tampoco creo que sea necesario decirte que si te lo roban o se queda siniestro, me importa una mierda lo que haya pasado. Tú te haces cargo, ¿ok?

—De acuerdo —asentí, mientras seguía observando el interior.

—Confío en Bruce y en la gente que contrata, así que no te pediré un adelanto. Pero quiero que sepas que el último que me robó, pasó por aquella máquina antes de morir —volvió a amenazar, indicando con el dedo índice de su mano derecha la prensa hidráulica situada cerca de la entrada.

Giré la cabeza y le mire con gesto serio durante unos instantes sin mediar palabra. Maldito gilipollas. Ya era la segunda amenaza y si no fuera porque necesitaba el trabajo, le hubiera golpeado sin cesar hasta acabar con él. Odiaba ese carácter chulesco que tenía. Me caía mal y ya era imposible cambiar esa opinión. En el futuro, si todo me iba bien y cambiaba de aires, podría pasar por ahí y meter a ese hijo de puta en su puta prensa hidráulica y hacer papilla con él.

—Creo que no hay más que hablar —concluí, ante mi temor de que se alargara la conversación y ese subnormal me obligara a romperle su horrorosa cara.

—Aquí tienes las llaves —dijo Jack, dándomelas y yéndose.

Arranque el coche. Su característico sonido era música para mis oídos. Parecía que lo acababan de sacar de fábrica. Guardé el revólver en la guantera, me puse en marcha y me alejé del desguace del imbécil de Jack.

Bajé la ventanilla y apoyé el codo izquierdo sobre la puerta. Podía quitar el techo, pero no me convenía. Sería imprudente por mi parte llamar la atención de algún policía que estuviera perdido por esa zona. No disponía de carnet de conducir y el coche tampoco tenía permiso de circulación. Me quitaría el coche sin dudarlo a no ser que les untara bien y no pensaba malgastar un puto billete dándoselo a ninguno de esos cabrones.

Aún era temprano, así que me permití disfrutar de la conducción. Levanté el pie del acelerador mirando a través de los cristales aquella asquerosa comunidad. No cogía una pizca de basura más en sus calles. Los edificios se caían a pedazos y a pesar de ello, al igual que yo, la gente vivía en ellos. Que ganas tenía de largarme y volver a los viejos tiempos, cuando disponía siempre de un fajo de billetes en los bolsillos y podía dormir en apartamentos y hoteles de las comunidades del norte y comer lo que se me antojara, sin tener que mangarlo entre la mierda que vendían en los supermercados de la zona. Cada vez que pensaba cuan bajo había caído, más me odiaba.

Pasaba de un barrio a otro, pero la imagen era la misma. Pude ver decenas de personas formando una gran cola humana con la esperanza de obtener una plaza en el albergue que le proporcionara una comida y una cama para descansar. ¡Gentuzza! Yo nunca había acudido a ninguno de esos lugares que se dedicaban a la caridad. Siempre me busqué la vida, con mayor o menor fortuna. Odiaba a esos pusilánimes de mirada pérdida que el único sentido que le daban a la vida era el de pedir sin aportar nada a cambio. Acabaría con

todos. Viendo eso, mi trabajo estaba más que justificado. Siempre se podía encontrar en aquella mezcolanza alguna mujer apta para dedicarse a la prostitución o algún hombre que trabajara en el campo a cambio de dos comidas y alojamiento en una cochiguera. Al menos, era mejor que arrastrarse día tras día como un alma en pena practicando la mendicidad. Les hacía un favor a ellos y a la sociedad.

Llegué al arrabal sin darme cuenta. Reduje aún más la velocidad ante la incontable cantidad de baches que tenía la maltrecha carretera. Vi a dos hombres jóvenes trapicheando con otro que estaba apoyado sobre una columna que pertenecía al esqueleto de lo que antaño había sido una fábrica. Me detuve a un lado de la calzada y apagué las luces. Todavía me quedaba algo de dinero del adelanto de Bruce y me apetecía pegarme un chute. Esperé a que los dos jóvenes se fueran y me bajé del coche.

Llegué a la posición del camello. Ataviado con una larga gabardina negra, ocultaba sus ojos bajo unas grandes gafas de sol, que junto a su enorme barba, ocultaba la práctica totalidad de su rostro. Era calvo y con una gran melena que le salía de la parte inferior de la cabeza.

—¿Qué quieres amigo? —preguntó amable, mostrando la podredumbre de su dentadura. Tenía un oído cojonudo.

—¿Qué tienes?

—Hombre, cuánto tiempo —exclamó el camello, desorientándose—. Tengo panax, como siempre. Te lo dejo al mismo precio.

—¿Te conozco? —pregunté con curiosidad.

—Tu voz es inconfundible, aunque tu manera de hablar es distinta. Eres uno de mis mejores clientes.

—Creo que te confundes —dije, obviando el comentario. Aquel idiota me estaba mirando y me confundía con otra persona. Había que ser gilipollas. Pensé que estaría drogado—. Dame dos de panax.

¿Sólo dos? —preguntó sorprendido—. ¿Te van mal las cosas o es que tienes ganas de verme más a menudo? —dijo el camello metiendo su mano en el bolsillo para sacar las cápsulas.

No tenía ni puta idea de lo que aquel imbécil estaba hablando.

—¿Cuánto es?

—Cincuenta por cada una, amigo. Como siempre —dijo sonriendo.

—Ya te he dicho que te confundes —Le dije elevando el tono de mi voz, mientras le pagaba. Me estaba enervando y me daban unas ganas enormes de matarle y quitarle toda la mercancía.

—El rostro se puede cambiar, pero la voz no se puede camuflar —aseveró, quitándose las gafas y descubriendo unas enormes cuencas donde antes tenía los ojos.

Llevé una desagradable impresión. En mi trabajo había visto y hecho de todo, pero aquello era nauseabundo. Cogí las capsulas, le pagué y me largué de allí.

—Espero verte pronto, o mejor dicho, oírte —dijo el camello, riéndose de manera estridente.

Me senté en el Stormbird y suspiré profundamente apoyando la cabeza sobre el asiento. Las palabras del camello me perturbaban. Los ciegos tenían un agudo sentido del oído para compensar su falta de visión. ¿Y si tenía razón? ¿Y si no estaba equivocado? Un punzante dolor atravesó mi pecho. Una tremenda pesadilla azotó mis pensamientos. Quizás habían manipulado mi memoria y no era quién creía ser. Era una situación demencial. Continué suspirando mientras me repetía que a mí no podía ocurrirme nada de eso. A mí no. Estaba seguro de quién era y sonreí por haber pensado semejante estupidez.

Cogí una de las cápsulas de panax y la presioné con el pulgar hasta que rompió el tapón. Introduje el cilindro en mi nariz y aspiré con fuerza. El gas hizo efecto al instante. Era una droga de mierda, pero no podía gastar pasta en un buen chute de coca. Relajado y con los párpados caídos, arranque el automóvil.

Salí del arrabal en dirección sur. En esa parte de la comunidad la zona de ocio era considerable. Di un pequeño rodeo, pasando por la zona más abandonada, con la intención de evitar a la policía. Nunca patrullaban por esas zonas ya que no les interesaba. No podían obtener ningún beneficio, excepto que les pegaran un tiro. Preferían moverse por una zona más civilizada donde podían extorsionar a sus habitantes. Y después decían que sólo los hombres como yo éramos delincuentes. ¡Putos maderos!

Reduje la velocidad del coche nuevamente, esta vez por obligación. Los baches parecían pozos petrolíferos. Eran enormes. El coche botaba la de su puta madre y no podía permitirme joder una rueda.

El trayecto bacheado se hacía eterno. Estaba empezando a cabrearme, cuando el pavimento empezó a mejorar ligeramente. Eran normales esas diferencias en las infraestructuras aunque fuera la misma comunidad. Los ciudadanos se agolpaban para residir en ciertas zonas, poblándolas mucho más que el resto, lo que hacía que el mayor gasto se hiciera allí. El resto,

aunque podía pagarse la tarjeta ciudadana, no se podía permitir residir en las zonas mejor conservadas ya que la vivienda era más cara, por lo que tenían que joderse y tragar.

Giré a la izquierda al final de la calle para coger la carretera que me llevaría a la zona de mayor ambiente. Miraba de reojo a ambos lados de la calzada, pero no distinguía nada. De repente, una sombra delante de mí me hizo frenar en seco. Casi me rompo los dientes contra el volante. ¡Me cago en la puta!

Entorné los ojos y miré a través del parabrisas. Vi a dos hombres que cargaban con un tercero sobre sus hombros. Estaban mirándome, perplejos. Vestidos con andrajosos harapos, los muy idiotas no se apartaban. Parecía que el hombre al que cargaban estaba muerto. No me extrañaba. Era usual ver cuerpos fallecidos por las aceras del lugar.

Toqué el claxon varias veces, pero ni se inmutaban.

—¡Largaos! —grité, asomando ligeramente la cabeza por la ventanilla de mi puerta.

Uno de los hombres soltó al muerto y se acercó. El otro permanecía delante del coche, inmóvil después de dejar el cadáver en el suelo.

—Por favor, ayúdanos a llevar a nuestro amigo con su familia. Está muerto —me rogó.

—Apartaos gilipollas si no queréis uniros a él.

Sin tiempo a reaccionar, el muy hijo de puta me golpeó con su puño en la cara a través de la ventanilla. Grogui, vi como abría la puerta del Stormbird, dispuesto a seguir pegándome. Reaccioné a tiempo y saqué la pierna de la zona de los pedales, me eché hacia la derecha y le di una patada en los huevos, lo que hizo que se doblara y gimiera de dolor. Su amigo, corrió hacia la puerta también, con algo en la mano que parecía ser un bate. No sabía de dónde cojones lo había sacado. Me estiré, abriendo la guantera situado delante del asiento del acompañante, y saqué mi revolver. Lo había guardado allí para que no me molestara mientras conducía. Disparé desde el interior del coche, antes de que me golpeará con el bate. Salí e hice lo propio con su amigo.

—Esto os pasa por meteros con quien no debéis —. Escupí sobre ellos. No sabía si estaban muertos, pero me importaba una mierda.

Entré de nuevo en el coche y me fui. Joder, qué situación más extraña. Nunca habría pensado que esa gentuza se atreviera a meterse con un extraño. Los consideraba unos débiles, incapaces de defenderse y, mucho menos, de

atacar a nadie. Debía de estar más atento la próxima vez que me cruzara con esa calaña.

Seguí por la calle, todavía perplejo por lo que había ocurrido. El pavimento de la calzada era decente y un mayor número de farolas iluminaban bastante el lugar. Los supermercados estaban cerrados y custodiados por corpulentos hombres para evitar los saqueos. La última vez que había robado en uno de ellos, me tocó estar en cama más de un mes, con cuatro costillas rotas y dos dientes menos. No era menos cierto que en aquella época era un mequetrefe con media ostia.

El pómulo izquierdo me palpitaba. Lo toqué con la palma de la mano. Estaba dolorido. ¡Maldito cabrón! Parecía que se estaba hinchando. Vi una tienda de ultramarinos aún abierta y me detuve.

Compré una bolsa de hielo y la puse sobre la cara. Mientras iba hacia el coche, vi a un hombre merodeando a su alrededor. Aceleré el paso y para mi sorpresa se trataba de un policía. Más problemas.

—Buenas noches agente. ¿Desea algo? —pregunté, con amabilidad.

—¿Es este tu coche?

—Sí.

—¡Un Stormbird! Es cojonudo y veo que está muy bien cuidado.

—Gracias —solté como un gilipollas.

—Me decía para mí mismo que un hombre con este coche debía tener bastante dinero —sonrió irónicamente mirándome a los ojos.

—Pues se equivoca agente. No tengo nada de dinero.

—¿No? ¿Estás seguro? Entonces tendré que echar un vistazo, a ver qué encuentro.

Iba a deshacerme de él, cuando me percaté de que alguien se acercaba. Era otro policía. Se colocó justo detrás de mí. Por un momento pensé en cargármelos, pero no era buena idea. Matar a un policía conllevaba poner en alerta a todos los cuerpos de seguridad, no sólo de esa comunidad en cuestión. Era el grupo más unido de la pocilga de mundo en la que vivíamos, por no decir el único. No me quedaba otra opción que sobornales.

—Sólo tengo cincuenta. No dispongo de más en este momento.

—Vamos a verlo —dijo el policía mientras el otro presionó mi espalda con el cañón de su pistola.

El primer policía me registró de arriba abajo, quitándome los mil que me quedaban. Estaba enfurecido. Apreté el puño y los dientes de rabia, respirando hondamente para no perder los estribos.

—Con que sólo cincuenta, ¿eh? La próxima vez que pases por aquí, acuérdate de traer dinero para pagar las facturas —concluyó el policía, yéndose junto a su compañero.

Mierda de día. No podía creer lo que estaba pasando. Tiré con fuerza la bolsa de hielo, estrellándola contra la acera y me volví a meter en el coche. Estaba tieso y debía modificar el plan. ¿Cómo cautivar a una mujer sin pasta? Quería arrancar el coche y pasar por encima de los policías. Los estaba viendo por el retrovisor. Miraban para atrás, hacia el coche, carcajeándose. ¡Hijos de perra! Parecía un joven pringao que iniciaba su vida en la delincuencia. Agarré el volante y apreté con fuerza hasta que sentí calambres en las manos. Me daría de golpes sin pensarlo. Arranqué y me largué.

La calle estaba atestada de gente. Multitud de personas colapsaban la calzada imposibilitando el paso de los vehículos. Los chiringuitos ponían la música a tope colocando potentes altavoces en el exterior de sus paredes. La gente, casi todos jóvenes de entre veinte y treinta años, bebían grandes cantidades de alcohol. Eso me gustaba.

Giré a la derecha y me metí en un estrecho callejón, evitando acercarme a la muchedumbre. Tenía salida por la otra parte, así que decidí aparcar el coche cerca de la misma.

Aceleré el paso a través del callejón. La oscuridad me impedía ver con claridad y el insoportable hedor que emanaba de las alcantarillas me producía unas náuseas tremendas. A cada paso pisaba un charco de agua, calándome hasta los pies. El día no mejoraba.

Salí finalmente del callejón y me acerqué al bullicio. Había dos bares, una a cada lado de la calzada. El interior de cada uno de ellos estaba casi vacío. La gente prefería consumir y relacionarse ocupando la vía pública.

Caminé alrededor del gentío intentando pasar desapercibido, algo no muy difícil ante el estado de embriaguez de la mayoría de las personas. Bebían botellas de licor, principalmente de whisky, a morro. Se las pasaban unos a otros, cantando y riéndose estúpidamente entre trago y trago. Formaban grupos de amigos pero el alcohol les desinhibía, mezclándose entre ellos. Sólo hablaban de gilipolces, intentando echar un polvo, algo no muy difícil de conseguir.

Me apoyé en la pared de uno de los bares, justo al lado de la puerta. Me apetecía tomar una cerveza, pero estaba a cero. Desde afuera no se podía oír nada, debido al ensordecedor ruido. Tenían puesta música electrónica que

tanto agradaba a aquel tipo de público, pero que yo tanto odiaba.

Fui escrutando y buscando a una mujer idónea. Había muchas atractivas, pero se encontraban dentro de grupos muy numerosos y no me convenía. La falta de seguridad ciudadana hacía que las personas se protegieran entre ellas mismas, pero siempre ocurría algún despiste. Máxime, cuando estaban borrachos como cerdos.

Encendí un cigarrillo. El asunto parecía complicado y pensé en irme y probar suerte por las calles, hasta que vi a dos mujeres solas y separadas hablando donde terminaba la fachada del otro bar. Por su aspecto, parecían las idóneas, Una amarilla joven y una curiosa madurita. Joder, no me lo podía creer. Qué potra. Apagué la colilla pisándola con el zapato y me dispuse a cruzar la calle.

—¿Me das un cigarrillo? —me pidió un joven lampiño con una botella de whisky medio llena en una de sus manos.

—Cómpralo. Debes tener una máquina dentro del bar.

—Se ha agotado y ya no me queda.

Pensé en mandarle a tomar por el culo, pero tuve una idea.

—Te cambio los diez cigarrillos que hay en este paquete por tu botella de whisky.

El joven dudó durante un instante, pero finalmente aceptó.

Cruce a duras penas la calle sorteando a la multitud y me acerqué a las dos mujeres. Eran perfectas para el encargo. Muy atractivas y completamente borrachas. Cojonudo. La madura aún tenía unos cuantos polvos y la amarilla estaba buenísima. Normalmente, las de ojos rasgados, suelen tener el culo pequeño y la cadera estrecha. Me había tirado a alguna y, cuando les daba por detrás, parecía que me lo estaba haciendo con un tío. Pero esta no. Tenía un culazo, si señor.

—Hola. ¿Queréis un trago? —dije, ofreciéndoles la botella de whisky.

—Vaya, qué hombretón —balbuceó la madura, riéndose. A duras penas se mantenía en pie.

—Déjalo —dijo la amarilla, apartando a su amiga y mirándome de mala manera. Menuda perra.

—Lo siento. No quería molestaros —comienzo la actuación.

Me aparté un poco y di algún trago a la botella. Oí murmurar a las dos mujeres. Parecía que la mayor quería entablar conversación pero la joven no se fiaba. Esperaría un poco y, si se largaban, buscaría de nuevo.

—¿tienes un cigarro? —me preguntó finalmente la madura, acercándose.

—Sí —dije, abriendo un nuevo paquete y dándoles un cigarrillo a cada una de ellas.

—Me llamo Cindy y ella es Amelia.

—Encantado. Yo me llamo Allan —no sé por qué dije ese nombre, pero me vino a la cabeza sin pensarlo.

—Y, ¿qué haces por aquí? Eres un poco mayor para este tipo de fiestas.

—Pasaba por aquí de regreso del trabajo, vi el ambiente y decidí parar a tomar algo. No tengo a nadie que me espere en casa y un lugar tan concurrido me daba seguridad. No se puede andar solo —dije, intentando ser empático.

—¿Dónde trabajas? —preguntó Amelia, rompiendo su silencio. Era una buena señal.

—En un supermercado, a unos dos kilómetros. Y vosotras, ¿a qué os dedicáis?

—Yo en una tienda de ropa —dijo Cindy—. Amelia de momento no hace nada.

—¿Habéis venido solas? Es una locura. Tenéis que tener cuidado para volver a casa.

—No. Estamos con un grupo de amigos, pero han ido a buscar panax.

—Entiendo —asentí. Debía actuar rápido. Tenía que seducirlas antes de que vinieran esos amigos—. Perdonar por abordaros así. Es que os vi tan solas y quería hablar con alguien pero no tenía ganas de meterme en medio de un grupo de borrachos. No suelo intimar con nadie. Me dedico a mi trabajo y a mi Stormbird —concluí, con voz lánguida.

—¿Tienes un Stormbird? —preguntó Amelia, enarcando la cejas.

—Sí. ¿Te gustan?

—Me encantan. ¿lo has traído? —sonrió Amelia. Esto funcionaba.

—Sí, pero está aparcado al final de ese callejón —dije, indicando el mismo—. No quería que ningún borracho me lo rayara.

—¿Nos lo enseñas? —preguntó Cindy.

—Claro. Seguirme —de vicio. Las tenía en el bote. Pobres. No sabían lo que les esperaba.

Rodeamos para evitar atravesar por la calzada, evitando así a la muchedumbre, y nos dirigimos al callejón. Las dos chicas se tambaleaban un poco, pero conseguían mantener la verticalidad.

—¡Cuidado! —advertí—. No se ve nada y está lleno de charcos de agua.

Caminamos hasta el coche y abrí las puertas del mismo. Las dos mujeres entraron por cada una de ellas y se sentaron. Fui hacia el maletero

aprovechando su distracción producida por el coche y saqué el gas somnífero, empuñando el revólver

—No os mováis si queréis vivir—las amenacé, apuntándolas con el arma

Quedaron petrificadas. Podía leer el miedo en sus ojos y me encantaba.

—¡No nos mates, por piedad! —Me ponía mucho que suplicaran.

—Pero ¿quién quiere mataros? Os espera algo mejor. Una nueva vida.

Las dos abrieron los ojos de par en par. Sabían a qué me refería y, para ellas, seguro que lo creían peor que la muerte.

Rocié la cara de Cindy con el gas, que rápidamente se durmió. Pero en un instante y para mi sorpresa, Amelia salió del coche y se puso a correr en dirección a la calle pidiendo auxilio. ¡Su puta madre! No me lo esperaba. Normalmente las víctimas se quedan como témpanos de hielo y no se atreven ni a moverse. Esta vez no fue el caso. Me pasaba por imbécil. Si hubiese ido al grano, rociándolas con el gas sin mediar palabra, no me hubiese ocurrido esto. Pero me perdía ver las caras de terror de mis víctimas. No lo podía evitar.

Salí detrás de ella, corriendo lo más rápido posible, antes de que la pudieran ver. Oír era difícil, debido a la música. Conseguí llegar a su altura y la agarré por el cuello, rodeándola por el brazo. La hija de puta me mordió. Sin pensarlo le hice la llave del sueño, que surtió efecto inmediato.

Estaba sangrando. Cago en su puta madre. Tenía buenos dientes la puta mierda amarilla.

Cargué con su cuerpo hasta el coche y la metí en el maletero. Permanecí un momento mirándola de arriba a abajo. Estaba buenísima y me apetecía follármela allí mismo, pero no debía. Tenía que largarme lo antes posible. Saqué el cuerpo dormido de Cindy del asiento y la metí también en el maletero, encima de su amiga, colocándolas bien para que no se ahogaran. Arranqué el coche y me fui por la otra parte del callejón, saliendo a una calle más tranquila.

7. Allan Peirsol

Perladas gotas de sudor descendían desde mi frente acariciándome las mejillas. Eche una fugaz mirada a la pantalla digital de la bicicleta estática. Llevaba veinticinco minutos corriendo y me encontraba fatigado. Ese día no iba a poder concluir mis preceptivas dos horas de gimnasio. Los excesos de los últimos días estaban cobrando su debida factura. Tenía las piernas doloridas y un intenso ardor me subía desde el estómago hasta la garganta, produciéndome nauseabundas arcadas. A pesar del malestar, continué pedaleando. Quería por lo menos llegar a la media hora. Seguí mirándome en el enorme espejo instalado frente a los aparatos de ejercicios. Aún no tenía la musculatura lo suficientemente definida. Al menos, para mi gusto. Cuando pellizcaba con mis dedos alguna parte de mi cuerpo, agarraba excesiva piel, hecho que me enfermaba. Deseaba eliminar hasta el mínimo indicio de grasa. El esfuerzo diario seguía sin compensarme. Tenía la certeza de que el alcohol y las opíparas comidas hacían mella en dicho objetivo, pero era incapaz de dejarlo e, incluso, de disminuir la ingesta. Me encantaba mi estilo de vida y no pensaba renunciar a él.

Veintiocho minutos, ni uno más. El malestar general aumentaba obligándome a bajarme de la bicicleta. Reposé durante un instante y me dirigí a los vestuarios. Antes de ducharme, escrute mi rostro en el espejo. La barba estaba incipiente, palpándome con la mano para corroborarlo. No debía ir así por la calle, así que pensé en afeitarme antes de salir. El decoro era primordial para mantener un estatus digno del lugar donde residía.

Recién afeitado y con la sempiterna gomina en mi precioso pelo negro, paseaba en dirección a la Citi. El gimnasio al que acudía era el mejor de toda la isla y se encontraba ubicado al lado del parque central, lo que facilitaba a los socios la opción de salir a correr en un entorno natural y saludable por alguno de sus innumerables senderos. El parque alberga varias lagunas, que van desde un simple estanque hasta varios lagos artificiales y naturales. Es un espacio vasto y verdoso que contiene alrededor de trescientos mil árboles, todo ello poblado de una fauna diversa. Se han contabilizado más de doscientas especies diferentes, como son las ardillas, conejos, tortugas y los pájaros, vigilantes desde los cielos. Estaba ubicado entre los límites de la famosa urbanización de la finca, la más exclusiva de la isla y lugar donde me encantaría residir. Por desgracia, los precios de compra y alquiler actuales,

eran inalcanzables para mí economía. Pero no me resignaba. Algún día haría mi sueño realidad.

El skyline de la citi estaba majestuoso. Sus colosales edificios horadaban el cielo, imponiendo su belleza sobre todo lo demás. Me consideraba un hombre que amaba lo artificial por encima de lo natural. Me fascinaba la jungla de cristal que representaba el avance tecnológico de la humanidad. Una humanidad libre.

El ardor de estómago llegaba hasta la faringe. Me abrasaba como si pasaran un soplete por mi interior. El vientre me hinchó como un globo. Qué faena. Eso producía distensión abdominal y me costaría al menos mil abdominales para tonificar la zona. Un pequeño mareo me obligó a sentarme en un banco a descansar. El asiento estaba tapizado con decenas de panfletos que servían de reclamo a los cada vez más numerosos hackers instalados en la ciudad. Cogí una de ellos donde se podía leer lo siguiente:

ELIMINE SUS DOLOROSOS RECUERDOS. TIENE DERECHO A SER LIBRE Y FELIZ

La publicidad mostraba varios mensajes diferentes, casi todos en el mismo sentido, pero algo más concisos. Ofertaban posibles tipos de borrado, como era “olvidar” a un antiguo amor, eliminar el recuerdo de un hijo que hubieras perdido o suprimir malas experiencias que te atenazan en tu vida diaria, como el hecho de, por ejemplo, tener fobia al agua porque de pequeño te caíste a un río y te dejó marcado para siempre. Esas estupideces estaban a la orden del día. Por todo ello, era un negocio increíble.

Los panfletos carecían de dirección o número de teléfono para contactar, ya que todos los hackers contribuían a su creación y la población sabía dónde podría encontrar uno. De hecho, la inmensa mayoría de las personas que conocía, habían tenido algún tipo de relación con la manipulación mental, algo que yo consideraba absolutamente repulsivo. Odiaba ese mundo. Nunca acudiría a que me hicieran un lavado de cerebro. Deseaba seguir siendo yo mismo, con mis malos y buenos recuerdos. Me ofendía cruzarme por la calle y observar los rostros falsamente sonrientes de las personas. No recordaba la última vez que había visto la tristeza reflejada en un semblante. Los habitantes de esta ciudad sin memoria rápidamente acudían a un lavado mental en cuanto tenían el mínimo problema, por estúpido que fuera. Aunque me consideraba un liberal convencido y reconocía que la eliminación de

recuerdos dolorosos podía contribuir a romper algunos grilletes emocionales, desde mi punto de vista la verdadera libertad se conseguía superándolo uno mismo, sin manipulación ninguna. Además, tenía que reconocer que no me fiaba ni un pelo de lo que podían hacerte esos hippies en la cabeza.

En dirección a la citi, meditaba sobre la conversación del día anterior en la fiesta. Los hackers que actuaban al margen de la ley ofrecían servicios cada vez más aterradores. Matar a una persona y quedar impune era el sueño de cualquier asesino. Yo no sabría decir si sería capaz, pero no me faltaban candidatos. Me relamía sólo con pensarlo. Era inevitable no sentir un morbo cautivador, excitante. Una enorme opresión en el pecho me obligó a detenerme. Imaginarme una escena en la que yo disfrutara matando a otra persona me producía una gran ansiedad. Sería muy difícil hacerlo realidad.

Comenzaba a lloviznar y se hacía tarde. Las farolas del paseo se apagaban ante el aumento de la luz natural. La inclemente meteorología no impedía que el parque se llenara poco a poco de un mayor número de personas. Al igual que yo, parte de ellos madrugaban para ejercitarse de diferentes formas. Otros paseaban a sus mascotas y, los más atrevidos, se acercaban al embarcadero del lago para saltar y zambullirse en el agua. Menudo valor. Estaba congelada. Era lo peor de residir en el norte de la isla. Teníamos que soportar una perversa climatología la mayor parte del año. Era el precio que debíamos pagar por vivir en la mejor zona de la mancomunidad que formaba esa isla.

Respiré profundamente tocándome el pecho. El peso había desaparecido así que comencé de nuevo a caminar. A medio camino me encontré con una par de corpulentos policías de la patrulla urbana. Me daba la impresión de que les habían cambiado el uniforme y, si no me fallaba la memoria, era la enésima vez. Esa era una de las explicaciones del porqué del excesivo aumento en el coste de la cuota ciudadana. La tendencia era inasumible. Si no recordaba mal, llevábamos en lo que iba de año un alza de más del setenta por ciento en el importe de la misma. Los burócratas, que no eran más que simples empleados de los ciudadanos, se estaban tomando demasiadas libertades a la hora de decidir los gastos. Como no, la mayoría de ellos dirigidos a sus propios intereses. Pero lo lamentable, es que no era culpa de ellos. Se estaban permitiendo esos comportamientos y, si mi intuición era certera, se debía a que los ciudadanos más acaudalados presionaban para elevar el precio de la tarjeta ciudadana y así expulsar a parte de la población. Yo tenía conocimiento de varios casos de personas que tuvieron que trasladarse a la

comunidad vecina por no poder pagar su residencia en la nuestra. Incluso yo, si seguía así, me tendría que ir, circunstancia que me aterraba.

—Espere un momento, señor —me detuvo uno de ellos—. Por favor, muéstreme la identificación.

Le enseñé la misma. El guardia pasó el lector por el código impreso en ella.

—Muy bien. Sepa que le queda menos de un mes de validez. Tiene que renovarla...

—Sí, sí, ya lo sé —le interrumpí con sequedad.

—De acuerdo. Que pase un buen día —Se despidió, tocándose la gorra con su dedo índice.

Imbécil. Pedirme la identificación. ¿A caso tenía aspecto de pertenecer a alguna de las otras comunidades? Los policías ya no sabían cómo justificar sus crecientes salarios y sus gastos en material innecesario. En la próxima reunión con el representante de mi grupo ciudadano expondría mi total rechazo al uso que se estaba haciendo con nuestro dinero, sobre todo en tema de seguridad. También me quejaría formalmente sobre el aumento desatado de la cuota. Nunca me había pronunciado sobre este aspecto de la convivencia comunitaria, pero veía peligrar mi propio estatus. Me apetecía decirle algo a ese par de borregos, pero aún me quedaba media hora de caminata para llegar a casa y no tenía intención alguna de buscar problemas innecesarios.

—Buenos días señor Peirsol —me saludó Martín, de la recepción del hotel.

—Buenos días.

Llevaba cinco años hospedado en el hotel de la citi, que así se llamaba. Una mole de hormigón, acero y vidrio con un moderno diseño cónico. Constaba de noventa plantas y tenía una altura de algo más de cuatrocientos metros. Era un símbolo del poder económico de la comunidad y una gozada de residencia. Cuidaban cada detalle con una pulcritud que rozaba la paranoia. Por ejemplo, hacía dos semanas habían despedido a un botones por no saludar a uno de los inquilinos. No es que lo viera mal, pero me parecía excesivo.

Entré raudo en el ascensor y subí a mi ático dúplex para dejar la mochila con la ropa sucia. Ya eran más de las nueve de la mañana y llegaba tarde a las primeras negociaciones, que solían ser las más rentables. Podía operar desde

casa con mi ordenador, pero disfrutaba acudiendo al edificio de la bolsa y reuniéndome con mis colegas de profesión.

Estaba dejando la ropa sucia en el cesto que recogían para lavar dos veces al día cuando el estridente sonido del teléfono me sobresaltó.

—Diga —dije, descolgando el auricular.

—Señor Peirsol, soy Martin de la recepción del hotel. Le llamaba para comunicarle que tiene que abonar el importe del alquiler en los próximos diez días.

—Sí, de acuerdo —asentí, colgando el teléfono con fuerza.

Todos los meses lo mismo. Debían pensar que era gilipollas. En cinco años nunca me había retrasado con el pago. Sin embargo, seguían avisándome como el primer día. La exquisita atención tenía un precio muy alto.

Abrí el armario de mi habitación dónde disponía de decenas de trajes, zapatos, corbatas, pajaritas y camisas de diferentes colores, todos de una excelsa calidad. Me recreaba contemplando aquella maravilla que me obligaba a elegir, lo que me hacía perder algo de tiempo, ya que siempre dudaba. Para algunos era un problema. Comentaban que si sólo dispusiéramos de un solo traje, no gastaríamos parte de nuestra vida eligiendo que ponernos. Qué estupidez. Seguro que era una idea de los pobres porque no podían disponer de semejante vestuario. Para mí no era un problema. Todo lo contrario, era una bendición.

El parqué, como era costumbre, estaba prácticamente vacío. No tenía nada importante que hacer esa mañana, así que me quedé observando el luminoso por donde pasaban a toda velocidad las cotizaciones de las diferentes empresas.

Me fijaba en los precios de las corporaciones farmacéuticas. Era uno de los sectores más populares actualmente. Los precios de las empresas estaban por los suelos debido al descenso de las ventas de fármacos antidepresivos. El progresivo aumento de los hackers provocó una considerable reducción en los precios de sus servicios, posibilitando que incluso las personas de las comunidades más pobres pudieran acudir a ellos para borrar sus malos recuerdos y fuera innecesario el uso de los fármacos. Sin embargo, la negociación de estos títulos otorgaban mucho juego. Se podían conseguir suculentos beneficios comprando y vendiendo en el mismo día.

—¡Allan, Allan! —oía que me llamaban cuando me disponía a irme.

Me giré y vi a Justin, que venía hacia mí, alzando el brazo y llamándome. Por desgracia no venía solo. Estaba con Pat Riley. Petulante hijo de puta.

—Allan tío, ¿no juegas hoy? —me preguntó Justin, palmeándome el hombro.

—Hoy no me apetece. Voy bastante sobrado —mentí, pero es que odiaba a ese gilipollas.

—Pues lo que te has perdido —dijo Pat—. He obtenido más de un veinte por ciento de beneficios en menos de diez minutos. Quizás me compre otro coche con ellos, aunque no sé donde lo podría guardar —concluyó, sonriendo y torciendo la boca, mostrando su peculiar mueca chulesca. Era patético.

Justin era un agente y representaba a un grupo de accionistas. Iba a comisión y por lo tanto tenía un perfil muy conservador a la hora de negociar. Pat era independiente, como yo. Había que reconocer que tenía mucho talento y pocas veces fallaba en una operación. Era odioso. No sólo por esta condición de infalibilidad, sino por cómo te restregaba sus éxitos por la cara.

—¿Dónde te has metido este fin de semana? —preguntó Justin—. Han abierto un nuevo club al lado del Garden. Tienen un grupo musical espectacular.

—Ayer me colé en una fiesta de esnobs. La verdad es que no me lo pasé mal.

—¿Sigues acudiendo a esas fiestas? Joder Allan, ya te he dicho que si quieres comida de lujo puedo ponerte en contacto con mi proveedor. Es un poco caro, pero supongo que no tendrás problemas, aunque viendo tus últimas operaciones... —dijo Pat, en su línea habitual.

—Vamos a desayunar algo —comentó Justin.

No me apetecía en absoluto estar ni un segundo más con el capullo de Pat, pero Justin me caía bien y no quería ofenderle, así que acepté.

Nos sentamos en la mesa de una terraza de los soportales que rodeaban la plaza mayor para protegernos de la lluvia. Tanto las mesas como las sillas de las terrazas de todos los bares y restaurantes estaban lacadas en blanco. Caprichos de los dueños de dichos negocios que pretendían mantener una bella armonía que acompañara a la extraordinaria arquitectura de la plaza.

Sobre el adoquinado suelo se encontraban instalados decenas de puestos ambulantes que formaban un precioso mercadillo donde se podía adquirir prácticamente de todo. Por desgracia, la lluvia obligó a los mercaderes a mantenerlo cerrado. Sólo unos cuantos valientes permanecían abiertos.

Pedimos una botella de whisky para los tres con sus respectivos vasos,

cada uno con una piedra de hielo. Una joven y hermosa camarera nos acercó la consumición.

—Toma preciosa —dijo Pat, dándole a la camarera un billete de cincuenta mientras la escrutaba de arriba abajo. Cada vez me parecía más ofensivo el muy imbécil.

—Así que lo pasaste bien en la fiesta de snobs —apuntó Justin.

—La verdad es que sí. Estaba siendo como las demás, aburrida e insustancial. Pero un percance con un vaso de vino me permitió conocer a un grupo de personas bastante interesantes.

—Pues cuenta —azuzó Justin.

—Estaban hablando de sus experiencias con el pirateo mental. Cuando me invitaron a su tertulia, uno de ellos comenzó a contar la suya. Al parecer hay piratas que ofrecen la posibilidad de matar a personas y después ellos se encargan de hackear la mente de algún marginado para que se declare culpable del crimen. Increíble.

—¡Hostia! No jodas —exclamó Justin, enarcando las cejas—. No sé dónde vamos a ir a parar.

—Y, ¿tú lo harías? —preguntó Pat, que sorprendentemente estaba escuchando a pesar de estar mirando para todos lados durante mi explicación, con su sempiterno rostro del que se cree que lo sabe todo.

—No, por supuesto que no —dije, ocultando que había apuntado el teléfono. Por supuesto no comenté el morbo que me producía.

—¿Por qué no? —continuó Pat—. Al que matas, lo librarías de su miseria. Y al que se declara culpable, si como dices es un miserable, quizás lo coloquen en un lugar mejor —dijo, sonriendo irónicamente.

—No digas tonterías Pat —intervino Justin—. Se trata de la vida de dos hombres. Yo no lo haría. No soy tan valiente.

—Valiente, dices. Todo lo contrario. Si tienes la necesidad de matar a alguien, hazlo y afronta como un hombre las consecuencias, no te jode. Es muy fácil y cobarde asesinar a alguien cuando sabes que quedarás impune.

—Vale Pat, tienes razón. Sería una cobardía. De todas maneras me parece aberrante.

Mantenia con prudencia mi atención en la conversación de Pat y Justin. No tenía la necesidad de involucrarme en la misma. Estaba disfrutando con los diferentes puntos de vista de los contertulios. Nunca pensé que Pat tuviera alguna inquietud que no fuera el lujo y la vida disoluta.

—Igual de aberrante —continuó Pat frunciendo el ceño, gesto que me

descolocaba—, es borrar recuerdos importantes en la vida de una persona haciendo que pierda su identidad y su experiencia. Introducir mensajes en las mentes de las personas más pobres de las otras comunidades dándoles esperanzas de que, si luchan, conseguirán tener un mayor nivel de vida, cuando sabemos que no es verdad. Y un largo etcétera de aberraciones. Eso sin incluir lo que se hace ilegalmente como lo que acabamos de comentar, o la creación artificial de prostitutas, los secuestros de niños e incluso lo que no podemos ni imaginar. Lo peor es que se convierte en algo legal ya que estas comunidades no disponen de recursos para pagarse la policía o la justicia. Si tanto te preocupa, haz algo. Pareces gilipollas —concluyó muy enojado.

—No hace falta que insultes, imbécil —replicó Justin.

—Bueno —interrumpí para que no empeorara la situación—, todos sabemos lo que hay.

Se produjo un sepulcral silencio. Todos mirábamos para ambos lados sin cruzar palabra alguna. Me sorprendió el compromiso social de Pat, aunque sólo fuera discursivo. No me esperaba eso de él. Sus gestos denotaban que estaba enfurecido por la situación del mundo. Era, conociéndolo, sorprendente.

—Tengo que volver a renovar de nuevo la puta tarjeta de ciudadano — rompí el silencio intentando introducir un nuevo tema de conversación.

—¿Habéis visto la nueva que tenemos nosotros? —preguntó Pat, sacando una tarjeta de su bolsillo—. Mirar y disfrutar.

Pat puso la tarjeta encima de la mesa. Era dorada y brillaba intensamente. Tenía su nombre grabado y el código donde estaban introducidos todos sus datos como ciudadano.

Pat residía en la Finca. Las tarjetas ciudadanas en la famosa urbanización tenían unos precios muy elevados, ya que disponían de privilegios de los que carecía el resto de la citi. Mayor nivel de seguridad, un cuidado de las calles e infraestructuras impecable e iluminación que suponía un gasto energético mayor que el que podría tener una de las comunidades más pobres.

—¿Cuánto cuesta? —pregunté.

—Cinco mil al mes. Está fuera de tu alcance.

Me quedé un instante mirando para los ojos de ese imbécil. Su presencia me ofendía cada vez más. Guardé las manos entre mis piernas y apreté los puños, enfurecido. Tenía unas ganas enormes de quitarle esa irónica sonrisa de un puñetazo en sus dientes. Me vino a la cabeza la idea de matar a alguien y salir impune. Sin duda, Pat era mi candidato predilecto.

—De la mía, también —intervino Justin al percatarse de mi cabreo. Me conocía de hacía varios años y sabía que mi paciencia tenía un límite muy cercano.

La verdad es que desconocía por qué Justin trataba tan a menudo con Pat. Justin tenía un carácter afable y simpático, pero era un tanto pusilánime. Nunca decía que no a nada. Asentía como un perro a cualquier petición. Ese debía ser el principal motivo por el cual seguía acompañando a ese capullo. Éste se lo pedía y Justin aceptaba.

Pat procedía de una de las comunidades que presentaban un nivel de vida medio. Su indiscutible talento en el comercio de valores negociables le hizo escalar socialmente, adquiriendo un nivel de vida muy superior a su anterior situación e incluso por encima de la gran mayoría de los habitantes de nuestra comunidad. Esto le permitió trasladarse a vivir a una lujosa mansión. Era odioso. Que aquel subnormal con ínfulas de aristócrata dispusiera de todos los privilegios existentes, me enervaba. No podía mirar para su rostro. Era vomitivo. Siempre manteniendo ese gesto petulante. Qué asco me daba. Lo mataría ahora mismo.

Una algarabía ensordecedora me expulsó de mis pensamientos. Giramos la mirada hacia el interior de la plaza. Decenas de personas corrían en dirección a los soportales obligados por la policía urbana que les perseguía. Querían protegerse de las acometidas de la autoridad que disponía de pistolas eléctricas que usaban para paralizar a los sospechosos.

Ya bajo la protección de los soportales, pude distinguir el dibujo de una amapola sobre una camiseta blanca que llevaba uno de ellos. Me percaté que todos vestían la misma camiseta. Pertenecían a la organización de la amapola, dedicada principalmente a la lucha activa contra el borrado e implantación de recuerdos. Sus acciones solían ser pacíficas, salvo alguna excepción. No solían verse por nuestra comunidad debido al riesgo que corrían si se les capturaba. Aquí las leyes eran implacables contra cualquier actuación que rompiera en lo más mínimo la tranquilidad cívica.

Corrían empujando y tirando todo a su paso para obstaculizar la persecución. La gente se levantaba de sus mesas gritando aterrorizados. La inmensa mayoría de la población de nuestra privilegiada comunidad desconocía las actividades del movimiento. Pensaban, inducidos por una enorme propaganda, que se trataba de un grupo terrorista muy peligroso. Nada más lejos de la realidad.

También nosotros nos levantamos al ver que el grupo se acercaba a

nuestra posición, apartándonos. Vi a Pat moviendo nuestra mesa y las sillas hacia un lado dejando hueco para que los manifestantes pasaran con mayor facilidad. El primero de ellos le dio las gracias al pasar corriendo por delante de él. Pat, sin ninguna duda, me desconcertaba.

La policía había conseguido apresar a varios de los sospechosos, aunque la mayoría parecía que estaban ya fuera de su alcance. Justo enfrente de nosotros un policía consiguió darle una descarga con su pistola a uno de ellos. Cayó plomizo al suelo, convulsionando. Pat se acercó a él y se agachó. No pude ver su rostro, ya que estaba de espaldas a nosotros, pero observé cómo apretaba con ternura la mano del activista durante un ligero instante.

—Apártese, por favor. Puede ser peligroso —dijo el policía dirigiéndose a Pat.

Pat hizo lo propio y se fue en dirección al lado opuesto de la plaza sin mediar palabra, mientras el policía esposaba al manifestante con rudeza.

—Eh, Pat. Adónde vas —gritó Justin sin obtener respuesta—. Qué raro es el pobre.

Dos furgones policiales irrumpieron en la plaza a gran velocidad. Los sospechosos capturados fueron desfilando hacia el interior de los mismos entre los aplausos de las personas que se agolpaban alrededor de ellos, increpándolos. Algunos de los presos vociferaban múltiples proclamas relacionadas con su lucha. Pobres infelices. Destinaban su vida a una lucha infructuosa. El borrado de recuerdos estaba tan aceptado e impregnado en la sociedad que nada ni nadie sería capaz de cambiar la situación actual.

Uno de los policías se acercó a nosotros y nos pidió la documentación. Sospechaban que alguno de los manifestantes pudiera haberse mezclado entre las personas que nos encontrábamos en la plaza. El agente sencillamente siguió el protocolo establecido para estos casos.

Después de pasarlas por su lector, el guardia nos devolvió las tarjetas, agradeciéndonos nuestra colaboración. Como sabíamos, estaba todo correcto. Algo que no sucedió con una de las personas que se encontraban en la plaza.

Por coincidencia del destino, la policía descubrió que una de las personas tenía la tarjeta caducada. La persona se justificaba explicando a la autoridad que se había distraído y que no se había dado cuenta de la caducidad. En estos casos, la policía acompañaría al ciudadano al registro para que inmediatamente renovara su tarjeta. Si no era así, se le expulsaría de la comunidad, excepto que tuviera vivienda en propiedad. En ese caso, se les otorgaba un mes de gracia para que arreglaran la situación.

Cesado el revuelo, la policía se retiró y todo el mundo volvió a disfrutar de su tiempo de ocio. Me despedí de Justin. Tenía varias cosas que hacer y él se iba a quedar un poco más en la terraza del bar.

Salí de la plaza en dirección al registro. Quería renovar mi tarjeta cuanto antes, no fuera que me ocurriera como el ciudadano anteriormente detenido. El principal problema no era que te expulsaran, sino que te sancionaban no permitiéndote acceder a esta comunidad durante un año, el tiempo máximo para mantener registros, aunque dispusieras del dinero para abonar la cuota. Y en el resto de las comunidades, incluso en la mejor de ellas, el nivel de vida y de protección civil era notablemente inferior a la nuestra.

El registro estaba atestado de gente. Extensas colas se agolpaban frente a las diversas ventanillas. Resignado, me coloqué en la fila de la ventanilla de renovación. Con el precio que teníamos que pagar por ser ciudadanos, soportar toda esa espera era indignante. Además, el soporífero calor aumentaba mi enfado. El aire acondicionado no funcionaba. O estaba apagado o estropeado. Sequé mis gotas de sudor con la palma de la mano. Todo aquello era esperpéntico.

Transcurrieron más de treinta minutos hasta que llegué a la ventanilla. Un hombre craso con una desaliñada barba cana, estaba sentado al otro lado de la misma.

—¿En qué puedo ayudarle? —me preguntó.

—Quería renovar mi tarjeta de ciudadano.

—De acuerdo. Déjemela, por favor.

Hice lo propio. El hombre comenzó a teclear en su ordenador.

—Muy bien —dijo—. ¿Sabe que existe una nueva tarjeta que cubre más prestaciones?

—Sí, pero no me interesa. Quiero renovar la misma y por el mismo tiempo.

—Entonces son dos mil quinientos.

—¿Cómo dos mil quinientos? —pregunté, estupefacto—. Eran dos mil.

—La cuota ha subido.

—Esto es vergonzoso.

—Si no está de acuerdo, puede irse a otra comunidad —dijo el hombre con una irritante sonrisa en su rostro.

Sólo disponía de dos mil. Tenía más en el banco, pero lo necesitaba para el resto del mes. El duplex, la comida, las fiestas. Todo eran gastos que no tenía

intención de suprimir.

—Entonces renuéveme por una quincena.

—Pues serán mil quinientos.

Saqué el dinero de mi cartera y lo pasé por debajo de la ventanilla, mirando para aquel imbécil. Era la primera vez que renovaba por una quincena. Te cobraban más de la mitad debido, según decían ellos, a gastos de gestión. Con esa subida tenía que tener cuidado con mis inversiones e intentar obtener mayor beneficio. No quería prescindir de mi tren de vida.

El registrador introdujo un plástico en la máquina que grababa el nombre y código en la tarjeta. Después de unos instantes de ronroneo, extrajo la misma y me la dio.

—Aquí tiene. Que pase un buen día —menudo día, pensé.

Me largué de allí sin agradecer nada. Salí al exterior empujando con fuerza la maldita puerta giratoria, que me supuso una reprimenda por parte de una mujer madura que entraba. Para mi sorpresa, contuve mi contestación. El enfado que llevaba era mayúsculo y en esas circunstancias solía ser una persona bastante beligerante, por no decir pendenciera.

De nuevo la ansiedad atenazaba mi pecho. Me encorvé y respiré profundamente, intentando relajarme. El inconsciente ya se había percatado de la dificultad que tendría para obtener la cantidad de dinero exigida para permanecer como ciudadano y conjugarlo con mi actual nivel de vida. Menuda faena. Tendría que renunciar a alguno de mis vicios. Y eran muchos.

El malestar cedió, lo que me permitió incorporarme. Quería acercarme a la tienda ecologista donde solía comprar la comida. Necesitaba rellenar la despensa, vacía desde el pasado viernes. Era una costumbre muy arraigada en mi vida. Compraba lo imprescindible para cuatro días ya que a partir de los viernes todo mi gasto era destinado a los excesos del fin de semana.

—¿Leo? —dijo una mujer dirigiéndose a mí—. ¡Dios mío, Leo! —continuó, agarrándome por un brazo.

—Suélteme. Yo no me llamo Leo —contesté, apartando el brazo.

—Sí, eres Leo. ¿No te acuerdas de mí? Soy yo, Raquel —. Lloraba la mujer. Qué actuación más buena.

—Déjeme en paz. Se está confundiendo —dije, mientras me alejaba de ella.

—¿Qué te han hecho? Te echo mucho de menos —continuaba hostigándome, mientras me perseguía.

No me lo podía creer. Al parecer no era un bulo. Existían de verdad. Los

llamaban suplantadores. Era personas que aprovechaban ese mundo confuso en el que vivíamos para intentar engañar a la gente, pretendiendo hacerles creer que eran otras personas y que les habían borrado sus recuerdos. Actuaban casi exclusivamente en nuestra comunidad. Según comentaban, seguían a personas con buena presencia, que proyectaran una imagen de elevado estatus social. Indagaban en sus vidas para cerciorarse de que disponían de una vida acomodada y de que eran personas solitarias. De esta manera era más sencillo convencerles, ya que el suplantador se hacía pasar por un familiar, y si no tenías relación con ninguno, como yo, podría caer en el engaño con mayor facilidad. Acto seguido, los abordaban repentinamente, como me acababa de ocurrir, e intentaban convencerles de que su verdadera vida no era esa. Los más crédulos, que los había, se iban con ellos. No se volvía a saber nada. Dicen que les manipulan la mente y obtienen de esa forma los códigos de sus cuentas bancarias para sustraerles todo su dinero.

La mujer no cedía y continuaba con el acoso. Llamé con un sutil gesto de mi brazo a uno de los guardias urbanos que patrullaban por la zona y, antes de contarle la situación, la mujer se largó a toda velocidad. Maldita zorra.

—¿Qué ocurre, señor? —me preguntó el policía.

—Nada, nada. Me he confundido. Disculpe —mentí. No tenía la mínima gana de explicar nada.

—No se preocupe. Que tenga un buen día.

Un buen día. Maldito día. Llegué tarde al trabajo, con la pérdida de dinero que eso me supuso. Tuve que aguantar las indirectas de Pat. Me han subido de una forma inasumible la cantidad a pagar por ser ciudadano. Han intentado acabar con mi vida actual. Y este gilipollas, que vive a cuerpo de rey a costa de mi dinero, me desea un buen día. Cerré los puños y me fui de allí conteniendo a duras penas mis impulsos violentos. No quería empeorar las cosas, por difícil que fuera.

La tienda estaba casi vacía. Me encantaba ese comercio. Disponían de productos que no podía encontrar en las grandes superficies. No tenían demasiada variedad, pero se podía adquirir comida ecológica, cuyo sabor era exquisito. Todos sus productos eran vendidos al detalle, excepto la comida precocinada, que venía envasada. Además, la distribución era perfecta y la pulcritud insuperable.

Me acerqué al estante de la comida precocinada. Me apetecía comer algo contundente. Cogí un envase de albóndigas de pollo en salsa de tomate y otro

de filetes de ternera con patatas fritas. Miré el precio y, sin ya sorprenderme, comprobé que también había subido. Sonreí irónicamente negando con la cabeza. La situación cada vez era más sofocante. Si la tendencia seguía igual, no me quedaría más remedio que mudarme de mi lujoso dúplex.

Ya en casa, metí el envase de albóndigas en el microondas. Dos minutos y listo. Comí como si fuera la última vez que lo haría y me eché en la cama. Deseaba que ese pésimo día pasara cuanto antes.

8. Leo Sean Anderson

Bostezaba incesantemente. La somnolencia se apoderaba de mí con virulencia. No podía seguir en esas condiciones. Me encontraba en una situación de debilidad inasumible, lo que podía provocar que enfermara, con todo lo que ello suponía. Carecía de seguro por baja laboral y no cobraría nada mientras estuviera sin acudir al trabajo, lo que sería devastador. Eso sin contar la decisión que pudieran tomar mis jefecillos. Les daba absolutamente igual los años que hubieras estando trabajando y lo profesional y responsable que fueras. Había asistido como despedían a un compañero y amigo que llevaba treinta años dedicándose a la empresa y, por una simple baja de una semana, le enviaron a la miseria. Malditos canallas.

Ese día me estaba tomando el trabajo con mucha calma. Sólo deseaba que terminara cuanto antes la jornada laboral. Cada poco tiempo echaba un vistazo al reloj digital instalado en la grúa. Tenía la sensación de que no avanzaba. Diría que hacía una hora que quedaba una hora para finalizar. Era desesperante.

Quedaban pocos contenedores en el barco, los justos para acabar puntualmente la jornada. Los descargaría lentamente. Seguro que si terminaba antes de mi hora de salida me ordenarían limpiar o hacer cualquier gilipollez por el muelle, y no tenía ni puta gana.

Manejaba los mandos con mucha destreza. Podría hacerlo con los ojos cerrados. Siempre era la misma rutina. Me pasaba doce horas al día allí sentado, siete días a la semana. El hartazgo era mayúsculo y la frustración indescriptible. De pequeño, nadie se imagina acabar en un empleo de aquellas características.

El pinzamiento en el pecho no desaparecía. Era la demostración física de que mi vida no funcionaba. Necesitaba nuevos retos, algo que devolviera las ganas por seguir adelante. Podía dejarlo todo e irme a buscar fortuna. Pero la responsabilidad con mi familia no me lo permitía. Nunca me perdonaría dejarlos abandonados.

Tenía uno de los contenedores sujetado por la grúa a la altura del muelle, cuando noté un latigazo en los mandos. Otro, esta vez más fuerte. Eché un fugaz vistazo a los enganches. Cago en la puta, se estaban desprendiendo. Fueron unos segundos aterradores. Me asomé por la puerta y grité a pulmón partido advirtiendo a las personas que estaban abajo. Nadie me escuchaba

debido al ensordecedor ruido que permeaba el ambiente. Intenté mover el contenedor de nuevo hacia el barco. Decisión fatal. Cayó al vacío, golpeando el suelo con tal fuerza que parecía que estuviéramos sufriendo un terremoto.

Descendí rápidamente por la escalerilla que servía de acceso a la cabina. Vi gesticular a mis compañeros a cámara lenta. Nunca en mi vida había estado tan asustado. Por los gritos sabía que algo fatal acababa de ocurrir.

La alarma comenzó a sonar en todo el puerto. Advertía a los trabajadores para que se detuvieran ante la posibilidad de que se agravara el accidente. Debía ser el único sistema de seguridad que funcionaba en aquel maldito trabajo.

Me acerqué al enorme contenedor. Estaba rodeado por varios compañeros que lo miraban, petrificados. El corazón me latía desbocado. Estaba completamente aterrado.

—¿Había alguien debajo? —pregunté trémulo a Dany, un auxiliar de grúa.

—¡Joder, claro que sí! Es Miki. Estaba pasando por debajo con esos putos cascos que siempre llevaba puestos en las orejas.

El corazón me dio un vuelco. Miki era un joven barbilampiño que apenas hacía dos meses que acababa de entrar a trabajar. Nos había caído bien a todos desde el principio. Su natural simpatía, no forzada, virtud que muy pocos tenían, y su energía, nos alegraba a todos, sobre todo en el vestuario al comienzo de la jornada. Recuerdo lo ilusionado que estaba con su empleo. Relataba sus ilusiones de futuro. Era una persona extremadamente madura para su edad. Para lo joven que era, tenía novia desde no sé cuántos años. Se iban a trasladar a vivir cerca del puerto, a un apartamento decente, como él decía. Quería, cuando ascendiera de categoría profesional, contratar ciertos seguros para garantizar su estabilidad y la de su pareja. Y en un futuro, no muy lejano, ampliar la familia. Todo se desvaneció en un segundo. Maldita sea. Por qué él.

—Dany, ¿sabes si había hecho la revisión de la grúa? —pregunté, recordando la demora que llevaban en ese asunto.

—No tengo ni puta idea. Pregunta al gilipollas de Sam. Por cierto, ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo te pudo caer el contenedor?

—¡Coño, yo que sé! —dije enfadado—. Fallaron los enganches. No me dio tiempo a moverlo a un lugar seguro.

—Estoy hasta los cojones de esto. Cada poco un puto accidente —negó con la cabeza Dany, mientras se iba.

Lloré durante un instante, solo uno, el tiempo exacto en el que la tristeza

se convirtió en ira.

Las inspecciones de seguridad llevaban semanas de retraso. Varios de los oficiales de grúa reclamábamos constantemente que se hicieran. Era un riesgo inasumible, máxime cuando la antigüedad de la maquinaria era excesiva. Sin embargo, siempre recibíamos largas. Los accidentes había aumentado en esas fechas y nadie que tuviera responsabilidad hacía nada por evitarlo.

Me alejé del lugar del accidente, cruzándome con la ambulancia que se dirigía hacia allí. Una ambulancia. Increíble. Cuando tenía que acudir no la hacía y ahora que no hacía falta... En fin. Esa era la gestión de mierda que teníamos.

No recordaba haber estado tan enfadado en toda mi vida. Comencé a correr lo más rápido que podía. Quería cansarme para intentar relajarme. Todo era una mierda. Todo.

Me detuve ante la caseta de Sam. Abrí la puerta sin llamar.

—¿No tienes educación? —me preguntó Sam sin levantar la mirada mientras movía papeles sobre su mesa.

—¿No sabes que ha ocurrido un accidente y que Miki ha muerto?

—Son cosas que pasan. Deberías estar acostumbrado —dijo el hijo de perra con increíble parsimonia.

—Llevamos semanas advirtiéndote de que avisaras a los inspectores para que revisaran la maquinaria, y tú, ni puto caso. Estamos hasta los huevos de que la gente pierda su vida por intentar ganársela.

—¿Hasta los huevos, dices? —por fin me miró—. Yo tengo que rendir cuentas. ¿Sabes lo que es eso? Que tengo que mirar por cada centavo y justificar cada gasto que se genera. Para vosotros es muy fácil. Trabajáis y cobráis. No tenéis dolores de cabeza. Anda sal de aquí y no me comas más la cabeza.

—¿No está justificada la seguridad? —alcé la voz.

—En los negocios sólo están justificados los resultados, nada más.

—Eres un canalla. Y lo sabes —le solté. Quería ver su reacción.

Sam se incorporó y me lanzó una ofensiva mirada. No le había gustado nada que le insultara. Que se joda. Era un puto cabrón. Todos sabíamos que cobraba suculentas comisiones por ahorrarle dinero a la empresa. Maldito hijo de puta.

—Anda lárgate de aquí antes de que arruines tu vida —me amenazó, acercándose y abriéndome la puerta—. Y ayuda a recoger lo que quede de tu compañero. Mañana tendrás otro —sonrió.

Cual furia desatada, agarré al cabrón por el cuello con las dos manos y apreté. Intentó librarse, agarrándome por los brazos, pero no valía para nada. Tenía las muñecas de oficinista. No había dado un palo al agua en toda su puta vida.

Seguí apretando, desencajado. Comenzó a ponerse morado y, en ese instante, me volvió la cordura. Liberé a aquel canalla, que cayó al suelo, tosiendo sin parar.

Permanecí de pie, frente a él, con semblante serio. Que no pensara que le tenía miedo. Se merecía que le hubiera matado, pero eso me convertiría en lo mismo que era él. Le patearía hasta que sangrara por todos sus poros.

Se levantó a duras penas y me miró. Asintió levemente con la cabeza. Capullo de mierda.

—Estás despedido. Coge tus cosas y lárgate —dijo carraspeando.

Le miré de arriba a abajo, como el que mira un montón de escoria. Me giré sin mediar palabra y me fui del puerto. No tenía nada de valor en la taquilla que mereciera la pena recoger. Dejaba atrás treces años de mi vida y un trabajo medianamente seguro. Pero, por alguna extraña razón, no tenía miedo.

Fui caminando a casa, pensando la manera de contarle a Raquel mi nueva situación y, por ende, la de toda la familia. Debía buscar el momento oportuno y convencerla de que todo saldría bien y que no tenía que preocuparse por nada. Era una persona bastante dada a los extremos, aunque no la culpaba. En ese mundo, una falta de ingresos temporal podría llevarte a la extrema pobreza.

Me llevaría una media hora llegar. En el autobús tardaba algo menos, pero cierto era que damos un enorme rodeo para ir parando en las diferentes residencias de mis ya, antiguos compañeros.

El área cercana al puerto aún mantenía algo del esplendor de la época de bonanza económica. Restaurantes, bares e incluso un pequeño casino servía de escapatoria para los empleados de la zona y para los que venían por algún motivo, como transportistas o comerciales de todo tipo.

A pesar de la hora tan intempestiva en la que me encontraba, observé la gran afluencia de personas que llenaban estos negocios de esparcimiento. Muchas de ellas eran empleados que se tomaban alguna que otra copa antes de comenzar su jornada laboral. Otros, prácticamente los mismos, lo hacían también a la salida. El alcoholismo era un problema recurrente en nuestra sociedad. Yo, ni me asomaba. Quizás alguna cerveza de vez en cuando, pero

nada más. Me gustaba estar con mi familia y además no podía permitirme el lujo de gastar un centavo de más en alcohol.

Me alejé del puerto con paso ligero en dirección sur. Pasé por las mediocres barriadas de minúsculos apartamentos en los cuales yo había vivido en los comienzos de mi trabajo como estibador. Habían sido levantadas por las propias empresas que operaban en el puerto. Se pagaba un alquiler a las mismas que parecía bastante razonable. Pero no lo hacían por solidaridad. Pretendían de esta manera tener a sus trabajadores cerca y controlados. Por este motivo, cuando se ascendía y el salario era suficiente, todo el mundo se largaba de allí, como yo había hecho.

Comenzaba a amanecer y el sol refulgía con fuerza. Era un día totalmente despejado y daba la sensación de que también iba a ser caluroso. Raro en aquella zona de esa maldita isla.

Las pocas farolas que funcionaban por esa zona se apagaban. Me percaté de que algunas personas corrían a esconderse ante mi presencia. Se metían entre los esqueletos de edificios derruidos, carcomidos por la humedad y el paso del tiempo. Eran vagabundos que sobrevivían a duras penas pidiendo y obteniendo comida de los contenedores. Se guardaban de mí por miedo a que fuera un guardia urbano o un chivato que pudiera avisar a la policía y los expulsaran de la comunidad. Hoy en día, era una preocupación bastante infundada. Nadie, y menos los cuerpos de seguridad, se preocupaban de unos cuantos miserables que vivían de los desperdicios de los demás.

Me embargaba una tristeza enorme viendo esa imagen de decadencia. Decían tendenciosamente que antaño la comunidad comerciaba con otras grandes mancomunidades y que el flujo de importaciones y exportaciones era constante, aumentando la riqueza y el bienestar de los ciudadanos. Pero una de las inevitables crisis, produjo esa precariedad y la obligación de competir salvajemente. Sin embargo, esos charlatanes caraduras que vivían acomodadamente, nos convencían para que no nos preocupáramos. Que era normal que sucedieran estos ciclos económicos y que pronto llegaría la buena época de nuevo. Yo llevaba esperando por ella toda mi vida.

A medida que me aproximaba a casa, la arquitectura del lugar comenzaba a mejorar. Era increíble como en tan poco espacio existían tamañas desigualdades. Nos agrupábamos cada vez más para vivir dentro de la zona con mejores prestaciones y con la intención de que fuera más asequible económicamente.

Levanté el pie. No sabía aún como decirle a Raquel lo del despido y,

viendo que era la hora en la cual ella salía para llevar a Brian al colegio e ir a trabajar, evitaría encontrarme con ella. Debía meditar y encontrar prudentemente las palabras adecuadas para evitarle un shock. Su forma de ser, tan polarizada, le llevaba de pasar de la alegría a la depresión en un instante.

Me dispuse a meter la llave en la cerradura, cuando la puerta se abrió. Raquel se sorprendió en igual medida ante mi presencia. Brian se encontraba delante de ella, somnoliento, para no variar, frotando con las manos sus pequeños ojos.

—Leo. ¿Dónde estabas? Has llegado más tarde de lo habitual.

Maldición. ¿Pero por qué coño aún estaba allí? Enmudecí, perplejo ante su tez morena y sus bellos y enormes ojos verdes.

—¿Te pasa algo? —me preguntó.

—Tuve que hacer una hora más —mentí—. ¿Y vosotros? ¿Qué hacéis aquí todavía? —dije rápidamente, cambiando de tema.

—Me dormí un poco —sonrió. Qué guapa estaba cuando lo hacía.

—Me voy a echar un poco en la cama. Estoy tremendamente cansado. Bueno, campeón, compórtate bien y aprende mucho, ¿de acuerdo? —le dije a mi hijo, haciéndole una carantoña en su hermosa cara.

—Vale —dijo Brian.

—Hasta luego —se despidió Raquel, con la sequedad habitual de los últimos tiempos.

Me temblaban las piernas por la caminata. Sólo deseaba echarme en la cama y descansar. Después pensaría como afrontar con Raquel todo aquello. No quería disgustarla, pero tenía que contarle la verdad. Tarde o temprano se daría cuenta.

Estaba apartando las sábanas, cuando me sonó el teléfono. Cago en la puta. Qué oportuno. No tenía ninguna intención de descolgar, pero vi que la llamada era de Logan. Joder, no me acordaba de la cita.

—Dime —dije, como el que no sabe nada.

—Leo, ¿dónde estás? Estoy esperando por ti.

—Perdona, no me acordaba. He tenido un día bastante problemático y se me fue la pinza.

—¿Puedes venir? Te esperaré.

—Estoy muy cansado. Además voy a dejar el movimiento. Me consume mucho tiempo y ahora necesito más que nunca estar con mi familia.

Lo dije casi sin pensar. No había meditado nada sobre ello, pero los

acontecimientos me obligaban a dedicarme a mi familia y a buscar un nuevo empleo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Logan, sorprendido.

—Me acaban de despedir —me sinceré—. Necesito encontrar un nuevo trabajo. No tendré tiempo para otra cosa.

Oí un suspiro al otro lado del móvil. Logan parecía ciertamente disgustado, algo que me extrañaba. Siempre me había parecido una persona fría y distante.

—Escucha —replicó—. Descansa y ven por aquí mañana. Puedo...

—No, de verdad Logan —interrumpí—. No me interesa.

—Escucha, por favor —insistió—. Vente mañana como te decía. Te hablaré de ese trabajo que tenemos entre manos. Si lo haces, te meteré en nómina y el movimiento te mantendrá.

Perplejo, quedé mudo durante un instante. Meterme en nómina. Conocía de las ayudas del movimiento a jóvenes necesitados, pero no pensaba que iba más allá de eso.

—¿De cuánto dinero hablamos? —indagué.

—Suficiente para vivir sin ninguna carencia.

—De acuerdo. Mañana estaré allí —dije, colgando.

No me esperaba tantos giros en mi vida en tan pequeño espacio de tiempo. No tenía ni la más remota idea de qué quería Logan de mí, pero la necesidad era imperiosa. Estaba dispuesto a realizar casi cualquier cosa.

Me metí en la cama intentando dejar la mente en blanco, y me dormí.

9. Ray Carmichael

Aún tenía escalofríos. El agua de la ducha estaba helada y el ronroneo de las oxidadas tuberías me cabreaba. No podía contratar un servicio de calefacción. Mi último efectivo lo había destinado al pago de la tarjeta ciudadana, sin tener en cuenta el despilfarro hecho con las putas. Necesitaba imperiosamente trabajo, porque de lo contrario no iba a vivir una situación agradable. Me aterraba la posibilidad de tener que vivir en la comunidad del sur, abandonado a mi suerte. Pero en fin, no debía flagelarme. Fue mi decisión trasladarme hasta allí, con todos los sacrificios que suponía. Un decisión dura, sin duda, pero muy meditada. Debía alejarme de ella. El dolor que sufría cada vez que la veía era insoportable. La echaba de menos, pero no había otra opción.

El hedor en la calle era nauseabundo. En esa zona de la comunidad, la empresa de limpieza recogía la basura sólo dos veces por semana y limpiaba una vez al mes. Las calles estaban llenas de bolsas de residuos, muchas de ellas rotas. La mugre tapizaba las aceras, otorgando a la ciudad un aspecto decadente. Menuda decisión que había tomado. Era surrealista que en una misma isla existieran esas extremas diferencias entre diferentes poblaciones y, sobre todo, en la misma comunidad. Los dueños de los negocios dedicados al turismo, pagaban para tener unos mejores servicios que sirvieran de reclamo a los clientes. Toda la zona cercana al mar, contrastaba radicalmente con el resto de la comunidad.

Los diferentes comercios como eran pequeñas tiendas de alimentación, de textil, decoración, pintura y un largo etcétera de negocios que ocupaban la mayor parte de los bajos de los edificios, abrían sus puertas a los clientes. La mayor parte de los propietarios de estas empresas, residían allí, algo que no ocurría con los de la zona de la costa, cuyos ingresos eran los suficientemente altos como para permitirles la posibilidad de vivir en una comunidad con mayor estatus social. Se desplazaban diariamente de su lugar de residencia al de trabajo y todos, incluso los que vivían en esa misma comunidad, contrataban seguridad privada para proteger sus empresas de los saqueos que se pudieran producir. Carecían de la más mínima industria y toda su economía se basaba en los servicios.

Las comunidades no disponían de un nombre oficial. Se las reconocía principalmente por el tipo de actividad económica que tuvieran más

desarrollado. Así era en esa isla como en el resto del planeta. Una vez escuche una historia de boca de una anciana que relataba como en su comunidad querían ponerle el nombre de una eminente y notable persona que había vivido en la misma. La inmensa mayoría de la población se opuso a esta iniciativa, como era de esperar. Todo el maldito planeta, excepto unos pocos entre los que yo me encontraba, tenía arraigada la cultura del borrado. Establecer un nombre que hiciera referencia directa al de una persona, de un hecho o algo similar, lo convertiría en historia con el paso del tiempo, y esto no era aceptado. De ahí que ninguno de los nombres de calles, lugares o edificios tengan ningún tipo de relación con personas o acontecimientos pretéritos. Según los defensores de este sistema, se mantenía la libertad, alejando a la población de prejuicios que pudieran generar ciertos hechos históricos y evitar conflictos que en otros tiempos ocasionaron, según contaban, auténticos desastres humanitarios. Desconocía como sería aquel mundo, pero estaba seguro de que no podía ser mucho peor que éste. Pero lo más paradójico era la utilización de la historia por parte de estos supuestos libertadores para negar la misma. Historia que no existía, por lo que no se les podía otorgar ni la más mínima credibilidad.

Caminaba por la indecente acera llena de desconchones en dirección a la vivienda de Lía. El desolador aspecto de los edificios con sus fachadas en un deplorable estado y con muchas de las viviendas sin cristales en sus ventanas, contrastaba con la aceptable imagen de los comercios. Sin embargo, esa imagen aún distaba mucho de la que tenían los comercios en mi antigua comunidad.

Varios artistas callejeros amenizaban la mañana a los transeúntes. Un anciano calvo con una espesa y extensa barba tocaba una guitarra esperando que alguien le dejara una mísera moneda. Unos metros más allá, un joven hacía trucos de magia con un pañuelo, buscando el mismo propósito que el anciano. Mimos, cantantes a capela y diversos músicos con diferentes instrumentos se agolpaban por las calles. No solían residir en ninguna comunidad. Se movían de una a otra, intentando ganarse la vida, evitando, eso sí, las comunidades más prosperas, cuyo estricto control policial no les permitía desarrollar su trabajo. Dormían a la intemperie o, si tenían suerte, en alguno de los escasos albergues sociales que se mantenían en pie gracias a la solidaridad de algunas organizaciones.

Cruce la calzada permeada de baches. Pregunté a un vecino por la calle perdida, que era donde residía Lía, indicándomela con amabilidad. Ya me

encontraba cerca. Sólo tenía que girar en la siguiente esquina.

Llegué a dicha esquina y un grupo de personas me impedía el paso. Me acerqué para ver que ocurría. Al parecer un miembro de la congregación del olvido estaba dando un discurso subido a unas cajas de madera colocadas una encima de otra. A ver si había suerte y se caía el muy desgraciado.

—¡Qué no os engañen! —exclamaba—. Todos tenemos derecho a ser felices y el borrado de recuerdos dolorosos nos da esa posibilidad y la opción de comenzar una nueva vida. Los detractores quieren que suframos y que arrastremos nuestro cuerpo por una vida de penurias. No les hagáis caso. Por nuestra parte seguiremos proporcionando este servicio de manera gratuita a las personas más necesitadas —vociferó, mientras los asistentes aplaudían con fervor.

La congregación del olvido llevaba actuando en todo el planeta desde siempre, teniendo en cuenta la constante eliminación de la historia. El número de adeptos se contaban por millones, debido principalmente a la desigualdad existente en la sociedad. Convencían a sus fieles de las bondades de la manipulación mental con invectivas como aquella. Se extendían como un virus y su poder parecía no tener límites. Estaban presentes en todos los grupos sociales y su opaco funcionamiento me hacía más que sospechar de su actividad. Estaba convencido de que actuaban de manera delictiva, pero sus poderosos contactos y la corrupción inherente de nuestra absurda civilización, les protegía. Observando los fervorosos aplausos de los asistentes y sus convencidos rostros, llegué a la conclusión de que nuestro mundo no tenía solución.

Me largué de allí rodeando al grupo de estúpidos que escuchaban con asombro a ese sinvergüenza. Caminé unos cien metros, percatándome con cada paso del aumento de edificios abandonados y derruidos. El símbolo de la amapola aparecía en la mayoría de las paredes que se mantenían en pie.

Me detuve ante la entrada de un callejón al observar que en la pared estaba escrito las palabras “calle perdida”. Increíble. La calle dónde estaba la vivienda de Lía, no era una calle sino un callejón. El olor era apestoso. Cada vez dudaba más de que pudiera sobrevivir en ese lugar.

Las paredes de los edificios que limitaban el callejón estaban incluso en peor estado que todo lo que había visto hasta el momento. Al menos conté cuatro viviendas. Todas tenían el mismo acceso. A través de una pequeña escalera horadada en el suelo se accedía a las diferentes puertas de entrada de cada uno de los hogares. Al parecer, las casas estaban construidas en los

cimientos de ambos edificios colindantes destinados para garajes de automóviles, aunque obviamente ya no se usaban para tal fin. Era común en esa comunidad. Se adaptaban los subterráneos haciendo la mínima obra necesaria para poder vivir. Era algo ilegal, pero se hacía la vista gorda, porque sino obligarían a las personas a marcharse, o peor, a delinquir para poder pagarse una residencia.

Golpee con mis nudillos la puerta que tenía el número dos pintado en ella después de bajar con sumo cuidado por las destrozadas escaleras. No tenía ni idea de qué hacía allí. Lía quiso que nos encontráramos en su casa. Su extraña forma de comportarse en nuestro primer encuentro, me obligaba a desconfiar.

Abrió una mujer de mediana edad vestida con un raído camisón de color blanco y escaques rosas. Su pelo encanecido y despeinado desfiguraba aún más su rostro ajado y lleno de arrugas. Ese aspecto era típico en las personas que habían trabajado en los campos agrícolas sufriendo las inclemencias temporales, principalmente por el desgaste que producía la luz del sol.

—¿Qué quieres? —preguntó con desdén.

—Preguntaba por Lía.

—¡Líaaaaa! Preguntan por ti en la puerta —gritó la señora, malhumorada.

—Ray. Pasa, por favor —dijo Lía, después de acercarse a la puerta.

Entré en el cuchitril. Un desagradable olor impregnaba el ambiente. Los suelos estaban húmedos y sin ningún tipo de protección. Carecían de una simple tarima o madera que cubriera el cemento original. Debido a esto, y al uso continuado, había piedrecitas que al pisar se hacían muy molestas. Disponía de dos pequeñas habitaciones, en una de las cuales no había ni siquiera somier. El colchón estaba tirado en el suelo. Un baño estrecho con un pequeño lavamanos y una taza macilenta por el uso, en el que a duras penas cogía el culo de una persona. Una diminuta cocina de carbón y una salita, conformaban el resto de la morada.

Lía me condujo a la salita. En ella se encontraba la mujer que me había abierto la puerta, de pie, junto a un anciano postrado en una silla. A su derecha, un pequeño armario cuyos estantes estaban llenos de figuritas carcomidas por la humedad, apenas se tenía en pie. Detrás del anciano, un sofá deshilachado y blanquecino ocupaba todo el ancho de la estancia.

—Estos son mi madre, Agnes, y mi abuelo, Peter. Y éste es Ray Carmichael, el detective que me ha proporcionado el trabajo —nos presentó Lía, guiñándome el ojo.

—Encantado —dije sin obtener respuesta.

La mujer salió de la estancia sin mostrar gesto alguno. No parecía que tuviera un comportamiento muy cordial. Su desaliñado aspecto manifestaba algún tipo de inestabilidad mental.

—Disculpa a mi madre. Desde el fallecimiento de mi hermano sufre una enorme depresión —la disculpó Lía.

—No te disculpes. Al menos tiene el valor de no hacerse un lavado mental.

—Eso es lo que me preocupa. Temo que algún día acuda a uno de esos malditos cabrones —explico Lía, con los ojos humedecidos—. En fin, no quiero aburrirte con la historia de mi vida. Cuando quieras, nos vamos. Tengo que presentarte a unos colegas.

¿Presentarme a unos colegas? No entendía nada.

Lía besó en la mejilla a su abuelo con ternura. Al sentir los labios en su rostro, levantó tímidamente la mirada. Clavo sus ojos en los míos, arrugando el entrecejo. Cogió la mano de su nieta y le masculó algo al oído.

—Mi abuelo dice que tienes cara de buena persona.

—¿En serio? —pregunté, sorprendido—. Gracias.

—A mí también me lo parece —sonrió Lía—. Además mi abuelo no suele fallar en estas cosas —apuntó, mirándolo con ternura—. Hace unos meses padeció algún tipo de trastorno mental y está perdido. Habla de situaciones extrañas que, según dice, ocurrieron hace muchos años. Sin embargo, no recuerda la mayoría de las cosas que han ocurrido recientemente, aunque tiene momentos de mucha lucidez —dijo Lía, apretando con delicadeza la mano de su abuelo, mientras lo volvía a mirar con dulzura—. Por desgracia, no tenemos el suficiente dinero para que reciba cuidados medicinales y su situación se agrava cada vez más.

Asentí, compadeciéndome del estado de salud de Peter.

—Siéntate, por favor —me pidió Peter con voz quebrada, ante la sorpresa de Lía.

Miré para ella. No sabía qué hacer. Lía se encogió los hombros. Tenía mucho respeto por su abuelo, pero no pretendía obligarme a que me quedara. Opté por sentarme y escuchar lo que el anciano quería contarme. No quería parecer descortés.

—Así que eres detective.

—Al menos eso intento —sonreí, esforzándome por escucharle. Su tono de voz era muy débil. Las arterias del cuello se le hinchaban notablemente

ante el esfuerzo que tenía que realizar para que le oyera. Pobre hombre.

—Eso está bien. El que no intenta nada, no consigue nada.

—Y usted, ¿a qué se dedicaba? —indagué.

—Por favor, trátame de tú —me pidió—. Era un artista.

—¿Artista? —repetí, sorprendido. Nunca había conocido a un artista.—
¿Qué clase de artista?

—Era pintor. Pero no de brocha gorda, como ya puedes suponer.

—¿Qué pintabas?

—Paisajes, edificios, animales, ciudades. Cualquiera cosa. Pero sobre todo, retratos de personas. Quería que la gente tuviera un recuerdo de sus seres queridos que nada ni nadie pudiera borrar.

Por alguna inefable explicación, me sentía muy cómodo conversando con Peter. Daba la sensación, por su encantadora manera de expresarse, de que se trataba de una persona bastante culta. Me producía una enorme tristeza que una persona con esas cualidades estuviera postrado en una silla por el resto de su vida.

—Y así, ¿se ganaba bien la vida?

—Para ser sincero, no. Era difícil vender los cuadros. El mejor sistema era pintar a las personas en diversas situaciones sin que ellas se dieran cuenta. Después les enseñaba el cuadro y, con suerte, alguno lo adquiría. Era mi pasión. Prefería morirme de hambre que dedicarme a otra cosa —carraspeó—. Sin embargo, para mi desgracia, en la mayoría de las ocasiones la gente se enfadaba hasta tal extremo que me ordenaban romper el cuadro delante de ellos.

—Entiendo.

Era lo de siempre. El sistema estaba sólidamente establecido y casi nadie quería un recuerdo de su propia imagen.

—¿tienes un cigarrillo? —me pidió Peter.

—Abuelo, no —intervino Lía—. Sabes que te hace daño.

—Quiero disfrutar del ocaso de mi vida. No seas tan cascarrabias como tu madre.

—A veces no te reconozco, abuelo —dijo Lía, visiblemente enfadada, saliendo de la estancia.

—Lía, ¿qué ocurre? —pregunté preocupado.

—Bah, no te preocupes. Se le pasará. No le gusta que la compare con la amargada de su madre. A ver, dónde está ese cigarrillo.

Saqué el paquete de tabaco y le di uno.

—Pónmelo en la boca. No puedo cogerlo.

Me percaté de que tenía las manos muy deformadas y trémulas. Era un temblor incesante que le impedía sujetar cualquier objeto. Los enjutos dedos, estaban doblados hacia abajo, distinguiéndose cada falange. Debía padecer un dolor espantoso.

Le coloqué el cigarrillo en la boca como me había pedido y se lo encendí. Inhaló profundamente echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. Al exhalar el humo, una crónica tos le obligó a escupir el tabaco. Se encontraba realmente enfermo. Comenzaba a encontrarme incómodo en aquella situación.

Lía apareció corriendo con un vaso de agua en la mano. Ayudó a su abuelo a tragar. Parte del líquido arrollaba por la comisura de sus resecos labios.

—¿Qué te dije? Eres un viejo cabezón —lamentó Lía.

Peter carraspeó con intensidad. Sacó un pañuelo raído de uno de los bolsos de su bata y, con cierto esfuerzo debido al aumento en el temblor de sus manos, acercó el mismo a su boca, escupiendo sobre él una flema viscosa y sanguinolenta. ¡Qué asco! Tenía unas enormes ganas de irme de allí.

Lía cogió el pañuelo y limpió con dulzura la boca y la barbilla de su amado abuelo. Era consciente, y lo mostraba en su desencajado rostro, de que el final estaba próximo. La falta de medicación adelantaba el deterioro de su salud. No podía imaginar los dolores que estaría sufriendo Peter.

—Ya está. Ya está —dijo Peter, palmeando la mano de su nieta—. Déjame a solas con el señor Carmichael, por favor.

Lía obedeció sin protestar.

—Está preocupada. Es una niña maravillosa. Espero que tenga una vida más sencilla de la que he tenido yo, pero lo veo difícil —dijo Peter, resignado.

—Es una sociedad individualista. Nadie se preocupa por nadie. Es una pena.

Peter asintió. Secó la humedad de sus ojos con las yemas de los dedos. No sabría decir si dicha humedad era debida a la emoción o provocada por la intensa tos sufrida. Parecía que los tenía de color azul, pero no lo podría asegurar. La senectud acompañada de su enfermedad otorgaba al iris un tono grisáceo que avecinaba el fatal desenlace.

—Ray, pareces una persona inteligente.

—Gracias.

—Te voy a contar una historia. Tanto mi hija como mi nieta consideran que he perdido el juicio y que vivo en una especie de esquizofrenia, inventando lugares, personas y cosas inexistentes. Pero te puedo asegurar que todo es real.

—Hoy en día garantizar la realidad de los recuerdos es, cuanto menos, un acto de fe —apostillé.

—Sin duda. Pero cuando oigas mi historia, quizás lo comprendas. Al menos, eso espero.

Peter poseía un discurso bastante convincente. Su deterioro físico iba acompañado de una enorme lucidez mental. Provocó mi atención y despertó mi interés sobre esa excitante historia que tenía que contar. No veía ningún indicio de su supuesta incapacidad intelectual y falta de memoria.

—Hace unos meses —comenzó Peter— sufrí un intenso y repentino dolor de cabeza que me hizo perder el conocimiento. Aún no sé que me ocurrió porque no tenemos dinero que nos permita pagar a un médico para que realice un diagnóstico. En fin. Las consecuencias, como puedes ver, fue quedarme postrado en esta silla para el resto de mi vida. Sufro intensos dolores por todo el cuerpo, pero la mente la tengo intacta. Al menos, eso creo yo —sonrió—. Después de este incidente, comencé a recordar imágenes extrañas, que no tenían nada que ver con lo que había sido mi vida. Imágenes inconexas de lugares, personas, nombres y un diseño del mundo totalmente diferente al actual

—¿A qué te refieres con un diseño diferente? —interrumpí, intrigado por el relato.

—Veo fotografías de gente querida. Videos grabados con sus vivencias y en situaciones de la vida cotidiana. Siento una felicidad inmensa con esos recuerdos. El mundo es diferente. No podría precisar los detalles, pero existía más solidaridad que ahora. Teníamos médicos que pagábamos entre todos los ciudadanos y podíamos acudir a ellos cuando lo necesitáramos. Cuando llegábamos a la vejez, nos daban dinero para poder vivir. Tenías acceso a conocer la historia de cualquier suceso, persona, pintura o música, imprescindible para el desarrollo de una sociedad. Sin embargo, un día todo se empezó a venir abajo. No consigo saber porqué. Algunas personas renegaron de todo eso. Convencían a los demás de que nada funcionaba bien. Que la libertad absoluta consistía en zafarse de las cadenas de la historia. Esta especie de mantra se extendió rápidamente, sumiendo al planeta en nuestra actual sociedad

Mi rostro debía reflejar mi perplejidad. Estaba intentando procesar toda la información. Peter recordaba parte de nuestra historia. ¿Cómo era posible? Nunca le había escuchado a nadie un relato como ése. Los recuerdos se habían perdido en el tiempo. Fotografías, decía. Ya no se fabricaban máquinas para hacerlas, porque nadie las quería. A pesar de existir formas de grabación, sólo se usan para vigilancia y cosas así. Nada referente a la historia o grabaciones de personas reales. Todo el mundo estaba convencido de que era lo mejor. La historia y los recuerdos solo traían dolor, afirmaban los defensores de esta supuesta sociedad libre.

Sin embargo, me costaba creermela historia de Peter. Si la sociedad era tan fabulosa, ¿cómo era posible que la gente permitiera destruirlo todo? Algo se le escapaba a aquel anciano de lánguida mirada o simplemente era una invención de un culto artista.

—¿Qué te parece, Ray? —me preguntó, sacándome de mis pensamientos.

—No sabría que decirte —dije, dubitativo.

—Veo que no me crees.

—No, no...

—No te preocupes —me interrumpió—. Es normal. Yo también dudaría si alguien me contara una historia así —dijo, resignado.

Me daba lástima la situación de Peter. Una buena persona que, debido a los avatares de la existencia y a una sociedad desalmada que abandonaba a su suerte a sus ciudadanos, padecería el resto de su vida atroces dolores y la indiferencia de su familia en lo que a sus imaginativas historias se refería. Por este motivo, decidí darle un poco de vida al anciano.

—Y toda esa solidaria sociedad, ¿cómo funcionaba? —inquirí.

—Por desgracia sólo recuerdo fragmentos inconexos solapados con mi aparente vida real. Nada sobre su funcionamiento.

—Entiendo —asentí sin convencimiento—. ¿Y de dónde piensas que proceden esos recuerdos?

—No estoy seguro —carraspeó—. Pero sin ninguna duda todo esto está relacionado con la manipulación mental. No lo podré demostrar, pero es así.

Su indudable convicción retaba mi escepticismo. Su triste mirada que había perdido el fulgor de la juventud, reclamaba ayuda, aunque sólo fuera por compasión. Sabía que le restaba poco tiempo de vida y su mayor anhelo era que alguien creyera en él. Lamentablemente, estaba con la persona equivocada.

Ese mundo imaginado por Peter debía ser fascinante. Recreaba un mundo

avanzado socialmente del cual yo nunca había oído hablar. Hubiese sido interesante conocer a aquel anciano en mejores circunstancias. Su capacidad inventiva serviría para entretener a las personas y distraerlas, apartándolas de su problemática vida diaria, aunque sólo fuera por unos instantes.

—Bueno Peter. Ha sido una conversación muy agradable, pero me tengo que ir. Necesito ponerme manos a la obra —dije, mirando mi reloj de pulsera.

—Espera, Ray.

Maldito anciano. Estaba empezando a agobiarme. El tiempo apremiaba y no disponía de un segundo más para escuchar historias paranoides de un moribundo. La escasez de dinero me obligaba a ponerme a trabajar inmediatamente si no quería convertirme en un marginado.

—De veras Peter, me tengo que ir.

—Me encantaría que vieras parte de mi trabajo. Me gustaría saber tu opinión.

—Otro día —dije con desdén.

—Por favor. Me encanta conocer la opinión de la gente sobre mis lienzos —me pidió, casi sollozando—. Detrás del sofá que está detrás de mí y pegado a la pared hay un pequeño baúl de madera cubierto por una pequeña manta. En él tengo guardadas varias pinturas. Ábrelo y míralas, Ray. Te lo ruego.

Suspiré profundamente, cerrando los ojos. Era incapaz de irme de allí. Lía tampoco ayudaba. Estaba desaparecida y no acudía por la estancia. Hubiese sido una buena disculpa para largarme.

Resignado, caminé hacia la pared sorteando una mesa de pequeñas dimensiones cuyo deteriorado aspecto reflejaba la paupérrima situación de la familia. Levanté la arlequinada cobija de diferentes colores que cubría el baúl. Una nociva polvareda se dispersó por el aire provocándome varios fuertes estornudos. La limpieza brillaba por su ausencia.

Me enjuagué las lágrimas producidas por los estornudos y pude ver el baúl. Era de madera y tenía un tamaño aproximado de un metro de ancho y medio de altura. Estaba, como no, lleno de polvo. Soplé con potencia, girando con rapidez la cabeza para evitar respirar la polvorienta humareda. Tenía tallados en relieve dos caballos rampantes enfrentándose sobre un bucólico paisaje. Se notaba, por sus imperfecciones, que era antiguo, hecho que le proporcionaba aún más belleza. Era una auténtica obra de arte. Una joya digna de un museo.

Busqué el cierre del baúl para abrirlo. Estaba en la parte frontal. Era metálico y estaba roto. Abrí la tapa, no sin esfuerzo. La suciedad había creado una lámina viscosa que mantenía la apertura pegada al resto de la estructura.

Dentro estaban los lienzos protegidos con una mortaja de tela. Los extraje con sumo cuidado y les quité la tela. Eran un total de diez cuadros.

El primero de los cuadros me dejó enmudecido. Se trataba de una pintura de la hermosa playa situada al norte y que actualmente pertenecía a la comunidad más próspera. Yo había estado una vez allí, cuando era niño. El lienzo mostraba la playa vacía con el sol en su ocaso, ocultándose en el horizonte. Tenía una belleza inefable. La imagen era de una perfección que en vez de una pintura parecía que estuvieras viendo la puesta de sol. Qué hermosura.

Otro de los lienzos reflejaba la marginalidad de la comunidad del sur. Se veía a un hombre sentado en el suelo apoyando la espalda sobre la pared de un edificio semiderruido. Tenía los ojos cerrados y el cuerpo ligeramente ladeado hacia la izquierda. Era conmovedor. Nunca hubiera imaginado que una simple pintura pudiera expresar tanto y hacer emerger tantos sentimientos.

El resto de los lienzos abordaban con la misma belleza que el anterior las diferencias entre las distintas comunidades. Eran imágenes de la vida cotidiana de sus ciudadanos que mostraban fehacientemente las dispares e inasumibles desigualdades existentes.

Fui pasando uno a uno deleitándome con su realismo. De repente, la imagen de un niño me dejó petrificado. Estaba enjuto, en los mismísimos huesos. Se arrastraba cual perro por el suelo, buscando alimento o algo de aire que le permitiera vivir un instante más. Todo ello, reflejado en una pintura sin movimiento, pero muy real.

En ese momento, pensé en mi hijo. Procuraba no hacerlo, porque el dolor era insoportable. Pero ese maravilloso cuadro, me trasladó a la realidad.

Me largué de allí sin despedirme. Me estaba comenzando a ahogar, así que salí corriendo de la casa, subiendo rápidamente las escaleras. Me detuve un instante obligado por punzantes dolores que atravesaban mi pecho como una daga incandescente. Respiré hondamente para tranquilizarme. Comencé a pensar también en mi mujer. Los echaba de menos. En esos momentos de debilidad, me pasaba por la cabeza hacerme un borrado. Era un instante, pero no lo descartaba. El sufrimiento era cada vez más insoportable.

Cuando el dolor se fue, anduve sin mirar atrás. Tenía dos opciones y, en esa ocasión, también volvería a elegir la de siempre, aunque cada vez dudaba más.

10. David Cochrane

Detuve el Stormbird delante del restaurante. El rugido de su motor llamó la atención de los pijos del interior que giraron la cabeza para mirar mi llamativo automóvil. Varios jóvenes aparcacoches esperaban situados a ambos lados del entoldado de lona roja que cubría todo el paseo que conducía a la entrada del restaurante.

—Permítame, señor —me dijo uno de ellos con la intención de aparcar mi impresionante vehículo.

—Como le ocurra algo al coche no verás el día de mañana —le susurré al oído mientras le sujetaba por el brazo.

El joven palideció. Se sentó dentro, sin cruzar la mirada conmigo y arrancó, yéndose.

Estiré la chaqueta del elegante traje que me acababa de comprar. Coloqué la pajarita de color negro en su correcta posición. Quería disfrutar del momento y proyectar una buena impresión. Además, en esos restaurantes de lujo, era imperativo dar una imagen de riqueza, porque, si no era así, quizá no te dejaran entrar. Iba ser interesante mezclarme durante un rato con aquella fauna de estúpidos.

Dos fornidos hombres vestidos con trajes de color fucsia vigilaban la entrada, formada por una puerta giratoria compuesta de paneles de cristal. Entré sin ningún problema. Del techo del vestíbulo colgaba una enorme lámpara de araña de color dorado, o quizás era de oro. Me quedé mirándola, riéndome. Al parecer en ese restaurante les gustaba tirar el dinero.

Era la primera vez en mi vida que acudía a uno de esos restaurantes de lujo. Nunca me habían llamado demasiado la atención, sin tener en cuenta que normalmente no disponía de gran cantidad de dinero como para gastarlo en caprichos. Sin embargo, ese día iba a hacer una excepción. Bruce me había pagado una pasta gansa por el trabajo de las zorras. Diez mil más de lo acordado. Acojonante. Le impresionó la rapidez con que lo había hecho y la belleza de las mujeres secuestradas. Por lo general, los sicarios de medio pelo tardaban más tiempo en realizar los trabajos y con resultado penoso. Hacían esto para cobrar más días. Se justificaban explicando que no encontraban a las personas idóneas para el fin contratado y, como eran unos putos muertos de hambre, pedían dinero a los hackers para poder seguir comiendo y viviendo durante el tiempo que tardaban en concluir el trabajo. Cuando los

contratantes empezaban a cabrearse por la tardanza, estos aprendices aparecían con cualquier secuestrado, incluso con hambrientos de la comunidad del sur. Éste era el motivo por el que Bruce me había pagado tanto. Quería un profesional, y yo lo era. Me pidió trabajar en exclusiva para él, ofreciéndome aún más pasta, y acepté.

No me encontraba en la citi por mera casualidad. Durante el cobro de mis servicios en el escondrijo de Bruce y sus colegas, les escuché hablar sobre la posibilidad de secuestrar a un hombre adinerado de esa misma comunidad. Hablaron sobre la dirección en la que vivía y su situación personal actual. Lo memoricé todo. Me adelantaría a ellos para quedarme con el trabajo. Estaba en nómina, pero me importaba una mierda. Había mucha pasta en juego, y no me lo iba a pensar.

Vigilaría los movimientos del ricachón. Al parecer Bruce había recibido el soplo de que el tío tenía mucho dinero y vivía sólo, sin nadie que se preocupara por él. Debía encontrar el momento adecuado para atraparlo y llevármelo a una sala de hackeado que, obviamente, no perteneciera al grupo de Bruce. Le manipularía para quitarle el dinero y le abandonaría a su suerte. Pocos chollos se presentaban como ése

Me acercaría de noche a la residencia del individuo, ya que la oscuridad facilitaba el trabajo. Como el visado de la comunidad valía para todo el día en curso, iba a aprovechar para disfrutar de los lujos que ofrecía la citi. Y allí me encontraba, rodeado de pijos vomitivos.

—Perdone señor, ¿desea alguna cosa? — me preguntó un estirado recepcionista.

—Quería una mesa para comer. Y rapidito.

—¿Tiene reserva? Dígame su nombre —dijo mientras miraba un libro que tenía apoyado sobre un atril.

—No.

—Lo siento señor. Sin reserva no le puedo dar ninguna mesa. Estamos llenos.

—No creo que sea ningún problema —le dije, mientras deslizaba un billete de cincuenta por encima del libro.

—Está bien —sonrió el capullo—. Si lo desea puede dejar la chaqueta del traje en el guardarropa.

—Paso.

—Como quiera —dijo el recepcionista enarcando las cejas. No estaría acostumbrado a que la gente le hablara así.

Me senté en la mesa indicada por uno de los camareros situada en la sala principal del restaurante. Las sillas estaban cubiertas por unas fundas blancas que brillaban con el impacto de la luz. Tenían pequeños cristales incrustados, al igual que los limpios manteles que cubrían las mesas. La cubertería era de plata y la vajilla de porcelana blanca fabricada de manera artesanal. Un grupo musical compuesto por tres personas amenizaban la noche. El ambiente, silencioso, estaba impregnado de una educación insoportable.

—Buenos días señor —me saludó un camarero diferente al que me había llevado a la mesa, con tez morena. Seguro que era un puto mestizo—. Mi nombre es José y será un placer atenderle. Aquí tiene la carta. Ante cualquier duda, consúlteme —asentí sin mediar palabra. Ya me estaba poniendo nervioso con tanta amabilidad.

No tenía ni puta idea de que estaban hechos los platos que traía la carta. Corvina con salsa de chile dulce, tournedó rossini, magret de pato..., no sabía que iba a comer. Fui leyendo lentamente toda la carta hasta que vi un solomillo de buey de Kobe acompañado de una ensalada mixta. Suficiente. Desconocía dónde estaba Kobe, pero sabía lo que era un solomillo. Para beber, un vino de cien la botella. De postre tenía pensado probar uno de esos sabrosos helados cubiertos de chocolate caliente. No iba a reparar en gastos.

Ansioso, esperaba la comida mientras miraba a mí alrededor observando la descojonante mezcla de personajes que me acompañaban. Vejestorios barrigones acompañados de jóvenes chicas con unos cuerpos de escándalo, sudaban como cerdos alrededor de la boca mientras comían como si fuera la última vez. Algunas viejas cornudas seguían al lado de sus parejas, operándose y estirándose la cara hasta un límite en que hablaban sin mover los labios. Patético. Negratas y amarillos también vacilaban de su estatus social acompañados de putitas de todas las razas. ¡Qué asco me daban todos! Y para joderme la noche, el grupo de música cantando baladas tradicionales que me producían vómitos con sólo escucharlo. En fin, es lo que hay.

El camarero me trajo la botella de vino. La abrió con una habilidad sorprendente y echó un poco en la copa. Se quedó a mi lado, de pie, sin moverse, con la botella en la mano.

—¿Qué haces, gilipollas? —le dije, mirándola con cara de mala hostia.

—Señor, debe probar el vino para ver si es de su agrado —dijo el camarero, tartamudeando.

—Deja la puta botella en la mesa y trae la comida.

—No puedo señor. Es mi trabajo esperar a que pruebe el vino y llenarle

las copas.

—¡Qué dejes la puta botella en la mesa! —dije cabreado, cogiendo la botella de sus manos y pegándole un trago a morro—. Por cien la beberé como me salga de los huevos.

—No hace falta que levante la voz, señor.

—Lárgate de aquí, payaso.

El camarero se fue acojonado. Seguro que nunca se había encontrado con una situación tan violenta como aquella. No pude evitar reírme. Al final, igual me lo pasaba bien y todo.

Me di cuenta de que dos parejas formadas por dos asquerosos viejos con papada y dos jóvenes zorras sentadas en la mesa de al lado, me miraban hablando entre dientes.

—¿Qué os pasa imbéciles? ¿Tenéis algún problema?

Todos giraron la cabeza sin decir nada. Sus gestos de superioridad me encendían. Seguían murmurando y mirando de lado. Mantuve la vista fija sobre ellos. Cogí la botella de vino y volví a beber directamente de ella, limpiándome después la boca con el reverso de la mano y levantando la botella, mostrándosela a ellos en señal de brindis. La doble pareja de subnormales negaban con la cabeza. Me lo estaba pasando en grande.

Por fin llegó el solomillo. Se me hacía la boca agua. El camarero dejó el plato sobre la mesa sin decir nada. Había aprendido la lección.

Me quedé mirando para el plato durante un momento, flipando. En el centro, un trozo de carne del tamaño de un pequeño cenicero mojado con una pringosa salsa y una par de zanahorias del tamaño de un dedo a cada lado. Era toda la comida.

—Camarero, ven aquí —llamé, encendido—. ¿Qué mierda es esto?

—¿Perdón?

—Qué que mierda es ésta. Pido un solomillo de trescientos y me traes un bocado de carne.

—Se sirve así, señor. Es un solomillo de los más extraordinarios del mundo. De ahí su precio. Si tiene mayor apetito, puedo recomendarle un excelente pescado para después.

Nos ha jodido. Con la cantidad que echaban y el precio que ponían a los platos, me gastaría los diez mil y aún me quedaría con hambre.

Partí un trozo del solomillo con el cuchillo y comprobé que sangraba como una yugular seccionada. Estaba hasta los cojones. Llamé de nuevo al camarero, que se acercó con mala cara y la frente arrugada.

—Vamos a ver, ¿tengo pinta de caníbal?

—No le entiendo, señor.

—La carne sangra, borrego.

—Se sirve así —otra vez—. Es para que el paladar pueda apreciar su excelso y jugoso sabor.

—Pues que me lo pasen más. Mi paladar no funciona igual que el tuyo.

—De acuerdo —concluyó el camarero. No quería discutir conmigo después de lo sucedido anteriormente.

A la mesa de al lado se habían unido varias de alrededor en su fijación por mí. Me miraban con descaro y aire de superioridad. Hablaban entre dientes aumentando peligrosamente mi furia. Cada vez estaba más convencido de que no tenía que haberme acercado por aquel lugar. Me asqueaban sus rostros, sus trajes y sus ridículos peinados. Respiré profundamente para relajarme. Tenía que disfrutar del momento y no dejarme llevar por la ira. Se me estaba jodiendo el día. Un día que había empezado muy bien.

El camarero llegó de nuevo con el solomillo. Observe que la mano le temblaba levemente al dejar el plato sobre la mesa. Miedica de mierda.

Presioné el trozo de carne con el tenedor. No sangraba pero me percaté, mirando por el corte anterior, que estaba crudo por dentro. Ya no aguantaba más.

—Pero vamos a ver, ¿no te he dicho que me lo pasaras? Sigue crudo. Estoy hasta los cojones.

—Espere por favor —tartamudeo el camarero, suspirando.

Me temía que no iba a poder comer en ese restaurante.

En un instante, lo que parecía también un camarero pero vestido con traje negro, camisa blanca y una pajarita, acompañado por dos enormes hombres vestidos de la misma forma, se presentaron en mi mesa.

—Señor, le pido encarecidamente que se vaya —me dijo.

—De eso nada. He venido a comer y eso es lo que haré.

—Aquí no hay cabida para catetos pueblerinos. No nos obligue a utilizar la fuerza.

—Vete a la mierda y dile a tu compañero que me traiga el puto solomillo bien pasado.

Uno de los musculados hombres que le acompañaban me cogió por el hombro izquierdo. Sin pensármelo, me incorporé como un resorte y le agarré la mano, doblándosela con una técnica que había aprendido hacía muchos años y que producía un dolor paralizante. Le empujé con fuerza la cabeza

contra la mesa, golpeándole dos veces, dejándole inconsciente. El otro escolta reaccionó con una lentitud asombrosa. Lanzó un puñetazo con su mano derecha que esquivé sin problemas. Le golpeé un puñetazo en sus costillas lanzando todo el peso de mi cuerpo. Su aullido era una prueba palpable del daño causado. Se doblaba de dolor. Por último le pegué con la palma de la mano en su frente, derribándolo. Blandengues de mierda. Piensan que por ir al gimnasio y tomar basura para aumentar la musculatura están fuertes.

Tanto los clientes como el personal del restaurante se callaron. El grupo musical dejó de tocar. Sus caras me decían que estaban alucinando. No estaban acostumbrados a ser testigos de actos violentos. Vivían en su pequeña burbuja de dinero y mentiras, al margen de la realidad cotidiana a la que pertenecían el resto de los hombres.

El camarero que venía con los dos gilipollas que se retorcían de dolor en el suelo, era, según decía una chapa colgada en su camisa, el jefe de sala. Indicó a un compañero que llamara a la policía. Ese ya era un problemón. La policía urbana de la citi era implacable y estaba muy bien preparada. No tenía nada que ver con esos dos inútiles escoltas. No eran más que muebles que los negocios privados utilizaban para aparentar seguridad y con efecto disuasorio, pero que no solían disponer de los conocimientos adecuados en lo referente a la seguridad personal. Me hubiera gustado quedarme, machacándoles la cabeza. Pero era mejor irme.

Me sequé el sudor de la frente con las palmas de las manos, me coloqué la pajarita y me dispuse a largarme de allí lo más rápido posible.

—Alto —me gritó el jefe de sala, cogiéndome por el hombro—. Tiene que esperar a la policía.

—Suéltame o te rompo el brazo —le amenacé.

Asustado, me dejó en paz. Me fui de allí regateando a través de las mesas en dirección a la puerta de salida. Miraba sin vergüenza a los ojos de los clientes y camareros, que apartaban su mirada, asustados. Tristes endebles. Qué vómitos me producía aquel ambiente.

No esperé a que el aparcacoches me trajera el Stormbird. Le pedí las llaves y él me indicó dónde estaba aparcado. Justo cuando me iba de allí, llegaba un furgón de la policía urbana llamando la atención con su ruidosa sirena. Pisé a fondo el acelerador viendo a través del retrovisor como varias personas se agolpaban alrededor del furgón, indicándole a la policía por dónde me iba.

No era buena idea salir ya de la comunidad. Seguro que la bofia mandaba vigilar los pasos fronterizos y tenía que esperar a que todo se calmara. Había

cometido un pequeño delito de lesiones que me costaría unos cuantos billetes, pero no me salía de los cojones pagar ni un solo centavo. Esperaba que no me perjudicara en el asunto que tenía entre manos, ya que tenía que moverme por la comunidad. Seguramente no pasaría nada. Me buscarían durante unas horas y después pasarían del tema

De repente pensé que algún pijo hijo de puta podría haber memorizado la matrícula del coche. Pegué un volantazo y salí de la carretera general hacia una zona residencial. Fui girando a derecha e izquierda entre los edificios como una serpiente hasta que tuve la potra de llegar a una especie de solar alejado de miradas. Detuve el coche y me posé. Me aseguré de que no había nadie alrededor. Saqué una de las matrículas falsas que llevaba en el maletero y la cambié por la que estaba puesta. También aproveché para cambiarme de ropa. No aguantaba más esa mierda de vestimenta. Puse mis ceñidos vaqueros, marcando paquete, y una camisa negra cojonuda que había comprado cuando el traje, que tiré arrugado en el maletero.

Las tripas me rugían. La pelea me había abierto aún más el hambre. Me reía recordando las hostias que les había metido a los machacas del restaurante. Estaba en forma y con un buen trabajo. Cochran había vuelto para quedarse.

Para celebrarlo me apetecía pegarme un chute. Había comprado tres gramos de cocaína a un conocido camello. Ahora tenía pasta y podía evitar meterme panax, esa mierda de droga de diseño.

Saqué mi pequeño estuche negro de la guantera donde tenía guardada la jeringuilla y la bolsita con la coca. Cogí también la botella de agua que tenía entre los dos asientos delanteros. Le quité el tapón y eché aproximadamente medio gramo de polvo en él, diluyéndolo entre un poco de agua. Aspiré el líquido con la jeringuilla y me lo metí en la vena. ¡Qué pasada! Me encontraba en el cielo.

Después del subidón, arranque el coche y salí de nuevo hacia la carretera general. Quitó la capota y, entre el aire y el efecto de la droga, daba la sensación de que volaba. Seguí en esa dirección sin desviarme y me di de bruces con la playa. Me vi obligado a girar a la derecha, colocando mi circulación paralela al enorme paseo marítimo construido a lo largo de la misma. Estaba lleno de gente. No cogía ni un alfiler. En aquella puta comunidad no debía trabajar nadie. Malditas sanguijuelas.

Un fuerte viento arrastraba el agua del mar, mojándome con pequeñas gotitas, que junto con el asqueroso olor a salitre, me obligó a cerrar la capota.

Reduje la velocidad para observar ese mundo tan distinto del que yo venía. Todo parecía nuevo. El pavimento de la carretera estaba perfecto, sin un pequeño bache. No veía ni un papel tirado por el suelo del paseo, todo lo contrario que ocurría en mi comunidad, que no podía dar un paso sin pisar algo de mierda. El paseo marítimo, también muy cuidado, estaba adornado con enormes farolas y palmeras. ¡Qué bien vivían los muy canallas!

Varios puestos ambulantes ofrecían todo tipo de productos a los transeúntes. Comida rápida, como eran hamburguesas, perritos calientes, patatas fritas y todo tipo de bocadillos, además de ropa y objetos de adorno.

Llegué al final del paseo y aproveché que un coche se iba para aparcar en batería. Varios niños y jóvenes llenaban los carruseles allí presentes. Anduve hasta un puesto de hamburguesas cercano y pedí una completa, con lechuga, tomate y queso, además de una coca cola. Me senté en un banco y la engullí, literalmente. Tuve que darme unos pequeños golpes en el pecho ante la sensación de que un trozo de carne se me había quedado atrancado. Joder, casi me ahogo. Bebí el bote de coca cola de un trago y lo tiré al suelo. Un anciano que pasaba por allí se quedó mirándome fijamente. No le dije nada. Me levanté, subiéndome las mangas de la camisa, suficiente para que se largara. Imbécil.

No sabía qué hacer. El vacilón de la droga ya me había pasado y no me apetecía seguir mezclándome con todo ese tipo de gentuza que me rodeaba. Tampoco podía ir a vigilar al ricachón. Sería peligroso después de lo ocurrido en el restaurante. Había que esperar un poco más.

Caminaba en dirección a los carruseles, cuando me pareció ver que detrás de ellos había un puticlub. Me acerqué un poco más. No había duda. Luces de neón de color azul con las siluetas de dos mujeres desnudas lo confirmaban. Ya sabía que iba a hacer.

Estaba harto de machacármela. Esos últimos meses de escasez, me obligaban a ello. Es verdad que había zorras que por una simple pastilla de jabón te hacían una mamada, e incluso les podías echar un polvo. Pero ese era el problema. Necesitaban antes la pastilla para poder lavarse. Olían que tiraban para atrás, hasta el punto de dar asco. Eso sin contar como era su aspecto. Demasiado delgadas, demasiado gordas, vejestorios con las tetas por el ombligo, si es que las tenían, caras rajadas, bocas sin dientes.... No había por donde cogerlas. Así que, en su momento, llegué a la conclusión de que era mejor pajearme que tirarme a un demonio de ese tipo.

El puticlub parecía un hotel de lujo. Las paredes muy bien cuidadas y sin

ningún desconchón. El nombre también venía en luces de neón: Club la playa. Dos enormes focos situados en la hierba a ambos lados del camino de entrada, iluminaban el cielo moviéndose sin parar para señalar su posición. Sin duda me iba a encontrar con un buen ganado en el interior.

Un par de macizas, con un pequeño tanga negro como única ropa, bailaban sobre un escenario al son de la ruidosa música que había, frotando sus cuerpos y tocándose las tetas mientras se morreaban. Ya me estaba poniendo cachondo.

Eché un vistazo a mi alrededor para comprobar cómo estaba la mercancía. Todas las mujeres eran jóvenes y con cuerpos de escándalo. Diría que ninguna pasaba de treinta años. Blancas, negras, mulatas, amarillas. Estaba empalmado.

Me acerqué a la barra para tomar una copa. Me atendió un musculoso camarero vestido como un payaso de circo. Llevaba una pajarita negra, además de una redecilla blanca que le cubría el pecho. Unos pantalones cortos de cuero marcaban sus enormes piernas. Me descojonaba con solo verlo.

Pedí un whisky doble con una piedra de hielo. Tuve que pagar quince. Menudo atraco. Por ese precio debería tener derecho a que me chuparan la polla. Era lo único que tenía pensado tomar. Quería follarme a alguna de aquellas zorras lo antes posible. Viendo el mercado, me daba igual una que otra.

Apoyé la espalda sobre la barra para tener una vista más amplia del local. No sabía por qué coño ponían la intensidad de la luz tan baja. No distinguía bien a las putas que estaban más alejadas de mí. Pero en fin, como decía, todas estaban buenísimas y su cara me importaba una mierda. No iba a sacarme una foto con ellas.

Se acercaban a los clientes buscando negocio. La mayoría aceptaban la contratación de sus servicios con rapidez. Con sólo unas palabras cachondas y algún tocamiento sexual, convencían a los hombres, que no podían evitar ponerse como una moto.

Me giré para dar un sorbo a la copa. Una mano me acarició desde el cuello hasta el culo, pasando por la espalda. Me volví y me quedé parado como un témpano. Era una puta, sí, pero no cualquiera. Se trataba de la joven amarilla que hacía apenas un día que había secuestrado. Me quedé sin palabras durante un instante. Era sorprendente. Ya la habían puesto en circulación. No recordaba su nombre, pero qué importaba. Ya tenía decidido a quién me iba a

tirar. La polla me iba a reventar sólo de pensarlo.

—¿Te pasa algo cariño? ¿O es que tienes miedo a las mujeres? —me dijo, tocándome la cara con la palma de la mano.

—No, nada de eso. Sólo estoy sorprendido por lo guapa que eres—. Sonrió.

Era increíble. La tímida joven que el destino, para su desgracia, había puesto en mi camino, se había convertido en una zorra más. Qué morbo. Me apretaba la polla y los huevos con la mano para aguantar la excitación.

—No hagas eso cariño. Para eso estoy yo — dijo, mientras me frotaba el tema con su mano— ¿Cómo te llamas?

—David.

—David. Qué nombre más bonito. ¿Te acabas la copa y hablamos en un lugar más íntimo?

Tenía unas ganas enormes de tirármela. No podía aguantar más, pero quería hablar un poco con ella. Siempre tuve curiosidad por saber cómo había cambiado la vida de una persona que hubiera sufrido una manipulación mental. Qué recuerdos falsos tenía y lo convencida que estaría de ello.

—Espera, hablemos un poco —dije.

—Joder, otro idiota. Mira tío, esto no es el psicólogo. Si quieres follar, bien, y sino, tengo trabajo que hacer.

—No, si follar, follaremos. Sólo quería saber, por curiosidad, cuánto tiempo llevas practicando la prostitución y cómo has acabado aquí.

—A ti qué te importa —exclamó, enfadada—. Lo único que tienes que saber es que lo hago de puta madre. Nada más, ¿vale?

—De acuerdo. Al menos dime cómo te llamas.

—Nancy.

—Bonito.

—Gracias —dijo con una mueca irónica.

—Y ¿cuánto cobras?

Nancy alargó la mano que no tenía en mi paquete, cogió una tarjeta de una especie de pinza de plástico que había en la barra y me la dio. Parecía una carta de cócteles, pero no. Era una carta de putas. Qué original. Busqué su nombre, que estaban por orden alfabético y vi que el polvo me iba a costar cien. Hostia. Tenía suerte de que estuviera tan salido y ser ella quién era, sino la iba a follar su puto padre.

—Eres un poco cara ¿no?

—Si no estás contento, vete con otra o lárgate al sur que seguro que

encuentras a alguna que te lo haga por un café.

Además de convertirla en puta, era bastante repugnante. Estos hackers eran unos auténticos cracks. Parecía que llevaba años practicando la profesión. Me lo iba a pasar genial.

—Quiero que sepas que no voy a preguntarte nada más. Sólo me gustaría tomarme la copa con tranquilidad.

—Todo un detalle por tu parte.

Nancy permaneció quieta frente a mí. Giraba la cabeza para ambos lados mirando al vacío para que nuestros ojos no se cruzaran. El único gesto de ligoteo que mantenía, era su mano apoyada sobre mi pierna. Supuse que era una forma de hacer creer al chulo del local que la presa estaba cazada y que no necesitaba hacer nada más. Mi excitación era máxima. Me recreaba con cada centímetro del cuerpo de Nancy mientras terminaba el whisky. No tenía un solo defecto. Era perfecta. Fantaseaba con lo que iba a gozar follándomela.

—¿Qué, nos vamos? No tengo todo el día.

—Está bien —dije, dando el último trago.

Nancy me cogió la mano y me guió a través del local. A lo largo de la barra se agolpaban clientes de toda edad y condición acompañados de zorras que intentaban camelárselos. A la derecha, las chicas seguían bailando mientras varios policías urbanos les metían billetes dentro del tanga. Era normal verlos al terminar su jornada. Putos maderos. Seguimos y llegamos a una especie de reservado dónde al parecer se podía disfrutar de una lujosa cena acompañado por una o más putas. Qué gilipollez. No se me ocurriría pagar una cena a una guarra de esas. Cenaría antes y después vendría y me la tiraría directamente, como pensaba hacer.

Llegamos al final de la sala y subimos por unas estrechas escaleras. Nancy me había soltado la mano y caminaba. Podía verle el culo en primera plana. Era impresionante. Sus glúteos se movían arriba y abajo, hipnotizándome. Tenía que haberme masturbado antes de ir. El polvo iba a durar muy poco.

Llegamos a un estrecho pasillo con puertas a ambos lados. Entramos por la que estaba ubicada en tercer lugar a la izquierda. La habitación olía de vicio, como todo el lupanar. Disponía de una enorme cama con dos pequeñas mesitas de noche a ambos lados. Sobre ellas, dos lámparas emitían una provocadora y tenue luz rojiza.

—Aséate aquí —dijo Nancy, indicándome un pequeño baño instalado en la habitación.

—¿Qué me aseé? —pregunté sorprendido. Ni que oliera mal.

—Sí, ya sabes.

—Pues no, no sé.

—Joder tío, si te lo tengo que explicar.

Permanecía mirando para ella con cara de imbécil. No tenía ni idea de lo que me quería decir. Y vamos, no tenía la más mínima intención de ducharme. Ya se podía joder.

—La polla, coño. Que la limpies en el bidé.

Pasé para el baño sin todavía haber comprendido del todo lo que me decía. Era pequeño, con un lavamanos y un espejo a la izquierda. A la derecha estaba el retrete y en medio una taza de menor altura que éste con un pequeño grifo. No había ducha por ninguna parte. Dónde cojones quería que me lavara.

—¿A qué esperas? ¿A qué te la limpie yo? —dijo Nancy, empezando a tocarme los cojones. Yo era el cliente y, por lo tanto, el puto amo.

—¿Dónde está la ducha? Como entenderás no llego al lavamanos.

—Se limpia aquí, gilipollas —dijo mientras abría el grifo de la taza de menor altura. Debía ser lo que había llamado antes bidé. Era la primera vez que veía uno.

Me lavé la polla que la tenía como una estaca, respirando hondo para no perder los nervios por el insulto de esa guarra. No sabía con quién se la estaba jugando.

Aproveché que ella había salido del baño para hacerme una paja. No aguantaba más y no tenía intención de pagar cien para durar un instante. Me la machaqué diez segundos y dejé el regalo en el bidé. Que lo limpien.

Entré en la habitación y vi a Nancy sentada sobre la cama.

—Escoge uno —me dijo, mostrándome un abanico de preservativos.

—¿Es necesario?

Nancy se rió de nuevo irónicamente y escogió por mí una de las gomas.

—Tienes suerte de que necesite el dinero, porque sino te mandaría a tomar por el culo ahora mismo.

Me quité la chaqueta y la camisa. Después los zapatos con los pies, y bajé el pantalón lentamente mirando para Nancy que seguía con esa asquerosa mirada, que apartaba de mí. Me saqué el pantalón y cogí el puñal que siempre llevaba en la parte inferior de la pierna, poniendo el filo en su cuello, que lo movió levemente hacia arriba, poniendo los ojos como platos.

—¿Quién cojones te crees que eres? —dije—. Me llamas gilipollas, me

desprecias y me tratas como una mierda. Soy el cliente y tú una simple puta. Si te mueves sin que yo te lo ordene, o gritas, te rajo el cuello ahora mismo. ¿Entiendes?

Nancy movió la cabeza de arriba abajo con lentitud para evitar que el filo del puñal la hiriera. Estaba temblando la muy zorra. Iba a disfrutar como un enano.

—Date la vuelta, ponte a cuatro patas y no digas ni una sola palabra —la muy guarra lo hizo mientras lloraba. Eso le pasaba por vacilarme.

Deslicé el puñal desde su cuello hasta el excitante sujetador negro que llevaba. Se lo arranqué de cuajo, dejando sus estupendas tetas colgando. Estaba caliente como un perro. Seguí bajando el filo del puñal hasta el tanga, que iba a juego con el sujetador, cortándolo con un pequeño movimiento de muñeca. ¡Qué culazo! Tenía forma de corazón. No aguantaba más. Me la quería follar.

—Ahora voy a posar el puñal a mi lado. Si intentas hacer algo, lo cogeré y te mataré, ¿entiendes, zorra?

—Sí —dijo Nancy entre dientes. Estaba aterrorizada, lo cual me ponía aún más.

Me quité los calzoncillos y me puse de rodillas en la cama, justo detrás de Nancy. Agarré mi enorme polla y se la metí por el culo del tirón, sin ningún tipo de cuidado. La puta se quejaba de dolor. Estaba claro que era virgen por esa parte de su cuerpo. La agarré con fuerza por su cintura y le di una y otra vez. De vez en cuando apretaba con fuerza sus enormes tetas. La guarra lloraba sin parar. Así aprenderá a tratar mejor a sus clientes.

Estaba a punto de correrme, así que decidí sacar la polla de su maravilloso culo. Quería terminar en otro sitio.

—Date la vuelta —dije, mientras cogía el puñal, bajándome de la cama.

Nancy tenía todo el maquillaje corrido por la cara. Quizás pensaba que había terminado, pero quedaba lo mejor.

—Ahora coge mi polla y chúpamela.

—Por favor... —gemía.

—Cállate y haz lo que te digo. Y espero que seas delicada —le dije pasándole el filo por su hermosa cara.

Nancy cogió la polla con su mano y comenzó a chupármela. Dios, que bien lo hacía. La cogí por el pelo con la mano que tenía libre y le empujé la cabeza arriba y abajo hasta que me corrí, echándoselo en la boca. Menudo polvazo. De los mejores que había tenido.

La zorra escupió en el suelo, tosiendo. Le dieron algunas arcadas, pero no llegó a vomitar. Igual le gustaba un poquito.

Aproveché para vestirme mientras ella se recuperaba.

Estaba de rodillas en el suelo, tosiendo y llorando. La agarré de nuevo por el pelo, acercando mi boca a su oído.

—La próxima vez tratarás mejor a tus clientes, puta de mierda.

Iba a irme cuando pensé que no era buena idea dejar las cosas así. Nancy podría salir de la habitación y contar lo sucedido a algún machaca del puticlub, metiéndome en problemas. Tampoco quería matarla, pero se me ocurrió decirle algo antes de irme.

—Mírame zorra —levantó la cabeza—. Hace dos días eras una joven chica que disfrutaba con sus amigos en otra comunidad. Ahora eres una puta gracias a mí.

Nancy arrugó la frente. No debía entender lo que decía. Me acerqué de nuevo a su oído

—Yo mismo te secuestré, te llevé a unos hackers y te convirtieron en lo que eres ahora.

Sus ojos se abrieron de par en par, mostrando su terror. Fue un instante. La golpeé en la sien con el mango del puñal y cayó inconsciente como una piedra. Pobre zorra.

Me largué de allí cagando leches, no fuera que Nancy se despertara rápido.

La marea había subido y las olas golpeaban con fuerza el muro de contención del paseo marítimo. El agua saltaba hacia éste, cada vez a mayor distancia. La gente se acercaba a la barandilla a mirar. A ver si llegaba alguna ola grande y se llevaba a alguno de esos gilipollas. Como se notaba que no tenían otra cosa que hacer.

Paseaba pletórico de satisfacción oyendo las carcajadas de los niños montados en los carruseles. Varios artistas callejeros estaban apostados a lo largo del paseo ganándose la vida como podían. Unos tocaban música, otros contaban chistes o movían muñecos de trapo para entretener a los transeúntes. Al menos no buscaban comida en los contenedores como toda esa gentuza marginal que llenaba otras comunidades. En la citi no permitían eso. Menudos eran. Hacían la vista gorda ante la miseria y yo lo veía bien. Que cada perro se lama su pijo. Todos tienen manos para trabajar

Me estaba acercando al lugar donde había aparcado el coche cuando me pareció ver a dos agentes de la guardia urbana husmeando alrededor del

Stormbird. Me aparté hacia al lado del paseo opuesto al mar para evitar al gentío que no me dejaba ver con claridad lo que ocurría, y me detuve. Observé durante un instante si era una coincidencia u otra cosa. No había duda. Dos policías estaban dando vueltas alrededor del buga. Joder, qué mala suerte. No sabía qué hacer. En otras circunstancias me largaría y abandonaría el coche. Sin embargo era una situación diferente. Era un coche prestado y no robado. El prestamista trabaja habitualmente con Bruce y no tenía ganas de cagarla ahora que todo comenzaba a ir bien. Debía tomar una decisión rápidamente, ya que la puta podría despertarse y avisar a la policía. Con esto y lo del restaurante, me podrían pillar y joderme vivo.

Tenía dinero suficiente, lo cual podría utilizar en caso de que el tema se pusiera jodido. El problema del restaurante no era muy grave, pero el de la puta sí. La había violado y la pena sería seguramente lavarme la cabeza y tirarme en la comunidad del sur. Hostia, estaba acojonado, pero me acerqué con un par de huevos.

—¿Ocurre algo agentes? —dije sonriendo. Actuar de forma amable siempre funcionaba.

—¿Es de usted éste coche? —me preguntó uno de los agentes.

—Sí —asentí, preparándome para sacar la pasta e intentar sobornarles.

—¡Enhorabuena! —dijo el otro policía, sorprendiéndome—. No se ven ya coches así.

—Gracias.

—Es fantástico. Y por lo que se ve lo cuida muy bien. Si no es indiscreción, ¿cuánto cuesta un coche de este tipo? —indagó uno de los policías.

—Unos cincuenta mil —inventé, sorprendido por la situación.

—¡Hostia! No es para ti —dijo el policía dirigiéndose al otro.

—Ni para ti, no te jode —respondió el otro, riéndose.

—Disculpe las molestias. Que tenga un buen día.

Los policías se alejaron. No entendía muy bien qué había ocurrido, pero me había librado de una buena. Desconocía el tipo de comunicación que existía entre la policía de diferentes zonas de la comunidad, pero no parecía que esos maderos estuvieran buscando un Stormbird. A pesar del cambio de matrícula, cualquiera sospecharía si supiera el tipo de coche que estaban buscando. Pero en fin. Para mí, de puta madre.

Arranqué y me largué de allí. Todavía no era demasiado tarde y, viendo que me movía sin problemas, decidí ir a hacer la primera visita al ricachón.

11. Allan Peirsol

Hacía dos semanas que no acudía al edificio de la bolsa. Estaba un poco decepcionado con mis últimas operaciones y necesitaba meditar sobre mi manera de operar. Permanecí una de ellas enclaustrado en casa, sin salir para nada. Me impuse una penitencia por mis errores, absteniéndome de fiestas, escorts o alcohol. Me encontraba a la deriva y si no conseguía enderezar el rumbo, el resultado podía ser catastrófico. Sufría continuas pesadillas sobre una hipotética vida en una comunidad de indigentes, como era, según mi percepción, la mayoría de las existentes en la isla. Era aterrador. No soportaría ni un solo día en uno de esos lugares permeados de vulgaridad y pobreza, codeándome con miserables que se arrastran por la vida con el único fin de sobrevivir.

Los dos primeros días del autoimpuesto cautiverio, me dediqué a engullir todo tipo de comida basura. Bollería industrial, patatas fritas, hamburguesas hechas con carne de dudosa procedencia y todo tipo de chucherías azucaradas conformaron mi dieta. No hice otra cosa que comer y tumbarme en el sofá sin quitarme el pijama. Al día siguiente me arrepentí hasta tal punto que tuve que tomar más ansiolíticos de los recomendables para tranquilizarme. Corrí durante una hora en la cinta e hice otra en la bicicleta estática para compensar los excesos. La imagen de todas esas nocivas calorías recorriendo mis venas me superaba. Pellizcaba mi cuerpo notando la flacidez de la carne provocada por la dejadez. Me daba asco y repulsión.

Después de relajarme gracias a esa mezcla de deporte y medicamentos, me puse manos a la obra. Recordé un rumor que corría por el templo. Al parecer una pequeña empresa farmacéutica llamada Roveltia ubicada en nuestra vecina comunidad, llevaba varios años investigando en el desarrollo de un nuevo medicamento para la lucha contra el cáncer. Los rumores de este tipo eran constantes y, en la inmensa mayoría de las ocasiones, infundados, e intencionadamente promovidos para que los inversores cayeran en la trampa haciendo subir el valor de la acción con sus compras, mientras los organizadores del fraude esperarían para vender a un precio más alto, el cual les proporcionaría succulentos beneficios. No era nada nuevo, estaba a la orden del día. Pero por algún motivo, aquel rumor me llamó la atención. Era intuición, sólo eso, pero muchas veces me había funcionado. Así que decidí recopilar información sobre la empresa en cuestión.

Roveltia comerciaba en un mercado bastante desregulado en el cual no se les exigía reflejar sus resultados puntualmente. Este status hacía que las empresas mostraran una gran opacidad, lo que les convertía en una inversión de alto riesgo. Entré en su página web y, para mi sorpresa, disponía de los balances trimestrales actualizados. Este hecho era bastante inusual. Solamente las grandes corporaciones y alguna empresa de medio tamaño con grandes índices de actividad solían actualizar sus resultados, aunque no estuvieran obligadas en este mercado. Era una magnífica señal, así que continué indagando sobre su actividad.

Constaté que llevaba años proporcionando puntualmente toda la información vinculada a sus estados financieros. Alguien profano en temas bursátiles se preguntaría por qué entonces comerciaban en un mercado tan desregulado. La respuesta a esta pregunta era que el gasto de hacerlo en otro con mayores controles, sería notablemente más alto, lo que reduciría sus márgenes de beneficio y, por la tanto, la inversión.

Leí la última memoria financiera publicada por Roveltia que reflejaba el desarrollo ascendente y constante que había tenido la empresa. Cuidaban todos los detalles e invertían con inteligencia, mejorando paulatinamente su cuota de mercado. Algunos de sus medicamentos incluso acaparaban cerca del setenta por ciento de dicha cuota. A lo largo de los últimos dos años destinaron la mayoría de sus beneficios y sus esfuerzos en desarrollar una vacuna contra el cáncer de estómago, muy extendido en la población. Al parecer, podrían haber conseguido algo. Sin embargo, a pesar de los rumores positivos, entrañaba un gran riesgo, porque también se murmuraba que, si no hubieran conseguido nada, la empresa podría encontrarse en una situación delicada, debido a destinar tantos recursos económicos a dicha investigación.

Después de meditarlo con seriedad durante otro día entero tumbado en mi sofá, aún tenía dudas. Volví a entrar en la web y estude los balances de Roveltia y su historia con una precisión quirúrgica. Acabé con un dolor de cabeza insoportable, pero me compensó. Disponía de una información pormenorizada de la empresa, pero no era suficiente. Ahora entraba en juego la intuición. La misma intuición que muchas veces me había hecho conseguir jugosos beneficios y, otras, cuantiosas pérdidas.

Al día siguiente del maratón de estudio de Roveltia, entré de nuevo en su página. Las dudas me atenazaban y no sabía con certeza qué hacer. Mi futuro dependía de ello. Pero un enlace parpadeante en la parte superior de la página, hizo que me decidiera. Lo habían colgado ese mismo día. Hice click

sobre él. Era una pequeña nota informativa en la que se indicaba el anuncio de un hecho relevante importante el siguiente lunes.

No me permití darle más vueltas al asunto. Disponía de unos diez mil en mi cuenta bancaria. Menuda miseria. No era suficiente, así que tomé la dolorosa decisión de vender mis pertenencias más preciadas.

Conduje mi coche hasta la comunidad vecina, conocida vulgarmente como la industrial, lleno de relojes de lujo, joyas de oro, trajes de seda e incluso pequeñas esculturas y adornos domésticos muy apreciados por la alta sociedad. Allí está ubicada la mayor empresa de compra-venta de artículos de segunda mano de toda la isla. Estos artículos son revendidos, en función de sus condiciones, por la red de tiendas existente en la mancomunidad. Los de lujo, por supuesto, van para los negocios de la citi que, en muchos casos, vuelven a venderlo como nuevo.

Me lo compraron todo, incluso el coche. Obtuve unos doscientos mil por algo que me había costado tres veces más. Pero así era como funcionaba el sistema. Ingresaron el montante en mi cuenta bancaria. Después de regresar en autobús a la citi, me fui para casa. Encendí el ordenador, y, sin pesármelo dos veces, invertí casi todo el dinero en acciones de Roveltia. La suerte estaba echada.

Los cuatro días que quedaban hasta el famoso lunes se hicieron eternos. Seguí encerrado en casa ejercitándome con mis aparatos de gimnasia y tomando ansiolíticos para los nervios. Puntualmente la ansiedad era tan inmensa que me daban ganas de vender las acciones y preservar el dinero. Recordaba ciertos mantras de la inversión en bolsa que no estaba cumpliendo, sobre todo el que decía que no se metieran todos los huevos en el mismo cesto. Estaba aterrorizado.

El domingo anterior al día clave, permanecí insomne toda la noche. Por un lado, deseaba que llegara el anuncio cuanto antes, pero por otro, el pánico me hacía pensar lo peor. Supondría quedarme sin nada, en la más absoluta miseria. Nunca en mi vida lo había pasado tan mal. Quedaría abandonado a los avatares del destino. Cierto era que podría empezar de cero, como cuando era joven. Me labré unos pequeños ahorros trabajando duro en diferentes empresas metalúrgicas mientras de forma autodidacta aprendía todo lo relacionado con el mundo de la inversión. Absorbí todos los conceptos con rapidez y finalmente me decidí a realizar mi primera operación que resultó exitosa. Así fue como comencé mi camino, que podría desvanecerse en unos instantes.

Sin embargo, a quién pretendía engañar. La falta de sueño me hacía divagar. Hacía más de veinte años de aquello. Hoy en día ninguna empresa me contrataría para trabajar. A los cincuenta años, ya era considerado un viejo decrepito. Los jóvenes eran más fuertes, más dinámicos y poseían el aprendizaje necesario para manejar la nueva tecnología. Las personas de mi edad mantenían sus trabajos si el empresario consideraba que su puesto necesitaba experiencia, sino, les metían una patada en el culo. Era normal. ¿Por qué te iban a pagar si ya no eras rentable? Me parecía razonable.

A las cinco de la mañana de ese interminable domingo, opté por salir del hotel y dar un paseo por el centro neurálgico de la citi. La extraordinaria e intensa iluminación me relajaba. Varios cafés, pubs y prostíbulos permanecían abiertos toda la noche para el esparcimiento de los ciudadanos. Era increíble la cantidad de personas que se veía deambular a esas horas de la madrugada. La ciudad que nunca duerme.

Con el paseo, conseguí relajarme durante un breve periodo de tiempo. Sin embargo, los nervios volvieron a atenazarme. Subí al dúplex y cogí los escasos setecientos que tenía en efectivo. Volví a bajar y me subí a un taxi. Le indiqué que me llevara a los arrabales de la comunidad que limitaba al sur. Quería visitar a un viejo amigo.

Necesitaba imperiosamente un chute de panax. No tenía suficiente dinero para comprarlo en la citi, y por eso acudía a mi antiguo camello. Un desarrapado carente de ojos que se pasaba el día vendiendo droga en el esqueleto de hormigón de una antigua empresa siderúrgica. Tenía una red de ladrones que robaban la droga, lo que le permitía venderla a un precio muy asequible. Le compré tres cápsulas, conversamos un poco sobre la vida y volví para mi apartamento.

Después de pagar al taxista, me quedaban unos cuatrocientos. Estaba prácticamente a cero.

Rompí una de las cápsulas de panax e inhalé la droga, tirándome encima de la cama y notando como se relajaban todos mis miembros.

Me desperté repentinamente. Me había dormido y padecido un extraño sueño que yo tildaría de pesadilla. En ella yo era un obrero que trabajaba doce horas diarias por un ínfimo salario y además era un adepto del movimiento de la amapola. Qué barbaridad. Prefería morirme antes que ser así.

Miré para el reloj despertador que tenía encima de una de las mesitas de caoba que custodiaban la cama. ¡Joder, eran las diez y media de la mañana!

Recordé que el anuncio del hecho relevante estaba fijado para las nueve y media. Ya debían haber dicho algo.

Me levanté como un resorte y me senté en la silla de escritorio de mi despacho, encendiendo el ordenador. Mientras arrancaba el sistema operativo y trémulo de pánico, me levante y cogí otra cápsula de panax, inhalándola con fuerza. Me temblaban las piernas. Estaba a punto de llorar de angustia. Ni siquiera la droga me hacía efecto.

Me armé de valor y me volví a sentar frente a la computadora. Abrí el navegador y escribí la dirección de una afamada página financiera donde mostraban las cotizaciones bursátiles del día. No era necesario leer el comunicado de la empresa. El precio de la acción del mercado hablaría por sí mismo.

Escribí en el buscador de la página el nombre de la empresa: Roveltia. Estaba paralizado como un témpano. Miraba impasible para la tecla Enter, sin atreverme a pulsarla. Nunca en mis cincuenta años de vida había estado más nervioso. Mi corazón latía desbocado.

Con un espasmo casi inconsciente, apreté la tecla. El tiempo que duró la página en cargar, que no serían más de dos segundos, me pareció eterno. Lo primero que intuí, ni siquiera vi, fue el color verde de la cotización. En ese instante, como un acto reflejo, el corazón disminuyó sus pulsaciones de forma drástica. Escruté el precio, que no me decía nada, ya que por la ansiedad que tenía, no recordaba a cuánto había comprado. Pero justo al lado entre paréntesis vi el porcentaje de subida de la acción: cincuenta y siete por ciento.

Apreté los puños con fuerza vociferando palabras de satisfacción. ¡Lo había conseguido! No podría decir el tiempo exacto, pero la excitante enajenación temporal provocada por el acierto en la inversión, creo que había durado más de cinco minutos.

Ya más tranquilo, me acerqué al mueble-bar y cogí la botella de whisky, llenándome un vaso con tres piedras de hielo. Me senté con él, de nuevo frente al ordenador, degustando la espirituosa bebida. La acción no detenía su tendencia alcista. Me encontraba embriagado por la felicidad.

Me moví hacia abajo por la página con la barra de desplazamiento e hice click en el hecho relevante, ya colgado en la misma. Anunciaba el éxito en humanos de su nuevo fármaco contra el cáncer de estómago y como este remitía aplicando el tratamiento en todos los casos.

Dejé correr los beneficios. Me mantuve en casa los siguientes tres días

disfrutando por la subida del valor de la acción, con sus obvios, pero puntuales recortes. El éxito de la patente era brutal. Aún no habían hecho ningún comentario desde la empresa, pero podrían vender el fármaco al precio que quisieran. Se vendería por millones en todo el planeta. Era el negocio del siglo.

Decidí que iría el viernes al templo para vender mis acciones en uno de los terminales allí instalados. Esperaba que Pat acudiera ese día. Quería restregarle mi éxito por sus mismísimas narices. En cuatro días la acción se había revalorizado un tres mil por ciento. Era millonario. Parecía un sueño, pero era real. Fantaseaba con lo que iba a cambiarme la vida con mi nuevo estatus. Me situaría en lo alto de la pirámide de la sociedad. Me trasladaría a vivir a una de las urbanizaciones más lujosas y me compraría un gran coche. Además el dinero llamaba al dinero. Estaba seguro que, con ese impulso y los recursos conseguidos, obtendría ganancias en las siguientes operaciones.

Y heme aquí, a escasos cien metros de la entrada al templo ataviado con uno de los dos únicos trajes con los que me había quedado después de vender casi todo mi patrimonio. Impecablemente afeitado y con mi pelo engominado, entré con la cabeza alta, pletórico de satisfacción.

Había decidido vender el ochenta por ciento de las acciones, dejando el otro veinte al albur del destino. Desde mi punto de vista, el precio ya había tocado techo, al menos en el corto plazo, pero era impredecible como se comportaría en el futuro, ya que, con los recursos que proporcionaría a la empresa la patente, podría seguir invirtiendo en ambiciosas investigaciones.

El parque, como era costumbre, estaba prácticamente vacío. Sin embargo algo llamó poderosamente mi atención. Todas las personas allí presentes formaban un corrillo hablando y gesticulando sobre algún tema que parecía interesante. En él se encontraban Justin y el mentecato de Pat. No pude evitar una sonrisa anticipando lo mucho que iba a disfrutar restregando mi éxito por sus petulantes narices.

Me acerqué al grupo, donde seguían charlando distendidamente con sonrisas unos y gestos de incredulidad otros. No tenía ninguna prisa por meterme en el ordenador y vender, así que tenía curiosidad por saber qué había empujado a todos los inversores del parque a reunirse de aquella manera.

Justin, que me había visto, salió del corrillo.

—¿Qué tal Allan? —saludó efusivo—. ¿Dónde te has metido todos estos

días? Pensé que habías abandonado el negocio.

—Nada más lejos, Justin —sonreí—. Estuve enclaustrado en casa meditando y estudiando para mejorar mi estrategia en las inversiones.

—¡Vaya! —exclamó Justin—. ¿Y qué tal te ha ido ese proceso?

—No te lo puedes ni imaginar. Mi última inversión ha sido un éxito absoluto.

—Me alegro por ti. Yo no he realizado ningún tipo de introspección y estudio, pero tampoco me puedo quejar de mis últimas operaciones. He obtenido suculentos beneficios.

—Estupendo —me alegré con franqueza. Justin me caía bien y se lo merecía. Era un gran tipo—. Por cierto, ¿a qué se debe ese corrillo tan extraño que se ha formado?

—¿No lo sabes? Claro, acabas de llegar y la noticia ha sido de hace una media hora —me intrigó Justin—. ¿Te das cuenta de una empresa que se llama Roveltia que ha descubierto un medicamento para la cura del cáncer de estómago?

—Por supuesto —sonreí, enarcando las cejas. Supuse en ese momento que la noticia en cuestión sería algo relacionado con el tema de ventas del fármaco o algo parecido —Ha subido una barbaridad.

—Pues ahora ha caído en picado —espetó Justin, dándome un vuelco al corazón.

Levanté la mirada buscando por el panel electrónico donde pasaban las cotizaciones de las empresas, el ticker de Roveltia. Cuando lo vi, el terror se apoderó de mí. El precio era de unos pocos centavos de dólar. Había caído más de un noventa y cinco por ciento. No entendía nada.

—¿Qué te pasa Allan? Estás pálido.

Me agarré a Justin para no caerme. Me ayudó a sentarme sobre el parque para evitar que me pudiera hacer daño.

—¿Qué ha ocurrido con las acciones de Roveltia? —logré preguntar.

—¿No me digas que tenías acciones de la empresa?

—Sí.

—¿Mucho?

Respiré hondamente. No podía reconocer que estaba en la ruina, sobre todo estando el estúpido de Pat allí. Tenía que recomponerme y explicar de alguna manera razonable el tremendo disgusto que me había llevado a palidecer.

Me incorporé a duras penas e hice de tripas corazón.

—Invertí una parte de mi disponible —mentí a Justin.

—Bueno, entonces no es para tanto. ¿Por qué ese disgusto tan tremendo?

—Pues porque tenía mucho dinero ganado y lo acabo de perder todo por no vender en el momento adecuado.

—Sí, pero quién iba a pensar que ocurriría una cosa así. Es de locos.

—¿Pero qué coño ha ocurrido?

—La empresa acaba de comunicar que cede todos los derechos de la patente así como su fabricación a varias empresas de la isla con la intención de generar muchos puestos de trabajo. La única condición que les impone es poner un precio fijo y muy bajo para que todo el mundo pueda adquirirla.

—Y los inversores, ¿nos quedamos sin nada? Además, ¿cómo piensan pagar a las entidades financieras que les han prestado el dinero?

—Según dicen, el consejo de administración, que poseía la mayor parte de las acciones, lo ha decidido por unanimidad. Con respecto a pagar las deudas, sencillamente, no lo van a hacer. Se dan en quiebra.

—¿Pueden hacer eso? No entiendo nada. Ellos también pierden todo por lo que han trabajado durante años.

—Según comentan por aquí, no hay ninguna ley que prohíba hacer eso. Los bancos sólo pueden ir contra Roveltia, que sin la patente y con las deudas que tiene, no vale nada. Con respecto a ellos y en un pequeño resumen, lo que dieron a entender es que no habían trabajado todo ese tiempo para que sólo los más ricos pudieran adquirir la vacuna y, que además, ayudarían a las familias de la isla, tan castigada por la crisis económica.

Estaba estupefacto. ¿Qué imbécil regalaría semejante negocio? No entendía nada. Me había empujado a la miseria. Lo que habían hecho no era libertad, era otra cosa. Tendría que haber alguna ley que les impidiera hacer eso.

—Bueno Allan —continuó Justin, dándome dos golpecitos en el hombro—, no te preocupes. A todos no ha pasado esto de no vender a tiempo. Seguro que te recuperas en unos días y ganas más de lo que has dejado de ganar aquí.

Justin siempre con sus ánimos, pero que esta vez eran infructuosos, debido, como era obvio, a que desconocía que lo había perdido todo. Me tenía que ir de allí. El corazón latía desbocado. Creía que iba a infartar.

—Hombre, Allan. Tú por aquí. Creí que habías abandonado el negocio —me abordó Pat cuando estaba a punto de irme. Qué mala suerte—. ¿Qué te ocurre? Tienes mal aspecto.

—Ha perdido algo de dinero en Roveltia —explico Justin, que mejor podía tener la boca cerrada.

—¡No jodas! —exclamó el gilipollas, carcajeándose con tal intensidad que parecía que se le iba a desencajar la mandíbula. No caería esa breva —Macho, esto no es lo tuyo. Si a tu incompetencia le añades circunstancias surrealistas como la ocurrida con esta empresa farmacéutica, será mejor que te dediques a otra cosa. Mi jardinero se acaba de largar. Si te interesa...

Fijé mi mirada en la de Pat. Mostraba su sempiterna y petulante mueca, elevando levemente la parte derecha de su labio. Desafiante, no apartaba sus ojos de los míos. No necesitábamos decirnos nada. El sentimiento de odio era recíproco. Me giré y salí del templo sin mediar palabra. Un instante más, y me hubiera abalanzado sobre ese hijo de puta y lo hubiera golpeado hasta que exhalara su último aliento. A veces y, sobre todo en aquel momento, me hubiera gustado ser una persona sin escrúpulos, sin el más mínimo aprecio por la vida humana, como todos esos hampones y sicarios que llenaban las calles de las comunidades paupérrimas, y poder matar sin remordimientos. La educación quizá encorsetaba en exceso nuestros instintos más primarios.

Deambulé por las calles de la citi sin rumbo aparente. Miraba al horizonte y la visión de los imponentes rascacielos que formaban el skyline, me mareaba. Estaba en la ruina, me repetía una y otra vez. No sabía qué hacer.

Unos tremendos escalofríos me obligó a meterme las manos en los bolsillos de la gabardina. El cuerpo comenzaba a delatar mi situación anímica. Palpé con las yemas de los dedos una pequeña tarjeta de cartón. La extraje del bolsillo. Era el contacto y el número de teléfono del hacker que me había facilitado el inversor que conocí en la fiesta de esnobs.

Una luz se encendió en mi cerebro. Miré cuánto dinero tenía en el bolsillo, que, por otra parte, era lo único que me quedaba. Algo más de trescientos. Suficiente.

Cogí el móvil y marqué el número de teléfono.

—Diga.

—Buenos días. Me gustaría hablar con Rufus, por favor.

—Soy yo. ¿Quién eres?

—Un amigo me ha facilitado su número de teléfono. Me comentó que hacen trabajos especiales.

—¿Trabajos especiales?

—Sí —carraspeé. Estaba empezando a ponerme nervioso, así que le eché valor—. Vamos a ver, tengo pasta —mentí para llamar su atención—, y

quería cargarme a alguien y que no me pasara nada, ¿entiendes ahora? —dije, rebajando mi lenguaje al suyo.

—Cojones, a ver empezado por ahí. Toma la dirección de mi sala y ven. Hablaremos de todo.

—De acuerdo.

Memoricé la dirección repitiéndomela una y otra vez. Estaba completamente decidido a ejecutar lo planeado. Era eso o terminar en la inmundicia. No había opción.

Cogí un taxi, indicándole la dirección donde estaba ubicada la sala de Rufus. Estaba en la parte sur de la comunidad conocida como emergente, a más de cuatro horas en automóvil. El desconfiado taxista me cobró los doscientos que costaba la carrera por adelantado. Le dije que pasara por la comunidad turística en vez de por la industrial para llegar a la emergente, ya que el visado de transición en ésta era más barato. Me comentó, que no tenía inconveniente, pero que entonces el importe de la carrera ascendería en veinte, ya que el trayecto sería ligeramente mayor. Por supuesto, se lo tuve que pagar en ese momento.

El nerviosismo no me abandonaba. Saqué la cápsula de Panax que me quedaba e inhale profundamente. Me percaté, antes de cerrar los ojos, como el taxista me miraba a través del retrovisor, pero no dijo nada.

—Señor, señor, hemos llegado —me despertó el taxista. Me había dormido—. Me debe treinta por las transiciones de las dos comunidades.

Saqué el dinero y le pagué. Estaba prácticamente a cero. Deseaba que el plan me saliera lo mejor posible.

El taxi me dejó justo delante de la puerta de lo que se suponía que era la entrada al local de Rufus. Escruté a mi alrededor, sin ver persona alguna. La basura campaba a sus anchas por esa zona semiderruida. Un hedor nauseabundo impregnaba el ambiente. Era una mezcla entre el procedente de los desechos y el que expulsaban las enormes chimeneas que contaminaban el aire de esa comunidad. Podía verlas situadas unos kilómetros más allá y como ennegrecían el cielo con sus nocivas emisiones.

La puerta era de hierro y estaba completamente oxidada. La entrada no disponía de ningún distintivo y las paredes necesitaban una inmediata mano de pintura. Toqué el timbre. Su chirriante sonido era muy desagradable. Pude oír como varios perros comenzaron a ladrar. También podía discernir sonidos de pájaros aleteando y gatos maullando. Según parecía, estaba ante una especie de tienda de animales o mascotas.

Me abrió un joven de aspecto rudo. Vestía un pantalón vaquero y una camiseta ceñida que marcaba su atlético cuerpo. Típico guardaespaldas.

—¿Qué quieres? Estamos cerrados. Vuelve mañana.

—Quería ver a Rufus —dije, balbuceante

—No sé quién es Rufus —respondió el joven, escrutándome. Era obvio que estaba mintiendo. Supuse que no se fiaría de alguien que aparecía en su puerta vestido de traje.

—Hace unas horas he hablado con él por teléfono y él mismo me ha facilitado esta dirección.

—Espera un momento.

Entró en la tienda, dejando la puerta entreabierta. La empujé levemente con las yemas de los dedos. Cómo había imaginado, se trataba de una tienda de animales. Varios perros, gatos y pájaros tropicales de distintos colores, estaban enjaulados. También disponía de peces de varios tamaños. Me fijé que el desorden era tremendo. Había una evidente falta de limpieza y las jaulas y peceras estaban tiradas en el suelo sin ninguna organización aparente. Olía a heces. Era asqueroso.

El joven salió y cerró la puerta con llave.

—Sígueme —me dijo.

Caminé tras él hasta el final de la calle. En la esquina, giramos a la izquierda y unos metros después nos detuvimos frente a una casa totalmente derruida. Sólo quedaba en pie la pared delantera. Entramos por el hueco donde se suponía que debía estar la puerta y fuimos hacia la derecha.

—Quieto —me amenazó el joven apuntándome a la cabeza con una pistola.

—¿Qué haces? —dije, asustado. Dónde me había metido. Pensé que me iban a atracar y matar.

—Date la vuelta, apoya las manos contra la pared y abre las piernas.

Hice lo que me ordenó, sin pestañear. Estaba acojonado. El joven me cacheó y extrajo mi tarjeta ciudadana del bolso de mi chaqueta.

—Está bien. Date la vuelta. Lo siento, pero cualquier precaución es poca —dijo sonriendo y devolviéndome la tarjeta— Así que inversor, ¿eh?

—Sí

—Mi nombre es John. Tú al parecer te llamas Allan.

—Sí —no podía más que asentir. Aún estaba petrificado.

John se agachó y apartó bruscamente varios tablones de madera roídos por la carcoma. Debajo de ellos había una trampilla con una pequeña cerradura.

John sacó una llave de uno de los bolsillos del pantalón y la introdujo en la cerradura con algún problema. Giró la llave y abrió la trampilla, levantándola y dejándola caer contra el suelo.

—Tú primero, por favor —me dijo.

Descendimos por una escalerilla hasta un pequeño pasillo. John cerró la trampilla con llave. Al parecer se tomaban las máximas precauciones. Al fondo del pasillo había una puerta.

Entramos sin llamar en una amplia sala de aspecto futurista. El suelo estaba compuesto de azulejos de diferentes colores que brillaban con la luz tan intensamente que resultaba bastante molesto. Las paredes estaban pintadas de un azul muy oscuro. En el centro de la sala, había dispuestos dos sofás con forma curvada, uno frente a otro. El mobiliario lo completaban cuatro máquinas en forma de tubo, dos a ambos lados junto a las paredes de mayor anchura. Supuse que eran las que se utilizaban para la manipulación mental. En ese momento estaban vacías.

—Espera aquí un momento —me dijo John, indicándome uno de los sofás.

Allí sentado, escrutando aquella extraña sala, noté como los nervios de nuevo se apoderaban de mi. Tenía dudas sobre lo que pretendía hacer. Odiaba a Pat con todo mi ser, pero no sabía con certeza si sería capaz de quitarle la vida a un hombre, de verle expirar su último aliento. Imaginaba la posible situación y el corazón incrementaba sus latidos a una velocidad de vértigo. Me froté las manos. Las tenía empapadas en sudor. John y un acompañante se acercaron a mi posición.

—¿Allan? —dijo el acompañante de John tendiéndome la mano—. Soy Rufus.

—Encantado —respondí, estrechándola la mano.

—Siéntate, por favor.

Me volví a sentar. Rufus hizo lo propio en el sofá de enfrente.

—Bueno, os dejo solos —se despidió John saliendo por la puerta de entrada.

Rufus era un hombre bastante corpulento. Vestía de manera muy informal. Llevaba unos pantalones vaqueros, una camiseta de manga corta muy ceñida y unas zapatillas blancas sin marca alguna. Mostraba una espesa barba que, al parecer, le gustaba bastante rascar.

—Muy bien. Tú dirás —comenzó Rufus.

—Me gustaría matar a una persona y salir impune, como te comenté por teléfono —espeté sin ambages, ocultando el nerviosismo.

—Entiendo —asintió Rufus, haciendo una pequeña pausa para encender un cigarrillo—. Necesito que me expliques de qué clase de persona se trata. No es por nada en concreto, es para disponer de una idea sobre la dificultad que puede suponer el asesinato.

—Es un conocido, e inversor como yo. Vive en la citi.

—¿En la citi? —me preguntó Rufus frunciendo el ceño—. Eso puede ser un inconveniente.

—¿Por qué? —indagué.

—El control policial es brutal, con lo que el riesgo aumenta considerablemente.

—¿Entonces?

—Deberemos plantear con precauciones y mucha inteligencia el tema. No te preocupes. Ya lo hemos hecho muchas veces —sonrió Rufus exhalando el humo del cigarrillo—. Te lo decía principalmente por el tema del precio.

Era inevitable que saliera. El punto crítico de la negociación. A ver como convencía a aquel personaje del hampa que no disponía de dinero y que tendríamos que repartirnos el de Pat.

—La verdad es que no tengo dinero.

—¿Cómo? —dijo Rufus frunciendo el ceño de forma amenazante—. ¿Qué crees que es esto, gilipollas? ¿Una organización de ayuda social? Anda lárgate de aquí y no me hagas perder el tiempo.

Me levante con las piernas temblorosas y dispuesto a irme, pero sabía que si salía por esa puerta, sería el fin. Así que le eché valor y me volví a sentar.

—Pero, ¿qué haces? —preguntó Rufus.

—Déjame que te explique sólo un instante. Si no te convenzo, me iré. La futura víctima vive en el barrio más exclusivo de toda la citi. Que yo sepa, tiene al menos cinco coches de alta gama, superando cada uno los seiscientos mil. Cada cierto tiempo, se compra alguno más. Relojes, trajes, restaurantes, tienen un tren de vida sólo al alcance de unos pocos elegidos. Sin miedo a equivocarme, podría tener millones en sus cuentas bancarias, además del patrimonio.

Rufus cambió el rictus. Daba la impresión de que el asunto le podía interesar, al menos, esa era mi sensación.

—Familia, conocidos... —preguntó Rufus, tranquilizándose.

—Nada. Es un solitario como yo. Ni siquiera un amigo íntimo que se pudiera preocupar por él.

Rufus me miró durante un instante, levantándose. Se dirigió hacia la pared

que le quedaba a la espalda y abrió una portezuela empotrada en la misma que apenas se podía ver debido al color azul intenso de la pintura. Era un minibar.

—¿Quieres una copa?

—Sí. Un whisky no me vendría mal.

Rufus saco dos vasos y echó una piedra de hielo en cada uno, llenándolos hasta arriba y volviendo hacia el sofá.

—Toma —dijo, dándome mi vaso. Se sentó y bebió un buen trago del whisky, haciendo yo lo mismo—. Si te ayudo, el reparto será de ochenta-veinte.

—No entiendo —dije con total sinceridad.

—Que de lo que saquemos en el asunto, el ochenta será para mí y el veinte para ti.

Medité durante un instante. Tenía la certeza de que Pat disponía de millones y, aunque no fuera así, no había más remedio que aceptar igualmente. Lo contrario sería la miseria.

—Por qué no —dije, levantando el vaso en señal de brindis y bebiéndome el resto de un trago.

—¡Así se bebe! —exclamo Rufus, agotando su whisky y dejando el vaso encima de la mesa.

Deslicé el vaso por la mesa que había entre los dos sofás con la mano trémula. No era muy consciente de lo que estaba haciendo, del enorme esfuerzo que iba a suponer superar mis miedos. Siempre me había considerado un hombre un poco pusilánime, sin valor a enfrentarse a ciertas situaciones. Pero el odio por Pat era más fuerte que mis fobias. Lo haría. En ése preciso momento, lo tuve claro.

—Pues tenemos un trato —dijo Rufus—. Te voy a explicar qué es lo que tienes que hacer. Quiero que me escuches atentamente. Al ser una persona de la comunidad con más control policial, hay, como te he dicho, que extremar las precauciones e hilvanar un plan que no deje la más mínima sospecha. La policía tiene que tener claro desde el principio quién es el asesino. Te digo esto porque los cuerpos de seguridad ya tienen conocimiento de este tipo de actuaciones, lo que les confiere mayor peligrosidad.

—¿Me estás diciendo que saben que manipuláis la mente de las personas para que confiesen un crimen? —pregunté, desorientado.

—Sí, pero no te preocupes. Te explicaré el plan y, si lo cumples al detalle, no tendrás problema.

A pesar de la seguridad con la que conversaba Rufus, no me agradaba el hecho de que la policía supiera que se cometían ese tipo de delitos. Seguro que investigaban con mayor dedicación y el menor error podría conducirme al borrado de mi propia vida.

—Lo primero que tienes que hacer es inventarte cualquier excusa para poder quedar con él. Tú lo conoces mejor. Seguro que se te ocurre algo. Si ves que no lo consigues, contacta conmigo y pensaremos algo. Solucionado ése tema, cuando estés en su casa, le matarás como te plazca. Utiliza el arma que desees, pero que no sea de fuego. Los disparos podrían alertar a algún vecino y declarar la hora en la que ocurrieron.

—De acuerdo. Pero, ¿y si me ven entrar?

—Cometerás el crimen y saldrás como si no hubiera pasado nada. Ah, se me olvidaba. Hazlo mejor por la noche, es más seguro. Antes de irte de la casa de la víctima, coge algo de mucho valor que tenga en ella. Aparentaremos que es un robo. Dejarás por la casa tejidos, sangre, pelos y alguna otra prueba que te facilitaremos, procedente del cuerpo y vestimenta del indigente al cual haremos culpable.

—Pero, en la comunidad no hay indigentes. Además no existen registros de huellas, ni de ADN. Es ilegal. Coartan nuestra libertad.

— Si tienen un sospechoso, hacen las pruebas en el momento y las comparan. Con respecto al tío, traeremos a uno de otra comunidad. Cogemos a un chapero de esos que prestan servicios sexuales a ricachones gays. Hay mucho de eso en tu comunidad. Le daremos dinero para que compre un visado de un día para poder entrar. Le diremos que un hombre, la víctima, quiere disfrutar de sus servicios. Cuando tú te vayas, el chapero llegará en taxi a la casa, así ya tendremos, por si se necesita, un testigo: el taxista. Con todo esto, es más que suficiente para culpabilizarle, además de su confesión que hará después de implantarle el recuerdo. Con todas estas pruebas, no hay tribunal que no decida en su contra.

—Vaya, parece un buen plan.

—Lo es. No tienes que preocuparte de nada, sólo de disfrutar con tu parte. Cuando hayas concertado el encuentro con la víctima, nos llamas y te daremos todo lo necesario para el trabajo.

—De acuerdo —asentí, ya más tranquilo.

Nos dimos la mano y me fui por el mismo sitio por el que había entrado. John me ayudó a salir por la camuflada trampilla de aquel derruido edificio. Llamé a un taxi para volver a casa. Estaba convencido de lo que iba a hacer, e

incluso emocionado. Tenía ganas de que llegara el día.

12. Leo Sean Anderson

La tormenta se agravaba. El mar embravecido zarandeaba mi barca y a mí con ella. Las oscuras nubes permeaban el cielo, escupiendo lluvia incesantemente. No podía ver más allá de mis propias narices. Sin embargo, no estaba atemorizado. Sentado, me agarraba con fuerza a la madera intentando evitar ser expulsado hacia el inmenso océano. No sabía qué hacía allí, ni siquiera adónde iba. Las olas arremetían contra el casco, golpeándolo con furia. No tardaría mucho en zozobrar. Pero no me importaba. Todo, absolutamente todo, me daba igual.

A duras penas conseguía abrir los ojos. Ríos de agua surcaban mi rostro y empapaban mis pestañas, haciéndolas increíblemente pesadas. Tenía la sensación de que algo me obligaba a cerrar los ojos y no abrirlos nunca más. Quizás debía tumbarme y dejar que el temporal hiciera su trabajo.

Percibí en el horizonte que una enorme mancha negra se acercaba a gran velocidad. La lluvia me dificultaba distinguir de qué se trataba. Se acercaba cada vez más rápido, amenazante. De repente, en un instante, una enorme ola cubrió la barca, hundiéndome en las profundidades. Era zarandeado en todas direcciones, tragando ingentes cantidades de agua. Pero seguía sin tener miedo. Cuando la vida se me iba, cuando iba a expirar mi último aliento, oí una voz. Alguien me llamaba. Leo, Leo...

—Leo, despierta.

Abrí los ojos, tosiendo. Daba la sensación de que necesitaba escupir el agua tragado en el sueño. La tranquilidad que tenía inmerso en él, se desvaneció al levantar los párpados. Esa sensación punzante en el pecho no desaparecía. Una inmensa tristeza volvía a apoderarse de mí. Quería volver al sueño. Perderme en él y no volver jamás.

—Son las cuatro. Vas a llegar tarde al trabajo —apuntó Raquel, saliendo de la habitación.

Froté los ojos con las palmas de las manos, pensando como contárselo a Raquel. Tendría que ser lo más delicado posible, conociendo la respuesta de mi bella esposa ante estas situaciones. El ofrecimiento de Logan me otorgaba una carta bajo la manga que serviría para tranquilizarla.

Fui hasta la pequeña cocina de nuestro apartamento. Mi pequeño estaba en la mesa haciendo los deberes mientras Raquel preparaba algo de cena en la vitrocerámica de dos fogones.

—¿Qué tal, campeón? —saludé a Brian, moviéndole el pelo con la palma de la mano.

—Bien —respondió lacónico, como siempre.

No teníamos demasiada afinidad. Solía responderme con monosílabos y raramente me miraba a los ojos. Parecíamos dos extraños conviviendo en la misma casa.

No le culpaba. Mi trabajo apenas me dejaba tiempo libre para compartirlo con él. A medida que pasaba el tiempo y se hacía mayor, nos sentíamos más alejados. Un niño no entendía muchas veces los sacrificios de los padres para poder sobrevivir en ese mundo tan amoral. Sólo deseaban el calor, la ternura que se debía suponer a unos progenitores. Cualquier disculpa, por muy razonable que fuera, ellos la daban por injustificada.

—Brian, vete al salón a hacer los deberes, por favor. Tengo que hablar con mama —le susurré.

Se levantó sin decirme nada. Recogió sus libros y lapiceros y se fue, obediente. Nunca me discutía nada. Parecía que me tenía miedo en vez de respeto.

Me acerqué a Raquel, cogiéndola por su cintura. Estaba friendo unas patatas. La besé en la mejilla. Sonrió fugazmente. Joder, qué duro era esto.

—Cariño, me han despedido del trabajo —solté sin ambages.

—¿Qué? —exclamó seria, girándose—¿Cómo que te han despedido? Madre mía, qué va a ser de nosotros ahora.

Raquel echó las manos a la cabeza, deambulando por la cocina, excitada. Maldecía sin cesar, augurándonos un próximo infierno.

Esperé impasible a que se calmara un poco. Era una persona con una primera reacción muy visceral, pero bastante sensata.

—¿Por qué te han despedido? —me preguntó, con mirada luctuosa. Estaba a punto de llorar.

Relaté pormenorizadamente todo lo sucedido aquel infortunado día. Raquel escuchaba en silencio, sin inmutarse. No le importaba en absoluto lo que le estaba contando. Sabía que su cabeza sólo elucubraba los problemas que el destino nos podía traer.

Cuando terminé, un silencio sepulcral se instaló en el ambiente. Fue un instante, pero a mí me pareció una eternidad. Prefería desgañitarme discutiendo que soportar la incomodidad de esos terribles silencios.

—¿Por qué tuviste que ir a ver al encargado? —preguntó finalmente Raquel.

—Hice lo que debía.

—¡Tu deber es pensar en tu familia! —gritó Raquel, cabreándome.

—¿Y qué querías que hiciera? Un chico ha muerto por culpa de un hijo de puta que no hace lo que tiene que hacer —grité.

Estábamos discutiendo a voces. No recordaba la última vez que lo habíamos hecho, pero estaba seguro que se debía a algo parecido. Cuando la pobreza entra por la puerta, el amor salta por la ventana. Era inevitable. Quería calmarme, pero no podía creer que Raquel me reprochara mi respuesta ante lo que había sido un asesinato en toda regla.

—Un muerto es un muerto, ya no podías hacer nada por él. Joder, Leo. Tienes una familia. Un hijo con necesidades y todas ellas cuestan dinero. Joder, Joder. Cómo pagaremos las tarjetas ciudadanas, el colegio, la renta... —Raquel se detuvo, suspirando—. Maldito seas —concluyó llorando y saliendo de la cocina.

Me dolió en el alma que me maldijera. No le quitaba razón en su argumento de que un muerto era un muerto, pero debía entender mi vehemencia ante esas situaciones, máxime cuando ella era igual. Además, cualquier otro día el que sufriera el accidente podía ser yo y no debíamos permitir que todo siguiera igual.

Aún no entendía qué había hecho mal, pero no había vuelta atrás. Esperé en la cocina un par de minutos antes de dirigirme de nuevo a ella.

Raquel estaba en el salón con Brian. Le ayudaba en sus tareas mientras le acariciaba el pelo con ternura y le besaba constantemente en la mejilla. Tenía un enorme gesto de preocupación. La entendía perfectamente, pero esperaba que hubiera sido un poco más comprensiva.

—Logan, el líder del movimiento en nuestra zona me ha ofrecido trabajar para ellos, pagándome —dije desde la puerta—. Me reuniré con él mañana, para que me explique en qué consiste todo.

—Trabajar para el movimiento —asintió Raquel con sonrisa irónica, sin mirarme—. Ya era lo que te faltaba.

—¿Por qué dices eso? Hace tiempo que colaboro con ellos. Ahora le dedicaré más tiempo, sí, pero me pagaran. Logan me ha dicho que ganaría más dinero que trabajando en el muelle.

—Ya sabes lo que pienso sobre la amapola y tu implicación en ella.

A Raquel no le gustaba que estuviera dentro del grupo. No confiaba en ellos y dudaba de sus formas de actuación. Los comparaba con los hackers y lo único que querían, decía, era cambiar el poder de estos por el de ellos.

Siempre me había reprochado mi incondicional apoyo y mi pequeña aportación, pero, como veía que no lo dejaba, con el tiempo llegó a respetar mi decisión, evitando así infructuosas discusiones.

—Pero, ¿qué es lo que pasa? —dije enojado—. Me culpas por hacer lo correcto en los muelles, diciendo que mi interés está por encima de todo y ahora te enfadas cuando te digo que voy a ganar más dinero trabajando para el movimiento. Sabes, no hay quién cojones te entienda.

Raquel se levantó, dirigiéndose hacia la puerta que yo bloqueaba. Seguía con esa cara de pocos amigos. Yo que pensaba que con el ofrecimiento de Logan podía solucionar las cosas y el resultado había sido todo lo contrario.

—Haz lo que te dé la gana —me soltó a la cara.

La dejé salir. No tenía más ganas de discutir. Miré para Brian que mantenía su mirada fija en los libros. Qué niño más raro. En ese preciso momento me sentí totalmente desubicado. Intuía que no pertenecía a ese hogar. No me encontraba a gusto. Era algo inefable.

Me largué de casa ante la incompreensión de mis seres queridos. No solía beber, pero tenía ganas de pillarme una gran borrachera.

Un molesto y punzante dolor de cabeza me acompañaba esa mañana. No había bebido en exceso el día anterior, pero la falta de costumbre me produjo una buena resaca. Diluí un analgésico en un vaso con agua y lo bebí. Iba a ser mi único desayuno. Era incapaz de ingerir ninguna sustancia, aún menos sólida. Al dolor de cabeza se le unía un enorme hinchazón de estómago y un malestar general que no compensaba los agradables efectos que el alcohol producía. Nunca más.

Raquel y Brian seguían durmiendo. Me había levantado temprano ya que mi cita con Logan era a primera hora de la mañana. Tuve la tentación de darle un beso en la mejilla a mi esposa antes de irme, pero finalmente decidí que no era el momento adecuado. No habíamos intercambiado ninguna palabra desde la discusión. Cierto era que sólo coincidimos durante la noche, después de mi salida visitando varios bares de la zona, pero noté como Raquel me evitaba. Cuando llegué a casa, ella estaba recogiendo su plato de cena. Ni siquiera me miró. Yo deseaba hablar con ella, pero su rostro, serio e impenetrable, me decía que debía mantenerme distante.

No había descansado adecuadamente durante la noche. El alcohol me excitaba y no me permitía conciliar el sueño como era debido. Pude meditar, insomne, sobre el porqué de esa reacción por parte de Raquel. No tenía

demasiado sentido, sin embargo, pensando sobre el estado de nuestra relación en los últimos tiempos, su reacción quizás no era tan descabellada como pensaba en un principio. No cabía duda de que estábamos distantes. Llevábamos mucho tiempo sin intimar y apenas salíamos de casa juntos. La última vez durante uno de los siete días de vacaciones que me daban en el trabajo. Fuimos a cenar, pero apenas entablamos conversación alguna. Nos encontrábamos sometidos por la inevitable rutina que siempre se acaba instalando en todas las parejas. Y yo, lo sabía. Esa sensación en el pecho reflejaba esa misma rutina. El cansancio por vivir siempre lo mismo, como si de un bucle vital se tratara.

Salí de casa, cerrando la puerta con llave. Hacía un frío espantoso. Inspiré profundamente para relajarme. Mi innata responsabilidad me empujaba a buscar una solución con mi esposa y seguir manteniendo unida a la familia. Pero por otra parte, cada vez me importaba menos. Estaba harto de ser siempre yo el que daba el brazo a torcer. El único que reconocía sus errores. Era desmoralizante.

El autobús me dejó en la misma calle donde estaba ubicado el café en el cual íbamos a vernos Logan y yo. Era una zona de la comunidad que aún resistía contra el desamparo. Las calles estaban aceptablemente limpias y cuidadas y los edificios aún se mantenían en pie. Se percibía vida en el ambiente.

Logan me esperaba sentado en una de las mesas tomando un café mientras hojeaba un periódico. El resto del establecimiento estaba vacío. Sólo nosotros y un joven empleado que sacaba brillo a varias tazas con un raído trapo.

Logan alzó la mirada al oír la campanilla que advertía de la entrada de alguien en el local. Me echó una sonrisa y se incorporó para saludarme.

—Me alegro de que hayas venido —dijo, tendiéndome la mano.

—No tenía otra cosa más importante que hacer —respondí, estrechándole la mía.

—Siéntate, por favor —hice lo propio—. ¿Quieres tomar algo? Te advierto que el café es asqueroso —sonrió—, pero hasta que no tomo uno, no soy persona.

—No tengo ganas de tomar nada. ¿Y por qué quedamos en este local? ¿No conoces ninguno en el que el café sea bueno? Además no hay nadie —eché un vistazo a mi alrededor.

—Precisamente por eso te he citado en este lugar. No tienen mucha gente,

así podemos evitar miradas y escuchas indiscretas. Si te digo la verdad, no sé de qué cojones vive este establecimiento.

El barbilampiño seguía sacando lustre al menaje con una parsimonia digna de mención. Ni siquiera había amagado con preguntarme si deseaba tomar algo. Con esa atención no me extrañaba la falta de clientela. Tampoco le culpaba. Seguro que cobraba una mierda por pasarse allí metido el día entero. Era la desmotivación típica que todos habíamos padecido en alguna ocasión.

—En fin Leo, vamos al grano. Tengo un poco de prisa —continuó Logan echando un vistazo a su reloj de pulsera—. Y tampoco deseo entretenerte demasiado. ¿Cuánto tiempo llevas en el movimiento?

—Unos diez años. No recuerdo la fecha exacta —encogí los hombros.

—No te preocupes. Es un tiempo lo suficientemente dilatado como para no acordarse con exactitud de tu incorporación —encendió un cigarrillo, ofreciéndome otro a mí, pero rehusé amablemente—. Como sabrás, estamos perdiendo bastante gente. En unos casos debido a las detenciones y juicios rápidos, algo que estamos intentando subsanar como ya te había comentado. En otros, simplemente la gente lo deja, por cansancio o para dedicarse a sus compromisos laborales y familiares. Ante esta situación, estamos ofreciendo a la gente que lleva varios años comprometidos pero sin excesiva incidencia, como es tu caso, que den un paso adelante. ¿Qué opinas?

—Estoy dispuesto a escuchar que me expliques a qué te refieres con lo de un paso adelante.

—Es sencillo. Sería que te involucraras más en nuestros asuntos. Trabajo de campo, consecución de simpatizantes, organización de manifestaciones. Ya sabes, un poco más de dedicación —sonrió, exhalando una bocanada de humo—. Y como te dije, te pagaríamos en función del tiempo dedicado.

Tenía un ligero conocimiento de a qué se refería Logan. Sería una dedicación absoluta a los asuntos de la amapola, asuntos que, por lo que había oído e intuido, también tenían su lado oscuro. Además estaba Raquel, con su visceral oposición a mi pertenencia al movimiento. Sin embargo, mi nueva situación como desempleado no me dejaba demasiadas opciones.

—¿Y cuánto me pagarías, sino es indiscreción?

—En absoluto. Si te comprometes a tiempo completo, es decir, que estés dispuesto en cualquier momento, serían unos tres mil al mes.

¡Joder! Eran mil más de los que cobraba como estibador. No tenía ni idea de dónde sacaban los recursos, pero era mejor no saberlo.

—Es una buena pasta, sin duda —asentí.

—Además —continuó Logan—, por cada trabajo especial como el que te voy a ofrecer, recibirías un plus que rondaría los mil.

Estaba flipando. Esa cantidad de dinero me daría una seguridad que nunca había tenido. Podría incluso pagarme un seguro por desempleo.

—Pues entonces, soy tu hombre —sonreí, estrechándole la mano.

—Cojonudo. Entonces haremos una cosa. Estate en esta dirección mañana a las cinco de la madrugada —me pasó una hoja de papel con la dirección escrita—. Ya sé que es una hora muy intempestiva, pero es mejor así. Te lo explicaré todo allí.

—¿Me puedes explicar algo del asunto?

—Nada de otro mundo. Irás con Li al sur. Necesitamos conseguir más adeptos y ese es el lugar idóneo —sonrió, irónicamente—. Bueno me tengo que ir. Te veo mañana —concluyó, incorporándose y tocándose el hombro al irse.

Al sur. A la comunidad abandonada por la sociedad. Nunca había estado allí, pero me habían comentado que era un lugar horrible. La carencia de todo hacía que sus ciudadanos estuvieran sumidos en la más absoluta miseria. No me gustaba mucho el asunto, pero no tenía otra opción.

13. Ray Carmichael

Apuraba mi quinto whisky doble de la mañana antes de pedir una nueva botella. Ya comenzaba a notar los efectos del alcohol a pesar de que solía ingerir tres botellas de esa maravillosa bebida sin inmutarme. La falta de sueño y la temprana hora de la mañana en la que me encontraba, acrecentaba sus efectos embriagadores. No era el único que ahogaba mis penas intentando emborracharme. En el local ya había otras cuatro personas bebiendo sin cesar, todas en peor estado que yo. Uno de ellos, sentado cerca de mí, en un taburete al lado de la barra, estaba con la cabeza apoyada sobre sus brazos, totalmente ebrio. Observaba la escena con gran resignación. No conocía a esas personas que se iban matando poco a poco, deteriorando de manera irremediable su salud en cada trago. Sólo sabía que éramos muy parecidos. No teníamos la más mínima intención de relacionarnos con los demás. Nuestro único propósito era beber para olvidar los infructuosos avatares de nuestras vidas. Aceptar nuestro lugar en el mundo y entender, que por mucho que pusiéramos de nuestra parte, el azar siempre estaría en nuestra contra. Sin embargo, una virtud nos unía. Preferíamos sufrir y mantener nuestros dolorosos recuerdos, a que nos borrarán el preciado valor de nuestra historia. Al menos, voluntariamente.

La pasada noche había sido muy dura. Deambulé por las calles más abandonadas de la comunidad, meditando sobre la conversación con Peter y la escena del niño pintada en el lienzo que poseía aquel extraño anciano. Me hicieron recordar la injusticia presente en ese maldito planeta pero, sobre todo, a mi hijo. Me preguntaba si estaría bien o si pasaría algún tipo de necesidad. Creía haberme endurecido con el paso de los años, aprendiendo a convivir con los golpes del destino, pero cuando algo me recordaba mi antigua vida, el efecto era devastador.

Recordaba la carita de mi pequeño y no quería hacerlo. El sufrimiento era insoportable. Me flagelaba por haber seguido las normas de una sociedad inhumana que sólo perseguía una artificiosa felicidad. Por culpa de ello, no poseía ninguna fotografía de él, ni siquiera un pequeño lienzo como los que pintaba el abuelo de Lía. Poco a poco su imagen se desvanecía de mis recuerdos. Ahora tendría nueve años. ¿Dónde estaba? ¿Será feliz? Me entraron unas ganas enormes de llorar, así que llené el vaso hasta arriba de whisky y lo bebí de un trago. Debía ahogar mis miedos antes de que ellos lo

hicieran conmigo.

Se abrió la puerta del bar, dejando entrar el gélido aire del exterior, espabilándome. Miré de soslayo, sólo por curiosidad. Entorné los ojos para cerciorarme de que era quién me parecía en el primer golpe de vista. Sí, no había duda. Era Lía. ¿Qué hacía una joven como ella en un bar a esas horas de la mañana?

—Ray, por fin te encuentro.

—¿Qué haces aquí? Este no es lugar para una mujer como tú. Vete. Ya te llamaré.

—Te he estado buscando. Al ver que no estabas en tú despacho, pensé que te había ocurrido algo grave. Menos mal que no ha sido así.

—Y qué más te daría. Apenas me conoces cómo para tener ese sentimiento.

—Me caes bien y creo que eres una persona auténtica, algo que no se ve con facilidad —hubo una pausa. Estaba ligeramente emocionado por las palabras de Lía—. No deberías beber tanto y, sobre todo, a estas horas.

Vaya, era lo que me faltaba. Que una adolescente prácticamente desconocida me sermoneara y me dijera lo que tenía que hacer con mi vida. Daba la sensación de que había transformado la timidez de nuestro primer encuentro en un gran descaro.

—Siéntate, Lía. Bebe un trago conmigo.

—No, Ray. No suelo beber y menos a estas horas. No sé cómo hay gente que puede ni siquiera olerlo tan temprano y no vomitar.

—Insisto, por favor. Hace mucho tiempo que bebo solo y me gustaría tener algo de compañía. Te prometo que luego nos iremos.

Lía respiró profundamente, mirándome como la madre que consiente a su hijo una exigencia más.

—Está bien, Ray. Uno y nos vamos.

—Esa es mi chica.

Se sentó a mi lado, muy cerca, demasiado cerca. Olía muy bien y tenía un brillo especial en el rostro. Me encamaría con ella sin pensarlo. Debía olvidarme de esos lujuriosos pensamientos. La tensión sexual no era sana para el trabajo en común.

Pedí un vaso con dos piedras al camarero y lo llené hasta la mitad. Saqué el paquete de cigarrillos ofreciendo otro a Lía, que aceptó.

—¿Así que estabas preocupada por mi? —sonreí. El cigarrillo en sus carnosos labios pintados de rojo intenso me estaba obnubilando.

—Tenemos que hablar de trabajo. Quiero que...

—Espera, espera —interrumpí—. Nada de trabajo hasta que no salgamos por la puerta.

—De acuerdo, Ray —asintió Lía, dando un sorbo a la copa y cruzando sensualmente las piernas. Su comportamiento no tenía nada que ver con la chica que dos días antes había ido a pedirme trabajo. No sabría explicarlo, pero esta Lía era más madura y segura de sí misma. Sofisticada, diría yo—. Entonces, cuéntame tu historia.

—¿Mi historia? —pregunté, sorprendido.

—¿Por qué un tío inteligente como tú se mata diariamente bebiendo sin control? ¿Algún recuerdo doloroso?

Escruté los gestos de Lía. No solía confiar en nadie, pero ella me daba buenas vibraciones, sin contar con la ingesta de alcohol que siempre ayudaba en situaciones de esa índole.

—Está bien. Me confesaré contigo —exhalé una bocanada de humo—. Hace unos veinte años que soy detective. He vivido en la comunidad industrial desde que tengo uso de razón, hasta que las circunstancias me obligaron a largarme de allí. Aceptaba todo tipo de casos. Obviamente y como ya sabes, la mayoría sobre la manipulación mental. Pero también de homicidios, asesinatos, atracos, cualquier cosa para sobrevivir en este mundo de mierda. En unos de esos casos, conocí a la que sería mi esposa. Ella era dependiente en una pequeña tienda de ultramarinos. Unos adolescentes empujados por la necesidad, no eran el demonio, asaltaron la misma, hiriéndola de cierta gravedad. La policía de la comunidad se encargaba del caso, pero como ya sabrás, los medios de los que disponen, unido a la dejadez propia del cuerpo, hicieron que me contratara el dueño de la tienda para investigar el caso. Era un buen tipo que tenía un gran vínculo afectivo con Sara, mi mujer, y deseaba que los atracadores pagaran por lo que habían hecho. Como es lógico, tuve que hablar con Sara sobre el aspecto de los delincuentes y ayudarla a recordar detalles que pudieran facilitar la investigación. Era una mujer excepcional, además de una hermosura. Siempre sonreía, carácter que contrastaba con mi seriedad y que me hacía sentir muy bien. Nos enamoramos perdidamente y, a los pocos días, nos fuimos a vivir juntos. Seis meses después se quedó embarazada. Tuvimos un niño maravilloso y seguimos con nuestras vidas, felices —apagué el cigarrillo en el cenicero y le di otro trago a la copa. Lía escuchaba con gran atención el relato de mi vida, acompañándome con la bebida—. El año en que nuestro

hijo cumplía cuatro años, me hirieron dos veces en menos de seis meses, la segunda vez de gravedad. Sara se asustó mucho. Estuvo convenciéndome diariamente de que buscara otro trabajo. Ante mi negativa, me gustaba lo que hacía a pesar del peligro que conllevaba, se volvió histérica hasta el punto de amenazarme con abandonarme. Era un chantaje, sí, y despreciaba esa manera de actuar, pero entendía porque lo hacía. Así que decidí buscar otro tipo de empleo. Cuando iba a empezar de peón en una empresa del metal de la zona, nuestro querido hijo desapareció. Sara fue a buscarlo al colegio y no estaba. Dedicué los siguientes seis meses de mi vida a buscar a mi pequeño, sin encontrar la más mínima pista de su paradero. Sara estaba desesperada. Comenzó a beber mucho y lo mezclaba con todo tipo de ansiolíticos y drogas. Yo hablaba con ella, pero no conseguía sacarla del pozo, que cada vez era más hondo. Dejó su trabajo y junto a mi falta de ingresos por dedicarme a buscar a nuestro hijo, la situación se hizo insostenible —se me humedecían los ojos recordando aquella luctuosa parte de mi vida.

—No sigas si no quieres —me dijo Lía, compadeciéndose de mí.

—No te preocupes. Me está viniendo muy bien contarle en voz alta —di otro trago al whisky antes de continuar—. Las discusiones eran continuas. Sara me culpaba de lo sucedido y me miraba con el máximo responsable de lo ocurrido. Sus lacerantes miradas me dañaban. Era un dolor insoportable —hice una pausa, tragando saliva—. Un día llegué a casa y Sara no estaba. Me temí lo peor. La busqué todo el día, preguntando a los vecinos si la habían visto. Acudí a su antiguo trabajo y su antiguo jefe no sabía nada de ella. Sin embargo, cuando volvía a casa, agotado física pero sobre todo, psicológicamente, la vi. La llamé, sin obtener respuesta. Corrí a su posición y la cogí por un brazo. La llamé de nuevo por su nombre, pero su mirada la delató. No me conocía. Me dijo que ella no se llamaba así y que la dejara porque sino gritaría. No había nada que hacer. Lo había hecho. Me borró de su vida —cogí la botella de whisky y llené los vasos hasta arriba, bebiendo el mío de un solo trago, volviendo a llenarlo —Y esa es la historia de mi vida. ¿Qué por qué bebo me preguntabas? O esto —dije levantando el vaso—, o lo que hizo ella.

—Lo siento mucho —dijo Lía, tocándome la mano.

—No te preocupes. No somos pocos lo que sufrimos con tal de preservar los buenos recuerdos.

—¿Qué te hizo venir hasta aquí?

—Veía a Sara todos los días y no lo soportaba. Volví a verla sonreír y me

hacía añorar los buenos tiempos, algo que me estaba quemando por dentro. Parecía feliz y me alegraba por ello, pero sabía que a ella no le gustaría ser consciente de esa falsa felicidad. Me fui de allí para no verla más.

—Entiendo —asintió Lía.

Terminamos la botella de whisky en silencio. No era ese tipo de silencios incómodos en los cuáles estás con una persona prácticamente desconocida y no sabes qué decir. Cierto era que Lía y yo acabábamos de conocernos, pero de forma inexplicable poseíamos un vínculo especial. Nos entendíamos sin conversar. No necesitábamos decir estupideces ni comenzar a hablar sobre cualquier tema banal para sentirnos a gusto.

Mirábamos a nuestro alrededor sin cruzarnos las miradas, apurando las últimas gotas de whisky. Escrutábamos los rostros de los miserables que se esparcían por las mesas del bar en diferentes estados de embriaguez. Sabía que Lía, al igual que yo, se sentía unida a ellos, a sus desgracias. Compartíamos su dolor. Nosotros también éramos víctimas directas del manipulado mundo en el que vivíamos. Libertad, decían. Qué libertad.

—Quiero que conozcas a unos amigos —dijo Lía rompiendo el silencio después de vaciar el vaso.

—¿Amigos? No tengo tiempo para conocer a nadie.

—Te van a proporcionar un trabajo —aseveró Lía, llamando mi atención.

—¿Qué clase de trabajo?

—Ven conmigo y lo sabrás.

—Hay que pagar esto.

—¿No tienes dinero?

—Ni un centavo, pero necesitaba beber. No te preocupes, nos largamos corriendo.

Lía sacó un billete de veinte mientras negaba con la cabeza y lo dejó sobre la barra, sorprendiéndome. Algo gordo me ocultaba esa excitante mujer

También terminé el vaso. Al bajarme del taburete tuve que agarrarme a Lía para no caerme. Fue el vahído normal producido por estar tanto tiempo sentado, nada de qué preocuparse. Razonaba perfectamente y podía mantener la verticalidad sin ningún problema.

Al salir del antro, la luz del exterior me obligó a entornar los ojos. Ese potente fulgor contrastaba con la penumbra existente en el interior. No tenía ni la más mínima idea de dónde me encontraba.

—Venga, vamos —dijo Lía—. Tenemos un buen paseo por delante.

—Espera. Yo necesito pegarme una ducha. No puedo ir en estas

condiciones.

—¡Joder, Ray! Tampoco estás tan mal. Además, nos están esperando.

—Avísales. No tardo nada —dije, mirando a mi alrededor totalmente desorientado—. Lo único es que vas a tener que acompañarme por qué no tengo ni idea de dónde cojones estoy.

Lía asintió, sonriendo irónicamente. Sacó su teléfono móvil y habló con alguien para advertirle de que íbamos a llegar más tarde. Parecía un trabajo importante. Aún no le había preguntado a Lía de qué se trataba. Pensaría que era un consumado irresponsable. Pero la verdad era que sí me interesaba, sin embargo me interesaba aún más ella. No podía dejar de mirarla. Sus seductores movimientos me ponían como una moto. No recordaba que nunca nadie me hubiera atraído físicamente como lo hacía ella. Ni siquiera Sara. Por desgracia intuía que la atracción no era recíproca, así que me quedaría con las ganas.

Llegamos a mi cochambrosa oficina después de una buena caminata. No sabía que me hubiera desorientado tanto como para alejarme a tanta distancia de mi residencia. Debía aprenderme de una vez las calles de la zona sino quería quedarme un día durmiendo a la intemperie.

—Espera aquí. Tardo un segundo —le dije a Lía.

—Yo también necesitaba una ducha. En casa nos han cortado el agua por impago. ¡Malditos hijos de puta!

—Sin problema. Pasa tu primero, por favor.

Obvié el comentario sobre el impago. Acababa de ver a Lía gastándose una pasta en una botella de whisky sin inmutarse. Nada me cuadraba.

—Para qué vamos a gastar el doble de agua —dijo Lía, mientras comenzaba a quitarse la ropa—. Lo veo una tontería pudiendo ducharnos juntos.

Babeaba de la impresión. Paralizado, no perdía detalle de cómo Lía se desprendía de toda su ropa. Estaba tan empalmado que hasta me dolía. Estupefacto, me sorprendió su cuerpo desnudo, no sólo por su atractivo, sino por sus tatuajes, uno en cada hombro, que ya había visto, y otro justo por encima de sus turgentes pechos.

—¿Piensas ducharte vestido, Ray?

Me desnudé raudo y nos metimos en la cutre mampara de la que disponía la oficina. Lía comenzó a chupármela dándome tanto placer que si no llego a apartarme, me hubiese corrido en su boca. Deseaba que lo hiciera ella antes.

Empecé a mordisquearle los pezones, pasándole la lengua por todo su cuerpo hasta llegar a su entrepierna. Le lamí el clítoris, hasta detectar por sus gemidos que estaba en éxtasis. Me dispuse a meterle la polla cuando me detuvo, girándose. Se apoyó con las manos en la mampara, inclinándose levemente. También tenía la espalda llena de tatuajes, pero no distinguía de qué eran debido al vaho producido por el agua caliente y lo excitado que estaba. Se la metí por detrás, agarrándola por sus caderas con fuerza. No se quejaba. Intenté pensar en otra cosa, ante el riesgo de correrme antes que ella. Sus gemidos de placer me orientaban. Aguanté a duras penas, embistiéndola con fuerza, hasta que se corrió, haciendo yo lo propio dos segundos después. Tremendo polvo.

Permanecimos en silencio, lavándonos. Cogí el bote de gel de baño que tenía en una de las esquinas al lado del plato de ducha y eché un poco sobre una raída esponja que había adquirido el día que me mudé a esa oficina-vivienda. Enjaboné el escultural cuerpo de Lía. Deslicé la esponja con delicadeza por sus hermosos pechos mientras nos echábamos fugaces y cómplices miradas, sonriendo. Ella se giró, siguiendo yo con mi sensual masaje por su espalda y precioso culo. Entorné los ojos para distinguir los tatuajes. Tenía una enorme en el centro de la espalda. Abrí ligeramente la puerta de la mampara para dejar escapar algo de vapor que me permitiera ver los tatuajes con mayor claridad. Mientras la visibilidad se iba aclarando, seguí pasando la esponja por todo el cuerpo de esa preciosidad. Me estaba comenzando a excitar de nuevo.

Quedé boquiabierto. El enorme tatuaje de la espalda era una amapola de color rojo, el símbolo del grupo homónimo. Nunca pensé que Lía tuviera algún tipo de relación con él, pero meditándolo y viendo como era su carácter y encajando las piezas sobre su forma de actuar, todo comenzaba a tener una explicación. También tenía tatuado justo dónde la espalda pierde su pulcro nombre una frase que nunca había oído ni, por supuesto, leído: “Quien desconoce su historia está condenado a repetirla”.

Una gran frase, sin duda, que resume a la perfección esa intuición que yo, como muchos otros, tenemos sobre el mundo en el que vivimos. Tengo la sensación de que a lo largo de los años todo sigue igual. Nada cambia. Es extraño de explicar, pero que parece muy real.

Lía se giró, sonriéndome. Los tatuajes de los hombros y el que tenía encima de los pechos, eran los rostros de tres personas. Pude reconocer a su madre y a su abuelo, uno en cada hombro. Supuse que el otro correspondía a

su hermano. Era una forma de recordarlos para siempre.

Me arrebató la esponja de mi mano y comenzó a masajearme como yo había hecho con ella. Me enjabonó el pecho bajando rápidamente hasta mi polla que estaba dura como una estaca. Soltó la esponja y comenzó a masturbarme. Sin pensarlo, cachondo como pocas veces había estado, la agarré por las piernas y la levanté en el aire. Introdujo mi polla en su coño y la embestí de nuevo con fuerza. Gemía de placer, al igual que yo. Otro orgasmo.

Nos secamos y vestimos en silencio manteniendo esas fugaces miradas de complicidad. Nos entendíamos sin hablarnos. Sabíamos que no había sido el típico encuentro sexual de dos personas que se atraen físicamente. Algo más rezumaba. Tarde o temprano deberíamos afrontar la realidad y hablar sobre ello.

—Tenemos que irnos —dijo Lía, rompiendo el excitante silencio.

Salimos de la oficina y caminamos varias manzanas hacia el sur de la comunidad. No tenía ni idea de adónde me guiaba Lía ni de qué trataba el misterioso trabajo que me había comentado. Caminábamos a buen ritmo, apartándonos de la zona, por decirlo de alguna manera, más civilizada de esa comunidad destinada al turismo. Cuanto más avanzamos, más decadente parecía todo, cada vez más abandonado. Escaso número de personas deambulaban por las calles de lamentable aspecto, custodiadas por edificios prácticamente derruidos. La concentración de la población en zonas cada vez más pequeñas era un hecho. Aislarse no era rentable, ya que era imposible asumir todos los gastos que conllevaba. La gente se agrupaba para sobrevivir en un mundo hostil y descorazonador.

—Ya hemos llegado —advirtió Lía.

Nos encontrábamos frente al esqueleto de lo que había sido un antiguo edificio de poca altura. Me preguntaba qué clase de trabajo iba a conseguir allí. Lía me tenía algo confuso.

Nos metimos dentro del solar lleno de escombros, acercándonos con cuidado a la pared del fondo que aún permanecía en pie. Las piedras, ladrillos y demás basura eran un auténtico peligro para los pies.

Lía se pegó a la pared, levantando la cabeza para mirar a la parte superior. Alzó la mano derecha como si estuviera saludando a alguien. Sorprendido me puse tras ella y miré hacia donde ella lo hacía. Pude distinguir el objetivo de una pequeña cámara de video incrustada entre los ladrillos de la pared.

—Sígueme —dijo Lía.

Fuimos hacia la esquina derecha del solar y, cuando estábamos llegando, pude oír el sonido de un resorte. En el suelo una trampilla de acero estaba ligeramente abierta. La levantamos entre los dos, dejando visible una escalera vertical que conducía a una especie de pasadizo. Bajamos por ella, yo primero por petición de Lía, cerrando ella la trampilla.

La seguí por el estrecho pasadizo hacia una puerta metálica situada a unos diez metros de distancia. Una gran amapola de color rojo estaba grabada en la misma. Al parecer Lía pertenecía al grupo de la amapola. Vaya, nunca lo hubiera imaginado. No es que tuviera nada en contra de dicho movimiento, pero no me inspiraba demasiada confianza. Todos estos años de lucha contra los hackers y su manipulación mental me habían llevado a relacionarme indirectamente con personas vinculadas a la amapola y, aunque podíamos compartir un mismo objetivo, los medios que a veces utilizaban no me parecían los adecuados. En multitud de ocasiones constaté como también usaban el chantaje y la violencia con personas inocentes para obtener algún tipo de beneficio, algo que no compaginaba con mi manera de actuar. No era que estuviera en contra de estos métodos, ya que yo mismo lo hacía, pero sólo con la gentuza que se lo merecía.

La puerta se abrió y un joven de pequeña altura y de tez oscura apareció tras ella.

—Lía, has tardado —dijo el joven.

—Perdona, es que me ha costado convencerle —dijo Lía, sonriéndome.

—Pasar y hablemos del asunto.

Entramos en una pequeña estancia que disponía de una mesa y una silla como único mobiliario. Todas las paredes estaban pintadas de rojo intenso, el color de la amapola. En la pared del fondo una gran puerta blindada algo ocultaba. Mi intuición de detective raramente me fallaba. Por razones como aquella, no me fiaba del movimiento.

—Dejar que os presente —dijo Lía—. José, Ray, Ray, José —. Nos dimos la mano sin mediar palabra alguna. El Joven, para su edad, parecía demasiado huraño. Mostraba una mueca de seriedad continua. Parecía bastante desagradable. —Ray es el detective del que te hablé —continuó Lía—. Tiene muchos años de experiencia y seguro que puede ayudarnos. Explícale de qué se trata.

—¿Aún no me has explicado a qué viene todo esto? —le pregunté a Lía—. Te presentaste en mi oficina buscando un trabajo, y resulta que perteneces al

mundo de la amapola —fruncí el ceño.

—No te enfades, por favor. Cierto es que te he mentado, pero tiene una explicación. Necesitamos una persona en quién confiar para el asunto que nos atañe. Por todo lo que he visto de ti estos dos días, creo que eres la persona adecuada. Ahora te lo explicará todo José —sonrió.

La verdad es que me había engañado, pero tenía sentido lo que decía. En este mundo corrupto no te puedes fiar de nadie. Es mejor a veces estudiar a la persona con la cual vas a tratar. De todas formas, no me fiaba del movimiento. Debía estar atento.

—Vamos con el asunto —comenzó José—. Uno de nuestros miembros más importantes ha sido asesinado hace unos meses y necesitamos que un buen detective investigue lo ocurrido.

—¿Unos meses? —pregunté, sorprendido.

—Sí. Encargamos el asunto a un par de detectives pero el resultado fue infructuoso. Descubrimos, después de un tiempo confiando en ellos, por qué no avanzaba la investigación. Los muy cabrones estaban untados por alguien, supongo que hackers, para que no se descubriera nada en absoluto.

—¿Y por qué confiáis ahora en mí?

—Queremos a una persona alejada de la zona del homicidio y comprometida en la lucha contra el cáncer de la manipulación mental que asola nuestro mundo. Por lo que me ha contado Lía, tú puedes ser esa persona.

El tal José reflejaba en sus gestos y mirada la apasionada rebeldía de la juventud que poco a poco se iba perdiendo fagocitada por el conservadurismo de la madurez. No me inspiraba demasiada confianza, pero aceptaría el trabajo. Primero, porque necesitaba el dinero y, sobre todo, porque quería permanecer al lado de Lía.

—Está bien, os ayudaré. Aunque tenéis que entender que será difícil después de tanto tiempo transcurrido desde el hecho.

—Estupendo —dijo José—. Entendemos la dificultad que entraña el tiempo transcurrido, pero no podemos dejarlo pasar.

—¿Quién era la víctima? —indagué.

—Se llamaba Pat... Vivía en una de las zonas más lujosas de la citi.

—¿En la citi? —pregunté, estupefacto.

¿Cómo un miembro de la amapola podía vivir en la citi? Y en una de las zonas más lujosas. Todo en ese mundo era muy oscuro, incluso dentro de movimientos que supuestamente luchaban para iluminarlo.

—Es una especie de protección, de disfraz. Al estar en una de las zonas más vigiladas de la isla, podíamos guardar en la casa donde vivía material muy importante que el movimiento debe preservar. Pat no debía revelar su verdadera identidad como miembro de la amapola y poder ser así el conservador del material que antes te comentaba. Por desgracia, algún fallo tuvo que haber para que fuera asesinado. Eso es lo que queremos averiguar. Pero lo primordial es entrar en la casa y rescatar ese valioso material antes de que sea demasiado tarde.

—¿Por qué no lo sacasteis antes con los detectives que habíais contratado?

—El juez precintó la mansión. Argumentó que, al ser encontrado el cuerpo en otra comunidad, no necesitábamos acceder a la casa. Los detectives, también le daban la razón al juez. Lo que creíamos, es que este canalla también estaba untado por alguien que no quería que se investigara el caso. Pedimos un cambio juez y, por suerte, nos lo concedieron. Hace un par de días que ha dado la orden de poder acceder a la casa, claro está, con un detective profesional.

—¿Cómo es que el cuerpo apareció en otra comunidad?

—En la industrial. Tirado en el suelo, justo delante del cobijo de nuestra facción en aquel lugar. El asesino sabía que pertenecía al grupo e intuimos que le seguía.

—¿Por qué?

—Pat salía a menudo de su comunidad para ir al escondrijo. Entendemos que el asesino lo siguió y lo asesinó, dejándole delante del mismo para que supiéramos que estábamos desprotegidos. Al ser así, nos vimos obligados a cambiar de lugar de reunión.

—¿Y cómo pagaba la víctima esa vida de lujo? —indagué por curiosidad.

—No creo que tenga mayor importancia ese tema —aseveró José, frunciendo el ceño—. Tú debes ceñirte a la investigación del asesinato, nada más.

Maldito gilipollas barbilampiño. Me daba exactamente lo mismo que no quisiera responderme. Sabía la respuesta. Sólo preguntaba para conocerle un poco más. Todo el mundo sabía que detrás de la financiación del grupo había personas y empresas que tenían sus propios intereses.

Miré para Lía, que rápidamente cambió su serio rictus, mostrando una sonrisa. Permanecía en silencio, sólo oyéndonos conversar. No me fiaba de José, pero lo que más me preocupaba, es que tampoco podía fiarme de Lía. Y eso era un problema, porque me estaba enamorando de ella.

—Lía te acompañará a la mansión —continuó José, rompiendo el incómodo silencio—. Ella conoce la dirección. Tendréis que acudir antes al juzgado para que os entreguen la orden que os permitirá entrar en la misma. Recaba todas las pistas que puedas para hallar al hijo de puta que asesinó a Pat y, sobre todo, no te olvides de coger el material. Sabes dónde está — concluyó dirigiéndose a Lía, que asintió levemente.

Se preocupaban en exceso de ese, por mi parte, ignorado material. Daba la sensación de que el asesinato de su compañero les importaba bastante poco. Cómo si la investigación fuera un medio para poder acceder a la casa. Y para eso me necesitaban. Sólo un detective con al menos dos años de profesión demostrables podía investigar en los lugares donde hubiera ocurrido un crimen o, como era el caso, donde se pudieran encontrar pistas que ayudaran a esclarecer el asunto. Nos permitían llevar un ayudante, sin necesidad de experiencia. En mi caso, sería Lía.

—No quiero ser poco elegante, pero deberíamos hablar del tema del dinero —comenté.

José abrió un pequeño cajón de la mesa y soltó un buen fajo de billetes encima de la misma amarrados con una goma. Eran de cien. Calculaba que habría unos diez mil. Una buena pasta sin duda alguna.

—¿Es suficiente esto para empezar? —dijo José con una mueca chulesca.

—Creo que sí.

—Cógelo. Si todo sale bien y das con el asesino, te pagaremos cinco veces esa cantidad, si no tienes inconveniente.

—Ninguno —afirmé con rotundidad.

—Pues entonces por mi parte está todo hablado. Permaneceremos en contacto continuo y, Lía, no te olvides de eso. Esperemos que ningún guardia urbano o policía de mierda haya husmeado por la mansión.

—No te preocupes —habló Lía por primera vez desde que estábamos allí—. En cuanto lo tenga, te llamaré y lo llevaré donde me digas.

Estreché la mano a José y salimos de la guarida. Seguía pensando en ese tufillo extraño que rodeaba al asunto. Tampoco debía preocuparme demasiado. Tenía dinero en el bolsillo y, después de las carencias de los últimos tiempos, era más que suficiente para alegrarme el día.

—Debemos alquilar un coche —comentó Lía—. Conozco una empresa a lado de playa grande, al norte de la comunidad. Llamaré a un taxi para que nos lleve hasta allí.

Obnubilado, miraba babeante para Lía mientras pedía el taxi por teléfono

móvil. El movimiento de sus sensuales labios, me excitaba de nuevo. Alquilaría la habitación de un hotel durante una semana y me encerraría con ella sin salir para nada. Nunca en mi vida había tenido semejante atracción por una mujer, y quizás era un problema. Debía quitarme de la cabeza algo más que no fuera simple sexo. Ella era mucho más joven que yo y pertenecíamos a mundos diferentes. Sin embargo, dudaba que fuera capaz de conseguirlo.

—El taxi estará aquí en cinco minutos.

—De acuerdo —sonreí—.

—¿Qué te ha parecido José?

—Es un joven muy impetuoso —dije, para no extenderme y no decirle a Lía que era un chulo.

—Parece un poco distante y vacilón, pero es un buen tío. Además está muy involucrado en el movimiento y ha escapado varias veces de policías y hackers.

—Bueno, me parece bien —dije, por decir algo. No tenía ganas de hablar de ese personaje.

—Deberíamos hablar de lo ocurrido en mi oficina —me lancé, después de un pequeño silencio.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Lía irónicamente mientras miraba si llegaba el taxi—. Somos dos adultos que, atraídos físicamente, echamos dos polvos. Nada más.

Puñalada. La respuesta me había dejado mudo. Al parecer Lía, y como yo ya intuía, no sentía nada especial por mí. Era una joven liberal que le gustaba pasárselo bien. No iba insistir en el tema. No quería mostrar debilidad frente a ella.

Permanecemos en silencio hasta que llegó el taxi. Nos subimos y Lía le dio la dirección del juzgado que nos facilitaría la orden de entrada en la mansión en la que había vivido el tal Pat. Nos quedaba un viaje de unas cuatro horas hasta la comunidad financiera y no tenía ni idea de que iba a hablar con ella. Era peligroso hablar de trabajo en un taxi, así que esperaba a que ella sacara algún tema de conversación. Si no, dormiría un rato. Estaba cansado y en esa situación no podía rendir demasiado.

14. David Cochrane

Llegué rugiendo con mi Stormbird a la entrada de la lujosa urbanización donde vivía mi próxima víctima. Dos grandes muros que comían por ambos lados la mitad de la carretera, daban la bienvenida a los visitantes con un gran letrero que unía a estos por su parte superior. Debajo, el nombre de la urbanización: La Finca. Conocida por dar residencia a la mayoría de hijos de puta ricachones de la isla.

Levanté el pie del pedal del acelerador, que había mantenido presionado a fondo casi todo el viaje que me condujo desde el puerto hasta allí. Disfrutaba como un enano de mi estancia en la comunidad. Estaba haciendo lo que me salía literalmente de los cojones y nadie me paraba los pies. Tanta seguridad y tanta mierda como decían que existía. Cualquier jovenzuelo imberbe podría cometer todo tipo de delitos y no lo cogerían nunca. Pringaos. Lo único que contrataban en los negocios como seguridad eran muebles musculosos sin ningún tipo de entrenamiento en el cuerpo a cuerpo. Y después estaba la policía, que no investigaba nada. Ven un Stormbird, coche bastante raro por allí, y por algún motivo desconocen que alguien se ha escapado con ese modelo de un restaurante de lujo después de darle una paliza a dos machacas. Era un paraíso, y no sólo por esto. Si llego a cometer los delitos que había hecho ese día en mi comunidad, seguramente alguien habría sacado una pistola y me habría pegado un tiro. Pero todo era educación y paz en la comunidad financiera. Cojonudo. La verdad es que no me esperaba que fuera así.

Sin embargo, debía andarme con ojo en La Finca. El nivel de seguridad, según había oído, era el mejor de toda la isla. Aunque comprobaría dicha fama, no fuera que pasara igual que el resto de la comunidad.

La oscuridad iba aumentando. La noche se acercaba y activaba el sensor de las farolas, que se encendían simultáneamente. En mi vida había visto tantas en tan poco espacio. Iluminaban cada puto rincón de la urbanización. El pavimento de la calzada parecía recién echado. Estaba perfecto. Cómo vivían los cabrones.

A mi izquierda me encontraba con enormes mansiones, a cada cual más grande. Todas con sus jardines, piscinas, estatuas y demás adornos de mierda, increíblemente iluminadas para que se vieran bien. Putos vacilones. No me importaría pasar una temporada en una de ellas, pero no me daban ninguna

envidia. Teniendo trabajo, mi vida era perfecta. Disfrutaba jodiendo a la gente en todos los términos de la palabra. Si fuera un ricachón como los que vivían allí, tendría que mantener las formas y la educación. Y eso no iba conmigo.

A la derecha de la calzada, el famoso Parque Central ocupaba hasta donde se perdía la vista. Aún quedaban personas de todas las edades paseando por los caminos que cruzaban de arriba abajo y de derecha a izquierda la zona verde. Qué gilipollez. Como se notaba que no tenían ninguna cosa mejor que hacer. Al fondo, en el lago, varios niños disfrutaban con sus padres de un paseo en barca.

Aquella imagen me trajo repentinamente el recuerdo de la zorra de mi madre. Me había llevado una vez de pequeño hasta allí para disfrutar de la naturaleza y los animales, según me había dicho. Pero la verdad fue que ella quería buscar algún cliente con dinero. Por suerte, encontró a un salido que pasó toda la noche con ella, dejándome sólo en el parque. Fue la última vez que la vi. Un guardia urbano me encontró y, al ser tan pequeño, me llevó a un orfanato de la comunidad hasta que cumplí los diez años, edad a la que me dejaron libre y comencé mi vida de delincuencia. Qué sería de ella. Pero pensándolo bien, me importaba una mierda. Supuse que la mataría algún cliente chungo, moriría de sobredosis o se tiraría de un puente la puta loca. Si le hubiera ocurrido algo de esto, se lo tenía bien merecido.

Dejé de pensar en esa hijaputa para centrarme en mi trabajo. Agudicé la vista para mirar los números de las casas. No había problema, gracias a la iluminación y al tamaño de los mismos. El tal Pat, que así se llamaba el personaje al que debía controlar, vivía en el número diecinueve de la urbanización. Me di cuenta de que los números iban disminuyendo. Me encontraba en ese momento a la altura del treinta. Había números pares e impares en la misma parte de la calzada. Seguro que era debido a que a mi izquierda sólo estaba el parque. No había viviendas. Era la primera vez que veía algo así.

Pisé un poco el acelerador para avanzar más rápido. Sumido en mis pensamientos desde que había entrado en la urbanización, no me había percatado de fijarme en la seguridad de la zona. Observé a la gente que paseaba. Una pareja de guardias urbanos patrullaba por el parque. Otra venía frente a mí caminando por la acera de la derecha. Y creía, sino me fallaba la vista, que en una de las embarcaciones del lago estaba pintada con los colores de la policía. Joder. Nunca había visto a tanto madero en tan poco espacio.

Debía andar con pies de plomo.

Pasé al lado de los pitufos que venían por la acera. Me di cuenta que miraban el coche, murmurando. Al dejarlos atrás, miré por el retrovisor. La pareja se giró, mientras seguía hablando entre dientes y mirando para el buga. Quedaos ahí, hijos de perra. Qué putada. Comenzaron a caminar en mi dirección. Tendría que pensar algo, porque seguro que me preguntarían qué coño hacía yo allí.

Llegué al número diecinueve. Por suerte, podía aparcar en línea a la derecha de la calzada. Di la vuelta al coche, dejándolo de cara a la salida de la urbanización, por si tenía que largarme cagando leches. Observé como la pareja de polis se acercaba cada vez más. Saqué la pipa y comprobé que tenía balas en el tambor. Nunca se sabía que podía ocurrir. Tenía que estar preparado para cualquier contratiempo.

Los picoletos aún estaban a una considerable distancia de mi posición. Debía pensar algo rápido. Miré para la casa de mi próxima víctima. La entrada era una verja negra que dejaba ver todo el interior. Menudo casoplón tenía el canalla. Todo el mundo criticaba la delincuencia que tipos como yo hacíamos, pero nadie honrado podría pagarse una casa como tenían todos los cabrones que vivían allí. La mayoría de ellos estaban relacionados de alguna u otra manera con el mundo de la manipulación, pero como tenían pasta, era bien vistos por la hipócrita sociedad en la que vivíamos.

El tal Pat, al parecer, era un tipo solitario, sin familia o amigos que se preocuparan por él, lo que le convertía en un objetivo deseable. Le podría secuestrar y sacarle todos los datos de sus cuentas para quedarme con su dinero. Al ser esa urbanización, la policía podría investigar un poco, pero al no haber nadie que se quedara con su patrimonio y pudiera pagar los gastos de la investigación, abandonaría rápidamente. En teoría era un chollo. La dificultad estaba en conseguir secuestrarle. Esa gente solía tener guardaespaldas, que se sumaban al teórico estricto control policial de la comunidad.

La pareja de maderos cada vez estaba más cerca. Se me ocurrió la idea de salir del coche y pasear por el parque junto con todos aquellos gilipollas. Bajé por un camino que tenía frente a mí hacía una zona llena de árboles y todavía con bastante gente. Me mezclé entre ellos, mientras observaba los movimientos de la guardia urbana. Como había intuido, se pararon al lado del Stormbird, dando vueltas alrededor de él y conversando. ¡Putas que los parió! Un instante después se pusieron a mirar para la zona donde yo me situaba.

Seguían hablando entre ellos y sabía que no se iban a largar. No me quedaba más remedio que subir hasta el coche y solucionar el tema por lo civil o por lo militar.

—¿Ocurre algo, agentes? —pregunté con mi mejor sonrisa.

—¿Es suyo este automóvil? —preguntó uno de ellos.

—Sí, ¿por qué?

—Hemos recibido la notificación de un altercado en uno de los restaurantes de la zona y, según los testigos, el sospechoso conducía un modelo de coche igual a éste y del mismo color. Además se ha producido una violación en la casa de citas del paseo de la playa y unos compañeros nuestros han visto otro coche igual, ¿no le parece mucha coincidencia?— dijo el otro policía, irónicamente.

La cosa se estaba poniendo mal. Los policías sospechaban y yo debía buscar una salida al asunto. Si estuviéramos en mi actual comunidad les pegaría dos tiros allí mismo, pero donde me encontraba sería peligroso.

—¿Puede decirnos que hace por aquí? —me preguntó el policía de mayor altura.

—He venido a ver el parque central. Como les he visto merodear alrededor del coche, me acerqué para ver qué ocurría.

—Nosotros no merodeamos —dijo el más bajito, con la cara seria—. ¿Me permite su tarjeta ciudadana?

—No resido en esta comunidad. Tengo un visado por un día —lo saqué y se lo enseñé a la pareja, que rápidamente lo comprobó y me lo devolvió.

—Le quedan pocas horas de estancia en la comunidad —dijo el alto.

—Ya lo sé. Sólo vine para disfrutar de su comunidad durante un día. Es un lugar maravilloso —intentaba ser vomitivamente agradable, a ver si podía salir de ésa sin tener que cargarme a nadie.

—Abra el maletero —parecía que no funcionaba. Estaba empezando a ponerme nervioso.

Abrí el maletero, en el cual no había nada. El guardia más bajo sacó una linterna y miró en cada una de las esquinas, palpando con la mano y levantando el tejido del interior, dejando visible la rueda de repuesto. Joder, iba a ser difícil salir de ésa.

—Sabe, la descripción del sospechoso coincide con usted —me espetó el policía alto, lanzándome una mirada inquisitiva.

—¿Cree usted que si yo hubiera cometido esos delitos que dice aún estaría por la comunidad sin residir en ella? Sería estúpido por mi parte —dije

intentado ser convincente.

—Hay gente muy estúpida en el mundo y gente que se pasa de lista —dijo de nuevo el alto, arrugando la frente.

Estaba claro. No saldría de esa con buenos modales y educación. ¡Cago en la puta! Necesitaba pensar algo rápido. Miré a mi alrededor, sin ver a nadie cerca del coche. La persona más cercana paseaba por el parque alejándose en dirección al lago. Sin embargo, estaba lo suficientemente cerca como para oír los disparos de mi revólver. Si tomaba la decisión de matarlos, debería largarme de allí, sin poder realizar el trabajo. Fui un gilipollas confiado al seguir en la comunidad después de hacer lo que había hecho. Tendría que haberme ido y cambiado de coche. ¡Joder, parecía un puto principiante! Me daría de hostias si no fuera por el problema en el que estaba metido.

—John, acércate un momento —dijo el policía que miraba en el maletero.

John se acercó al maletero. Yo me puse detrás de los policías, a un metro. Vi como el bajito le enseñaba algo al otro de las yemas de sus dedos, mientras hablaban entre dientes. Parecía sangre. Seguro que era de la fulana que había raptado el otro día. Tampoco me di cuenta de limpiar el puto maletero. Cada vez estaba peor.

Pero qué decía. La sangre de la zorra que no había limpiado, me había proporcionado una ventaja que no podía desperdiciar. Los dos maderos estaban dando la espalda a un sospechoso. Error imperdonable. No era el único que metía la pata en mi trabajo.

Saqué mi revólver con la mano izquierda y con la derecha le pegué un fuerte puñetazo en la sien al bajito, apuntando inmediatamente a John con el arma. El bajito se desplomó sobre el maletero, rebotando y cayendo al suelo.

—Coge a tu compañero y mételo en el maletero si no quieres palmar —le dije a John, que asintió con los ojos como platos.

Se agachó y cogió a su compañero pasando los brazos bajo su cuerpo, metiéndolo en el maletero. Yo mantenía mi revólver apuntándolo, mientras miraba de nuevo a mi alrededor. No parecía que nadie estuviera contemplando la escena.

—Ahora quítale su pistola y su comunicador, y dámelos —lo hizo—. Dame también los tuyos y metete también —ordené.

—Pero...

—Ni pero ni cojones. Que te metas o te meto una bala en la cabeza.

—No sé si cogeré —dijo John, temblando de miedo. Cobarde de mierda.

—¡Empuja a tu compañero al fondo y que te metas, coño! Se me está

acabando la puta paciencia.

John me dio su pistola y comunicador y se metió en el maletero. Su mirada reflejaba el pánico que sentía. Cerré de un portazo el maletero y guardé el arma, sentándome de nuevo dentro del coche.

No debía permanecer mucho tiempo allí. Todo se había complicado. Quizás debería irme de la comunidad, dejar que pasaran unos días y cambiar el Stormbird por otro coche. Sería lo más prudente.

Arranqué para largarme de allí, cuando para mi sorpresa, la verja de entrada de la casa de Pat se abrió. Un lujoso coche de color gris plateado y marca desconocida, salió de la finca conducido por un hombre de mediana edad. Por la información que tenía, debía ser mi próxima víctima. Al parecer vivía sólo y no tenía demasiada vida social. De todas formas, debía asegurarme. Podía ser una visita. Miré hacia el interior de la mansión antes de que comenzara a cerrarse la verja. Parecía que todas las luces estaban apagadas. Era un buen indicador.

Puse en marcha el coche, siguiéndole a una distancia adecuada. Salimos de la urbanización a gran velocidad. Al tío le gustaba darle zapato al acelerador. No tenía ni puta idea hacia dónde me llevaría, pero debía pensar en el equipaje que tenía en el maletero. Siendo Pat un hombre con pasta, quizás se dirigía a algún tipo de fiesta exclusiva para gilipollas que se pasaban la noche bebiendo y riéndose estúpidamente mientras vacilaban de sus nuevas compras, ya fueran ropa, coches o incluso zorras de lujo. Si fuera así, lo más conveniente era que me largara de la comunidad y me deshiciera de los maderos.

Giramos hacia el sur, alejándonos de la zona de mayor ambiente. Fuimos conduciendo por vías rápidas pasando por las afueras de, primero, urbanizaciones cada vez menos lujosas y, después, por poblaciones con edificios de diferentes calidades. Se notaba que a medida que nos alejábamos del norte los habitantes tenían menos dinero, aunque seguía siendo bastante jodido poder vivir en esa comunidad. Te cobraban un pastizal por ello.

Pat conducía a toda leche y me costaba un huevo seguirlo. El coche de alta gama parecía que era muy potente. Adelantaba a todo el mundo sin respetar los límites de velocidad. Yo estaba corriendo un gran riesgo. Podría toparme con algún guardia de tráfico y me metería en el enésimo problema del día, y no tenía ninguna intención de hacerlo.

Después de varios kilómetros haciendo rally por la carretera, llegamos al famoso peaje donde se cogían las autopistas que conectaban con el resto de

comunidades limítrofes. Cambiamos al carril de la derecha para incorporarnos a la autovía que nos llevaría directamente a la comunidad industrial. Íbamos a salir de allí y eso era cojonudo, pero el meterme en otra comunidad podría ser peligroso. No me quedaba otra si quería seguir a Pat. Además, nunca hubiera imaginado que saliera del lugar de su residencia. Sería interesante ver adónde iba y poder trazar un plan para secuestrarle y hacerme con su dinero.

Un coche se metió entre el mío y el de Pat. ¡Su puta madre! Disminuímos la velocidad al llegar al control de peaje. No perdía ojo al coche. Salió del control nada más pagar y a gran velocidad. ¡Joder, iba a perderlo de vista! Para más jodienda el capullo de delante estaba tardando una hora en pagar.

Finalmente lo hizo, pudiendo yo meterme en el control. Cien me cobraron los muy cabrones. Salí de allí cagando leches y poniendo el Stormbird a todo lo que daba. No veía el coche de mi víctima por ningún lado. Conociendo como pisaba el acelerador y, en aquella autopista que no existía el límite de velocidad, estaba jodido.

La carretera estaba impresionantemente iluminada. Era la primera vez que circulaba por una de esas famosas autovías comunicantes. Eran cojonudas. Con lo que cobraban, no era para menos. El pavimento estaba impecable y la señalización del mismo parecía recién pintado.

Después de varios minutos y de adelantar a más de una docena de coches, seguía sin haber ni rastro de Pat. No tenía ninguna esperanza de poder encontrarlo, cuando la fortuna se alió de mi parte.

Unos kilómetros después de conducir sin cruzarme con ningún coche, una gran retención obligó a detenerme. Las luces intermitentes de la policía indicaban que algo había sucedido. Tenía sólo tres coches ante mí, y el segundo era el de Pat. Qué potra.

Estuvimos parados más de media hora, hasta que nos dejaron seguir. Pasamos al lado de dos coches que habían chocado de frente. Tres ambulancias acompañaban a la policía y al amasijo de hierros en los que habían quedado los automóviles. Tres cuerpos tapados con el típico papel plateado yacían en el suelo, después de haber sido excarcelados. Tres gilipollas menos.

Ya no perdí de vista a Pat. Llegamos al final del peaje después de dos horas de viaje. Estaba hasta los huevos de conducir y eso que me gustaba. ¿Qué sería de los policías? No había pensado en ellos en todo el camino. Debía meditar una manera de deshacerme de ellos. Era una mochila que no

me podía permitir seguir cargando.

A escasos dos kilómetros del final de la autopista, llegamos a la aduana de entrada a la comunidad industrial. Observé que Pat enseñaba una tarjeta al agente. Seguro que se trataba de una de esas tarjetas que podías adquirir si te desplazabas a menudo a otra comunidad, ahorrándote así un buen dinero. Yo, como no, tuve que pagar un visado de un día, que era el mínimo exigido. Esperaba que todo ese puto gasto fuera recompensado.

Seguimos conduciendo varios kilómetros por otra autopista hasta coger una de sus salidas. Atravesamos los famosos polígonos industriales de la zona, donde no cogía una empresa más. Se veía mucho movimiento de camiones y furgonetas que llenaban la isla de productos. Muchas de esas empresas ya comenzaban a cerrar y los gilipollas de los asalariados se iban a su casa. No perdería mi vida allí ni aunque me pagaran todo el oro del mundo.

Naves industriales, fábricas y almacenes se extendían hasta donde perdía la vista. La residencia de los trabajadores se concentraba en la frontera con la comunidad financiera, para alejar la zona más industrial de los residentes de esa comunidad. Era un acuerdo entre las dos, para evitar los ruidos y la contaminación que producían las fábricas. Una parte, no muy grande, de los trabajadores de la comunidad industrial vivían en la frontera, pero dentro de la comunidad financiera. Estaban muy bien pagados y podían permitirse ese lujo.

Estaba hasta los cojones de conducir. Me dolía el culo y me daba la sensación de tener calambres en las piernas. Sólo por lo que me estaba jodiendo, Pat merecía que le puteara la vida.

Llegamos al puerto lleno de enormes grúas y barcos llenos de contenedores de diferentes colores. Decían que era uno de los puertos con mayor movimiento de mercancías del mundo. No me extrañaría que fuera verdad. Era acojonantemente grande.

Seguimos paralelos al puerto. Seguía detrás de Pat a una distancia de seguridad, pero si él mirara por el retrovisor y fuera un poco espabilado, se daría cuenta de que le seguía. Esperaba que no fuera así. La gente normal no se daba cuenta de esas cosas y menos los ricachones sin ninguna preocupación.

Sentía curiosidad por saber adónde íbamos. Llevábamos conduciendo unas cinco horas y ya era la madrugada del día siguiente. Eran más de las doce y no aguantaba ni un minuto más. Me daban ganas de parar. Encendí otro

cigarrillo. ¡Joder! ¿Adónde iba este imbécil?

Llegamos al final del puerto y giramos a la izquierda. Nos metimos en lo que parecían los suburbios de la comunidad. Edificios sin residentes y fábricas abandonadas se agolpaban a los lados de la carretera. A medida que avanzábamos, más abandonado estaba todo.

La mayoría de las farolas estaban apagadas. Reduje la velocidad para aumentar la distancia con Pat. No había ni un puto alma por la zona y se iba a dar cuenta de que lo perseguía. Cago en la puta, pero, ¿adónde cojones iba este tío?

Giró a la derecha en el siguiente cruce. Al llegar yo, hice como que pasaba de largo muy lentamente y vi como por fin se paraba el cabrón. Seguí de frente y aparqué el coche al lado de la calzada y me posé rápidamente. La hostia puta, casi me caigo. Me temblaban las piernas del tiempo que llevaba conduciendo y la derecha la tenía completamente dormida. Pegué unos cuantos golpes contra el suelo con la planta del pie, para que se me quitara ese puto hormigueo y me acerqué a la esquina. No se veía una mierda, aunque eso era una ventaja para mí.

Distinguí la silueta de Pat, que se había bajado del coche y se metía entre la maleza de un solar abandonado. Crucé la carretera intentando hacer el menor ruido posible, pegándome a la pared del edificio de al lado del solar y no perdiendo de vista a Pat, o, al menos, la zona por donde andaba.

Después de unos instantes, se abrió una puerta de la pared que estaba a la otra parte del solar de donde yo me encontraba. Se veía bien, porque salía luz del interior. Pat y el hombre que abrió la puerta, se abrazaron y entraron dentro. ¿Qué coño hacía allí ese ricachón y quién era aquel tipo? Algo tan oculto sólo podía deberse a algo relacionado con los hackers ilegales.

Me acerqué al coche de Pat y saqué mi navaja, rajándole las cuatro ruedas. El cabrón no se iba a largar de allí. Tenía que aprovechar algún momento para secuestrarle y, por suerte, ese era cojonudo. No podía desaprovecharlo. Tenía que capturarlo ese mismo día.

¡Hostia! Me acordé de los maderos metidos en el maletero. Pensé que Pat no había conducido más de cinco horas para pasar cinco minutos en aquel lugar abandonado y tendría tiempo de deshacerme de esos hijos de puta.

Fui al coche y cogí de la guantera una cuerda y un punzón que había comprado por si los podía necesitar. Abrí el maletero. Estaban los dos metidos como sardinas en lata. El alto, no me acordaba de su nombre, me miraba con los ojos muy abiertos. Ya sabes lo que te va a pasar, eh, cabrón.

Lo cogí por su uniforme a la altura del pecho y lo saqué tirándolo al suelo. Como pesaba el cerdo. Le arrastré hasta la acera y saqué mi revólver, encañonándolo. Olía su pánico y me encantaba.

—¿Ves lo que pasa por dedicarte a ese trabajo de mierda?

El cerdo se puso a llorar y gimotear. No tenía ni puta gana de oír que decía, así que no le quite la cinta de la boca. Decidí que tampoco quería malgastar una bala, así que le giré y le puse de cara al suelo. Cogí el punzón y se lo clavé hasta el fondo por la parte de atrás del cuello, salpicándome la sangre en la cara. ¡Cago en su puta madre! Hasta para morir tocan los cojones. Oí un pequeño gemido y nada más. Un cabrón menos.

Me limpié la cara con la manga de la camisa y fui de nuevo al maletero a buscar al otro poli. No se movía. Estaba embutido, con su cuerpo pegado al fondo. Le cogí y le giré. Tenía los ojos cerrados y parecía que no respiraba. Lo saqué y lo tiré también al suelo. Puse mi mano delante de su nariz y me fijé atentamente en su pecho. Nada. Parecía que se había asfixiado. Cojonudo. Un trabajo menos.

Arrastré su cuerpo hasta el interior de un solar abandonado y lleno de mierda. Hice lo mismo con su compañero. Cierto era que no había nadie por allí, pero era mejor apartar los cuerpos por si alguien aparecía. Ya me había buscado bastantes problemas durante todo el maldito día.

Cerré el maletero, guardé el punzón y la cuerda en los bolsillos de mis pantalones, comprobé el tambor de mi revólver y me acerqué con mucho cuidado a la puerta por donde había entrado Pat. Me pegué a la pared y esperé, sin moverme. Estaba frío de cojones. A ver cuánto tiempo tardaba en salir de allí.

Pasaba el tiempo y no salía nadie por la puta puerta. Estaba como un témpano. Frotaba las manos con fuerza para entrar en calor, pero no lo conseguía. Las junté y soplé dentro de ellas, aliviándome un poco. Como no salieran, tendría que largarme antes de que se me congelaran los huevos.

Nada. No aguantaba más. Me tenía que largar de allí. Esperaría dentro del coche con la calefacción puesta y pensaría qué hacer cuando viera a ese cabrón de Pat. Me puse a caminar y las piernas me fallaban, dormidas por culpa del frío. Pegué saltos doblando las rodillas hasta el pecho para entrar en calor y ponerme un funcionamiento. También lancé unos cuantos puñetazos al aire para desentumecer los brazos. Parecía que el método funcionaba.

Ya en mejores condiciones me dispuse a caminar cuando escuché el ruido de una cerradura. Estaban abriendo la puerta. Me pegué de nuevo a la pared y

saqué mi revólver. La puerta se abrió y la luz del interior iluminó una pequeña parte del solar. Di un paso para atrás para evitar que me pudieran ver. Oí a dos personas hablando. Una de ellas sujetaba la puerta por el pomo, pero sólo le podía ver el brazo. Seguro que eran Pat y el hombre que le había recibido cuando llegamos.

Salió un tío fuera mientras sonreía y continuaba hablando con el otro. No me parecía Pat. Era de complexión más fuerte, pero también más bajito. Le encañoné con el revólver y le disparé dos veces en el pecho. Cayó al suelo como un plomo. Me moví rápidamente a la puerta y vi al otro que se había girado y corría por un pasillo hacia el interior del escondrijo.

—Alto cabrón o te meto una bala en la columna —grité.

El tío se paró en seco, dándome la espalda. Era Pat, seguro. Por fin nos íbamos a conocer.

Me acerqué tranquilamente y puse el cañón de mi revólver en su espalda.

—Arrodíllate y pon las manos detrás de la espalda —le ordené.

—¿Quién eres y qué quieres? —preguntó, con voz pausada. Me sorprendió su tranquilidad.

—No te importa una mierda quién soy yo. ¿Tú eres Pat Riley? —le pregunté mientras le ponía las esposas.

No contestó. Esperé unos segundos más, pero permanecía en silencio. Aunque había visto que acababa de matar a su amigo a sangre fría, el tío parecía increíblemente calmado. Quizás no tenía miedo a morir. Lo que no sabía es que antes sufriría como un perro.

—Voy a suponer que lo eres, aunque no me lo afirmes. Más tonto sería si fueras otra persona. Te ahorrarías el sufrimiento.

Le empujé por la espalda, tirándolo al suelo. Le até las piernas por encima de los tobillos y me fui hasta la puerta, para cerrarla.

El otro cabrón aún respiraba. Saqué de nuevo el revólver y le pegué un tiro en la cabeza, por si acaso. Le arrastré hasta el fondo del solar para asegurarme de que si pasaba algún transeúnte no lo viera.

Cerré la puerta y volví adonde estaba Pat tirado. Tenía la cara de lado, apoyado en el suelo y me di cuenta de que intentaba mirar para atrás, a ver si me veía. No suplicaba ni se quejaba, algo que yo respetaba mucho. El tío, a pesar de ser un acomodado, los tenía bien puestos.

Recordé que no me había fijado donde coño estábamos. Miré para las paredes y observé que necesitaban un buen arreglo y un par de manos de pintura. Había algo que no distinguía con claridad pintado en varios puntos

de la pared. Me acerqué para verlo mejor. Era un símbolo y, aunque se veía muy difuminado, sabía cuál era: la puta amapola.

Joder, no me lo podía creer. Aquel gilipollas que vivía en el mejor sitio de toda la isla, pertenecía al movimiento. Nunca lo hubiera pensado. Odiaba a esa gentuza con toda mi alma. Pensaban que sabían más que nadie. Me los cargaría a todos sin pensármelo. Y gratis.

Nunca había estado en un escondrijo del movimiento. Sentía curiosidad por saber cómo era. No pensaba que fuera algo especial, pero ya que estaba...

Mirando hacia el final del pasillo que seguía hacia la derecha, pensé que quizás Pat y el muerto no fueran los únicos que estuvieran allí. Qué fallo. Debía tener más cuidado porque si seguía con estos despistes me iban a convertir en un fiambre más temprano que tarde.

—A ver, imbécil —dije, golpeando con la punta del cañon en las costillas de Pat—, ¿hay alguien más aquí?

—No.

Me agaché y lo cogí por el pelo, tirando con fuerza hacia atrás. Soltó su primer gemido. No se imaginaba lo que le esperaba. Si mantenía esa actitud chulesca y valentona y no me facilitaba las cosas, lo iba a pasar muy mal.

—¿Seguro, hijo de puta? Como me estés mintiendo te cortaré todos tus miembros uno a uno —Le golpeé la cara contra el suelo. Otro gemido.

Me levanté y camine hasta el final del pasillo. Me paré en la esquina y saqué el revólver. Miré con cuidado. El pasillo seguía unos dos metros y acababa en una estancia. No parecía que hubiera nadie más. Seguí y me adentré.

Lo típico. Una mesa llena de papeles con un ordenador encima de ella. Eché un vistazo a los papeles. Todo era en relación a la organización de manifestaciones, quedadas y todas esas gilipolleces a las que se dedicaban esa panda de inútiles.

El ordenador estaba apagado. Una gran bandera con la amapola cubría casi la totalidad de la pared de la derecha. Pero lo que me sorprendió fue la del fondo. No me había dado cuenta antes. Me acerqué a ella. Estaba llena de fotografías. Siempre había oído hablar sobre ellas, pero nunca había visto ninguna. Eran imágenes como las que salían en la televisión o el cine, pero detenidas y reales.

Sorprendentemente, todas eran de personas y hechas en el mismo lugar: Allí. Se veía la parte superior de cada una de ellas, el pecho y la cara y, detrás, la bandera de la amapola. Supuse que eran miembros del movimiento.

Fui echándoles un vistazo, viendo las caras de todo ese grupo de borregos. Alguna de las fotografías estaba amarillenta y otras parecían recién hechas. Debían ser miembros de diferentes épocas.

De repente, un latigazo me atravesó el pecho. Una sensación extraña para mí, ya que no me asustaba absolutamente de nada. Pero aquello era diferente.

Agarré una de las fotografías y la arranqué de la pared. Me quedé mirando para el rostro que allí salía, acojonado. La hostia puta. Era yo. Estaba sin barba y mucho más joven y delgado, pero no tenía ninguna duda. ¡Qué coño ocurría! No me podía creer lo que estaba viendo. En mi vida había estado tan asustado.

Me senté en una de las sillas y seguí mirando la fotografía, ensimismado. Negaba con la cabeza. No podía ser. Buscaba fallos. Algo que me indicara que era una coincidencia. Que no era yo. Que era un doble. Una persona que se parece mucho a ti, pero que no eres tú. Pero nada. No había errores. Las orejas, las cejas, pestañas, incluso el lunar de mi mejilla. Cago en la puta. Me habían manipulado.

Me levanté como un resorte y fui hasta donde estaba Pat. Seguía tirado en el suelo, con un hilillo de sangre que se deslizaba desde su cara. El golpe parecía que le había abierto una ceja. '

—¿Quién cojones es esta persona? —le pregunté, poniendo la foto delante de sus ojos.

El ojo correspondiente a la ceja abierta lo tenía cerrado para evitar que la sangre le entrara en él. Así que le puse la fotografía delante del otro para que la viera bien.

El imbécil seguía sin contestar. Aún no era consciente de con quién se la estaba jugando. Nunca en mi puta vida había estado tan cabreado. Era como un volcán a punto de explotar. Mi vida era una farsa, un engaño que no podía aceptarlo. Quería saber si verdaderamente el joven de la foto era yo y cómo y por qué me habían borrado esa parte de mi vida. Además, no entendía que me habían hecho. Mis recuerdos de juventud no tenían nada que ver con ese aspecto y aún menos con algún tipo de relación con el movimiento de la amapola. Era un cambio radical.

—Mira hijo de puta —dije, poniendo el cañón del revólver en una de sus piernas—, o me contestas o te meto una bala.

—¡No lo sé, joder! Supongo que es un miembro antiguo o actual del movimiento. ¿Qué coño quieres de mí y quién eres? —gimoteó.

Comenzaba a asustarse. En mi vida, o ese recuerdo tenía yo, había

torturado a mucha gente y sabía cuando me mentían. Pat, decía la verdad. Sin embargo, me importaba una mierda. Iba a pagar por todo lo que estaba sucediendo. Llegaría hasta el final del asunto, pero ahora me dedicaría a lo que había venido: sacarle la pasta al cabrón.

—No te importa una mierda quién soy. Olvidemos el tema de la puta foto y vayamos a lo que me interesa. Eres un puto ricachón que vive en La Finca. Sitio cojonudo ¿eh? Es sencillo. Hay dentro tenéis un ordenador. Transfiere tu dinero, que será mucho, a una cuenta que te voy a dar y te mataré rápidamente.

El tío no sólo seguía sin contestar, sino que además se permitió el lujo de empezar a reírse. Me ponía de los nervios.

—Eres un gilipollas —me dijo, con un par.

Le pegué un tiro en la pierna a la altura de la rodilla. Gemía y se retorció de dolor. Ya se le había pasado las ganas de reírse de mí. No cabía duda, los tenía bien puestos.

—Levántate, cabrón —le ordené colocándome detrás de él y tirándole del pelo.

Se puso en pie a duras penas. Tuve que cortar con la navaja la atadura de los tobillos. Se quejaba, pero cada vez menos. Le encañoné con el revólver por la espalda y le ordené que caminara hasta el ordenador, sentándole frente a él.

—Enciéndelo y entra en tus cuentas bancarias para transferirme el dinero.

—No tengo nada, joder. Eres un maldito imbécil.

Le puse el cañón del revólver en la cabeza, empujándola con él. A duras penas aguantaba mis enormes ganas de apretar el gatillo. Tenía la sensación de que se estaba riendo de mí el muy hijo de perra. Se permitía el lujo de insultarme y, sino fuera por lo que tenía que hacer, ya sería un puto cadáver.

—¿Te estás quedando conmigo? Tu mansión, tu coche de lujo, ¿esperas que me crea que no tienes nada?

No dijo nada. Simplemente negaba con la cabeza. Harto, saqué mi navaja y le corté una oreja, tirándola encima del teclado del ordenador para que la viera. Chillaba con un cerdo y, por fin, comenzó a suplicar.

—Por favor, por favor. Te digo la puta verdad —decía entre dientes con voz enfermiza y babeándose—. Mi vida es sólo una tapadera. Lo paga el movimiento.

Me sorprendió la respuesta. Hubiese esperado cualquiera menos esa, aunque tenía sentido. Le había metido una bala en la rodilla y cortado una

oreja. Cualquiera en su situación cantaría y la forma de responderme parecía sincera. Estaba jodido. Parecía que no iba a conseguir una mierda, lo que me enfurecía todavía más.

—Tú pareces una persona importante dentro de la amapola. Seguro que sabes dónde tienen la pasta y cómo sacarla —dije, abriéndole su mano izquierda y poniéndole la navaja sobre su dedo índice.

—No tengo acceso al dinero, de verdad —gimoteó de nuevo. Patético—. Haz lo que quieras, maldito hijo de puta.

No tenía pensado cortarle nada más, era un último intento por detectar si me decía la verdad. Pero el insulto, uno más, me obligó instintivamente a apretar la navaja y cercenarle el dedo. Capullo de mierda.

Ya no se quejaba y yo no pintaba nada allí. Le iba a meter una bala en la cabeza. Así que le giré para que viera mi cara. Me gustaba que mis víctimas lo hicieran. Era una especie de ritual morboso. Ver los ojos de pánico del que sabe que va a despedirse de este mundo de mierda.

Tenía la cara ensangrentada, con la nariz y la boca llenas de babas y mocos. Le puse el revólver en su frente. Pobre infeliz. No le torturaría más. Primero, porque estaba convencido de que decía la verdad y, segundo, por que admiraba su valor. No era uno de esos quejicas de mierda con los que me había encontrado muchas veces. Merecía todo mi respeto.

—Mírame —le ordené.

Pat levantó la cabeza, temblando. Tenía los ojos casi cerrados y los abrió lentamente. Me miró a los ojos y, de repente, los abrió de par en par.

—Túuuu —dijo, empezando a carcajearse.

No entendía nada. Daba la sensación de que me conocía. Me vino a la cabeza de nuevo la foto que había cogido. Supuse que su reacción se debía a ella, pero tenía mis dudas.

—¿Me conoces, cabrón? —le pregunté comenzando a golpearle con el arma en la cara—. ¡Dime algo! —grité sin cesar de pegarle, enajenado por la ira.

Lo dejé inconsciente o eso creía yo. Quizás estaba muerto. Algo sabía, pero no iba a obtener nada. Igual sería conveniente no matarlo. Lo llevaría a uno de los médicos que conocía y, cuando se recuperara, diría todo lo que sabía. Tenía que llegar hasta el fondo del asunto.

Oí un ruido tras de mí. Me giré instintivamente y vi un arma. Me lancé al suelo, escuchando un disparo. Lo primero que pensé es que me habían dado, pero no sentía dolor alguno. Me giré como un resorte y vi a un hombre que

me miraba e iba a apuntarme con la pistola que llevaba en la mano. Disparé tres veces sin pensármelo, abatiéndole.

¡Qué hijo de puta! Suspiré profundamente y me levanté. Me acerqué al tío. Estaba muerto. Había salido de una habitación cuya puerta estaba tapada con las fotos que antes había visto. Otro fallo. Tendría que haber inspeccionado mejor todo el lugar.

Me palpé el cuerpo. No estaba herido. La suerte me seguía acompañando. Miré para Pat y vi que sangraba por un agujero que tenía en la cabeza. La bala del disparo le había dado a él. A tomar por el culo el interrogatorio.

Me largué de allí. En el exterior, vi el lujoso coche de Pat con las ruedas rajadas y me arrepentí mucho de haberlo hecho. Me hubiera largado con él para venderlo y al menos sacar algo de pasta. Al Stormbird le hubiesen dado por el culo. Después de todo lo que había descubierto, ya me importaba una mierda lo que pasara. Haría cantar a los hackers. Al menos que me explicaran qué coño estaba pasando. Por que salía en una foto de lo que no sabía nada. Hasta donde llegaba el nivel de manipulación.

Arranque el coche y pisé a fondo. El furor me guiaba. Era una bestia incontenible. Descubriría qué ocurría, pero, sobre todo, quién era yo.

15. Allan Peirsol

Era la tercera vez en diez minutos que mostraba mi tarjeta ciudadana a un policía. El control por parte de las autoridades en La Finca mostraba la gran diferencia de poder adquisitivo que existía entre sus residentes y el resto de los ciudadanos, incluso con los de su misma comunidad, como era el caso.

El guarda me devolvió la tarjeta y me deseó un buen día. Me puse de nuevo en marcha. Caminaba con lenta cadencia para disfrutar del inmejorable aspecto de la zona y de las enormes mansiones que adornaban el lugar. Algunas de ellas disponían de playa privada. Qué envidia.

Solía ir por allí, principalmente para acudir al gimnasio, flagelándome cuando observaba el lujo y la ostentación que mostraba cada rincón de esa exclusiva urbanización. El sol refulgía sobre las impolutas aceras. No te cruzabas con ningún coche de menos de cien mil y la seguridad, como había comprobado también ese mismo día, era incomparable. Al menos disponían de un policía por cada cuatro habitantes.

Me sudaban las manos, aunque esta vez no sólo era provocado por mi incurable aprecio por el lujo que yo no podía disfrutar. Tenía planeado asesinar a un hombre. Sí, un imbécil al que odiaba, situación que no disminuía mi pánico. Estuve todo el día visualizando el momento. La manera de disfrutar del sufrimiento del asqueroso de Pat. Llevaba lo necesario en un bolso de mi gabardina. Un spray con un gas anestésico, una jeringuilla, esparadrapo, cuerda, un martillo y un escalpelo cortante como el aire de la costa en pleno invierno. El pequeño kit de asesino.

Respiraba profundamente, intentando usar el oxígeno como ansiolítico. El pecho me punzaba. Solía padecer incómodos pinchazos en situaciones de estrés máximo, pero sabía cómo controlarlos. Además, mi precaria situación me empujaba inexorablemente a cometer lo que antes me parecía una atrocidad. Estaba en la mayor de las absolutas miserias y bajo ningún concepto me arrastraría cual vagabundo por los rincones más paupérrimos de la isla.

Continuaba deleitándome con las impresionantes mansiones. Escrutaba los números ubicados en las puertas de entrada buscando el cuarenta y siete, que correspondía a la mansión de Pat. La zona era tranquila. En la parte derecha de la calzada, un enorme paseo acompañaba al inmenso y bonito parque central. Estaba prohibido a la apertura de cualquier tipo de negocio. Los

residentes no lo permitían. Me encantaba todo aquello. Las manos me temblaban por la envidia. Sin embargo, no pude evitar una pequeña sonrisa. Si todo salía bien, podría mudarme a vivir allí. El optimismo me embargaba de nuevo. Lo lograría y no volvería a cometer los errores que me habían arrastrado hasta aquella situación.

Al fin llegué a mi destino. Sabía que la urbanización era extensa, pero no me imaginaba que lo fuera tanto. Ya hacía largo tiempo que había dejado atrás el gimnasio. Al menos había recorrido dos kilómetros hasta llegar a la casa de Pat, y las mansiones aún se perdían en el horizonte.

Le había llamado por teléfono el día anterior. Para convencerle de que me recibiera, le comenté que me interesaba reunirme con él para que me enseñara su metodología de inversión con el fin de mejorar mis operaciones. Sabía con certeza, dada su petulante ironía hacia mí, que aceptaría, lo que me proporcionaría la posibilidad de entrar en su casa sin necesidad de forzar el encuentro.

No se veía nada del interior de su cortijo. La entrada estaba compuesta por una enorme verja de metal. Por la distancia entre las delimitaciones con las fincas anexas, el recinto debía ser colosal. Ya no tenía la más mínima duda de que ese cabrón vivía muy bien. Aunque para ser sincero, no entendía como un inversor individual podría haber comprado semejante mansión. No cabía duda de que Pat operaba de forma magistral. Casi nunca fallaba, al menos eso decía él. Yo le creía por el nivel de vida que llevaba, pero esa tipo de viviendas estaban más bien al alcance de magnates y grandes empresarios que al de unos simples especuladores. No sé, era todo bastante extraño.

Cruce la calzada y pulse el botón del telefonillo con la mano trémula. Qué nervios. Tenía que controlarlos o todo se vendría abajo.

—¿Quién es? —reconocí su voz.

—Allan.

—Ahora mismo te abro.

Las dos enormes hojas de metal que formaban la puerta, se abrieron lentamente hacia adentro, dejando a la vista el interior. Entré y mi corazón comenzó a latir desbocado. Pensé que acabaría vomitándolo. Nunca había visto nada tan hermoso y suntuoso.

A ambos lados de un impecable paseo pedregoso, un cuidado parterre lucía reluctante ante la incidencia del sol sobre él. Aunque era inusual, el jardín estaba formado por flores de diferentes tipos y colores. Era una auténtica belleza. Esculturas de diferentes animales adornaban los flancos del

paseo que finalizaba a las puertas de la mansión.

Llegué a ella, tembloroso. Me detuve en la rotonda semicircular ubicada frente a la mansión y que estaba adornada en el centro con una magnífica escultura de un caballo rampante. Estupefacto ante la enorme casa, no me percaté de la presencia de Pat que me esperaba en la puerta de entrada, mostrando esa sonrisa arrogante que yo tanto odiaba.

Le saludé, falso, y subí por las escaleras de mármol que conducían a la entrada. La mansión era inmensa. De soslayo pude contar cuatro plantas de altura. No quería que Pat se percatara de mi cara de asombro. Todo el lugar rezumaba lujo. No creo que nunca nadie hubiera odiado a otra persona como yo a ese altanero hijo de perra. Notaba como me chirriaban los dientes por la rabia incontenible que me embargaba.

—Buenas tardes, Allan —me saludó Pat estrechándome la mano.

—Hola —contesté lacónico. No deseaba que se notara mi temblor en la voz.

—¿No tienes coche? —ironizó el cabrón—. Entremos.

Un inmenso hall circular daba la bienvenida a los huéspedes. Tapetes artesanales con diferentes motivos colgaban de las paredes, embelleciendo aún más la estancia. Una enorme lámpara de araña bañada en oro, cubría el techo. Al fondo, la típica doble escalera con una leve curva que solía lucir en todas las mansiones y que daba acceso a la siguiente planta. Estaba perplejo.

—Pasemos por aquí —me indicó, conduciéndome a la izquierda.

Entramos en un enorme despacho formado por muebles de caoba. En las paredes de los laterales lucían dos enormes cuadros pintados. Una, era la imagen cenital de toda la propiedad que mostraba el enorme tamaño de la finca. El otro, un retrato de Pat en una escena de cacería. Portaba una escopeta en sus manos y su pie estaba situado encima de una pieza muerta de león adulto. Puto egocéntrico. Me imaginé ese mismo cuadro cambiando a los personajes. Yo sería Pat y el león, él. Al fondo un ventanal ovalado sin cortinas dejaba ver un hermoso jardín con una increíble variedad de plantas y flores. Seguía pensando lo mismo. No entendía cómo era posible que un inversor, por muy hábil que fuera, pudiera permitirse semejante residencia. Supuse que habría pegado un pelotazo descomunal, algo que yo desconocía totalmente.

—Siéntate, por favor —Me dijo Pat, indicándome una silla situada delante de una mesa de escritorio llena de papeles manuscritos.

Pat se sentó a la otra parte de la mesa, recogiendo los papeles y

metiéndolos en un cajón. Con la premura que lo hizo, tuve la sensación de que no quería que yo viera los mismos. Como si tuviera la intención de ocultarme algo.

—Tú dirás. ¿Por dónde quieres que empecemos?

Estaba tan perturbado por la magnífica residencia, que me había quedado completamente en blanco. El detallado plan ideado con el fin de afrontar esa situación, se borró de mi memoria. Debía respirar e improvisar algo. Los nervios volvían a atenazarme.

—¿Tienes algún método? Me parece sorprendente que aciertes tan a menudo en tus inversiones.

—Mi método es el trabajo.

—Entiendo. Pero tiene que haber algo más. Creo que, como yo, muchos nos esforzamos en este mundillo y no conseguimos los mismos resultados. Tener, como tú aseguras, un acierto de cerca del ochenta por ciento, tienes que convenir conmigo que es bastante inusual.

—Algo haréis mal —sonrió, como no.

La actitud y los gestos de Pat no reflejaban ni la más mínima intención de enseñarme nada. Estaba seguro de que me había dejado ir hasta allí para presumir de su vivienda. No pasaba nada. Mis motivaciones tampoco eran las de aprender. Sólo quería verlo muerto, después de hacerle sufrir lo máximo posible.

—Pues por eso estoy aquí, para que me enseñes a mejorar —dije mostrando una amplia sonrisa para aparentar ser empático.

—Es misión imposible. No tienes suficiente talento. Tu suerte se ha terminado, querido amigo.

—Entonces, ¿por qué has accedido a mi petición? Es absurdo.

—Deseaba que te recrearas con esta impresionante mansión —carcajeó—. ¿Qué te parece?

Me enervaba, pero debía mantener la compostura si quería llevar a cabo el plan, aunque a duras penas conseguía reprimir mis enormes ganas de abalanzarme sobre él y romperle a patadas todos los huesos de su cuerpo.

—Impresionante, sin duda —dije sonriendo—. Al menos, invítame a una copa. Veo que dispones de un maravilloso mueble-bar.

Pat enarcó las cejas, sorprendido ante mi respuesta a su ofensa. Seguro que pensaba que iba a largarme de allí. Su mirada delataba que no tenía ni la más mínima idea de mis verdaderas intenciones. Se creía muy seguro de sí mismo, pero esta vez el tiro le iba a salir por la culata.

—De acuerdo. ¿Qué te apetece beber?

—Me es indiferente. Lo mismo que tú.

Pat Se incorporó y se dirigió al mueble-bar ubicado a mi izquierda. Saqué con sumo cuidado el spray con el gas somnífero y lo agarré con fuerza con mi trémula mano derecha. Me levante mientras Pat movía los frascos llenos de diferentes bebidas espirituosas y me acerqué lentamente por detrás.

—Tomaremos un buen bourbon —dijo, cogiendo la botella—. Aunque no te acostumbres a su excelente sabor, ya que no está a tu alcance.

El imbécil acaba de ningunearme por última vez. Se giró para llevar la botella a la mesa y le eché el gas en su cara. La botella cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Pat perdió el equilibrio, golpeándose la espalda con el mueble-bar. Estaba totalmente desorientado.

Le llevé hasta su silla y le senté. Me disponía a sacar las cuerdas y el esparadrapo, cuando sentí un débil golpe en mi estómago. Pat me había soltado un puñetazo. El cabrón podría espabilar, así que rocié su rostro con más gas somnífero.

Le dejé inconsciente. Su cuerpo se ladeó a la derecha y tuve que sujetarlo para que no cayera. ¡Hostia! No sentía su respiración. Quizá le había echado demasiado gas. Acerqué la oreja a su pecho para cerciorarme de que seguía vivo y, por suerte, así era. Respiraba de manera muy tenue.

Le coloqué con la espalda recta sobre el respaldo rodeándolo con la cuerda. Por suerte, había llevado suficientes metros. Le até con fuerza el cuerpo, haciendo lo mismo con sus pies. Puse sus manos por detrás del respaldo, atándolas todo lo fuerte que pude. Por último le tapé la boca con el esparadrapo.

Permanecí impasible observando el rostro inconsciente de Pat. No veía ninguno de sus habituales gestos chulescos con los que permanentemente me ofendía. Asqueroso cabrón. Tuve que reprimirme para no golpearle con toda la ira que llevaba dentro. No merecía la pena. Deseaba que estuviera despierto para verle sufrir.

Puse el martillo y el escarpelo encima de la maravillosa mesa del despacho. Pasé las yemas de mis dedos por su superficie. Era impecable. Brillaba esplendorosa, destacando por encima del resto del mobiliario. Estaba hecha a mano, pero no se veía el más mínimo defecto. El barnizado también era inmejorable. La envidia volvía a atenazarme. Si todo salía a la perfección y ese cerdo tenía la fortuna que yo me imaginaba, compraría esa mansión sin cambiar nada, excepto el cuadro de la cacería. Quería arrebatárselo

absolutamente todo.

Me acerqué al mueble-bar para beber algo. La vidriera corredera permanecía abierta. Disponía de incontables botellas de varios licores, todos excelentes. Extraje una que contenía un whisky de veinte años. No entendía mucho de marcas, pero por el sofisticado diseño de la botella, debía de ser extremadamente caro.

En la vidriera contigua, el armario tenía multitud de vasos de diferentes formas, destinados a usarlos con los distintos licores. Saqué uno bajo y ancho, con doble fondo, llenándolo hasta la mitad con la bebida espirituosa. El aroma ya hacía intuir su sabor. Impresionaba. Era aún mejor que el que servían en las carísimas fiestas a las que solía acudir

Degusté el whisky. Su sabor no tenía parangón. Nunca había bebido algo tan exquisito. Lo terminé de un trago. Cerré los ojos y me senté en la silla. Respiré profundamente, intentando calmarme. Lo conseguí.

Me desperté exaltado, mirando para ambos lados. Joder, me había dormido. El reloj de pulsera marcaba que pasaban diez minutos de las ocho de la tarde. Más de media hora durmiendo.

Observé a Pat, que seguía inconsciente. No tenía ni idea de cuánto tiempo duraría el efecto del gas, pero ya me parecía excesivo. Esperaría un poco más. Después le mojaría con agua helada a ver si espabilaba.

Decidí deambular por la enorme mansión hasta que se despertara. Salí hacia el hall de la entrada, cuyos escaques de diferentes colores que conformaban el impresionante suelo de mármol, brillaban con la luz emitida por los últimos rayos de sol del día. Miré para la escalera, pero no subí. Temía que Pat se despertara y pudiera zafarse de mi chapucera atadura.

Caminé hacia la puerta situada al otro lado del Hall. Estaba custodiada a ambos lados por dos enormes armaduras impecablemente limpias. Desconocía a qué parte y lugar de la historia correspondían, aunque su belleza me estremecía. Nadie hablaba del pasado en nuestro mundo. La historia era una asignatura eliminada de los centros educativos. Lo único importante era el presente y el futuro. Agua pasada no mueve molino. Pero observando aquellas magníficas armaduras, dudé de ese dogmatismo. Cada detalle de las dos obras metálicas con forma de hombre, me generaba un ansia de aprendizaje sobre su procedencia que nunca había tenido. Qué sensación tan extraña y a la vez igual de placentera.

Abrí la puerta y me encontré con un enorme comedor en el cual destacaba una, como no, cuidada mesa de caoba ubicada en el centro y cuyo inmenso

tamaño la hacía deslumbrar sobre el resto del mobiliario. Un lienzo gigantesco ocupaba la pared del fondo. Mostraba una escena de cacería, con tres personas portando armas acompañadas de perros de razas adaptadas a ese tipo de menesteres. En las paredes de ambos lados, cabezas de animales colgadas custodiaban tétricamente el comedor. Qué asco. No soportaba esos gustos. Sin duda Pat era el clásico rico con ínfulas de rey.

Me adentré unos metros sin cerrar la puerta. Debía prestar atención al posible despertar de Pat. Intuí algo en el techo, lo que me obligó a levantar la cabeza. Un fresco, que así creía que se llamaba, permeaba el mismo. Giré la cabeza a ambos lados para observar y discernir lo que veía. Al parecer era una pintura de una imagen cenital de la ciudad muy realista. Aunque no estaban pintadas las delimitaciones de cada comunidad, se distinguían las diferencias existentes entre cada una de ellas por el nivel de infraestructuras de las mismas. Era un testimonio de la verdadera esencia de nuestro modo de vida. El éxito y el fracaso. Ganadores y perdedores. Permanecí absorto, inmóvil, recreándome con la magnífica pintura.

Un fuerte golpe me sobresaltó. Salí corriendo de la estancia en dirección al despacho de Pat. Continuaba inconsciente, con la cabeza ladeada y apoyada sobre su hombro derecho. Volví a sentir el golpe, con más fuerza en esta ocasión. Salí al Hall y me quedé quieto, escuchando. De repente, de nuevo el ruido. Parecía un golpe fuerte de una cosa contra otra. Procedía de la parte de arriba.

Subí las escaleras con cautela. Que yo supiera, Pat vivía sólo, pero no estaba seguro. No había pensado en la posibilidad de que estuviera acompañado. Siempre nos dijo que estaba soltero y que sólo quería compañía el tiempo suficiente para satisfacer sus deseos sexuales.

La primera planta tenía cinco puertas dispuestas a lo largo del semicírculo que conformaba la misma. Al final, una nueva escalera accedía a la siguiente planta. Todas las puertas estaban cerradas. Me detuve para escuchar. Un nuevo golpe. Me percaté de que procedía de una de las habitaciones cerradas. La correspondiente a la cuarta puerta.

Me acerqué y la abrí cautelosamente. Parecía una habitación enorme. Entré y observé como la única ventana que había golpeaba una y otra vez empujada por la fuerza del viento. Las cortinas que adornaban la misma se inflaban y desinflaban con el aire procedente del exterior. Cerré la puerta tras de mí para evitar provocar aún mayor corriente de aire.

Pensé en Pat, pero después de verlo totalmente inerte, creí que le había

obligado a respirar suficiente somnífero como para dormir a un elefante. De todas maneras tenía que estar atento. Podría despertarse y zafarse de las ataduras.

La habitación era majestuosa. La cama, ubicada sorprendentemente en el centro, era redonda y enorme. A simple vista parecía que podrían dormir en ella cinco o seis personas sin molestarse. Un mueble expositor lleno de figuras y esculturas de pequeño tamaño, llamó mi atención. La mayoría correspondía a representaciones de animales en situaciones de la vida cotidiana y a maquetas de edificios emblemáticos de nuestra ciudad. Y en el medio, destacando, una representación del templo.

Era impresionante. Tenía un tamaño considerable para ese tipo de adornos y no le faltaba detalle. Carecía de techumbre, para poder ver la precisa recreación interior. Los ordenadores, el mobiliario e incluso varias figuritas de personas mostraban con realidad asombrosa la actividad de nuestro lugar de trabajo.

Estaba hecha a mano. Toda la maqueta procedía de una misma piedra de mármol. Era un trabajo fabuloso. La toqué, trémulo como siempre. Decidí en un instante que deseaba que fuera mía. Me la llevaría como trofeo, por si acaso no pudiera mudarme a vivir allí. Pat no la iba a necesitar después de que acabara con él.

La arrastre hacia el borde del mueble para cogerla. Pesaba mucho. Me dispuse a levantarla cuando se resbaló de mis manos sudorosas y cayó al suelo, haciéndose añicos. ¡Qué putada!

Los diminutos trozos se esparcieron por el suelo, permeando una fabulosa alfombra hecha a mano que cubría esa parte de la habitación. Tenía bordado una escena de un león cazando a un impala, clavándole sus enormes fauces en el cuello de su víctima. El nivel de realismo era extraordinario. Desconocía quién podía realizar aquellos magníficos trabajos. Pat sin duda se codeaba con lo más selecto de la sociedad y, cuanto más estaba en su casa, más asco me daba.

Absorto observando la escena de caza, pensé que no sería conveniente dejar los trozos encima de la alfombra. La policía científica de la comunidad era excelente, sobre todo la privada. Y aunque Pat no tenía familiares conocidos, dicha policía actuaba de oficio, cargando sus servicios en la cuenta del fallecido. Investigaría sí o sí, al disponer Pat de dinero. Cualquier prueba que pudiera perjudicar el plan, sería mejor eliminarla. Pat tenía que desaparecer sin dejar rastro.

Levanté la alfombra con mucho esfuerzo, ya que la condenada pesaba como el plomo. Quería que los trozos de porcelana se deslizaran hacia el suelo desnudo para poder barrerlos mejor. La sacudí todo lo bien que pude, pero la mayoría de los trozos permanecían adheridos al terciopelo del que estaba hecho la alfombra. ¡Vaya mierda! Tendría que buscar dónde guardaba Pat el material de limpieza para encontrar un cepillo o algo parecido que me ayudara en el cometido.

Recordé que en las mansiones de ese tamaño, solían ocultar de la vista las despensas destinadas a productos de limpieza o alimentos no perecederos que no se pensaba consumir en días o semanas.

Bajé la escalera para ir de nuevo a la planta baja. Cómo era típico en este tipo de viviendas, el lugar más probable para guardar estos productos debía ser bajo la misma escalera. Un lugar fresco y oculto a la vista de los huéspedes.

Me acerqué antes a ver a Pat. Seguía inconsciente y en la misma posición. ¡Joder! Quizás no se despertaría en toda la noche.

Fui hasta la parte baja de la escalera. Ésta ocultaba una pequeña puerta. Seguro que dentro estaría lo que estaba buscando. Me dispuse a abrirla, pero estaba cerrada con llave. Qué extraño. A nadie se le ocurriría guardar bajo llave productos de limpieza.

Giré el pomo varias veces empujando la puerta con el hombro. Nada. La maldita puerta no se abría. Tenía la tentación de romperla, pero la policía investigaría. Aunque, pensándolo mejor, quizás era buena idea. El marica, además de matar a Pat, quería robarle. ¿Y dónde creer que puedes robar algo de mucho valor sino es en un lugar cerrado?

Cogí el mazo de la armadura que había visto antes y golpeé el pomo hasta romperlo. La puerta se abrió. Dejé el arma en el suelo y entré.

La estancia era de pequeñas dimensiones. Tenía el techo abuhardillado debido a que la escalera pasaba por allí. El único mobiliario era un descuidado armario con todos sus estantes a la vista, sobre los que había varios productos de limpieza. Dos escobas y una fregona apoyadas sobre la pared del fondo completaban los utensilios disponibles.

Cogí una de las escobas y me detuve. Me parecía extraño que un habitáculo permeado de suciedad y medio abandonado estuviera cerrado con llave. Escruté cada rincón sin percibir nada reseñable. En fin. Tenía otras obligaciones más importantes.

El cepillo de la escoba estaba lleno de mierda. Golpeé la misma con fuerza

sobre una pequeña alfombra situada en el suelo. Al hacerlo, oí un pequeño sonido metálico. Volví a golpear. De nuevo el mismo sonido. Levanté la alfombra, que estaba en las mismas lamentables condiciones que el resto de la estancia, descubriendo una trampilla candada. Algo escondía Pat. El enigma de la cerradura estaba resuelto.

La curiosidad me obsesionaba. Cogí el mazo apoyado en la entrada y rompí el candado de un solo golpe. Levanté la trampilla. Una escalera vertical bajaba hacia un sótano.

Lo que allí vi, me dejó sin palabras. El sótano era aún más pequeño que la estancia principal. En una de las paredes había pintada una enorme amapola. No daba crédito. ¡Pat pertenecía al movimiento! Recordé su gesto doliente en la plaza cuando la guardia urbana perseguía y golpeaba a varios miembros del grupo de la amapola. Todo encajaba. Su desprecio por la clase social a la que pertenecía, no procedía de una arrogancia enfermiza. Simplemente, odiaba esa forma de vida. Aunque a simple vista no tenía nada que ver, el estatus económico iba implícitamente ligado a la defensa o rechazo de la manipulación mental. Era una evidencia.

Perplejo, miraba pero no observaba el cubículo en el que estaba metido. La visión de la enorme amapola me tenía confuso.

Salí de mi obnubilado estado y, esta vez sí, observe el sótano. Las paredes estaban hechas de piedra vista, muy descuidada. Un tablón que hacía las veces de mesa, cruzaba el espacio existente entre las paredes laterales. Parecía un lugar destinado a la meditación. Pensé que no tenía demasiado sentido ocultar un lugar sólo por una pintura, aunque simbolizara el mayor ataque contra nuestra forma de vida.

Miré debajo del tablón. Había un pequeño taburete con la amapola grabada en el asiento y un baúl, también de pequeñas dimensiones, con el mismo grabado. Era tan repetitivo el dibujo que me estaba pareciendo repulsivo. Puse el baúl encima del tablón. Tiré de los dos cierres que tenía, abriéndolo.

En el interior pude ver un artilugio de color negro. No tenía ni idea de qué se trataba. Lo extraje con sumo cuidado. Tenía forma rectangular y pequeño tamaño. Por una parte sobresalía lo que parecía el objetivo de una cámara de video con su respectiva lente. Por el otro lado, una pantalla apagada. Era lo más destacable, al margen de diferentes puertos de conexión y otras cosas que no sabía qué eran. Supuse que era una pequeña cámara.

Me percaté en el interruptor de encendido y apagado situado en la estrecha

parte de encima. Supe que era él porque estaban escritas las palabras ON/OFF. Lo pulsé. La pantalla se encendió, apareciendo varias imágenes con un leve sonido. Unos instantes después, pude ver la pared que tenía frente a mí. El enfoque incidía directamente sobre ella. Era una cámara de video. Nunca había visto una tan pequeña. Normalmente eran más alargadas y solían estar en ciertos lugares de la ciudad, casas y negocios particulares cuya finalidad era la vigilancia. Qué raro encontrar una en ese lugar.

La curiosidad me llevó a buscar la forma de hacerla funcionar. Tenía otro pequeño botón en la parte superior de color rojo, al lado contrario del de encendido. Éste no ponía nada, pero también lo pulse.

La cámara emitió un destello que me sobresaltó. Al instante, por un lateral comenzó a salir una especie de tarjeta por una ranura que me había pasado totalmente desapercibida. La cogí antes de que cayera al suelo. Era negra con un marco blanco. Me quedé observándola porque, con el primer vistazo, intuía que algo estaba cambiando sobre la misma. De repente, la negrura comenzó a clarear dando paso a una detallada imagen de la pared.

Estupefacto, miré de nuevo para el artilugio. No daba crédito. Había escuchado leyendas sobre la existencia de ese tipo de cámaras, pero descartaba que fueran reales. Nadie en ese mundo quería guardar algo que lo vinculara con un recuerdo. Y eso es lo que hacía aquella máquina.

Deje la imagen sobre la mesa. Giré la cámara y la enfoqué hacia mi cara. Pulse de nuevo el botón rojo. La nueva tarjeta salió. Había cortado parte de mi cara. Se veía de la parte superior de los labios hacia arriba. Me quedé mirándola, embobado. Era un recuerdo. De hacía un instante, sí, pero un recuerdo al fin y al cabo. Y me gustaba.

Puse la cámara junto con mi imagen también sobre la mesa y seguí indagando en el baúl. Dentro había dos libros. Los saqué con cuidado. Uno de ellos tenía las tapas de cuero y era bastante grande. No había nada escrito sobre ninguna de ellas. El otro, más pequeño, con las tapas más sencillas, titulaba en la portada lo siguiente: Recuerdos del olvido. No ponía ninguna referencia a su autor.

Aparté la cámara a un lado y coloqué los libros encima de la mesa. Abrí el de tapas de cuero. Era muy pesado y grueso. Dentro, en vez de hojas, había plásticos transparentes con pequeños departamentos en los cuales había imágenes parecidas a las que sacaba la cámara. Algunas parecían recientes y otras, para mi sorpresa, no tanto.

Fui pasando los plásticos, escrutando las imágenes. Se veían a personas

sonrientes en tabernas disfrutando de una cena. En una de ellas aparecía Pat. Parecían reuniones clandestinas de la amapola, ya que se veía la misma en varias camisetas de los presentes, además de una bandera en una de las paredes.

Eran una cantidad inmensa de imágenes. Podía ver diferentes paisajes de la isla, además de personas en diversas situaciones. A medida que avanzaba por el libro, las imágenes se revelaban de diferente tamaño y, al menos eso creía, más viejas. Lo intuía por el aspecto macilento de muchas de ellas. Imágenes de monumentos construidos a lo largo y ancho de todo el planeta. Paisajes naturales, algunos extraordinarios. Ciudades vistas desde el aire. Automóviles, aviones, motocicletas, cuyo diseño no me eran reconocibles. En la última parte del libro, las imágenes eran en blanco y negro. Reflejaban situaciones también irreconocibles. Personas muertas, vestidas con uniformes, sujetando entre sus brazos lo que parecían armas de fuego bastante arcaicas. Eran recuerdos de nuestra historia, algo negado en nuestra sociedad actual. Me parecía esplendoroso. Nunca creí que me importara tanto nuestra memoria. Negábamos nuestra historia y, con ello, nuestra propia vida. Mi concepción del mundo había cambiando radicalmente en un instante, y me asustaba. También veía a Pat con diferentes ojos. No sabía qué hacer.

Cerré el libro, suspirando. Abrí el otro para echarle un vistazo. No tenía índice y tenía el aspecto de ser un borrador. Dos hojas en blanco. La tercera, como no, el dibujo de la sempiterna amapola, hecho a mano. En la siguiente comenzaba el texto, que me puse a leer:

Desconozco como ocurrió. Fue tan rápido y preciso como el ataque de una serpiente. Ni siquiera sus máximos adeptos previeron semejante éxito, mientras que sus detractores no le daban la mínima importancia.

Todo comenzó como suelen empezar este tipo de cosas. El mundo seguía siendo la eterna cloaca sobre la cual permanecía en vigor la constante batalla ideológica. Cada persona daba su receta para solucionar los graves problemas que el mundo acarreaba desde el inicio de los tiempos. Recetas que, como era claro y notorio, al menos para un grupo de personas entre las que yo me encontraba, nunca habían funcionado de manera óptima. Capitalismo, comunismo, liberalismo, proteccionismo, nacionalismo y así un largo etcétera de pensamientos económicos y sociales iban librando su pequeña guerra para imponerse por encima de los hechos. Cuando uno no funcionaba, se implantaba otro que lo sustituía. Y así sucesivamente, convirtiendo la historia en un bucle imperecedero de fracasos. Era obvio. Se

aplicaba lo que ya había fallado. Sin embargo, los fanáticos seguidores de cada corriente defendían su posición con uñas y dientes. Unos, lo hacían por interés particular, obteniendo réditos del éxito de su ideología. Otros, la gran masa social, creían con fe ciega en un determinado pensamiento y no lo cuestionaban en absoluto. Así era el mundo y seguía girando.

Pero, en un momento de nuestra vergonzosa historia y, coincidiendo con una nueva crisis económica que sucumbió al primer mundo (el resto ya estaba acostumbrado y se aceptaba como algo normal) en una miseria inasumible, un pequeño grupo de liberales radicales comenzaron a difundir su discurso. Defendían que la solución a las cíclicas crisis económicas y sociales era la desaparición absoluta de los gobiernos que, vendidos a las grandes multinacionales, oprimían junto a éstas a la población mediante el saqueo constante de su riqueza, la cual sólo era repartida entre unos pocos privilegiados. Su principal mensaje giraba alrededor de la persona. Ensalzaban las capacidades de cada individuo convenciéndoles de su poder para salir adelante sin la ayuda de nadie y, por lo tanto, nadie tenía derecho a gobernar ningún aspecto de su vida y, mucho menos, su patrimonio. Este mensaje, añadido a una sociedad crecientemente narcisista fue calando entre la población. Al principio nadie le daba la más mínima importancia a este movimiento dado que cuando ocurrían crisis de semejante índole, se hacía precisamente lo contrario. Los estados, con la riqueza de todos, rescataban la economía. Sin embargo, la manera de rescatarla, fue un punto a favor de este nuevo movimiento hiperliberal. El rescate también favorecía a los mismos que habían hundido a la sociedad. Y ellos, introdujeron este hecho en su discurso, que les ayudó a coger fuerza.

Al principio surgieron pequeñas comunidades del tamaño de barrios que, desobedeciendo la leyes, se negaban a pagar los preceptivos impuestos y declarando una especie de independencia, creando incluso su propia moneda y organizándose en función de los dogmas del movimiento. Nadie les dio la mínima importancia, pensando que eran grupos de chalados que no tenían ni idea de lo que estaban haciendo y que pronto toda esa nueva moda ideológica caería por su propio peso.

Sin embargo, cual secta religiosa, estas comunidades fueron extendiéndose en progresión geométrica, permeando su idea por toda la sociedad. Se formaban en torno al poder adquisitivo de sus habitantes. Cualquiera podía pertenecer a la comunidad que deseara, el único obstáculo era, como no, el dinero. Pretendía dar una falsa imagen de libertad. Los

gobiernos, superados por los acontecimientos, enviaron a sus cuerpos de seguridad para eliminar el avance de este nuevo orden mundial, fracasando estrepitosamente y aumentando el odio hacia los gobernantes. Incluso muchos miembros de estos cuerpos de seguridad desobedecieron las órdenes y se unieron a sus compatriotas con la finalidad de derrocar a esa burocracia que ellos consideraban la única culpable de la situación en la que se encontraban.

El primer país en conseguir la implantación del nuevo sistema fue Estados Unidos, algo lógico debido a su idiosincrasia históricamente liberal. Le siguieron...

No comprendía muy bien lo que estaba leyendo. El autor seguía explicando pormenorizadamente cómo se había implementado a lo largo del planeta nuestra actual forma de vida. Yo, perplejo con la lectura, desconocía que hubieran existido otro tipo de sistemas, como él los definía, en épocas pretéritas. Nadie, al menos que yo conociera, cuestionaba nuestra sociedad. El autor también hablaba de países que, por lo que yo entendía, eran como nuestras actuales comunidades pero con un tamaño mucho mayor y en los cuales había personas que legislaban, lo que el escritor denominaba gobiernos.

Seguí leyendo, estupefacto. Era difícil de creer todo lo que el autor expresaba en el texto. Quizás fuera una invención de los miembros de la amapola para cuestionar nuestra sociedad y hacernos ver que existían alternativas. Yo ya había leído libros de ciencia ficción basados en ucronías cuyos autores poseían una imaginación desbordante. Sin embargo, real o ficticio, la historia me apasionaba.

De todas formas, este nuevo individualismo no fue lo peor. Era una nueva moda ideológica que, aunque se había establecido en todo el planeta, caería cuando la gente se percatara de que padecía los mismos defectos que otras y, así, volveríamos de nuevo al bucle ideológico.

Sin embargo, la ciencia, defensora como nadie de los hechos objetivos, sería la causante de la auténtica catástrofe. La manipulación de la mente se hizo realidad. Quién quisiera, podía hackear su cerebro, librándose de nocivos recuerdos que fueran un lastre para su vida cotidiana.

Esto fue aprovechado como nadie por los más acérrimos defensores del novedoso sistema social recientemente implantado. Argumentaron que la verdadera libertad de la sociedad llegaría con la eliminación de la historia, al igual que la libertad individual se conseguía borrando recuerdos que te

impedían seguir adelante. Borrando la historia, decían, eliminaríamos los recuerdos de ideologías, de guerras y conflictos que permanecían latentes y que generaban el odio entre las personas.

Tengo que reconocer que esta premisa me desconcertó. Parecía plausible que si por ejemplo elimináramos las atrocidades cometidas por ciertos grupos de personas sobre otros, empujados por ideologías racistas, nacionalistas, imperialistas o simplemente por conquistar un territorio, podríamos eliminar el germen de odio que permanecía a lo largo de múltiples generaciones. Sin embargo, después de un profundo proceso de meditación, llegué a la conclusión de que las razones para los conflictos siempre existirían y que la principal forma de erradicarlos era recordar las barbaridades que se hacían en ellos.

Algunos peleamos para evitar semejante inquina, pero fue infructuoso. La inmensa mayoría de la población aceptó la eliminación de la historia sin discusión. Cual rebaño, siguieron a sus pastores hasta el final. Se destruyó todo lo que rezumara, por mínimo que fuera, a historia. Libros, películas, música, objetos de todo tipo y los servidores de la red para que no quedara el más mínimo rastro. Los que nos oponíamos, guardamos todo lo que pudimos, uniéndonos en un movimiento que denominamos La Amapola, en honor al símbolo que recordaba a los caídos durante la primera guerra mundial y que queríamos que se convirtiera en el símbolo del recuerdo de toda la historia.

Han pasado varios años del comienzo de todo y cada vez es más difícil defender nuestra posición. Los hackers están extendidos por todo el planeta y las personas aceptan su vida, aunque sea penosa. Es el poder de la ideología. Nadie quiere que le hables de historia, ni que les hagas una simple fotografía para que tengan de recuerdo. Lo rechazan con una vehemencia que nunca había visto. Es muy difícil conseguir la afiliación de más miembros y, esto unido a la desaparición de muchos de nosotros debido principalmente a la manipulación mental, hace que cada vez seamos menos.

Seguiré escribiendo estas páginas como si se tratara de una especie de diario para detallar nuestra lucha, hasta el final de mis días. Espero que después alguien siga mis pasos y sea el guardián de los testigos de la historia que varias personas custodiamos a lo largo y ancho del planeta.

Al parecer, y si no entendía mal, más personas guardaban libros como aquellos que tenía frente a mí, u objetos representativos de la historia de la humanidad. No tenía duda, aunque mi forma de pensar me exhortara a

contradecirlo, que aquella historia no era ficción. Era totalmente cierta. Yo me consideraba un gran defensor de nuestra sociedad tal y como era, pero sentía una extraña curiosidad por conocer esos otros sistemas de los que el autor hablaba. Todo eso era francamente interesante.

Seguí leyendo con mucha atención lo que aquel desconocido hombre relataba. En las siguientes páginas contaba la historia diaria de su lucha en el movimiento de la amapola. Nada interesante y que yo no supiera.

Iba a cerrar el libro, cuando me pareció oír un ruido en el exterior de la estancia. Salí precipitadamente, dejando los libros, la cámara y la fotografía sin guardar. Cuando salí por la puerta, vi para mi sorpresa la presencia de cuatro guardias urbanos en el hall de la entrada. Dos de ellos ayudaba a Pat, que ya estaba despierto y apoyado sobre ellos, a salir de la mansión. Uno de los otros dos se percató de mí, avisando a los otros.

No entendía nada. Lo que pensé es que Pat se había despertado y liberado de las cuerdas, avisando así a la policía. Estaba acabado, aunque no podía pensar en eso. Corrí escaleras arriba y oí como los policías me perseguían, vociferando y ordenando que me detuviera.

El miedo me atenazaba e hizo que las piernas me fallaran y cayera de bruces contra las escaleras. Acto seguido, sentí un pinchazo en mi espalda y una dolorosa descarga eléctrica que me atravesó el cuerpo como un rayo.

16. Leo Sean Anderson

Entramos en la comunidad sin obstáculo alguno. Los controles fronterizos de entrada brillaban por su ausencia. No era de extrañar. Era una comunidad diferente a las demás. No era necesario suscribir una tarjeta ciudadana para poder residir en ella, de ahí su estado tan precario. Su existencia era el inevitable resultado de nuestro modo de vida. Si alguien no disponía del poder adquisitivo suficiente como para pagarse una tarjeta ciudadana en cualquier otra comunidad, en algún sitio tenía que vivir.

Llevábamos varias horas de viaje. Yo y mi extraño compañero apenas habíamos intercambiado dos palabras. Para ser un adolescente, tenía un adusto carácter. No me gustaba nada su forma de ser. Con el ceño constantemente arrugado daba la sensación de que había nacido enfadado. Menudo personaje.

Nuestro cometido era bastante sencillo. Debíamos convencer a dos personas para que se trasladaran a nuestra comunidad y se unieran al movimiento. No sería muy difícil de conseguir, ya que recibirían un salario por hacerlo y creo que, de los habitantes de esa comunidad, muy pocos se negarían.

Desconocía totalmente como vivían los residentes del lugar. Era la primera vez que me adentraba en ese ignorado territorio y, para decir verdad, estaba un poco asustado. Conociendo el nivel de delincuencia existente en el resto de la isla, no me podía imaginar lo que allí nos encontraríamos. Cierto era que portábamos un arma cada uno, que Logan nos había proporcionado, pero no las tenía todas conmigo.

La tartana con la que circulábamos parecía un coche de lujo en comparación con el estado del asfalto. Era francamente lamentable. Al carecer de una verdadera comunidad, nadie contrataba a empresas de obra civil que se encargaran del mantenimiento del pavimento. El único dinero que se dedicaba a infraestructuras era el que los ciudadanos de otras comunidades destinaban en forma de donativos. Muchos de ellos, sobre todo los más ricos, se sentían mejor al realizar los mismos. Hipocresía barata.

Un hedor insoportable me obligó a contener la respiración. Escruté a través de la ventanilla a ver si veía algo que me indicara de dónde procedía semejante olor. A mi derecha vi como nos acercábamos a un inmenso vertedero. En mi vida había visto cosa igual. Enormes cantidades de basura

se extendían en el horizonte. Un gran número de camiones entraban y salían del vertedero por varios accesos, echando sobre él toda la mierda que transportaban. Me fijé en la rotulación de los mismos, percatándome de que pertenecían a las empresas encargadas de la recogida de basura del resto de las comunidades de la isla.

—¿Qué es todo esto? —le pregunté a Li con curiosidad.

—Es donde va a parar toda la basura que generamos en el resto de las comunidades. ¿O pensabas que desaparecía por arte de magia? —respondió irónico.

—¿Y las empresas pagan por ello? —pregunté, ingenuo.

Li se limitó a echar una pequeña carcajada, corroborando mi inocencia.

Estaba perplejo. Toda nuestra porquería iba a parar a aquel lugar. Llenábamos de suciedad esa parte del territorio de la comunidad sin ningún tipo de contraprestación. Pensándolo bien, seguro que muy pocos, por no decir nadie, estaría dispuesto a pagar por eso, ya que supondría un aumento en el coste de la tarjeta ciudadana. El dinero era el que dominaba todos los aspectos de la sociedad.

Seguí observando el inmenso basurero. Pasábamos cerca de la verja que lo separaba de la calzada de la carretera. Cientos de pájaros sobrevolaban el mismo. Ratas de enorme tamaño y otros animales de especie parecida aparecían y desaparecían entre la montaña. Pero lo que me dejó mudo, con un tremendo nudo en la garganta, fue la cantidad de personas, la mayoría niños, que buscaban entre la basura. Se movían lentamente para evitar caerse, mientras removían cartones, papeles y plásticos en busca de algo útil o alimento que llevarse a la boca. Su aspecto les delataba. Los pocos adultos que había eran enjutos, con una cadavérica constitución que aterrorizaban. Los niños, descalzos y vestidos sólo con pantalones cortos, mostraban una prominente barriga consecuencia de una mala e insuficiente alimentación.

Nadie se fijó en nosotros, excepto uno de los niños que se incorporó y se quedó mirándome fijamente. Su mirada carecía de brillo, ese brillo tan especial que tienen cuando aún no son conscientes del duro mundo en el que viven. Pero esos sí, ya lo sabían. Su infancia había desaparecido al nacer. Se la habíamos arrebatado, al igual que la esperanza de un futuro mejor.

Mi vi obligado a apartar mis ojos de los del niño. Su lacerante mirada daba la sensación de culpabilizarme por lo que le estaba ocurriendo. No era de enfado, sino de tristeza, como si me pidiera que hiciera algo por él. Algo que le ayudara a salir de su infame situación. En ese preciso instante, recordé a

Brian, deslizándose una lágrima por la mejilla. Podría ser perfectamente uno de esos niños, sólo el azar lo había impedido. Los seres humanos estamos en el mundo para evitar, en la medida de lo posible, que exclusivamente la suerte marque nuestro destino. Por desgracia, no vivimos en ese planeta.

Fuimos alejándonos del vertedero a la máxima velocidad que nos permitía el coche y la carretera, la cual estaba literalmente desapareciendo. Nos guiábamos por la marcas de rodaje de los vehículos que transitaban por ese territorio compuesto exclusivamente de arena. Al menos no teníamos que padecer el continuo traqueteo producido por el bacheado del pavimento.

Era una zona desértica, sin la más mínima vegetación. La vista se perdía en el horizonte, con un sol de justicia que gobernaba los cielos. Hacía un calor insoportable. Me dispuse a bajar la ventanilla, pero Li me advirtió que no lo hiciera. Fuera se levantaba mucha polvareda y podía entrar dentro del habitáculo.

Seguimos avanzando por aquel territorio abandonado. Durante una gran parte del trayecto vi pequeños poblados compuestos de diminutas casas construidas con materiales que aparentaban ser poco consistentes. En ellos había mujeres trabajando, preparando algo de comida, cuidando de sus bebés o simplemente contemplando la vida pasar. Intuí que allí es donde vivían también los hombres y niños que estaban buscando en el inmenso vertedero que habíamos dejado atrás.

El viaje parecía eterno. Mi compañero no hablaba nada, sin dar pie a ningún tipo de conversación. Nunca había conocido a una persona tan parca en palabras. Era insoportable el silencio, ya que hacía que constantemente pensara y le diera vueltas a la situación en la que se encontraba mi relación con Raquel. Seguía igual, sin hablarme. Lo cierto es que cada vez me importaba menos. Estaba comenzando a adaptarme a ello. Después de mucho meditar, me di cuenta de que yo no tenía culpa de nada. Su enfado era absolutamente infundado y yo no intentaría nunca más acercarme a ella. Le tocaba a ella dar el paso.

Un ensordecedor ruido me expulsó de mis pensamientos. No veía de dónde procedía semejante molestia, hasta que, después de dejar atrás una pequeña loma, vi como se abría un enorme claro a mi derecha que estaba lleno de enormes camiones. Su tamaño era impresionante. Los neumáticos tendrían por lo menos la altura de tres hombres y podrían cargar toneladas de cualquier material.

Era una mina a cielo abierto. Las terrazas artificiales formadas por la

excavación y el uso de explosivos, conformaban la particular estructura de este tipo de yacimientos. Podría ser de cualquier mineral. Oro, diamante, bauxita, rutilo o carbón. Extraían de todo en los múltiples yacimientos existentes en ese territorio del sur.

Los camiones cargaban el mineral y se iban. Me fijé, al igual que lo había hecho con los del vertedero, en la rotulación de los camiones. Eran grandes empresas mineras que explotaban los recursos del subsuelo enriqueciéndose con algo que debía ser de todos. Era algo que no conseguía entender. Podría ser razonable que alguien que inventara algo, o montara una empresa de cualquier cosa y lo hiciera bien mejorando la misma, pudiera ganar mucho dinero. Pero algo que estaba bajo la tierra, debía pertenecer a todos los ciudadanos de la misma.

Me dolía el culo de estar sentando. Li seguía conduciendo, impasible. Quizás era la juventud lo que le daba tanta energía, pero yo no podía aguantar más. Necesitaba salir del coche y dar un pequeño paseo.

—Li, deberíamos parar. Me están empezando a doler las piernas de tenerlas tantas horas embutidas en esta tartana.

—No te preocupes. Pararemos en breve. Estamos llegando al lugar ideal. Nos estamos acercando a un pequeño río, así podremos refrescarnos un poco.

Encogí los hombros, incrédulo. Creía que Li me estaba tomando el pelo, pero me mordí la lengua ya que no tenía la más mínima intención de ponerme a discutir. Delante de nosotros sólo se veía polvo y arena. ¡Qué coño me decía ese barbilampiño!

Subimos una pequeña cuesta y en el cambio de rasante, tuve que tragarme mis pensamientos. Ante mi se presentó un valle verdoso y lleno de vegetación que era regado por el río que Li acababa de decirme. Bajando hacia él, la calzada de tierra se transformó en una de pavimento, bastante bien cuidado, por cierto. Bajé la ventanilla y un agradable frescor inundó el habitáculo. Respiré hondamente para disfrutar de esa maravilla.

Descendimos con rapidez por la pendiente hacia el nuevo paisaje que contrastaba radicalmente con el resto de la comunidad. Varias personas trabajaban en las plantaciones y cultivos que florecían alrededor del río. Inmensos terrenos labrados se extendían perdiéndose en el horizonte. Estábamos pasando por al lado de una plantación destinada a diversos tipos de vegetales y hortalizas. Tenían una pinta excepcional. No recordaba haber comido unos tomates con un rojo tan brillante como los que estaba viendo.

Li detuvo el coche a un lado de la carretera que penetraba por en medio de

los campos. Al posarme del coche entendí por qué nunca había comido hortalizas y vegetales como aquellos. Un camión de una afamada empresa de comida ecológica salía en dirección norte seguramente cargado con una gran cantidad de los sabrosos productos que proporcionaban esas tierras. Era la empresa más famosa de las que se dedicaban a distribuir ese tipo de alimentación. Los precios de sus productos eran prohibitivos para economías como la mía. Yo y mi familia nos teníamos que conformar comiendo verduras y hortalizas de invernadero, sin sabor alguno.

Varios agricultores se deslomaban trabajando bajo un insoportable calor mientras capataces sin escrúpulos les gritaban sin cesar todo tipo de insultos e improperios. Seguramente trabajaban de sol a sol por un salario de mierda, lo que hacía que empresas como aquella pudieran maximizar sus beneficios cobrando auténticos dinerales por sus productos. Qué mierda de mundo.

—Estiremos un poco las piernas. Necesito descansar y refrescarme. El viaje ha sido largo y aún nos quedan unos veinte kilómetros para llegar a nuestro destino —dijo Lí.

Caminamos por un pequeño sendero que separaba dos plantaciones, una de tomates y otra de pepinos. No tenía ni idea que pretendía Lí. El río quedaba bastante lejos. Acceder a él sería una caminata sofocante y difícil, ya que tendríamos que pisar los cultivos.

—Perdone —escuché vociferar a Li—. Nos gustaría beber un poco de agua. Venimos de muy lejos y tenemos una enorme sed.

Uno de los agricultores se incorporó y miró para nosotros con gesto de extrañeza. No sabría adivinar su edad, pero parecía bastante mayor. Tenía la piel cuarteada debido a una vida de duro trabajo a la intemperie. Enjuto, tenía los ojos negros como el carbón y los cuatro pelos que le quedaban en la parte superior de la cabeza se movían al son de la brisa que refrescaba algo el ambiente.

El hombre cogió una manguera situada cerca de sus pies y nos la acercó amablemente. El agua emanaba fresquísima de su boca. Primero bebió Li, echando también agua por encima de la cabeza. Después yo hice lo propio. Tenía la boca tan seca que casi me atraganto al beber por el ímpetu que puse.

—Tomar estos tomates —nos dijo el agricultor, dándonos uno a cada uno.

—Muchas gracias —respondí, devolviéndole la manguera—. Es usted muy amable.

—No hay de qué, hombre. Esto me permite descansar durante un rato y charlar con gente desconocida, que siempre viene bien.

—¿No te reñirá el capataz? —indagué, curioso.

—No. Cuando viene gente de fuera nos anima a que seamos los más respetuosos y amables posible. Quieren dar una imagen irreal de lo que verdaderamente son. Es la hipocresía imperante en la sociedad.

El anciano de voz quebrada parecía bastante lúcido y de un nivel cultural alto. No me pegaba con la idea que yo tenía de un campesino y, menos, de esa comunidad.

—¿De dónde venís? —nos preguntó.

—De la comunidad del gran puerto —contesté mientras Li se alejaba de nosotros. Al parecer no le interesaba conversar. Capullo.

—¡Vaya! Está bastante lejos. ¿Qué tal las cosas por allí?

—Pues no muy bien. La eterna crisis ha hecho perder muchos trabajos y los que quedan están cada vez peor remunerados. No se vislumbra ningún futuro.

—Al menos tenéis infraestructuras decentes y buenos médicos a los que acudir en caso de enfermedad. Aquí cada día puede ser el último. Como cojas cualquier tipo de enfermedad, estás jodido.

—Es cierto —asentí—, pero hay que tener dinero para pagarlo, como en todos los sitios —sonreímos—. ¿Cuánto ganas aquí, sino es una pregunta indiscreta?

—Quinientos por doce horas de trabajo.

—¿Quinientos? —pregunté, enarcando las cejas—. ¿Cómo podéis vivir con esa cantidad?

—Pues bastante mal. Más que vivir, sobrevivimos. Y tengo que decir que soy un privilegiado. La mayoría de la población de esta comunidad no tiene nada que llevarse a la boca y muchos mueren de inanición, incluso los niños. Es horrible. Si fuera más joven me largaría de aquí. Tenía que haberlo hecho hacía varios años, pero tenía miedo abandonar el trabajo y no encontrar nada en otro lugar. ¿Y tú?

—A mi me despidieron hace dos días de mi empleo de estibador en el gran puerto.

—¿Llevabas mucho tiempo allí?

—Más de diez años.

—¿Y por qué te despidieron?

—Casi me cargo al encargado estrangulándolo —reí.

—No jodas —dijo el anciano sorprendido—. ¿Y por qué lo hiciste?

—Un compañero acababa de morir por culpa de no tener la maquinaria

con la revisión imperativa. Y ya iban varios accidentes.

—Entiendo. Aquí es raro que no muera alguien todas las semanas. No por la maquinaria, pero si por golpes de calor y agotamiento extremo. Me gustaría coger al capataz y hacerle lo mismo que tú, pero tengo una familia que mantener.

—Yo también, pero me pudo la rabia. Ver a ese capullo indiferente ante la muerte de una persona hizo que saltara sobre él con una furia incontenible. Pero en fin, la verdad es que no me arrepiento. Lo volvería a hacer.

El campesino asintió, sonriéndome. Me miraba con una expresión como el que mira a una especie de ídolo. A pesar de ser personas de mundos aparentemente diferentes, teníamos muchas cosas en común.

—¿Y qué hacéis por aquí? ¿Estáis buscando trabajo?

—No, no —negué— Somos del grupo...

—Vámonos Leo. Es tarde y aún nos queda el viaje de vuelta —me interrumpió Li bruscamente agarrándome con fuerza por el brazo. ¿Pero qué coño le pasaba a ese tío?

—Suéltame el puto brazo —le dije, serio.

—Perdona, pero es tarde —dijo, soltándome ante mi furiosa reacción.

Me despedí del amigo, tal cual lo consideraba, alzando el brazo. El hizo lo mismo, volviendo a su dura y poco fructífera tarea. Me metí en el coche y miré para el gilipollas de mi compañero durante un instante. Tenía ganas de romperle esa cara de imbécil que siempre traía, pero me contuve, no sin esfuerzo.

Nos alejamos a toda velocidad del lugar, dejando atrás los campos de cultivo. Eran aún más extensos de lo que se intuía cuando se miraban desde la lejanía. Con todo ese terreno de labranza, no entendía como había personas que pasaban hambre. Muchas de las empresas dedicadas a la distribución de alimentación preferían tirar la comida que donarla a la gente necesitada. Era una ignominia que yo había visto con mis propios ojos y de la cual me sentía avergonzado por pertenecer a una especie tan cruel y despreciable.

El terreno volvió a cambiar al color anaranjado típico de las zonas áridas. Volvió a levantarse una molesta polvareda, lo que me obligó a cerrar de nuevo la ventanilla. Eché un mordisco al tomate que todavía tenía en la mano. Incluso sin aliñar estaba exquisito. Era una auténtica delicia. Pensé que a partir de ese momento me costaría comer las verduras que solía comprar en mi tienda de ultramarinos habitual. Sin embargo, debido al prohibitivo precio que tenían esos productos, no me quedaría que seguir haciéndolo,

embadurnándolos en vinagre y sal para disfrazar su insípido sabor.

Después de otra hora de viaje, llegamos a una especie de poblado ubicado en medio de la nada. Lí no entró en él. Se limitó a girar a la derecha, aparcando el coche a unos cien metros del mismo. El comportamiento de aquel personaje me parecía cada vez más extraño. Su forma de moverse, su mirada y sus arrebatos como el hecho de cogerme por el brazo para llevarme de un lugar como si fuéramos familia, no me inspiraban ninguna confianza. Debía estar atento.

—¿Qué hacemos aquí? — pregunté extrañado.

—Es nuestro destino.

Estábamos en un mercadillo. Lo confirmé en cuanto nos introducimos entre los tenderetes que a ambos lados de un terreno arenoso se colocaban en hilera a lo largo de unos cien metros.

Todos eran iguales. Un techo en forma de paraguas que parecía hecho de piel de algún animal desconocido por mí, protegía del sol y, si alguna vez llovía por aquellos lugares, de la lluvia, al vendedor que ofertaba sus productos exponiéndolos encima de una pequeña mesa de madera. Vendían alimentos, bebidas, todo tipo de textil, fruslería de diferentes tamaños y colores para adornar la casa o el cuerpo, objetos de madera hechos de forma artesanal, e incluso animales.

El mercado estaba abarrotado. Cientos de personas se agolpaban delante de los tenderetes para adquirir alguno de los artículos expuestos, regateando el precio sin ningún pudor. La vestimenta de todos los allí presentes, era bastante andrajosa, dando una imagen de precariedad.

Ya me lo había advertido Logan. Tenía que vestirme también de esa manera, como lo había hecho, para pasar desapercibido entre los habitantes de esa comunidad. La seguridad ciudadana brillaba por su ausencia y si intuían que teníamos alguna cosa de valor nos podrían incluso matar para hacerse con ella.

Pasábamos entre la gente sin acercarnos a los puestos. Yo seguía a Lí como la oveja que sigue al pastor. No entendía qué hacíamos allí. Creía que íbamos a ir a la ciudad a buscar a dos hombres para sacarlos de la penuria y me encontraba paseando por el medio de una especie de zoco.

—¿Qué coño hacemos aquí? —le volví a preguntar, enfadado.

—Ya te lo he dicho. Aquí está lo que hemos venido a buscar —dijo, mirando continuamente para todos lados.

—Pensaba que íbamos a ir hasta la ciudad.

—La ciudad está lejos y aquí encontraremos lo que hemos venido a buscar. En cuanto lo consigamos nos iremos de nuevo hacia el norte y podremos salir rápidamente de la comunidad.

Cuando consigamos el qué, me pregunté. Teníamos que convencer a dos personas para que se unieran al grupo, nada más. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo. Lí superaba mi comprensión. Mira que había conocido gente rara, pero nadie como él.

—Ven, rápido —me dijo, tocándome en el pecho con el dorso de su mano.

Le seguí hasta el hueco que separaba dos de los tenderetes. En él había un niño de unos cinco años de edad. Era increíblemente guapo. Tenía la piel morena y unos ojos verdes que resplandecían con la luz del sol.

Nos acercamos al niño. Lí no dejaba de mirar para todos lados. Se agachó junto al pequeño y le ofreció unas chocolatinas. ¿Qué coño pasaba? ¿Qué pretendía aquel gilipollas?

—En mi coche tengo más —le dijo Lí al niño—. ¿Quieres venir conmigo?

El pequeño asintió, con rostro de inocencia. Lí se puso detrás de él cogiéndole por los hombros para que caminara. Me miró, haciéndome un gesto con intención de que les siguiera.

—¿Qué cojones haces? ¿Adónde vas con ese niño? —pregunté cabreado, siendo yo el que esta vez le cogía por el brazo.

—Calla coño y vamos para el coche —exclamó mientras miraba para la zona del mercado.

—¡Que no, joder! Deja al niño aquí.

Me apetecía romperle la cara. El hijo de puta quería secuestrar a un niño delante de mis narices. No lo iba a permitir. Bajo ningún concepto.

Cuando estaba a punto de pararle los pies a ese imbécil, escuché como un grupo de personas gritaban tras de nosotros palabras ininteligibles. Eché un pequeño vistazo, cuando observé que un grupo de personas portando cuchillos y palos venían hacia nosotros, furiosos.

—¡Vámonos! —vociferó Lí.

Cogió al niño en brazos y corrió hacia el coche. Yo les seguí lo más rápido que podía mientras miraba de vez en cuando hacia atrás. La muchedumbre nos ganaba terreno y no creía que el diálogo sirviera de nada. Sabían que queríamos irnos con el pequeño y nos golpearían hasta la muerte sin mediar palabra. ¡Cago en la puta! ¿En qué me había metido?

En ese preciso instante comprendí la absurda forma de actuar de mi acompañante. El porqué de sus cortas respuestas ante mis preguntas y su

manera de alejarme de mi conversación con el anciano campesino. Pensé, pero sólo era una intuición, que por esos lugares ya conocían la forma de actuar del movimiento. Yo, ingenuo, desconocía que hicieran semejantes atrocidades, como era secuestrar a un niño. Raquel tenía razón. Siempre había sido más intuitiva que yo.

—¡Saca la pistola y dispara al aire! —me ordenó Li.

Lo hice. Saqué el arma y disparé dos veces al cielo. La muchedumbre se paró en seco, asustada. Todos se encogieron y agacharon temiendo que los pudiera matar. No era en absoluto mi intención, pero si me veía en peligro de muerte, no me quedaría otra que hacerlo.

Esto nos dio el tiempo suficiente para llegar al coche. Li soltó al pequeño en el asiento de atrás, como el que suelta mercancía encima de un palet. El chiquillo me lanzó una mirada, aterrorizado. Me daban ganas de sacarlo y dejarlo allí. Podíamos hacerlo perfectamente.

—Tú conduces —Me dijo Li, dándome las llaves y sentándose en la parte de atrás junto al niño.

Adiós a mis planes. Observé como la muchedumbre se acercaba de nuevo, sin miedo. Introduje la llave en el contacto y arranqué. Menos mal. Por un instante pensé que esa chatarra nos dejaría tirados y no me quedaría otra que asesinar a alguien. Giré el volante ciento ochenta grados y nos fuimos de allí a toda velocidad.

Vi por el retrovisor cómo nos alejábamos del lugar y como el grupo de personas que nos perseguían se paraba en seco. Mis ojos se detuvieron en una mujer que se tiró al suelo, llorando desconsoladamente. Seguro que era la madre del pequeño. ¡Joder, qué estaba haciendo!

—¿Qué coño pasa aquí? ¿Por qué hemos secuestrado a ese niño? O me contestas, o detengo el coche ahora mismo —dije, completamente enfurecido.

—Logan te lo explicará todo.

—Hazlo tú o paro ahora mismo.

—Si paras, nos matarán. Sin juicio ni nada.

—Dejaremos al niño y nos iremos.

—De eso nada —escuché como ese cabrón amartillaba su pistola, apuntándome a la cabeza—. No quería hacer esto, pero no me has dejado otra opción. Conduce sin parar hasta el refugio. Como te he dicho, Logan te lo explicará todo.

Maldita sea. Li era capaz de matarme, lo veía en su rostro. Logan me lo

explicaría todo. Qué cojones me iba a explicar. Acababa de secuestrar a un inocente niño. No existía justificación ninguna para cometer un acto tan reprobable.

Aceleré y nos largamos de la comunidad a toda leche. Tenía que pensar lo que iba a hacer a partir de ahora. Por supuesto, no seguiría en el movimiento, pero tanto Logan como Li tenían que pagar por lo que me habían obligado a hacer.

17. Ray Carmichael

No intercambiamos ningún tipo de conversación durante el viaje. Lía se mostraba distante a raíz de mis comentarios sobre nuestra relación. Lo cierto era que me atraía de una forma que no podía describir y ella notaba mi ansiedad por agradarla. Tenía el control de la situación, y lo sabía. Su forma de actuar me confundía. No era capaz de adivinar si pensaba con rotundidad que sólo éramos dos adultos atraídos físicamente. Esa afirmación me había hecho un daño inimaginable. Sus gestos y su trato hacia mí, denotaba que no tenía ninguna intención de relacionarse conmigo más allá de echar algún polvo de vez en cuando, pero yo no iba a cejar en mi empeño de conquistarla. La quería. Era absurdo, sí. Una joven a la que acababa de conocer hacía estremecer todo mi cuerpo y no podía evitarlo. Era un instinto incontrolable y era empujado a sentirlo sin posibilidad de ocultarlo. Un hombre maduro como yo convertido en marioneta de una cuasi adolescente. Podía hacer conmigo lo que quisiera y yo lo aceptaría.

Obtuvimos el permiso para acceder a la casa de Pat, no sin problema. En primera instancia, el juez al que acudimos no aceptaba como válido mi certificado de detective privado. Argumentaba que la ley había sido modificada y que necesitaba un nuevo certificado expedido por su comunidad ya que no aceptaban desde dicha modificación certificados de otras comunidades. Hubiese sido un obstáculo insalvable sino hubiese sido por Lía. Para mi sorpresa, deslizó un buen fajo de billetes delante del juez preguntándole si ese certificado era válido. Éste, sin mediar palabra, guardó el dinero y nos facilitó la orden. Corrupto de mierda. La verdad es que me había asustado cuando Lía le planteó el soborno. La burocracia en esa comunidad estaba bastante bien remunerada pero, por lo que veía, un sobresueldo nunca venía mal. Si no lo llega a aceptar, nos podríamos haber metido en un grave problema. Parecía que Lía entendía mejor que yo el funcionamiento de nuestro mundo plagado de corruptos como aquel juez. Me hubiera gustado romperle la cara.

La casa del falso acaudalado era realmente impresionante. Poseía toda la opulencia de ese tipo de mansiones. No me imaginaba como el movimiento de la amapola podía disponer de semejante dispendio. Algunos de sus benefactores tenían que ser realmente poderosos.

Al inicio de la enorme escalera que conducía a la entrada, dos guardias

urbanos conversaban plácidamente mientras se fumaban un cigarrillo. Alertados por nuestra presencia, dejaron de hablar y se irguieron, pisando las colillas. Nos preguntaron qué hacíamos allí y Lía les enseñó el permiso que nos facilitaba el acceso a la mansión, dejándonos pasar.

El interior era aún más impresionante que el exterior. La opulencia mostrada me parecía vomitiva. Yo, que había visto a personas arrastrándose literalmente por la calle antes de morir de inanición, no entendía cómo podíamos permitir semejantes diferencias.

—¿Cómo hace tu grupo para pagar y mantener esta finca? —pregunté a Lía.

—El grupo no gasta nada. Fue una herencia de una persona vinculada al movimiento que vivió hace muchos años y que, a pesar de ser rico, compartía nuestros mismos ideales.

—Con la muerte de vuestro compañero, ¿se quedará la comunidad con la finca? —seguí indagando ante la falta de convicción de la respuesta.

—No. La mansión es propiedad de otro miembro de nuestro grupo, aunque seguramente la venderemos —aclaró Lía, mientras miraba extrañamente para todos los lados.

—¿Qué ocurre? —pregunté, percatándome del estado de nerviosismo de Lía.

—Estoy comprobando que no hay más agentes de la policía dentro de la casa. Parece que es así.

Lía se dirigió con presteza hacia el lateral de la escalera de la derecha. Era una de esas escaleras dobles que permitían acceder a los pisos superiores por ambos lados del hall. La seguí como un perro faldero. Yo era el detective, pero no se preocupaba de preguntarme dónde podíamos buscar pistas que nos pudieran ayudar a esclarecer el asesinato de Pat. Estaba claro que su única intención era recoger lo que le había dicho su jefe.

En la parte inferior de la escalera había una puerta que no se veía sino te acercabas lo suficiente. Estaba candada. Lía sacó una llave y quitó el candado. Entramos en una diminuta estancia bastante descuidada y con varios enseres de limpieza. Lía se agachó, apartando con sus manos una raída y polvorienta alfombra, dejando a la vista la típica trampilla de los escondrijos de hackers. Levantó la misma y se dispuso a bajar por una escalerilla que conducía a una especie de sótano.

—¿Vienes? —me preguntó Lía deteniéndose después de meterse de espalda por el hueco y apoyando sus pies en la escalerilla.

—Sí.

Lía comenzó a descender por la estrecha y pequeña escalerilla posándose sobre un suelo arenoso. Yo hice lo propio, cerrando la trampilla tras de mí por orden de ella. Sentía una enorme curiosidad por saber qué era aquello tan importante que debía recoger.

El lugar era minúsculo. A duras penas cogíamos los dos. En la pared de la derecha, grisácea y descuidada, estaba pintada la sempiterna amapola. La pared de la izquierda era de piedra vista, tampoco demasiado cuidada. Parecían las ruinas de una antigua residencia. Un tablón unía las paredes de los fondos, ocupando la mitad del ancho del cubículo. Era realmente claustrofóbico.

Lía se agachó cogiendo de debajo del tablón una baúl con el grabado de la amapola. Lo colocó encima, abriendo los cierres. Dentro había lo que parecía una cámara de video y dos libros de diferentes tamaños, uno rojo y otro negro.

—¿Qué es todo eso? —indagué.

—No hay tiempo para explicaciones —dijo Lía con rotundidad, sacando una bolsa de tela negra de debajo de su cazadora y guardando el contenido del baúl en ella —Vámonos.

Permanecí en silencio. Esa mujer me trataba como una marioneta y no podía hacer nada por evitarlo. Mi cerebro respondía a sus órdenes rindiéndose sin oposición alguna. Temía decir o hacer algo que la pudiera ofender y dinamitar mis escasas posibilidades de conquistarla, si es que había alguna.

No tenía ni idea de para qué había bajado. Supuse que Lía quería mantener la empatía y mostrarme todo lo que hacía sin ocultarme nada para que no sospechara sobre sus actividades. No tenía la mayor importancia, porque siempre había estado seguro de que el movimiento ocultaba algo.

Me giré para subir de nuevo por la escalerilla, cuando tropecé con el pie con algún objeto situado también bajo el tablón. Me agaché para ver que había allí. Un pequeño taburete con el grabado de la amapola en el asiento. Me estaban dando arcadas de ver tantas veces aquella puñetera flor. Observé que había algo debajo de una de sus patas. Arrastré el taburete hacia afuera, trayendo con él lo que parecía un papel.

—¿Qué haces? —preguntó Lía—. Venga vamos, por favor.

—Un momento.

Levanté el taburete y cogí el objeto. Un doloroso latigazo me atravesó el

pecho. Era una fotografía. Todo el mundo había oído hablar de ellas, pero pocos habían tenido el privilegio o la maldición, según como se mirara, de ver alguna. En ella estaba mi cara, algo cortada. Podía ver mi rostro desde el labio superior hacia arriba. Tenía diferente aspecto. Pulcramente afeitado y con el pelo engominado. También quizás algo más joven, pero era yo, sin duda.

Mi terror se convirtió en una ira incontenible.

—¿¡Qué cojones es esto!?! —grité girándome hacia Lía, que hizo un pequeño movimiento espasmódico.

Le puse la fotografía frente a sus ojos. Perpleja, se quedó mirando un instante para ella y luego para mí.

—No.., no sé —balbuceó, trémula.

—Pues no saldremos de aquí hasta que me expliques qué coño hace mi cara en una fotografía en el escondrijo de vuestro compañero.

Escruté el rostro de Lía. Estaba asustada. Nunca se hubiera imaginado que yo, una persona que besaba el suelo por donde ella pisaba, pudiera tener ese colosal enfado. Sin embargo, tenía que entenderlo. Acaba de enterarme de que había sido objeto de una manipulación mental. No me importaba en absoluto sin perdía todas mis posibilidades de conseguir algo con esa joven mentirosa. Me sentía utilizado y llegaría hasta el final del asunto, costara lo que costara.

—De verdad, Ray. No tengo ni idea de qué ocurre. Te lo digo de veras. Créeme por favor. Salgamos de aquí y te ayudaré a descubrir por qué tu cara esta en esa fotografía.

Suspiré profundamente. No me fiaba ni un ápice de esa manipuladora. Debía meditar un plan para resolver todo ese asunto. Mi vida era una farsa. Estaba asustado.

—Haremos una cosa. Dame esa bolsa. Será mi garantía para que alguien me cuente la verdad.

—Lo que hay aquí es muy importante para nosotros e, incluso, para ti. Debo llevarla a un lugar seguro.

—¡Que me des la puta bolsa! —dije, sacando mi pistola y encañonando su preciosa cara.

Con ojos luctuosos y mirándome absolutamente aterrorizada, Lía obedeció mis órdenes sin decir nada. Su rostro, desencajado por mi reacción, emitía un destello de debilidad, el mismo que tenía cuando la conocí. Me daba pena, pero debía mantenerme firme. De ello dependía la historia de mi vida.

—Ahora salgamos de aquí —dije—. Tú primero.

Salimos del claustrofóbico e infernal cubículo. Caminaba detrás de Lía a un metro de distancia. Su sensual contoneo ya no tenía efecto sobre mí. Estaba literalmente sufriendo el significado de la famosa cita que decía que del amor al odio sólo hay un paso. Quizás estaba siendo sincera conmigo, pero no podía fiarme. Un foto mía junto a los objetos más preciados del movimiento, la delataba. Aunque ella no supiera nada, me conduciría a alguien que me diera una explicación.

Guarde mi pistola antes de cruzarme con los guardias apostados en la salida de la mansión. Seguían charlando desenfadadamente y nos miraron de soslayo sin darnos la mínima importancia. El pasotismo de ciertos trabajadores era sorprendente, aunque en esa ocasión nos venía bien. No tendríamos que dar explicaciones sobre la bolsa. Por un instante temí que Lía dijera a los policías que la estaba amenazando, pero no lo hizo. Un comportamiento normal, intuyendo lo importante que eran para ella los objetos que llevaba en la bolsa.

—Llama a un taxi —ordené a Lía, ya fuera de la finca.

—Pero, ¿adónde quieres ir? —preguntó con voz temblorosa.

—Iremos a donde tenías pensado entregar esta bolsa. Esperemos que allí haya alguien que me explique lo que está sucediendo.

—Pero...

—¡Ni pero ni hostias! Me vas a llevar, joder y, si se te ocurre intentar avisar a alguien de la situación, quemaré la puta bolsa.

Lía llamó al taxi, dándole la dirección de lugar. Nos sentamos en la parte de atrás y no mediamos palabra durante las más de cuatro horas que duró el viaje. Me llevaba hasta la comunidad vecina, donde yo había residido, supuestamente, durante toda mi vida, excepto los últimos cuatro meses. Me dolía el pecho de la ansiedad. Saqué la foto de mi bolsillo y la miré fijamente, escrutando cada detalle. Deseaba encontrar algo que me dijera que no era yo, que era otra persona. Pero no había duda. Me estaba volviendo loco. Recordaba a una esposa y a un hijo que quizás no existían. Sin embargo, seguía sintiendo el mismo amor por ellos. Habían hecho conmigo lo mismo que hizo mi esposa. Pero, ¿y si era yo el que había decidido cambiar mi vida? Otra posibilidad, estando la foto donde estaba, era que fuera un miembro de la amapola y que me hubieran detenido por algún delito, castigándome con el hackeo. Aunque no tenía demasiado sentido. La manipulación estaba destinada a la reinserción en la sociedad, cambiando el aspecto más negativo

de tu vida, pero manteniendo la estructura de la misma, como era tu estatus y entorno. Esto que me había sucedido, parecía un cambio radical de mi forma de vida. Pero qué más daba. Sólo eran tribulaciones y divagaciones de una mente modificada. Al fin y al cabo, yo era yo, con mi vida y mis recuerdos.

Nuestro destino era una de las zonas abandonadas de la comunidad industrial ubicada al sur del puerto. Estaba formada por antiguos bloques de barriadas donde antaño residían los trabajadores de las diferentes empresas allí instaladas. La deslocalización de muchas de ellas a otros lugares y comunidades más competitivas, se reflejaba en el lamentable aspecto de todas las infraestructuras, situación, que por desgracia, era bastante común en el mundo en el que vivíamos.

Antes de bajarnos del taxi, el conductor nos reclamo el debido dinero por la carrera. Con un ligero movimiento de cabeza, le indiqué a Lía que pagara. Su lacerante mirada me hizo entender que nuestra relación estaba conclusa. Me podía olvidar de una íntima relación y también de volver a probar su dulce cuerpo. Sin embargo, llegado a ese punto, no me importaba en absoluto.

Lía me guió hasta la puerta de un pequeño edificio situado al lado de un solar lleno de maleza y basura. Me fijé que en las maltrechas aceras por las que habíamos caminado, había restos de sangre reseca, una huella más de la impune violencia existente.

Lía golpeó con fuerza la puerta con sus nudillos. Lo intentó varias veces sin que nadie nos abriera.

—Hay un pasillo muy largo hasta la estancia donde se trabaja. Quizás no me oiga. Lo mejor es que lo llame por teléfono —dijo Lía, sacando el móvil.

—Espera —ordené, sacando la pistola—. Cómo digas algo sobre lo que está sucediendo, no lo cuentas.

Lía asintió con mirada de perro apaleado y llamó por teléfono indicando al interlocutor que estábamos allí mientras yo guardaba mi pistola.

José abrió la puerta. El chulesco barbilampiño era el encargado de recibirnos con su conocido rictus adusto. Menudo gilipollas. No se imaginaba lo que le esperaba.

—Traes lo nuestro —le preguntó a Lía.

Lía inclinó la cabeza hacia mí y yo moví la bolsa arriba y abajo para que José la viera. Alargó su brazo para cogerla, pero yo me resistí durante un instante, mirándole a los ojos y echándole una sonrisa. No le gusto demasiado el gesto.

Entramos y caminamos por un pasillo de unos diez metros, antes de girar a la derecha y entrar en una habitación. Le susurré a Lía que no hiciera ninguna estupidez. Debía percatarme de que no había nadie más antes de actuar.

En la habitación había una mesa de madera con un ordenador encima. En la pared de la derecha, la bandera de la maldita amapola y en la del fondo una especie de mural lleno de fotografías que no era capaz de distinguir desde la distancia pero que parecían cuerpos de personas.

—Estupendo —exclamó José, sacando los libros y la máquina del saco y poniéndolos sobre la mesa, al lado del ordenador—. Lo guardaremos aquí hasta que pensemos el lugar idóneo para hacerlo.

—Ponte donde él —le susurré de nuevo a Lía, que se colocó a la parte de allá de la mesa, junto a José.

Empuñé la pistola por debajo de la gabardina. Saqué la fotografía y la solté encima de la mesa, frente a José.

—¿Qué es esto? —dijo con desdén, mientras yo sacaba la pistola y le encañonaba.

—Dímelo tú —le dije, mientras él levantaba la cabeza.

—¿Qué haces? —preguntó enarcando las cejas, asustado.

—Quiero saber que hacía una fotografía de mi cara en la mansión de vuestro compañero. Sé que tenéis algo que ver con ello, así que, o me lo contáis u os meto una bala en vuestra puta cabeza.

—De verdad, de verdad, no tengo ni idea —balbuceaba José mientras levantaba las manos moviendo las palmas.

—Ya se lo dije yo —apuntó Lía.

—¡Tú cállate, puta zorra! Lo único que os interesaba era usar mi estatus de detective para recuperar vuestras cosas. En ningún momento queríais investigar el asesinato de vuestro compañero. Sois tan hijos de puta como los hackers. Yo diría que más. Al menos, ellos no se escudan bajo un disfraz de falsa solidaridad.

—Sí, te utilizamos, ¿y qué? —dijo José, vacilándome—. Nuestro compañero murió aquí mismo y no vamos a encontrar al culpable. Teníamos que recuperar estos libros y la máquina. Son importantísimos para nosotros y para el mundo de mierda en el que tú también vives. No tengo ni idea de qué hace tu rostro en esa fotografía. Pero, ¿sabes qué? No me importa lo más mínimo. Te jodes.

Disparé al hombro de ese subnormal, sin pensarlo. Nunca hubiera imaginado llegar a ese extremo. Disparar a un hombre a sangre fría no era mi

estilo, pero me encontraba enloquecido. Mi realidad estaba distorsionada y no sabía quién era. La desesperación me podía conducir a cometer alguna barbaridad.

José se cayó de espalda ante el empuje del balazo. Lía se agachó junto a él, presionando la herida con la mano y mirándome, mostrando, esta vez sí, toda su ira. Después se le humedecieron los ojos mientras mascullaba palabras de tranquilidad para intentar calmar el dolor de José.

—No te preocupes, no se va a morir de ésta —dije, lanzándome Lía otras de sus duras miradas.

Rodeé la mesa y fui hacia donde estaban las fotografías. Como me había parecido, eran fotografías de personas sacadas en aquella misma habitación, de espalda a la gran bandera con la amapola. Eran muchas. Las escruté un poco, viendo las caras de José y Lía, que también tenían la suya. Al menos ellos eran conscientes de quienes eran. Yo estaba enfurecido. Me daban unas ganas enormes de descargar mi arma sobre ellos.

—¡Tomar toda esta mierda, hijos de puta! —dije, mientras arrancaba gran parte de las fotografías de la pared y las lanzaba encima de aquellos cabrones.

Les encañoné con la pistola, dispuesto a matarlos. José no se enteraba de nada. No hacía más que gimotear de dolor. De su rostro había desaparecido ese gesto arrogante, típico de la edad del pavo en la adolescencia. Lía seguía mirándome con gesto lánguido, pero ya no me daba ninguna pena. Me percaté de que echó un vistazo fugaz a la pared de las fotografías. Me giré para volver a mirar y vi como quedaron visibles lo que parecía las juntas de una puerta.

Arranqué todas las fotografías. No había duda. Allí había una puerta, pero carecía de pomo. Estaba incrustada en la pared. Ya había visto varias de esas. Eran bastante modernas. Justo al lado, a la altura de mi cintura, un teclado electrónico, antes tapado por una de las fotografías, servía para abrir la puerta.

—Ábrela —Ordené a Lía.

—Ahí no hay nada, Ray. Te lo juro.

—Ábrela —repetí, apuntándola con el arma mientras la amartillaba—. No te lo volveré a repetir.

Lía se levantó y pulso el código en el teclado. La puerta se abrió frontalmente hacia nosotros emitiendo un leve sonido, desplazándose seguidamente a la izquierda y dejando visible una habitación muy cuidada.

Indiqué a Lía con un movimiento de la pistola que entrara delante de mí.

El interior era una maldita sala de hackeo. ¡Lo sabía! Malditos cerdos. Todo era igual, hasta los reluctantes azulejos del suelo de color rojo y blanco. Un ordenador sobre una mesa a la izquierda y, al fondo, horadando la pared, la máquina.

—Sois unos putos hipócritas.

—No lo entiendes, Ray —dijo Lía, sin girarse para mirarme—. Los hackers utilizan la manipulación para todo tipo de vejaciones. Tú lo sabes. Cada vez que algún compañero es detenido por la policía de alguna comunidad, lo reconvierten en una persona totalmente diferente con la finalidad de favorecer sus propios intereses. Somos pocos y no podemos permitirnos desaparecer. Estamos perdiendo adeptos a la causa y a las nuevas generaciones no les interesa nuestra lucha. Así que no nos queda otra solución que hacer lo mismo que ellos. Es fácil de entender.

—¿Fácil de entender? Y una mierda. Soy un defensor de la ley, me guste o no. Quizás me la haya saltado alguna vez, pero lo que vosotros hacéis es una auténtica atrocidad. Nada justifica manipular la mente de una persona y arrebatarle su vida y sus recuerdos, por muy culpable que sea. Merecéis el mismo respeto que los hackers.

—Si nosotros desaparecemos —gimoteo Lía, girándose para mirarme—, ellos ganaran.

Estaba llorando. No me impresionaban en absoluto sus lágrimas. Más que odio, lo que Lía me transmitía en ese momento, era asco.

—Y, ¿cómo coño lo hacéis? Manipuláis la mente de la personas y les convertís en una persona totalmente diferente, con recuerdos precisos de cada instante de su vida. Si la gente lo supiera, y yo me encargaré de ello, se produciría una auténtica revolución.

—Eres un ingenuo, Ray. La población ya lo sabe y no le dan la más mínima importancia. Los delincuentes con sentencias más duras, desaparecen de su entorno sin dejar huella. ¿Cómo crees que lo hacen? O los secuestros de niños, la prostitución, los sicarios. Tienes que cambiar radicalmente su vida. Cualquier recuerdo les haría volver a su vida anterior y se convertiría en un problema.

—Que lo hagan a los mayores delincuentes, es normal. Pero al resto de la población, me parece una abominación. Y las personas deben saberlo.

—Hace muchos años que nosotros intentamos alertar de ello a la población. Es obvio lo que hacen los hackers. Nadie nos cree y muchos de nuestros compañeros desaparecen. La gente siempre piensa que a ellos no les

va a ocurrir nada de eso y, si sucede, no se van a enterar. ¡Pero si ellos mismos van voluntariamente a manipular su cabeza! Tu caso es algo excepcional. Una coincidencia con una probabilidad entre millones.

A Lía no le faltaba razón en su discurso. La gente vivía su vida y no le importaba la del resto. Las comunidades más ricas, tenían una fuerte protección y se creían inmunes a los actos mafiosos de hackers, corruptos y, también, al movimiento de la amapola. La población no se preocupaba del mundo en el que vivía. Se dedicaban a mantener su estatus social. El caldo de cultivo estaba en las zonas miserables, que nada podían hacer. No disponían de la riqueza suficiente para mejorar su seguridad ciudadana y nadie les ayudaba.

De todas maneras la forma de actuar del movimiento no tenía la más mínima justificación. Las personas eran libres y, si querían permanecer en la ignorancia, era su decisión. Perniciosa, eso sí, no sólo para ellos, sino para toda la sociedad. Pero ello no implicaba que los que supuestamente luchábamos contra los hampones que permeaban el planeta, utilizáramos los mismos medios ilícitos y poco éticos que ellos usaban. Bajo ningún concepto me convencerían de lo contrario.

—Puede que tengas razón —asentí—, pero hacer lo mismo que hacen los que intentáis combatir, es una asquerosa hipocresía. ¿Dime cómo es? Como coño cambiáis la vida de una persona de forma tan radical.

Lía permanecía en silencio. Ese silencio que antes me parecía cautivador y que ahora no soportaba.

Apunté al cuerpo de José, mirando directamente a los ojos de Lía. No dije nada. Yo también sabía expresarme en silencio.

—Está bien —dijo por fin Lía.

Movió el ratón del ordenador, iluminándose la pantalla. Hizo click en un archivo colocado en el escritorio, abriéndolo. Era un listado con nombres masculinos y femeninos.

—¿A quién corresponden todos esos nombres? —pregunté, pero ya tenía una ligera idea.

Lía movió la rueda superior del ratón, bajando por el listado que estaba ordenado alfabéticamente. Eran numerosos. Al lado de cada uno de ellos una breve descripción sobre la edad, complexión e incluso oficio que ejercían, intuí, las personas vinculadas a esos nombres.

—Estos nombres —explicó Lía— son archivos que se descargan dentro del cerebro de las personas con ayuda de la máquina. En vez de eliminar y poner

los recuerdos que nos interesen, lo cual sería un arduo trabajo, formateamos los de cualquier persona y le introducimos los del archivo, otorgándoles una nueva personalidad. Más sencillo e infinitamente más seguro. El huésped no tiene duda de su experiencia vital.

Aunque me lo había imaginado cuando vi el listado, estaba perplejo. Modificaban con un simple click la personalidad de un ser humano y, de una forma abyecta, le imponían otra, eliminando sus verdaderos recuerdos. Y eso, era con toda seguridad lo que habían hecho conmigo. Estaba a punto de vomitar, pero me contuve. Debía permanecer inflexible y no mostrar la mínima debilidad.

—¿Cómo decidís a quién joderle la vida y qué nueva personalidad implantarle?

—Cogemos a sicarios, hackers o personas miserables que pasan necesidades y, en función de su edad, complexión y capacitación intelectual, les damos una u otra personalidad.

—¿Capacitación intelectual? —indagué, confuso.

—Sí. El escáner de la máquina de manipulación nos permite sondear de una manera fehaciente la inteligencia de las personas, así les implantamos el oficio que mejor se adapte a sus características.

Era vergonzoso con qué tranquilidad explicaba Lía todo el proceso. Parecía que estaba hablando de conejillos de indias en vez de seres humanos. Mi odio hacia ella se estaba convirtiendo en un indescriptible y repulsivo asco.

—Veo que disponéis de todo tipo de oficios. Desde simples trabajadores, pasando por policías, hasta mismísimos jueces. ¿Por qué no secuestráis a muchas personas y los ponéis ya en todos los estamentos de la sociedad para controlarla? Sería sencillo.

—No funciona así. La manipulación te confiere unas habilidades, pero que llegues a ejercerlas es prácticamente imposible. Todos los grandes puestos de la sociedad están ocupados y pasan de padres a hijos mediante una corrupción insoportable. Tú lo sabes.

—Entonces, ¿qué ganáis con esto? No lo entiendo.

—Unas personalidades que manejamos tienen introducida una gran simpatía por el movimiento. Intentamos que lleguen a muchos lugares y convencen a los demás de las bondades de lo que hacemos de una manera discreta. Otras convierten al huésped en un miembro del grupo. Pero como te dije, es muy complicado. Además los hackers, que hacen precisamente lo

contrario, nos llevan ventaja.

Era asombroso. Vivíamos en una gran mentira, al menos una parte de la población, y no éramos o no queríamos ser conscientes de ello. Nos manipulaban como si fuéramos mercancía para su uso exclusivo. Mi rabia era incontenible. Estaba a punto de meterles un balazo en la cabeza, cuando se me ocurrió algo mejor.

—¿Aparezco yo en la lista?

—No. Tenemos detectives para nuestra ayuda, pero ninguno con tu nombre. Alguien te quiso usar, pero no nosotros. La prueba la tienes en esta situación que estamos viviendo. El que te manipuló, seguro que un hacker, quería precisamente esto. Que llegaras hasta nosotros y que... —se interrumpió Lía.

—Que os matara.

—Sí —asintió Lía.

El razonamiento de Lía era solvente, pero me importaba una mierda. No me iba a convencer, ya que ella, con una hipocresía inasumible, me acaba de reconocer que ellos hacían exactamente lo mismo. Pero esos dos adolescentes con ínfulas de grandes defensores de la humanidad iban a tener su merecido.

—Coge a tu amigo y ponlo en la máquina —dije, con rictus serio.

Lía enarcó las cejas. Su rostro reflejaba que estaba aterrorizada. No esperaba esa respuesta por mi parte. Iba a usar su propia medicina.

—¡Piensa, demonios! —gritó Lía, desesperada—. No debes ponerte de parte de ellos.

—He dicho que pongas a tu amigo en la máquina —repetí, apuntándola con la pistola—. O prefieres morir.

Lía se acercó a José y arrastró su cuerpo hasta la máquina de hackeado. Parecía inconsciente. El capullo no aguantaba el dolor de una herida limpia en el hombro.

—Tienes que ayudarme a levantarlo —gimoteo Lía.

—Te advierto que no hagas ningún movimiento extraño —la amenacé.

Pusimos a José en la máquina. Lía abrió un pequeño cajón situado en los laterales de la misma, extrayendo un pequeño maletín.

—¿Qué es eso?

—Una jeringuilla y anestesia.

—¿Para qué? —pregunté extrañado.

—Hay que dormirlo para poder desplazarlo a dónde queramos después de la implantación de su nueva personalidad. No debe despertarse aquí.

Entendía perfectamente lo que Lía decía. Sacó la jeringuilla y la llenó con la anestesia. Pinchó a José, que seguía inconsciente, inoculándosela.

—¿Qué quieres hacer ahora? —me preguntó Lía, ahogada en su lamento.

—Busca por ese listado y ponle una personalidad de tu gusto.

Lía buscó con la lupa la edad adecuada. Había varios nombres con diferentes perfiles. Seleccionó un nombre: Leo Sean Anderson. Pinchó sobre él y apareció una especie de código fuente del archivo. Lía se puso a teclear sobre él.

—¿Qué estás haciendo?

—Adapto el perfil a su situación final —dijo, sin que yo entendiera nada—. Tengo que grabarle en su cerebro porque tiene un balazo en el hombro y se encuentra en el lugar donde lo dejemos. Además, si tuviera tatuajes como yo, debería borrarlos, pero no es el caso.

—¿Y qué le vas a poner?

—Que le han disparado en la calle para robarle. Le dejaremos en un médico de confianza que está a dos manzanas de aquí y...

—De eso nada. Lo dejaremos en la calle.

—¡Pero se desangrará!

—No te preocupes, no le ocurrirá nada. Es una herida limpia y ya ha dejado de sangrar.

Lía tecleó durante aproximadamente un minuto más. Después apretó un botón en la esquina derecha de la pantalla y la máquina se puso a funcionar. Se iluminaron varias luces y los dos cilindros del fondo comenzaron a girar en sentido contrario uno del otro, emitiendo un leve ruido debido a la fricción.

Permanecemos en silencio mientras el endemoniado aparato hacía su trabajo. No tenía ganas de seguir hablando y ella no dejaba de gimotear. Le estaba resultando duro hackear la mente de su amigo. Quizás en ese preciso momento se diera cuenta del daño que causaba cuando hacía lo mismo con otras personas.

—Ya está —dijo Lía, mientras las luces de la máquina se apagaban y los cilindros dejaban de girar.

—Bajémosle —ordené.

Le llevamos hasta el exterior. Era una noche cerrada y no se veía un alma por la calle. Cruzamos la calzada dos veces para acabar dejándolo en el portal de un edificio semiderruido.

—¡Aquí se morirá, maldito cabrón! —espetó Lía, enfurecida.

—Me importa un huevo. Ahora volvamos a vuestro puto escondrijo.

Obligué a Lía a que se volviera a meter en la sala de hackeado. Por su cara y gestos parecía que ya sabía lo que le iba a pasar.

—Ahora tú. Ponte en la máquina.

—¿Cómo? No, de eso nada. Prefiero que me mates.

—Está bien.

Me acerqué a ella y la golpeé con fuerza en la cabeza, tirándola contra la mesa. La levanté y la puse en la máquina. Le inoculé la anestesia, por si se despertaba. Fui al ordenador y busque perfiles asociados a su edad y complexión. Varios perfiles aparecieron en la pantalla, pero, en cuanto lo vi, me decidí por uno. El de una prostituta. Entré en el código fuente y le grabé que despertó en los muelles después de una borrachera. Puse la máquina a funcionar, cambiando su vida como habían hecho conmigo.

La cogí en brazos de nuevo y la llevé, con mucho esfuerzo, hasta la parte sur de los muelles, soltándola en el suelo cerca de una zona de ambiente donde las putas callejeras ofrecían sus servicios a los viandantes. Tuve la suerte de no cruzarme con nadie, aunque si lo hubiera hecho, seguramente no me habrían prestado la más mínima atención. Miré para ella por última vez, acordándome de sus tatuajes. ¡Qué putada! En cuanto los viera no sabría quién eran esas personas. Pero se lo tenía merecido. Por hipócrita y falsa.

Me largué de allí, algo confundido. Mi nueva misión en ese mundo era acabar con todos aquellos que seguían utilizándonos para su propio beneficio. Sabía que era un ingenuo. Lía tenía razón. Nadie me ayudaría. Cada uno vivía su vida sin importarle la de los demás. Sin embargo, eso le daría sentido a mi impostada vida.

18. David Cochrane

Me puse las gafas ante la molestia que me producían los primeros rayos de sol de la mañana. Tenía el culo pelado de conducir. Ya me encontraba dentro de los límites de la comunidad donde tenía mi actual residencia, en una de las zonas comerciales más concurridas de la misma. Los establecimientos abrían sus puertas para aprovechar el máximo número de horas posibles. El negocio era el negocio. Las bicicletas serpenteaban por las calles a toda velocidad transportando mercancías y personas. Un puto ojos rasgados montado en una de estas bicicletas se apoyó con el brazo en el techo del coche, por encima de mi ventanilla. Quería acelerar para aumentar la velocidad del pedaleo y obligarle a que se quitara, pero la estrechez de la calzada y la cantidad de bicicletas, triciclos de motor, coches y todo tipo de vehículos a cada cual más ridículo me impedían poner el coche a mayor velocidad. Miré para su cara de gilipollas y le indiqué con el brazo que se apartara. No quería que esa mierda tocara el stormbird. El tío se rio, mostrando las encías, ya que no le quedaba ni un solo diente. Sin embargo seguía apoyado en el coche. Era lo que me faltaba. Que una cucaracha se quedara conmigo. Bajé la ventanilla y le dije que se largara. El imbécil seguía sonriendo. Por su aspecto parecía que le faltaban dos o tres veranos, pero me importaba una mierda. Saqué la mano y le empujé con fuerza, tirándole contra unas cajas llenas de fruta colocadas en la acera. Qué hostia se había pegado. Ríete ahora, cabrón.

Vi por el retrovisor cómo un moreno, no llegaba a negrata, salía del interior de la frutería gesticulando y gritándole al capullo que aún yacía en el suelo sin moverse, encima de varios tipos de frutas. Me descojonaba. Por un momento olvidé la movida en la cual estaba metido y me relajó bastante. Lo necesitaba.

Giré a la derecha en el primer cruce para dirigirme a la zona donde estaban situados la mayor parte de los restaurantes. Tenía un hambre perruna. Además necesitaba pensar qué hacer para descubrir qué coño ocurría. Tenía intención de arrasar con cualquier cosa que me obstaculizará descubrir quién era yo. Muchos cabrones iban a pagar.

En esa calle la calzada era más ancha y no estaba nada abarrotada. No pisé el acelerador por que iba escrutando a través de los cristales la oferta de los diferentes restaurantes. La mayoría de ellos eran regentados por morenos, negratas y ojos rasgados. No comería ahí ni aunque me pagaran. Además

ofrecían para comer carne y pescado con un aspecto asqueroso y un olor que tiraba para atrás. Lo único que no tenían caducado los hijos de puta eran todo tipo de bichos vivos en cajas con agua, que te los mataban y cocinaban delante de ti. Qué se los metan por el culo. Y vivos a poder ser.

Aparqué delante de un restaurante que tenía piezas de pollo, patas de jamón y conejos despellejados colgados del techo. Parecía un buen lugar para comer. Aún era temprano, pero tenía demasiada hambre como para solucionarlo con un simple café y un par de bollos. Además el dependiente era blanco y tenía los ojos normales. Era un espécimen raro entre toda aquella fauna.

Me senté sobre uno de los tres taburetes de los que disponía el establecimiento. Eran lugares estrechos y aprovechaban el espacio lo máximo posible. Había decenas de ellos a lo largo de una misma calle, aunque la mayoría de ellos eran una puñetera mierda.

—¿Qué desea? —me preguntó el corpulento hombre con pinta de carnicero y enorme barriga.

—Ponme una tapa de jamón y algo para beber.

—¿Agua, por ejemplo?

—Que agua ni qué cojones. ¿Acaso parezco una vaca? Una cerveza, vino o lo que tengas.

—Tengo un licor que es una auténtica delicia.

—Pues ese mismo.

Saqué la fotografía y me puse a mirarla de nuevo mientras el dependiente preparaba el jamón. Un miembro de la amapola. No me lo podía creer. La verdad es que estaba acojonado. Nunca en mi puta vida había tenido tanto miedo, ni siquiera cuando estuve a punto de palmar desangrado por un disparo en el hombro.

El dependiente deslizó una jarra de barro de medio litro con el licor. Eché un buen trago. Quemaba de cojones, pero estaba bueno. Tenía razón el barrigón.

Seguí mirando para mis propios ojos grabados en la imagen. No cabía duda, era yo. Joven, sin arrugas y con cara de imbécil. Mi vida era radicalmente diferente. ¿Cómo era posible? Había encontrado la fotografía en un escondrijo de un grupo de gilipollas del movimiento, pero estaba seguro de que los hackers, esos que me proporcionaban trabajo, sabían algo. Iba a hacerlos cantar. No tenían ni idea de con quién se la habían jugado.

El gordo puso el plato de jamón al lado de la jarra de licor. Las lonchas

tenían una especie de virutas que no sabía muy bien qué eran. Pellizqué con los dedos cogiendo una de ellas. La miré bien, oliéndola. Parecían vísceras de algún animal.

—¿Qué mierda es ésta que tiene el jamón? —pregunté, comenzando a cabrearme. Joder, qué racha llevaba. Sólo me cruzaba con idiotas o incompetentes.

El tío echó un vistazo al jamón, elevó los hombros ligeramente sin decir nada y continuó trabajando. Yo estaba flipando. Le importaba una mierda lo que fuera. Me percaté de que estaba despiezando conejos con el mismo cuchillo que había cortado el jamón. El muy jeta lo utilizaba para todo sin limpiarlo.

—Joder tío, tienes que limpiar el puto cuchillo. Quítame esta mierda y ponme un plato en condiciones.

—Te pongo lo que quieras, pero éste me lo pagas.

Suspiré, echando otro gran trago al licor, terminando la jarra.

—Vamos a ver, gilipollas —el barrigón dejó de trabajar mirándome con cara de cabreo, pensando que me iba a acojonar—. ¿Acaso tengo cara de caníbal? Esta mierda te la comes tú si te sale de los cojones y no te pienso pagar nada. Limpia el puto cuchillo y ponme otro plato.

Se acercó a mi altura, aún más cabreado.

—Págame y lárgate de aquí —amenazó, indicándome con el cuchillo. Algunos no aprenden.

No tenía intención de malgastar una bala con aquel capullo. Así que cogí la jarra de barró, me levanté como un resorte y se la estampé en su cabezón. El imbécil cayó a plomo, haciendo un gran ruido. Debía pesar más de ciento cincuenta kilos. Unos morenos que pasaban por allí se quedaron mirándome.

—¿Qué miráis? Seguir caminando, joder —por suerte para ellos, me hicieron caso.

Cogí dos bocadillos de jamón que tenía sobre un plato sin tapar, y me los llevé. Menos daba una piedra. Tenía mucha hambre y no iba a parar en ninguno de los restaurantes atendidos por el resto de basura de la zona.

Arranqué el coche y me largué de allí mientras daba buena cuenta de los bocatas. Iba a hacer una visita a Bruce, a ver qué sabía.

Llegué a la tienda de animales que actuaba de camuflaje para el escondrijo de Bruce y sus compañeros. El lugar contrastaba radicalmente con la zona de restaurantes de la que venía. No había ni un alma por las calles. Mejor. No

quería cruzarme con ningún marginal de mierda que siempre te paran para pedirte dinero.

Golpee la puerta con el puño y, un instante después, me abrió la asquerosa anoréxica que me había recibido la primera vez que había estado allí. Me volvió a mirar de arriba abajo con gesto chulesco. Maldita zorra.

—¿Qué quieres? —me preguntó, moviendo la cabeza despectivamente.

—Quiero ver a Bruce.

—No está.

—Y una mierda. Llévame con él ahora mismo. Tengo que preguntarle una cosa muy importante.

—¿Eres tonto? Te he dicho que no está.

Me había llamado tonto. Era increíble. Saqué el revólver y se lo puse en la cabeza. La zorra se echó para atrás sin mediar palabra, mostrando el terror en sus ojos. Me encantaba. Empujé el arma haciéndola retroceder. Nos metimos dentro de la sala dónde estaban los animales. Los cabrones no paraban de hacer ruido.

—Llama a Bruce, no te lo volveré a repetir.

—Te he dicho la verdad —balbuceó, acojonada—. No se encuentra aquí.

—Vamos a ver si dices la verdad.

Aparté el revólver de su cabeza y saqué el tambor, girándolo y volviendo a encajarlo.

—Tengo una sola bala. Vamos a jugar un poco.

Le puse el arma de nuevo en la cabeza y apreté el gatillo. No tenía balas en el tambor, pero ella no lo sabía. Comenzó a llorar y a suplicar que no la matara. Que me había dicho la verdad. Supuse que era cierto. Por su aspecto, y yo conocía mucho de ello, estaba a punto de cagarse encima.

—Quizás la próxima vez no tengas tanta suerte, zorra. Dime dónde cojones está Bruce.

Continuaba suplicando y asegurando que no sabía nada. Volví a apretar el gatillo. La guarra chillaba de pánico, arrodillándose ante mí. Qué patética era. Me daban ganas de reventarle la cabeza con la culata.

—Levántate y siéntate en la puta silla —ordené.

Saqué mi fotografía del bolsillo y se la enseñé.

—¿Sabes por qué mi cara aparece aquí y yo no tengo ni idea de haber tenido otra vida?

Se secó las lágrimas con las manos y miró para la fotografía. Después miró para mí, y otra vez para la fotografía.

—No lo sé —afirmó temblorosa—. Yo sólo me encargo de vigilar, nada más. No tengo ni idea de cómo funciona la manipulación. Te lo juro.

Estaba cansado de preguntar. No iba a sacar nada de esa flacucha. No me cabía duda de que decía la verdad. Existían muchos hackers en la ciudad y, si era necesario, despellejaría a alguno con tal de descubrir la verdad.

—Si me estás mintiendo —dije, agarrándola por el pelo—, volveré y te cortaré el cuello. ¿De acuerdo?

Asintió, pero no dijo nada. La dejé allí con su miseria. No tenía ganas de perder más el tiempo.

El establecimiento de Rufus se encontraba a unos diez kilómetros. Atando cabos, algo me decía, una especie de intuición insondable, que todo comenzó con la entrega por parte de Rufus de los contactos para buscar trabajo. Tenía recuerdos de haber estado allí, hablando con él. Sin embargo desconocía lo que me había llevado a ese lugar. Era difícil de explicar, pero algo no encajaba.

Dejé el coche dos calles más allá de la tienda de hackeo. Era un lugar muy concurrido y había coches aparcados por todas partes. No era recomendable dejarlo tan lejos pero, a esas alturas, me importaba una mierda que hicieran con él. Como si lo robaban.

Entré en la tienda. Allí no había nada oculto. Todo lo que se hacía era legal. Pequeñas manipulaciones para imbéciles que no podían superar ciertos recuerdos. Todos estos hackers como Rufus disponían paralelamente de socios, como era el caso de Bruce Mills, que realizaban el trabajo sucio en escondrijos ocultos a miradas indiscretas.

Otra chica, esta vez una obesa horrorosa, atendía en la recepción. Joder, no había una puta tía normal. Era acojonante. Como se notaba que era un negocio que no necesitaba venta. La gente venía pidiendo lo que deseaba.

—¿Qué desea? —me preguntó la gorda. Me daba la sensación de que estaba un poco nerviosa.

—Quiero ver a Rufus. Somos viejos amigos —mentí.

—De acuerdo —asintió la tía, sorprendiéndome—. Sígame por aquí.

Salió de detrás del mostrador de recepción y camino hacia el fondo. Era extraño que no avisara a nadie ni que me preguntara nada más, pero me alegraba por ello. No tenía que ponerme brusco nada más empezar.

Abrió la puerta del fondo dejando ver la típica sala de hackeo. Coño, las hacían todas iguales. Los cuadritos de los cojones de color blanco y rojo y la máquina al fondo, incrustada en la pared.

—Pase por aquí. Ahora viene Rufus.

Yo no había visto a la chica avisarlo. Me parecía raro, pero entré en la sala. Un instante después noté como alguien me sujetaba con fuerza. Oí como la puerta se cerraba tras de mí. Un tío enorme me sujeta alrededor del pecho, inmovilizándome los brazos. Intenté zafarme, pero fue imposible. Otro hombre musculado se plantó delante y me pegó un puñetazo en la barriga, cortándome la respiración. Cago en la puta. Estaba jodido.

Me quitaron el arma y me llevaron hasta un pequeño sofá dispuesto para los clientes, empujándome para que me sentara. Aún no había recuperado la respiración, cuando vi que Rufus, maldito hijo de puta, se colocaba delante de mí, custodiado por los armarios que tenía contratados como machacas.

—Enséñame la fotografía —me pidió Rufus.

—¿Cómo cojones sabes lo de la fotografía? —respondí, hablando ahogadamente.

—Menudo imbécil que estás hecho. Nuestra compañera de la tienda nos avisó de tu visita. Supuse que vendrías hacia aquí. Deberías haberla matado, gilipollas.

El cabrón tenía razón. Últimamente había cometido demasiados fallos y, según parecía, ese iba a ser el último. El no cargarme a aquella puta anoréxica me iba a costar la vida.

—Regístrale —ordenó Rufus a uno de los machacas—. A ver dónde tiene la foto.

El cerdo me zarandé con sus manos en mis bolsillos hasta que dio con la fotografía. La tenía en uno de los de la parte de atrás del pantalón. Me encantaría degollar a aquellos tres hijos de perra, pero veía pocas posibilidades. Disponía del puñal en la pierna, pero no tenía fuerzas. Además estaban a cierta distancia y no me daría tiempo a cargarme a los tres. Bien pensado y si iban a acabar conmigo, intentaría llevarme a alguno por delante. Si era Rufus, mejor.

—Vaya, vaya —dijo Rufus, mientras miraba la fotografía—. Así que has sido miembro de la amapola. La verdad es que es descojonante —se carcajeó—. No cabe duda que has tenido una vida muy movidita. Y lo que te queda.

No sabía a qué se refería. Odiaba que se rieran de mí. Le rajaría el vientre y le sacaría sus tripas para que las viera. Cerdo de mierda. Mi intuición no había fallado. Conocían de sobra lo que ocurría.

—Antes de que me matéis, dime por qué sale mi rostro en esa fotografía y yo no recuerdo nada. Es sólo un favor que te pido, cabronazo.

—¿Quién dijo que te íbamos a matar? —sonrió Rufus—. Te lo diré. Supongo que antes de que te manipularan, habías sido miembro de ese grupo de gilipollas. Desconozco cuando te ocurrió. Yo te conocí después, no hace mucho.

—¿No vais a matarme? Pues espero que me dejéis vegetal, porque sino, acabaré con vosotros.

—Eres un capullo —seguía riéndose Rufus—. ¿Has observado dónde estás?

Ya sabía lo que querían. Iban a manipularme otra vez. Cago en la puta. Prefería que me mataran. No quería ser un puto conejillo de indias en sus manos.

Saqué el puñal y me lancé contra el machaca que tenía más cerca. Era imposible en mi estado llegar con rapidez a dónde estaba Rufus. Conseguí rajarle la pierna, pero un instante después el otro armario me pegó un puñetazo en la cabeza que me tiró al suelo, grogui. Eran rápidos.

Fui recuperándome lentamente. El oído me pitaba del golpe. Levanté ligeramente la cabeza y vi como el machaca cojeaba, pero no parecía grave la herida. No había llegado bien. Estaba acabado y todos ellos perfectos, que era lo que más me jodía.

Me cogieron entre los dos cabronazos y me pusieron en la máquina jodementos. Lo que daría por tener una pastilla o algo que me ayudara a suicidarme. Ahora sí que estaba acojonado.

—Muy bien capullo —dijo Rufus, esta vez serio—. Dentro de una hora no te preocupará nada. Tendrás una vida nueva.

—¡Maldito hijo de puta! Es mejor que me mates porque me las arreglaré para descubrir lo que me habéis hecho y vendré a hacerte sufrir.

—Entonces te esperaré, iluso.

Me ataron a la máquina, sin perderme de vista. Era incapaz de moverme. No había nada que hacer. Me iban manipular y no iba a poder evitarlo. Intente tragarme la lengua, pero fui incapaz.

—¿Qué cojones me vais a hacer?

—Te voy a convertir en un detective. Te llamarás Ray Carmichael. ¿Te gusta? Tenemos competencia en la comunidad vecina y te vamos a enviar a ella para a ver si hay más suerte esta vez y eliminas a algún hacker de la zona que nos quita clientela. Tu vida como sicario ha sido francamente corta. Es una pena, eras muy bueno y tenías las condiciones físicas ideales.

—¿Corta? ¿Qué dices, cerdo?

—Nosotros te convertimos en lo que eres ahora. Te entregaron las autoridades de la comunidad del norte, donde vive la gente con pasta. Habías cometido no se qué delito. Querían reformarte, pero solemos untar a los polis para que nos den chivatazos sobre personas sentenciadas que puedan entrar dentro de nuestro perfil. Necesitábamos un asesino, y te manipulamos. Por desgracia, la cosa no ha salido muy bien. A veces ocurre.

No me lo podía creer. Era una puta marioneta. Me usaban para sus propios intereses. Y supuse que harían lo mismo con todo el mundo. Ahora me explicaba los cambios tan radicales que hacían con las personas.

—¿Por qué no me volvéis a dejar como asesino? No quiero ser un maldito detective. Te lo pido como un favor entre colegas de profesión.

—Lo siento tío. No ha salido bien esta vez y puede ser peligroso para nosotros. Ya nos ha ocurrido alguna vez con ciertas mentes y casi nos cuesta un gran disgusto. Te daremos otra personalidad y te alejaremos de nosotros.

Rufus se acercó, pinchándome en el brazo con una jeringuilla. Me incorporé lo máximo que pude y le escupí a la cara. Los párpados me caían. Mi último recuerdo, que sería borrado, ver a Rufus limpiándose la cara con las manos. Que le jodan.

19. Allan Peirsol

El calabozo del juzgado tenía un aspecto impecable. Era como una jaula de oro. Contrastaba radicalmente con los existentes en otras comunidades. Por suerte, yo nunca había estado en ninguno de ellos, pero según comentaban, la precariedad de los mismos podría hacerte enfermar de manera drástica si pasabas más de una semana encerrado en uno de ellos. Decían que el frío era tan intenso que petrificaba tus huesos. Que el agua se filtraba por todas las esquinas empapando tu cuerpo hasta el tuétano, llevándote al límite de la supervivencia. Y todo ello, acentuado con la carencia de alimento.

Yo no tenía ninguna queja. La atención de los carceleros era inmejorable. Comía tres veces al día y la celda disponía de calefacción. A pesar de llevar dos semanas recluido en base a una prisión preventiva, no tenía ninguna intención de irme de allí. En cuanto se celebrara mi juicio, perdería todo lo que era. La sentencia sería tajante. Estaba acusado de intento de asesinato con el agravante de tortura, lo que conllevaría una manipulación mental de alto nivel.

Deseaba quedarme allí, aunque fuera hasta que exhalara mi último suspiro. Recordé una soflama de uno de los pastores de la iglesia del olvido que por casualidad escuché cuando paseaba por las calles de mi amada Citi. Contaba parte de nuestra historia perdida en el olvido. Relataba como los hombres eran privados de su libertad cuando cometían algún delito, metiéndolos entre rejas como las que yo tenía ante mí y dejándolos que se pudrieran al margen de la sociedad, sin ninguna oportunidad para reinsertarse en ella. Posteriormente exaltaba las bondades de la manipulación mental, que otorgaba a las personas nuevas oportunidades, dejándolos libres y provechosos por el bien de todos. Aquel día asentí a esa perorata, cual fanático feligrés obnubilado por los dogmas de la secta. Sin embargo, allí encerrado, negaba esa verdad con la misma contundencia que antes me había llevado a abrazarla. No quería perder mi identidad ni mis recuerdos. Prefería morir antes que aceptarlo.

Vomitaba todos los días. El pánico me conducía a un estado de ansiedad indescriptible que perjudicaba seriamente mi estado físico. Lloraba sin cesar. Procuraba no pensar en lo que me iba a deparar el destino, pero era incapaz de conseguirlo. Maldecía mi suerte, y eso que nunca había creído en ella.

Pat, ese impostor que con su actitud me empujó a llegar hasta el límite,

tenía instalada una alarma silenciosa en la puerta que dejaba al descubierto todos sus secretos. De esa forma me capturaron. Qué estúpido fui. No por este hecho, sino por dejar que alguien, que además no era quién yo creía que era, me arrastrara a cometer semejante atrocidad.

Y ahora heme aquí, despojado de todos mis bienes, sollozando como un niño y lamentándome por no saber mantener mi estatus y, sobre todo, por no permanecer equilibrado en momentos críticos. Me creía más inteligente que nadie y, en esos momentos, el más imbécil de todos.

Dos hombres de parecida estatura entraron en la zona de los calabozos. No eran los carceleros, ya que el color de los uniformes era diferente y desconocía el significado del distintivo de su pecho. Un latigazo en el corazón agravó mi estado de tensión. Latía desbocado. Tenía la sensación de que iba a escupirlo por la boca. Si mi intuición no me fallaba una vez más, y seguro que no, se trataba de agentes judiciales. Esos que te llevaban para que el juez te interrogara y declarara sentencia.

Mi estado me hacía percibir los movimientos de los agentes a cámara lenta. Esperaba que siguieran más allá de mi celda. A lo largo del pasillo habría otras cuatro, pero sólo una de ellas estaba ocupada. Lo sabía porque los carceleros siempre entraban con dos platos de comida, una para mí y otra para mi recluso vecino. Era un personaje bastante peculiar. Ya estaba encerrado cuando yo llegué y cada poco comenzaba a gritar todo tipo de insultos y palabras malsonantes en contra de la autoridad y de la sociedad. Lo cierto es que no le faltaba razón en mucho de lo que vociferaba.

Para mi desgracia, los agentes se detuvieron frente a mis rejas. Uno de ellos abrió las mismas, entrando ambos.

—Señor Peirsol, debe acompañarnos. Su juicio está a punto de celebrarse. Tiene derecho a permanecer en silencio —dijo uno de ellos mientras el otro me ponía las esposas—. Cualquier cosa que haga o diga puede ser utilizada en su contra. ¿Entiende estos derechos?

Asentí en silencio. Acto seguido no pude reprimir el vomito, manchando al agente que me acababa de poner las esposas. Me maldijo e insulto durante un rato, pero en ningún momento me golpeó o hizo ademán de ello. Si hubiera estado en otra comunidad, hubiera llegado al juzgado lleno de cardenales.

Llegamos rápidamente a la sala gracias a un ascensor que conducía directamente a cada una de ellas. Entre cabizbajo, custodiado por los agentes que me colocaron delante del estrado.

—Señor Peirsol. ¿Me escucha, señor Peirsol? —oí la voz de una mujer.

Levante la cabeza y corroboré que el juez era una mujer de unos cuarenta años, bastante atractiva. La toga disimulaba la forma redondeada de lo que debían ser unos hermosos pechos y un cuerpo escultural. Qué pena que no nos hubiéramos conocido en otras circunstancias.

Dejé de ensoñar, algo que me ayudaba en mi actual situación, y miré a mi alrededor. No había nadie en los asientos de la sala. Estábamos la juez, los dos agentes custodios, tres policías y, al lado de ellos, en los banquillos de los testigos, Pat. Sentado, me miraba con los ojos inyectados en sangre. No se lo reprochaba. No creo que a mí me hubiera gustado que alguien intentara matarme.

—Señor Peirsol —dijo de nuevo la juez—, ha sido acusado de intento de asesinato con agravante de tortura. La pena a la que se enfrenta es la privación de su actual personalidad y la implantación de una nueva, que le será impuesta por este tribunal en función de las declaraciones de testigos, acusado, o sea usted, y de las pruebas obtenidas por la policía científica. ¿Ha entendido lo que le he dicho?

Asentí.

—Por favor, debe de responder en voz alta.

—Sí —confirmé.

—¿Dispone de abogado para su defensa?

—No.

Estaba arruinado. No podía contratar los servicios de un abogado ni aunque fuera el más barato posible. Los emolumentos que cobraban, sobre todo en un caso tan grave como el mío, eran prohibitivos. Esto agudizaba mi problemática situación y mi casi segura sentencia inculpatoria.

—En este caso —siguió la juez—, si tiene conocimiento de nuestras leyes puede actuar como letrado en su propia defensa.

No tenía ni idea de leyes y, aún menos, las que regían nuestro código penal. Sabía sobre las relacionadas con inversiones, fusiones y adquisiciones de empresas y todo el mundillo que rodeaba al mundo financiero, pero ese conocimiento no me serviría de nada.

—Señor Riley —dijo la juez, dirigiéndose a Pat, ¿está en esta sala el hombre que le agredió y le intentó asesinar en su propia casa? Si su respuesta es afirmativa, indíqueme con el dedo.

—Sí, señorita. Es ése —confirmó Pat, indicándome con el dedo índice.

—Muy bien señor Riley. Puede retirarse.

Pat salió de la zona de declaraciones, pero no se fue de la sala. Pasó cerca de mí, sin apartar su lacerante mirada de mi rostro y se sentó en uno de los asientos destinados para el público. Intuí que tenía la intención de permanecer allí hasta que la juez ejecutara mi sentencia. No tardaría mucho, ya que yo era incapaz de defenderme y las pruebas y los testigos eran clarificadores.

—Agente Cook —prosiguió la juez con los testigos—, ¿puede comentar brevemente lo ocurrido en la casa del señor Pat Riley?

—Recibimos el aviso por parte de nuestra comisaria de que había saltado la alarma en la vivienda del señor Riley. Nos ordenaron que nos movilizáramos hacia allí y entráramos para ver que ocurría, ya que habían pasado los cinco minutos de anulación en los cuales se permite al dueño llamar en caso de error —carraspeó—. Vimos al señor Riley atado de pies y manos e inconsciente sobre una silla en uno de sus despachos. Le liberamos, socorriéndole, y mi compañero, el agente Miller, y yo, cuando asegurábamos la casa, vimos como un hombre salía de una puerta situada debajo de la escalera ubicada en el Hall. Al vernos, corrió escalera arriba, pero conseguimos atraparlo, reduciéndolo mediante una descarga con mi pistola eléctrica.

—¿Está ese hombre en esta sala? En caso afirmativo, indíquelo.

—Sí. Es ése, señoría —me indicó también el agente.

—Agente Miller —continuó la juez, dirigiéndose al otro policía—, ¿corroboras lo que ha dicho su compañero?

—Al cien por cien.

La suerte estaba echada. No tenía la más mínima posibilidad de escapar de esa situación. Me habían clavado el sello de culpable en la cabeza.

—Señor Peirsol, ¿desea alegar algo en su defensa?

—No, señoría.

—¿Cómo se declara usted señor Peirsol? Le advierto que si asume su culpabilidad, será considerado como un atenuante, minorando de esta forma la gravedad de su sentencia.

—Me declaro culpable, señoría.

—Doy por terminado el proceso, por lo que está visto para sentencia. Declaro un receso de cinco minutos —concluyó la juez, levantándose y saliendo por la puerta que tenía tras de sí.

Fueron los cinco minutos más largos de mi vida. Elucubraba con las posibles sentencias. El atenuante por declararme culpable quizás me ayudaría, pero no debía perder la perspectiva. Mi delito era tremendamente

grave.

Giré la cabeza para mirar a Pat. Seguía manteniendo sus ojos posados sobre mí, con el rictus hermético. No pestañeaba. Me giré de nuevo, pero aún sentía su mirada.

La juez entró de nuevo a la sala. Con rostro solemne, se sentó tranquilamente en su silla.

—Acerquen al señor Peirsol al estrado.

Los agentes judiciales me agarraron por los brazos y me exhortaron a que me acercara al estrado.

—Señor Peirsol, por el derecho que me concede mi título y la licencia de juez y en base a las leyes de esta comunidad, le declaro culpable del intento de asesinato con agravante de tortura del señor Pat Riley. Dicho esto, le sentenció a que sufra una manipulación mental y, considerando que se ha declarado culpable, se le proporcionara una personalidad con ciertas capacidades que le permitan acceder de nuevo a ser una persona socialmente viable —golpe con el martillo de madera—. Acompañen al señor Peirsol a la planta baja para que sea trasladado inmediatamente a una sala de hackeo y así ejecutar la sentencia lo antes posible. Se levanta la sesión.

Estaba hundido. Ingenuo, pensé durante un instante que podría librarme de la manipulación. El atenuante por declararme culpable y la supuesta piedad que pudiera tener la juez, me llevaron a divagar sobre la posibilidad de una sentencia diferente. A veces, las penas versaban sobre ciertos trabajos comunitarios o grandes multas y, aunque mi delito era grave, dependía de la magnanimidad del juez y su interpretación de la ley, que solía venir vinculada a la cantidad de dinero que se le entregaba por sobornarle. Por desgracia, yo no tuve esa oportunidad.

Oí unos aplausos tras de mí. Me giré y vi a Pat palmeando con lenta cadencia y mirándome con una sonrisa irónica. Ya no albergaba ese odio hacia él que me había empujado a intentar asesinarle. Fue un trastorno mental transitorio debido a la crítica situación que vivía. Podría haberlo alegado, pero la juez no hubiera hecho caso. Justificar el asesinato o intento por haberme quedado en la ruina, sería como reírse de la justicia.

Dos policías uniformados, con el distintivo de la guardia urbana, entraron en la sala por el ascensor. Preguntaron a sus compañeros si yo era el preso y me dijeron que les acompañara, sujetándome uno por cada brazo.

Bajamos al piso inferior donde estaban situados los garajes y me metieron en un furgón policial. Me llevarían a una de las salas de hackeo oficiales,

vinculadas directamente con la justicia de la comunidad. Vivían casi exclusivamente de los diferentes tipos de manipulación que ejecutaban por orden de la ley.

Miré a través de la ventanilla enrejada como nos movíamos. Contuve a duras penas mis ganas de llorar. No deseaba que uno de mis últimos recuerdos fuera ver a dos vulgares policías riéndose de mí. Estaba francamente asustado. ¿En qué me convertirían? Desconocía los detalles de mi futura manipulación y esa incertidumbre me devoraba por dentro.

Ensimismado en mis pesadillas, me percaté tarde de que tardábamos demasiado en llegar a nuestro destino. Me incorporé para mirar más de cerca a través de la ventanilla. Íbamos dirección sur, hacia la comunidad turística. No tenía duda, ya que conocía ese itinerario como la palma de mano. ¿A dónde diablos me llevaban?

—¿Dónde me lleváis? —pregunté, golpeando en el ventanuco situado en la parte superior de la separación que había entre el habitáculo donde yo estaba y la parte del conductor.

El acompañante abrió la ventanilla.

—Cállate capullo, si no quieres que te demos una paliza.

Cabrones. Había topado con dos policías corruptos. No estaban respetando la decisión judicial y, lo peor y más estremecedor, es que no sabía que me iban a hacer. Un tremendo dolor en el pecho me impedía respirar con normalidad. Tenía auténtico pánico.

Seguí golpeando desesperado en la ventanilla hasta quedar exhausto. Los canallas mascullaban entre ellos, carcajeándose. No me hacían el más mínimo caso. Su indiferencia me daba auténtico pavor. Me asustaba lo que me imaginaba que me podían hacer pero, sobre todo, lo que no podía ni imaginarme.

Me senté, cansado. El furgón se detuvo. Me incorporé a duras penas. Estábamos en la aduana de la comunidad dedicada al turismo. Me eché a lo largo en el banco y cerré los ojos, intentando calmarme. No podía hacer otra cosa.

Tras un largo trayecto, el furgón se volvió a detener. Los policías abrieron las puertas y me sacaron a empujones.

Por lo visto, nos encontrábamos en una de las zonas más abandonadas de la comunidad, con edificios derruidos e infraestructuras engullidas por la maleza y la basura.

Los agentes me sujetaban con fuerza, llevándome hacia la puerta de un

establecimiento que permanecía en pie. Uno de los policías golpeó a la puerta, abriéndonos una joven extremadamente delgada, llena de tatuajes. Les invitó a pasar sin preguntar. Estaba todo organizado.

Dentro, observé que se trataba de una tienda de animales. Pasamos al fondo, donde había jaulas llenas de bichos de todo tipo. La chica abrió una trampilla situada en el suelo. Uno de los policías me quitó las esposas y me ordenó que bajara por la misma, amenazándome si no obedecía. Lo hice sin rechistar, llegando a una sala de hackeo.

En ella, un hombre de mediana de edad custodiado por dos fornidos hombres, se acercó a mí.

—Bueno amigo —me dijo—. Tenemos una nueva vida para ti. No te preocupes, será rápido e indoloro —concluyó, haciendo un gesto con el brazo a sus acompañantes.

Me cogieron entre los dos corpulentos hombres y me echaron en la máquina de manipulación. No me resistí. Ya no merecía la pena y, por algún insondable motivo, ya no tenía miedo.

El jefe me pinchó con una jeringuilla en mi brazo izquierdo y los párpados cerraron por siempre los recuerdos de una vida.

20. Leo Sean Anderson

Me encontraba desubicado. Durante todo el viaje de retorno había estado meditando la manera de enfocar el asunto desde una perspectiva lo más abierta posible. Sin embargo, la ira me lo impedía. Esos canallas en los cuales yo había confiado durante años, me obligaron a cometer un acto atroz y deleznable. Era cómplice del secuestro de un inocente niño y no me lo podía perdonar.

Esperaría a que Logan se explicara antes de partirle la cara. Lo cierto era que disponía de un arma y no descartaba la posibilidad de usarla. Ese niño debería volver con su familia y no había ninguna excusa para justificar lo contrario.

Seguí al Li hasta lo que parecía una puerta situada en un edificio anexo a un solar lleno de escombros producidos por el derrumbe del mismo. El cabrón llevaba al niño en brazos, que me miraba lánguidamente. Veía a mi hijo en su rostro. Podía sacar la pistola y cargarme a Li, coger al niño y devolvérselo a su familia. Pero estaba agarrotado. Esa extraña ansiedad que me perseguía desde hacía largo tiempo, junto con la necesidad, para que me iba a engañar, de dinero, necesario para afrontar los gastos de la familia, eran un óbice insalvable para actuar con cordura. Después de mi reacción en mi antiguo trabajo, no sé por qué me comportaba de forma tan cobarde en esos instantes. El miedo a quedarme en la miseria, la bronca de mi esposa..., quién sabía. El inconsciente se apoderaba de mí.

Lo que parecía la puerta, se abrió, confirmando que lo era. Estaba muy bien camuflada, dando la apariencia de ser parte de la pared. Era Logan, que nos sonrió y nos mandó pasar. Nos estaba esperando. Li le había llamado por teléfono cuando estábamos a punto de llegar.

Pasamos por un estrecho pasillo de unos diez metros de largo y giramos a la derecha, entrando en una habitación. Una pequeña mesa con un ordenador encima, acompañada de un par de sillas era todo el mobiliario que había. En la pared de la derecha, una enorme bandera con el grabado de la amapola. Y en la del fondo, varias fotografías cubrían parte de la misma. Recordé cómo me hicieron la mía el día que me afilié al movimiento.

—Bueno, parece que todo ha salido bien —dijo Logan pasando la mano por el cabello del niño—. Es guapísimo. Buen trabajo de los dos.

—¡Qué buen trabajo ni que cojones! —exclamé enfurecido—. ¿Puedes

explicarme por qué soy cómplice de un secuestro? Esto es una puta vergüenza.

—Tranquilízate, Leo. Todo tiene una justificación. Cuando la oigas, seguro que estarás de acuerdo con nosotros —respondió Logan, cogiendo el niño de los brazos de Li y ordenando a éste que se fuera.

Logan masculló algo al oído del pequeño mientras le acariciaba en las mejillas. Sacó lo que parecía un bocadillo envuelto en papel de aluminio del bolsillo de su gabardina. Le quitó el envoltorio y se lo dio al niño, que lo comió con voracidad. Logan también le dio una botella de agua. Bebió como si nunca lo hubiera hecho. Estaba famélico.

—¿Vas a explicarme de una puñetera vez qué ocurre? —pregunté inquieto, mientras tocaba con un dedo el arma guardada en mi bolsillo —. Me dijiste que tenía que convencer a dos adultos para que se unieran al grupo y me encuentro secuestrando a un niño.

Logan se incorporó, dejando al niño sentado en el suelo.

—Debes de perdonarme, Leo. Si te hubiera dicho la verdad, seguro que no hubieses ido.

—No lo dudes —le interrumpí—. Me parece increíble que reconozcas con tanta tranquilidad que me has mentado. Estoy esperando una convincente explicación.

Logan suspiró profundamente, pasando las palmas de las manos por su rostro. Daba la sensación de estar algo nervioso. Nunca le había visto así. Me parecía una persona muy segura de sí misma y poco acomplejada, siempre manteniendo ese aire excesivamente chulesco que yo tanto odiaba.

—Si te cuento esto, es porque confío en ti —comenzó Logan, sorprendiéndome—. El movimiento, como bien sabes, no dispone de muchos recursos para afrontar todos los frentes que tenemos. Con los donativos y las cuotas de los miembros no nos llega para financiar todas nuestras actuaciones. Somos muy necesarios en esta sociedad y en ocasiones debemos tomar decisiones que no nos gustan —Logan se giró y anduvo hasta donde estaban las fotografías. Tocó en la pared con su mano, después de levantar una de las fotos, y una puerta se deslizó a la derecha, dejando a la vista una pequeña habitación.

Rodeé la mesa y me acerqué a Logan. No me creía lo que estaba viendo. Dentro de esa pequeña habitación había instalada un máquina de manipulación. Cientos de respuestas me vinieron a la cabeza para explicar por qué el movimiento utilizaba dichas máquinas, pero esperaba oír la

correcta de la boca de aquel hipócrita de Logan.

—¿Qué significa esto?

—Esto significa que, si queremos ganar esta guerra, debemos combatir a nuestro oponente con las mismas armas.

—Vamos, que sois unos hipócritas de mierda.

Logan me lanzó una mirada lacerante, para en un instante cambiar el gesto con una pequeña sonrisa. Me miraba como el profesor que intenta explicar algo al alumno. Una mirada con una aire de superioridad insoportable. La que siempre había tenido.

—Pensaba que eras una persona más sensata —continuó Logan—. Estamos en el mundo real, no en la utopía en la que nos gustaría vivir. Quizás hagamos cosas que no sean agradables, pero sí necesarias. Si mi adversario utiliza pistolas, yo utilizaré pistolas. No seas ingenuo, por favor. Recapacita.

¿Qué recapacite? No sé que pretendía aquel imbécil intentando convencerme de los medios tan infames que utilizaba para conseguir un fin, por muy loable que fuera.

—¿Y qué hacéis aquí? Por lo que veo secuestráis a niños al igual que los hackers, apartándolos para siempre de sus familias. No entiendo qué cojones tiene que ver eso con una guerra.

—No es lo mismo que hacen ellos, Leo. Este niño pertenece a una mísera comunidad. Su esperanza de vida sería inferior a cuarenta años si se quedara en ella, viviendo en paupérrimas condiciones. Los hackers y sus putos sicarios cogen niños de cualquier lugar y los utilizan para cualquier cosa, incluso para matarlos y extraer sus órganos. No compares, por favor.

—Aún no me has dicho qué vais a hacer con el niño.

—Le entregaremos a una buena familia. En unos instantes querrá a sus nuevos progenitores como si fueran los biológicos, que le proporcionaran una oportunidad para tener un futuro esperanzador.

—Y recibís dinero por ello, entiendo.

—Por supuesto. Ya te expliqué que con los ingresos ordinarios no podríamos continuar la lucha. Esa es nuestra compensación.

—¿Y a los padres del niño? ¿Quién los compensa?

—Suelen tener muchos más hijos, la mayoría no deseados, y no tienen capacidad para mantener ni a uno. Un gran número de los niños de esa comunidad mueren antes de los diez años debido a la falta de alimentación y a las enfermedades. Que uno de sus hijos tenga un futuro, es suficiente compensación.

Logan escupió su discurso completamente convencido. Por los gestos de su rostro, arrugando el entrecejo, y la énfasis que hacía en cada una de sus palabras, no cabía duda de ello. Tenía que reconocer cierta lógica en lo que decía, pero el fin no podía justificar los medios utilizados. Que ese niño fuera a tener una vida mejor, no era suficiente para secuestrarlo y sumir a su familia en una preocupación eterna.

No iba a discutir más sobre el asunto. En multitud de ocasiones me había encontrado con gente como Logan. Cuando creían en algo, lo defendían sin ninguna objetividad. Sin embargo, era la primera vez que me ocurría con alguien del movimiento.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —indagué.

—Pasa y verás —dijo Logan, cambiando el gesto.

No tenía intención de ver nada. Quería largarme de allí, sin más. Había preguntado por simple curiosidad, pero ya que me ofrecía mostrármelo, sentía un tremendo cosquilleo por conocer los detalles del funcionamiento de la manipulación mental.

—Es sencillo —comenzó la explicación Logan—. Dormiré al niño con anestesia y lo sentaré en la máquina. Después aquí —cogió el ratón del ordenador punteando un archivo—, tenemos la descarga que haremos en su cerebro. La misma formateará todo lo que tiene en él y le instalará sus nuevos recuerdos. Al ser muy pequeño, es sencillo. Cogemos un avatar de esa edad e introducimos imágenes y vivencias de sus nuevos padres y del entorno donde viven.

—¿Avatar? ¿Cómo los que utilizan los deportistas de los videojuegos para que no se vea su rostro real? —pregunté con curiosidad

—Sí. De ahí viene el nombre. ¿Qué crees, que se manipula a una persona cambiando solamente pequeños recuerdos? Eso funciona para trabajos sencillos, como olvidar a una pareja o la muerte de una mascota. Para un cambio de vida radical, se utilizan archivos que descargan una vida completa. Cada archivo corresponde a lo que llamamos avatar. Aquí tienes varios ejemplos —explicó, enseñándome una carpeta llena de cientos de archivos, cada uno con un nombre de persona.

Situó el cursor sobre uno de los archivos y una pequeña ventana apareció en la pantalla del ordenador. En ella describía la edad, la complexión, el oficio e incluso un resumen de la vida del avatar. Era increíble. Ya entendía lo que quería decir Logan con lo de una vida completa.

—Veo que disponéis de avatares para todo tipo de edad y condición.

Puedo entender lo del niño, aunque no lo comparta, sin embargo, ¿me podrías explicar para qué sirven los demás? ¿Es que hacéis como los hackers y manipuláis a la gente a vuestro antojo o al antojo del que pague por un servicio?

—Sí, pero no como los hackers. Nosotros buscamos un fin social. Te lo explicaré en su momento. Ahora tengo que terminar el trabajo con el chiquillo y entregarlo a sus nuevos padres.

Fin social. Hipócrita de mierda. Era sorprendente todo lo que estaba descubriendo. Raquel siempre me había dicho que no le gustaba el movimiento. Que ocultaban métodos de actuación oscuros. Pero nunca imaginé hasta qué punto.

Salimos de la sala de hackeo, no era más que eso. El niño continuaba sentado en el suelo con la mirada perdida. Logan lo cogió en brazos. Yo me situé al otro lado de la mesa y saqué la pistola, apuntando a Logan durante un instante casi imperceptible antes de dejarla en la mesa. Quizás, hace unos meses, le hubiera arrebatado al niño por la fuerza para entregarlo de nuevo a su familia. Ahora, ese cosquilleo que me acompañaba, esa extraña ansiedad, me hacía pasar de todo. El hartazgo por la vida que me rodeaba me consumía. Y aún más cuando comprendía que nunca me adaptaría a un mundo lleno de gente como la que me rodeaba.

—Me voy de aquí —no tenía pensado volver, pero no quería dar ninguna explicación.

—Espera. Antes de que te vayas, toma lo tuyo —Logan sacó de su bolsillo un fajo de billetes y lo tiro sobre la mesa—. Son treinta mil. No está nada mal para tu primer trabajo, ¿eh?

Hostia puta. Treinta mil y de una sola vez. Con ese dinero podría asegurar la vida de mi familia durante año y medio. Era tentador. Los billetes estaban manchados por el secuestro de un niño, pero no podía dejar de mirar para el fajo. Lo necesitaba. Al fin y al cabo, el mal ya estaba hecho. Cogí el dinero y antes de girarme para marcharme, miré para Logan que me lanzó una sonrisa de complicidad. Seguro que estaba pensando que quién era el hipócrita ahora. No le faltaba razón, pero lo cierto era que la única verdad absoluta, la única ideología imperante en ese mundo amoral, eran esos papelitos de colores.

Llegué a casa después de coger un taxi. Estaba cansado después del viaje hasta la comunidad del sur y no tenía ganas de volver caminando. Aún me temblaban las piernas después de estar tanto tiempo sentado. Pero lo que

verdaderamente me preocupaba era la reacción que tendría Raquel. Supuse que estaría durmiendo, así que me haría un pequeño bocadillo y me iría a la cama.

Me equivoqué. Estaba en la cocina, esperándome. Sentada en una de las sillas, tomaba un café solo. Ni siquiera me miró.

—Hola. ¿Qué haces aquí? ¿No duermes? —pregunté a la defensiva.

—No tengo sueño —contestó, mirando para la taza de café—. ¿Dónde has estado todo el día?

—Te dije que tenía que hacer un trabajo con el movimiento. El problema es que se ha dilatado más de lo que pensaba y...

—¿No me importa! —gritó, interrumpiendo—. He tenido que dejar a Brian en la guardería para ir a trabajar. Ya que no tienes trabajo, podrías haberte hecho cargo de él. Sabes lo costosa que es.

—¿Y por qué no lo dejaste en el colegio?

—Hoy es domingo, Leo. ¿Qué coño te está pasando?

—¿A mí me preguntas? Desde que me han despedido te comportas como si fuéramos dos extraños. No quieres hablar conmigo y cada vez que lo haces, es para discutir. Sí, he perdido mi trabajo, pero saldremos adelante. Si tú hubieras perdido el tuyo, yo te apoyaría.

—Lo del despido es la gota que colma el vaso —soltó, calmada—. Llevas mucho tiempo comportandote de una manera extraña. No intimamos, no atiendes para tu hijo y siempre te vistes con la misma ropa. ¿Qué ocurre? Te miro y no te reconozco.

Raquel me miró por primera vez. Tenía los ojos humedecidos. Mantuve su mirada, sin decir nada. Me había quedado sin palabras. Medite durante un instante sobre lo que acaba de decir, y no le faltaba razón. No recordaba la última vez que habíamos hecho el amor, o salido a cenar. Nos limitábamos a trabajar y descansar. Apenas conversábamos y para mi hijo era un extraño, igual que él para mí.

No sabía qué decir en ese momento, así que saqué el fajo de billetes y se lo enseñé a Raquel.

—Mira el dinero que traigo por mi trabajo con el movimiento. Treinta mil. Con esto podemos vivir sin preocupaciones durante mucho tiempo.

Raquel echó un vistazo al fajo y después a mí, con rostro de absoluta perplejidad.

—¿Treinta mil? —preguntó—. ¿Qué has hecho, Leo?

—Nada. Ya te dije que un trabajo con el movimiento. Joder Raquel, traigo

un montón de dinero y haces esa pregunta con ese tono —dije frunciendo el ceño, cabreado.

—Leo, a nadie le pagan treinta mil euros por cualquier cosa. No tengo ni idea de lo que hiciste y no lo quiero saber. Lo único que deseo es que te largues ahora mismo de aquí, y llévate ese maldito dinero.

—Pero, por favor...

—Ni por favor ni nada. Lárgate, necesito pensar —concluyó Raquel, llorando.

Se levantó de la silla y salió de la cocina. No entendía nada. Raquel siempre había sido bastante inestable, pero nunca pensé que llegaría a ese extremo. Pensar el qué. No cabía duda que estaba meditando seriamente separarse. Sentí un pequeño latigazo en el pecho al imaginármelo, pero por algo inexplicable, se me pasó enseguida. No estaba preocupado. Aún sentía el maldito cosquilleo, pero parecía que iba desapareciendo. Inconscientemente sabía en qué punto de mi vida estaba y lo que tenía que hacer. Los hechos de las últimas horas me habían dado la clave para dar el paso y abandonar esa tediosa vida sin esperanza. El hartazgo me había consumido por completo, pero tenía solución.

Me fui de casa, como me había ordenado Raquel. Ni siquiera me despedí de mi hijo, que dormía plácidamente en su habitación. No quería despertarlo y no merecía la pena hacerlo.

Llegué al lugar después de haber cogido otro taxi. El exterior de los bares estaba lleno de gente de todo tipo y condición, cuyos rostros eran iluminados con las luces de neón procedentes de los carteles que nombraban cada uno de los establecimientos.

Bebían, fumaban y se drogaban sin ningún pudor. Era una de las zonas más problemáticas de toda la comunidad y el lugar donde encontraría lo que estaba buscando. Debía andar con cuidado. Si alguien se enteraba de que llevaba treinta mil encima, lo mínimo que me pasaría es que me los quitaran. Con suerte, podría salir con vida.

Pedí una cerveza en la barra exterior de uno de los pubs y escruté los rostros de las personas que me rodeaban. Tenía que escoger a la persona idónea, porque sino, el error podía ser fatal. Todos me parecían iguales. Mujeres calenturientas rodeadas de hombres rudos con cara de mala leche.

Fui metiéndome entre aquella mezcolanza haciéndome el despistado, mientras escuchaba las conversaciones de unos y otros. Hablaban de drogas,

de sexo y de cuando habían tenido su última pelea. No había suerte.

Después de varios minutos, la gente comenzaba a mirarme de forma lacerante. Cuchicheaban entre ellos, seguramente hablando de mí. Iba a tener que largarme, si no quería meterme en un grave problema.

Me giré para irme, cuando un musculado hombre de imponente altura se puso en mi camino.

—¿Qué haces por aquí, tío? ¿Estás buscando algo? —preguntó, con tono de querer golpearme hasta dejarme sin conocimiento.

—Busco un hacker —solté sin pensármelo. No me quedaba más remedio.

El hombre me miró de arriba a abajo con el ceño fruncido y cara de pocos amigos.

—¿Para qué?

—Necesito que me hagan un trabajo y dispongo de pasta gansa —me arriesgué.

—Sígueme —respiré hondamente.

Salimos del atestado lugar, rodeando la esquina al final de la calle. El hombre se paró delante de un coche que estaba completamente tuneado, con el típico y estrambótico alerón.

—Sube —me indicó.

Lo hice. La verdad es que estaba asustado, pero no me quedaba otra. Tenía que hacerlo. Volverse atrás no tenía sentido. Debía confiar en aquella corpulenta bestia.

Salimos del lugar con rapidez. El coche emitía un ensordecedor ruido debido a que tenía el tubo de escape libre, común en los coches tuneados. No mediamos palabra durante el corto trayecto que nos llevó hasta un pequeño solar abandonado y permeado de maleza y basura. La única interacción que tuvimos fue cuando él me ofreció un cigarrillo empujándolo hacia arriba en el paquete, pero rehusé.

—Hemos llegado. Póstate y sígueme —dijo el hombre.

Le seguí hasta el final del solar, procurando evitar pisar toda la mierda allí acumulada. El tío apartó con el pie la basura que había en una parte del suelo, dejando visible una trampilla de madera provista de cerradura. Sacó una llave y la abrió.

Bajamos por una escalerilla, yo delante. El hombre cerró la trampilla y continuamos por estrecho pasillo hasta una sala de hackeado. Había visto más en mi vida, por diversas circunstancias, y todas eran iguales. No sabía por qué tenían el suelo con forma de tablero de ajedrez y los escaques de color

blanco y rojo, pero siempre era igual.

Otro hombre nos esperaba en la sala. Se acercó a nosotros con rostro serio. Intercambió unas palabras con el corpulento hombre, que no pude escuchar y, éste, se sentó en una de los sofás dispuestos en la sala para, supuse, comodidad de los clientes.

—Hola. Mi nombre es Carl —se presentó el otro hombre, ofreciéndome su mano que estreché con fuerza—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me gustaría hacer una manipulación —respondí sin ambages.

—Supongo —sonrió Carl—. Por eso estás aquí. Pero, ¿puedes concretar un poco más? Necesitamos que nos digas la persona o tipo de persona a la que quieres hackear.

—¿Persona? —pregunté extrañado.

—Claro. Nos tienes qué decir a quién quieres manipular, o si necesitas un tipo de persona x. En este caso, llevaría más tiempo, debido a que tendríamos que buscar a la adecuada dentro de las características que nos pidas.

Ya entendía lo que me quería decir el tal Carl. Pensaba que iba a contratar algún tipo de secuestro, como yo había hecho el día anterior, o que deseaba manipular a algún conocido. Había de todo en esa mierda de mundo.

—No me entiendes o quizás no me he explicado con claridad. Lo que quiero es que me manipules a mí.

—Vamos a ver —dijo Carl negando con la cabeza mientras echaba un fugaz vistazo a su fornido compañero, que se levantó del sofá—. Si lo que quieres es borrar algún tipo de recuerdo que te produzca malestar, este no es el lugar adecuado. Puedes ir a cualquiera de las salas legales que hay por toda la comunidad. Por favor, ahora vete de aquí y espero, por tu bien, que no descubras este sitio —amenazó, sonriendo.

El compañero se acercaba a mí con cara de pocos amigos. Parecía que seguía sin explicarme y debía hacerlo antes de que me echaran fuera de allí.

—No es eso. Lo que quiero es que formatees mi cerebro y me descargues un archivo, escogido por mí, por supuesto, que llamáis avatares —aclaré, tembloroso

Carl, que se estaba girando para darme la espalda, levantó la palma de la mano para detener a su guardaespaldas, que eso era lo que parecía el forzudo compañero. Me miró con cierta perplejidad, enarcando las cejas. Seguramente no se esperaba que alguien quisiera manipular su mente hasta ese nivel y, sobre todo, que conociera la existencia de los avatares.

—Entiendo —dijo, por fin—. ¿Cómo coño conoces la existencia de esos

archivos? Muy poca gente lo sabe.

—Pertenece al grupo de la amapola.

—¡No jodas! —exclamó Carl, carcajeándose—. Malditos gilipollas. Van de defensores de la humanidad y no son más que unos cabrones.

Durante un instante se produjo un silencio que Carl aprovechó para mirarme de arriba a abajo, manteniendo una irónica sonrisa. No sabía descifrar su significado, pero daba la sensación de que se apiadaba de mí. No imaginaba que tenía muy claro lo que iba a hacer, que era consciente de lo que significaba y que sería una auténtica liberación. Estaba harto de mi vida, en su totalidad. Y para poder ser absolutamente libre, debía olvidarme de todo. Sin embargo, mi responsable carácter me impediría conseguirlo. Por lo tanto, no había mejor manera que aquella.

—Nunca nadie me había pedido algo igual —dijo Carl, rompiendo el silencio—. La verdad es que tienes unos cojones enormes. ¿Te puedo preguntar por qué lo haces?

—No creo que sea de tu incumbencia —espeté, valiente—. Sólo dime cuánto me va a costar.

Carl asintió, sonriendo. Parecía que las respuestas cortantes y la sinceridad le agradaban.

—Veinte mil.

—Te daré veinticinco si me prometes que me dejarás el resto del dinero que tengo conmigo para poder comenzar mi nueva vida lo mejor posible.

—Qué más da que te lo prometa. Te voy a manipular el cerebro. Te lo puedo quitar todo y no te enterarás de nada.

—Pareces un hombre de palabra —solté, buscando su compromiso—. Un apretón de manos para gente como nosotros es más que suficiente.

Estrechamos las manos de nuevo, pero esta vez con más fuerza. Estaba seguro, mirando a ese hampón a la cara, que respetaría el pacto que acabábamos de hacer.

—Sígueme —me pidió.

El machaca se volvió a sentar en el sofá, mientras yo seguí a Carl hasta uno de los ordenadores de los que disponía. Tenía un par de máquinas horadando la pared del fondo, que parecían de última generación. Su aspecto me dio bastante seguridad, ya que había escuchado historias de máquinas de manipulación en lamentables condiciones que habían producido auténticos escarnios, como dejar en estado vegetativo a sus usuarios.

—¿Y qué tipo de avatar quieres? Tenemos de todo, pero ten en cuenta que

esto no te garantiza nada. Sí deseas ser un hombre de éxito, esto te puede ayudar en tu voluntad de conseguirlo, pero nada más.

—No quiero tener la necesidad de emparejarme con nadie y de tener descendencia. También me gustaría tener un trabajo independiente, que me permita vivir sin depender de otros y, a poder ser, ejercerlo en la comunidad del norte.

Carl buscó metiendo las características que le había dicho en un campo del programa que tenía abierto. En un instante salieron una lista con varios nombres.

—Veamos —dijo Carl—. Tienes un pintor, un abogado, arquitecto, inversor especulativo...

—Ese, interrumpí. Inversor. Sería cojonudo ganar dinero sin hacer nada.

—De acuerdo, pero te vuelvo a repetir que esto no garantiza nada. Eso lo tienes que tener claro.

Asentí mientras Carl pinchaba sobre el archivo que correspondía al avatar. Me fijé en el que sería mi nuevo nombre: Allan Peirsol. Sonaba bien. Pinchó en envío, y la máquina de manipulación se encendió.

—Antes de subirte a la máquina, ponte aquí encima —me ordenó Carl, indicándome una placa de cristal de un metro cuadrado situada en el suelo—. Es un escáner corporal. Copiará tu forma física entera para insertarla en el archivo, que servirá para que te reconozcas a ti mismo en todos los implantados recuerdos.

Me subí y un haz de luz subió desde mis pies hasta la cabeza.

—Ahora, échate en la máquina.

Fui hacia ella y me tumbé sobre la misma, dejándome caer sobre el respaldo y apoyando las manos sobre los reposabrazos. Carl se acercó a mí con una jeringuilla.

—¿Para qué es eso?

—Es anestesia. Facilita el hackeo, pero sobre todo sirve para que no te despiertes aquí y te llevemos al lugar donde debe comenzar tu nueva vida.

Entendía. Carl me inoculó la anestesia. Tocó con su dedo índice en la pantalla táctil de la máquina sobre un botón virtual denominado con la palabra importar. Mientras me iba durmiendo, vi como aparecía mi nuevo nombre en la pantalla y otro botón táctil que decía “descargar en el huésped”. Los párpados me pesaban. El cosquilleo del pecho había desaparecido y la ansiedad con él. Podía ser debido a la anestesia, pero yo sabía que era porque, al fin, iba a abandonar una vida rutinaria y sin sentido.

